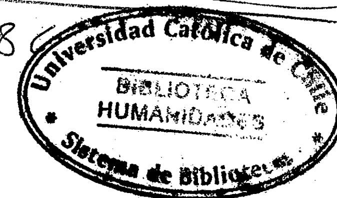
Alianza Universidad

J. A. Hobson

Estudio del imperialismo

Versión española de
Jesús Fomperosa

Julio 86



Alianza
Editorial

Título original:
Imperialism - A Study

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2237-7
Depósito legal: M. 42.655-1980
Fotocomposición: Efca, S. A.
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24. Madrid-5
Printed in Spain

INDICE

NOTA DEL TRADUCTOR

El libro que el lector tiene ante la mirada es un libro clásico sobre «el nuevo imperialismo». Por clásico entendemos, dicho lisa y llanamente, un trabajo perdurable y universalmente apreciado. Y que la obra que hoy ofrecemos al lector de habla española lo es, está demostrado, por un lado, por las incesantes ediciones que ha tenido y sigue teniendo en muchos idiomas, desde que apareció por primera vez en agosto de 1902, y por otro, por el lugar de honor que ocupa en la bibliografía que, a partir de entonces, se ha publicado sobre el tema. Pocas serán las obras que, como ésta de Hobson, merezcan ser citadas en las bibliografías correspondientes de las enciclopedias española (*Espasa,* última reedición), americana (*Encyclopedia Americana,* 1965), alemana (*Der Grosse Brockhaus,* 1965 y *Staatslexikon Recht Wirtschaft Gesellschaft,* 1959), británica (*The New Encyclopaedia Britannica,* 1974), francesa (*Gran Enciclopedie Larousse,* 1976), e italiana (*Lessico Universale Italiano,* 1972). Por otra parte, el libro de Lenin, *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo* (para citar solamente la obra marxista más conocida sobre esta cuestión), no tiene inconveniente en admitir, en sus primeras líneas que, aunque el trabajo de Hobson presenta el punto de vista de un «pacifista y social-reformista burgués», brinda «una descripción muy buena y completa de los principales rasgos económicos y políticos específicos del imperialismo».

Al hablar de «nuevo imperialismo», nos referimos al movimiento expansionista que —tras el casi agotamiento de la primera iniciativa imperial, puesta en marcha por españoles y portugueses a finales del siglo XV, y a la que se suele colocar la etiqueta de «viejo imperialismo»— emprenden las naciones desarrolladas de Occidente entre 1870 y 1914, lapso en el que se apoderan apresuradamente de pueblos y territorios que suponían el 90 por 100 de Oceanía y el 56 por 100 de Asia. Al frente de esta marcha expansionista ondeaba la bandera de Gran Bretaña que, en 1905, con una población de 40,5 millones de habitantes regía y gobernaba un imperio de 345 millones de personas.

Este libro de Hobson, «a seminal study», como lo juzga la *Encyclopaedia Britannica* (1974), es el punto de arranque para interpretar racionalmente[1] el nuevo imperialismo, hasta el punto de que todo lo que después de él se ha escrito sobre este multiforme fenómeno puede dividirse en dos grupos: los trabajos que, en términos generales, adoptan el enfoque de Hobson y los que, teniéndolo en cuenta, se oponen a él por considerar que fueron factores sociológicos, políticos, estratégicos, diplomáticos, morales, etc., y no económicos, como defiende Hobson, los que determinaron la índole y la dinámica del nuevo imperialismo. Sobre esta cuestión volveremos brevemente al final del prólogo. Sin embargo, por uno de esos azares de la vida de los libros, el *Estudio del imperialismo* no se había traducido al español hasta ahora, y la figura y la biografía del autor son poco conocidas para el gran público de habla española, lo que justifica la presente introducción.

1. Biografía de John Atkinson Hobson

J. A. Hobson, primer formulador de la teoría explicativa del nuevo imperialismo y uno de los pioneros de la economía moderna, nació en Derby (Inglaterra), el 6 de julio de 1858, dos días antes de que su país sofocara definitivamente el motín antiimperialista de la India, y unas semanas después de que, por el Tratado de Tientsin, de junio de 1858, se obligara a la vencida China —que se había opuesto, en vano, con las armas a ello— a abrir puertos al comercio con las potencias occidentales, y a importar sin restricciones opio de las colonias inglesas y francesas en

[1] «A partir de 1870 los países más altamente desarrollados, al unísono pero con feroces rivalidades entre ellos, se lanzan a la anexión del resto del mundo. ¿Por qué? El libro de J. A. Hobson, *Imperialism* (1902) es el punto de partida de toda explicación racional. John Strachey, *The End of Empire*, Víctor Gollanz, Londres, 1959, pág. 98.

Asia, para que éstas pudieran equilibrar su balanza comercial con China.

«Nací», dice el propio Hobson, «en una familia perteneciente al estrato medio de la clase media, en una ciudad de tipo medio, situada en las Tierras Medias [los *Midlands*] inglesas».

Su padre era fundador y director del periódico liberal *Derbyshire Advertiser*, de Derby, ciudad que hoy tiene algo más de 200.000 habitantes, y en esa publicación colaboraría, no tardando mucho, el hijo, en las tareas de dirección y como articulista. Dado que la situación económica de la familia era desahogada, John, tras realizar los estudios primarios y secundarios en centros de Derby, pudo ir a Oxford, al Lincoln College, donde estudió humanidades: clásicos, literatura y filosofía, entre 1870 y 1880.

Después de salir de la Universidad, John A. Hobson trabajó siete años, entre 1880 y 1887, como profesor de estudios clásicos en centros de enseñanza secundaria en Faversham y Exeter. En 1885 contrajo matrimonio con una americana, con la que tuvo un hijo y una hija. Y desde 1887 a 1897 enseñó literatura inglesa y economía a alumnos de enseñanza universitaria nocturna —trabajadores en su mayor parte— en las universidades de Oxford y Londres. Quizá por esta labor docente, los primeros libros de Hobson tienen el propósito de explicar a los trabajadores el funcionamiento de la sociedad industrial en la que vivían y laboraban, para sugerirles maneras de mejorar su situación.

A partir de 1897, Hobson se dedicó enteramente a escribir libros y artículos y a dar conferencias. Se centra y especializa en economía, entendida ésta, a la manera de Ruskin, no como una ciencia académica y deshumanizada, sino como unos conocimientos prácticos que pueden aplicarse a resolver el despilfarro de energías en la competencia de unos con otros, el paro de grandes masas de obreros, y a dar solución a los problemas de la pobreza que, desde niño, había observado en la sociedad capitalista. Desde entonces escribió treinta y cinco libros sobre cuestiones económicas y sociales, dirigidos todos ellos al gran público y no a las minorías eruditas, y colaboró en las publicaciones liberales, como *The Speaker*, y su sucesor *The Nation*, y en el periodismo diario en *The Manchester Guardian*. El seguir día a día los acontecimientos mundiales y de su país le proporcionó un conocimiento mucho más completo y actual de la realidad social que el de la mayoría de los economistas académicos.

Su labor como periodista se concentraba en comentar los hechos políticos diarios, en analizar sus consecuencias económicas y sociales, con vistas a su ideal reformista de solucionar el problema de la pobreza, de

distribuir mejor la riqueza, de aumentar el bienestar de la mayoría, de acuerdo con las ideas utilitaristas sobre las que se polemizaba a finales del siglo XIX. Esta meta estaba muy lejos de alcanzarse, por lo que Hobson emprendió un ataque frontal contra algunos de los dogmas de la teoría económica aceptada por entonces, porque creía que se oponían a la marcha del progreso social.

Era un hombre de salud frágil, que viviría, sin embargo, como muchas veces ocurre con las personas de sus características, más de ochenta años. Tenía un pequeño impedimento en el habla, que le hacía ponerse nervioso cuando se dirigía al público. Aunque luchó contra este defecto y consiguió superarlo, quizá por ello no se dedicó nunca a la política activa directa, sino que la hizo a través de sus escritos.

Se manifestó siempre con gran libertad e independencia. No le importaba ir a contrapelo de las creencias más consagradas y arraigadas, ni aparecer cómo un economista herético. Al final de su vida, en 1938, publicó una especie de autobiografía, cuyo título es precisamente *Las confesiones de un economista herético.* No faltaría, no obstante, quien hiciera la observación de que la valentía intelectual de Hobson, el hacer frente, como lo hizo, a los círculos económicos universitarios (nunca se le concedió un título honorífico, ni se le ofreció cátedra alguna, como es costumbre hacer en Inglaterra con las personas que destacan en una disciplina) resultaba más explicable teniendo en cuenta la renta privada vitalicia de la que disfrutó[2].

Son muchos los que piensan —particularmente de entre los especialistas en economía— que donde más destacó Hobson fue precisamente en esa disciplina, y que sus libros sobre el imperialismo no son más que una aplicación a ese fenómeno histórico de sus hallazgos como economista.

Muy importante a este respecto es la amistad que, a finales de la década de 1880, trabó Hobson con un hombre de negocios, preocupado por la dinámica económica, y conocido montañero (que en 1895 perecería escalando un pico del Himalaya), llamado Mummery. Este terminó por convencerlo de que el exceso de ahorro es perjudicial para la marcha de la economía, toda vez que produce una caída en el consumo de las masas. Fruto de la controversia entre los dos hombres sobre el particular fue el libro que publicaron juntos en 1889 con el título de *The Physiology of Industry,* en el que formulaban por primera vez, aunque de manera un tanto cruda —como señala el también reformista e historiador socialista G. D. H. Cole en el artículo necrológico que dedicó a Hobson[3]—, la incidencia negativa del exceso de ahorro en la economía.

[2] A. M. Quinton, *The Twentieth Century Mind,* Oxford University Press, 1972, tomo I, pág. 120.

De forma breve y somera, esta teoría del exceso de ahorro o, vista desde el otro cabo, del subconsumo, que hoy puede estudiarse en cualquier tratado de historia económica moderna y que es fundamental en la explicación que Hobson propone del imperialismo, afirma que al acumularse el dinero en pocas manos, por la mala distribución de la riqueza, las masas tienen poca capacidad adquisitiva, lo que ocasiona un descenso en su consumo y, de rechazo, un subconsumo generalizado. Esta falta de consumo obligará, a su vez, a la industria a disminuir la producción, con las consiguientes repercusiones en el aumento del paro, el estancamiento y la depresión económicas. Por su parte, el capital financiero procurará emigrar al extranjero, a zonas donde pueda conseguir mayores beneficios. Dicho con las palabras de Hobson y Mummery: «Ahora bien, el ahorro, al tiempo que hace aumentar el agregado de capital existente, reduce simultáneamente la cantidad de bienes y servicios consumidos. El hábito de ahorrar de manera inadecuada ocasionará, por consiguiente, una acumulación de capital por encima de la cantidad que resulta necesaria, y este exceso del capital dará lugar a un fenómeno de superproducción general.»

Como era de esperar, *The Physiology of Industry* pasó desapercibida en su momento. De todas formas, en los treinta y cinco libros que Hobson publicó sobre cuestiones económicas y sociales, y en sus numerosos folletos y artículos, el autor fue elaborando y perfilando su tesis, cuya exposición más sistemática aparece en el libro *The Industrial System: An Enquiry into Earned and Unearned Income,* publicado en 1909. Pero no llegó a distinguir con claridad entre el ahorro entendido como mera abstención de consumir y el ahorro como capital destinado a la inversión provechosa. Por ello, dejó la puerta abierta a muchos y fáciles ataques, entre otros el del propio John Maynard Keynes, quien, a propósito del párrafo de *The Physiology of Industry* antes citado, comenta: «En la última frase de este pasaje aparece la raíz de la equivocación de Hobson, es decir, su idea de que el exceso de ahorro es el que ocasiona *de hecho* la acumulación de capital por encima de lo que se necesita, cuando, en realidad, es un mal secundario, que sólo acontece por errores de previsión. El mal fundamental, sin embargo, es la propensión a ahorrar, en condiciones de pleno empleo, más de la cantidad de capital que resulta precisa, con lo que se imposibilita el pleno empleo, a no ser que haya habido una equivocación en las previsiones»[4].

[3] Publicado en *The Economic Journal,* junio-septiembre de 1940.

[4] J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (Macmillan, Londres, 1939), págs. 367-368.

El resultado inmediato de esta nueva teoría fue que, en la época de la publicación de *The Physiology of Industry*, a Hobson no le concedieron el puesto que había solicitado en la Universidad de Londres para encargarse de los estudios nocturnos de economía política. Según cuenta el mismo Hobson, uno de los catedráticos que tenía que informar sobre la solicitud de aquél consideró la tesis de *The Physiology of Industry* tan irracional como querer probar que la tierra era plana. Tuvieron que pasar muchos años para que el propio Keynes rindiera tributo a su autor, y afirmara que el citado libro de Hobson y Mummery «había marcado el comienzo de una nueva época en la historia del pensamiento económico»[5]. Para entonces ya se sabía bien, por experiencia, cómo eran las depresiones del mercado, y las teorías aceptadas se parecían mucho más a las de Hobson. Incluso Roosevelt las había tenido en cuenta en su *New Deal*, porque durante algunos años nuestro autor había sido más conocido y había tenido más influencia en Norteamérica que en su país.

A partir de la publicación de *The Physiology of Industry*, Hobson estudió intensamente el desarrollo histórico de la dinámica económica capitalista con el ánimo de replantear las teorías y el enfoque de toda la ciencia económica. Las ideas de Hobson en este campo estaban influidas por Marshall, pero se oponía a basar toda la disciplina en la oferta y la demanda, y a considerar como intangible el dogma del *laissez-faire*, que desde la Gran Depresión había quedado muy malparado, máxime con la intervención estatal que suponía, en el propio juego económico, el proteccionismo del último cuarto de siglo y el mismo imperialismo. Para Hobson era esencial perseguir, antes que nada, el bienestar humano y aunarlo con el progreso económico. Insistía en que la economía había concentrado su atención, desde Ricardo a Mill, en la producción y la acumulación de riquezas, pero había descuidado el consumo y la utilización de las riquezas acumuladas.

De acuerdo con estas ideas, en 1894 publicó *The Evolution of Modern Capitalism: a Study of Machine Production*, donde analizaba la situación del proletariado industrial, que no tiene parte alguna en la dirección de las empresas a las que dedica su vida de trabajo, y de las que depende su porvenir y el de su familia; es decir, carace totalmente de poder económico, que va concentrándose en manos de una oligarquía capitalista. Sus opiniones recuerdan mucho las tantas veces repetidas por Marx y Engels, pero no hay que confundirse. Hobson no quería destruir el capitalismo, al que, con los controles sociales o estatales adecuados para que no se desmandara, consideraba positivo; lo que quería era transformarlo, humanizarlo, ponerlo al servicio de todos.

[5] Keynes, *ob. cit.*, págs. 364 a 368.

En el verano de 1899 Hobson hizo un viaje de investigación política por Sudáfrica, donde trabajó como corresponsal de *The Manchester Guardian*, y desde donde mandó también colaboraciones para *The Speaker*. Estas colaboraciones fueron publicadas luego, en 1920, en un libro titulado *The War in South Africa, its Causes and Effects*. Desde que John A. Hobson había dejado la universidad hasta su viaje a Sudáfrica habían transcurrido veinte años, y en ese lapso las potencias coloniales europeas terminaron de adueñarse de Africa. En Asia, sólo Japón, imperialista a su vez, no estaba sometido de manera más o menos directa y abierta, a los países imperiales. Estados Unidos había despojado a España de las últimas colonias de su viejo imperio, y luchaba contra los filipinos para arrebatarles la independencia recién ganada, en una lucha tan impopular en Norteamérica como la de los boers en Gran Bretaña. Las islas del Pacífico eran también «zona de influencia» de los occidentales, cuando no colonias propiamente dichas. En China ardía la rebelión de los boxers.

Tras su viaje a Sudáfrica, es decir, a los tres meses del Tratado de Vereeniging, que había puesto fin formalmente a la guerra de los boers, salió a la luz, en agosto de 1902, el libro que estamos prologando, «la primera crítica sistemática del imperialismo moderno», según Theimer y Campbell, y hasta la primera teorización sobre el fenómeno del imperialismo. La obra no encontró una gran acogida hasta que los hechos no empezaron a coincidir con algunas de las previsiones de Hobson, y hasta que Lenin lo tomó como base de su citado librito y lanzó el nombre de Hobson a los cuatro vientos.

Además de los trabajos mencionados, Hobson publicó los siguientes sobre el tema del imperialismo: *The Psychology of Jingoism* (1901); *Towards International Government* (1915), y *Richard Cobden, the International Man* (1918). Junto a ellos, escribió un conjunto de ingeniosos diálogos satíricos, titulados *1920* y que aparecieron, firmados con el pseudónimo de Lucian, en 1918.

A comienzos del nuevo siglo, Hobson visitó Canadá, Estados Unidos, Suecia, Suiza, Dinamarca. Tras afincarse definitivamente en Londres y formar grupo con los progresistas más conocidos de entonces, siguió dando a la imprenta casi un libro cada año, entreverando siempre las teorías económicas con consideraciones éticas y de justicia social. Durante la primera guerra mundial, fue pacifista, como cabía esperar, y defendió y propagó la idea de crear una Sociedad de Naciones, proyecto que luego cristalizaría en la creación, en 1920, en Ginebra, de la Organización del mismo nombre para mantener la paz y resolver los conflictos mediante el arbitraje. Tras el fin de la guerra, Hobson dejó el partido li-

beral y se unión al partido laborista, con cuyo socialismo moderado, y con cuyo objetivo de pasar pacíficamente del capitalismo al socialismo se sentía identificado. Tiene razón, por tanto, Henry Brailsford[6] al afirmar que Hobson fue el típico representante de la generación que tuvo que hacer el camino que llevaba desde el liberalismo al socialismo.

Entre 1917 y 1937 publicó una serie de trabajos: *Democracy after the War* (1917), *Taxation in the New State* (1919), *The Economics or Unemployment* (1922), *From Capitalism to Socialism* (1932) y *Property and Improperty* (1937), el último de sus escritos económicos importantes. En general, sus propuestas para acortar distancias entre los ingresos de las distintas clases sociales, para poner en práctica un sistema de impuestos progresivos, para nacionalizar los seguros sociales, aproximándose al eslogan socialista «a cada uno según sus necesidades», están expuestas en los libros citados. El partido laborista británico las tuvo muy en cuenta para formular su programa político a partir de 1945.

John Atkinson Hobson murió en el barrio residencial de Hampstead, al norte de Londres, el 1 de abril de 1940, a los ochenta y un años de edad. Su cadáver fue incinerado en el crematorio de Golders Green, próximo a su casa. Al día siguiente, la nota necrológica de *The Times* decía de él: «Fue hasta el final un impedernido idealista.»

2. Las ideas de Hobson sobre el imperialismo

Como ocurre con todos los hechos históricos, el análisis e interpretación del nuevo imperialismo, desarrollado a partir de 1870, la integración racional de su sentido más significativo en el caudal del conocer humano —era y es— problemática y susceptible de error. A John Atkinson Hobson corresponde el honor de haber intentado por primera vez esa necesaria tarea.

La intuición esclarecedora de Hobson consiste en haber asociado la explosión expansionista de finales del siglo XIX a la dinámica del desarrollo de la economía capitalista y, más precisamente, a la hipótesis del subconsumo, que había venido elaborando y perfilando desde la publicación, en 1889, de *The Physiology of Industry*.

Para nuestro autor, la motivación fundamental del nuevo imperialismo es, por consiguiente, económica, aunque, como era de esperar de la actitud nada dogmática de su carácter liberal, no se encierre en un determinismo puramente económico. «De todos modos —dice—, dado el papel que desempeñan en la expansión imperialista los factores no económicos, tales como el patriotismo, la aventura, el espíritu militar, la ambición política y la filantropía, puede parecer que atribuir un poder tan decisivo a los círculos financieros es entender la historia de una manera rígidamente económica y, ciertamente, la fuerza motriz del imperialismo no es primariamente financiera; las finanzas son, más bien, las que regulan el motor imperial, las que dirigen la energía y deciden el trabajo que hay que realizar, pero no son el combustible del motor ni las que generan de modo directo su potencia. Las grandes finanzas manipulan las fuerzas patrióticas que generan los políticos, los soldados, los filántropos y los comerciantes.»

[6] H. Brailsford: *The Life-work of J. A. Hobson* (Oxford University Press, 1948).

El nuevo imperialismo no fue, en términos generales, un negocio rentable para ningún país, y en esto están de acuerdo prácticamente todos los autores, y el propio Hobson lo afirma en varios pasajes. Sí fue, sin embargo, enormemente lucrativo para los grupos de financieros, especuladores de Bolsa, de inversionistas, etc., que Hobson llama —y ése es el título de uno de los capítulos de la presente obra— «los parásitos económicos del imperialismo». El móvil que acucia a esos círculos de poder financiero y los impulsa a la aventura imperialista es colocar ventajosamente en el exterior el excedente ocioso de capital que no pueden invertir ya lucrativamente en su propio país. No lo pueden invertir porque a sus empresas cuasimonopolistas les resulta imposible vender más a precios rentables. Y no pueden vender más a precios rentables porque las masas populares no compran, y no compran porque, a causa de los salarios insuficientes, de la mala distribución de la riqueza, de la falta de proporcionalidad entre ingresos y necesidades, la clase trabajadora no tiene el creciente poder adquisitivo que precisaría para «tirar» de la creciente capacidad de producción que resulta del capital incesantemente acumulado por los ricos y la eficiente tecnología moderna. El desenlace final de este proceso es que los trusts financieros —ante la perspectiva del descenso de sus beneficios— optan por dedicar sus capitales a préstamos o deudas públicas, con todas las garantías imaginables, en países subdesarrollados, o los invierten en lugares donde la mano de obra y las materias primas son baratas, y la competencia prácticamente nula.

Cuando estos inversionistas perciben el menor peligro para sus capitales, sea por posibles sublevaciones de los nativos, por ambiciones de potencias imperialistas rivales o, sencillamente, porque hay algún riesgo de suspensión de pagos por parte del país receptor de los empréstitos, movilizan toda su influencia para que la madre patria añada un florón más a su manto imperial, anexionándose, formalmente si es preciso, y poniendo —en todo caso— bajo su soberanía y la salvaguarda de

sus ejércitos —que paga el contribuyente— los territorios en cuestión.

Esta es, dicha en pocas palabras, la explicación que Hobson da de la dinámica del nuevo imperialismo. El lector encontrará referencias a ella prácticamente en todos los capítulos, y la encontrará expuesta con mayor detalle en el titulado «La clave económica del Imperialismo». Por supuesto, hemos comentado sólo la línea maestra del razonamiento de Hobson. En otros capítulos verá el lector las teorías morales, biológicas, etc., que sirvieron para justificar el sometimiento de las «razas inferiores» y los abusos que con ellas se cometieron.

La citada argumentación constituye el núcleo de lo que posteriormente se llamó «interpretación económica del imperialismo». Más tarde retomaron esa tesis los autores de orientación más o menos radicalmente marxista: Bauer, Hilferding, Rosa Luxemburgo, Kautsky, Bujarin, y el propio Lenin, quienes la reelaboraron y acomodaron a sus puntos de vista. La similitud de los argumentos ha dado pie para que algunos historiadores y economistas no-marxistas llamaran a la interpretación económica del imperialismo «teoría de Hobson-Lenin»; pero esto es exagerar demasiado la proximidad de ambos porque de hecho existen diferencias esenciales[7]. En primer lugar, para Lenin y sus seguidores el imperialismo es concomitante a una fase —la del capital financiero (Hilferding) y monopolista— fatalmente inevitable de la dinámica evolutiva del capitalismo, al que ven, y quieren ver, condenado a la destrucción. Para Hobson, el imperialismo no es más que un desajuste, una enfermedad curable del sistema capitalista, cuya destrucción ni vaticina ni desea. Ahora bien, aunque Lenin rechaza la perspectiva teórica de Hobson, coincide con él en la relación que la exportación de capitales tuvo con la expansión colonialista del «nuevo imperialismo», pero la causa de esa exportación de capital no es la misma para ambos. Para Hobson, ya lo hemos visto, es el subconsumo, al que no considera un fallo intrínseco del capitalismo, puesto que, en su opinión, podría remediarse con una mejor distribución de la riqueza y con las reformas sociales pertinentes. En cambio, para Lenin, la causa es la inevitable e imparable acumulación del capital, la creciente composición orgánica del capital, según la expresión de Marx, y el desarrollo desigual de las economías capitalistas.

En todo caso, Hobson es, como indica Benjamin J. Cohen[8], el inventor del concepto de imperialismo económico, concepto que luego ha sido atacado por los autores de orientación conservadora o antimarxista: Schumpeter, Gallagher y Robinson, Koebner, y toda la tradición que

[7] Ver Roger Owen y Bob Sutcliffe, *Studies in the theories of imperialism* (Longman, 1972), pág. 315.

[8] *The Question of Imperialism* (Macmillan, 1973), pág. 40.

empieza en Weber, Mosca y Michels[9] para continuar con Winslow, Aron, etc.

Las principales teorías alternativas a la explicación económica del imperialismo han sido: la interpretación sociológica, que Schumpeter expone en su obra *Imperialismo. Clases sociales* (el imperialismo es un atavismo residual de los países expansionistas); la interpretación política (las consideraciones políticas, estratéticas, etc. prevalecieron sobre las económicas), que aparece, entre otros, en los trabajos de Gallagher y Robinson, Winslow, Aron y Clark, y la basada en motivaciones morales (el imperialismo fue un esfuerzo por mejorar la situación de las razas inferiores): «responsabilidad del hombre blanco» (Inglaterra), «empresa civilizadora» (Francia), «destino manifiesto» (Estados Unidos), «esfera de coprosperidad de la gran Asia oriental» (Japón), entre otras, que por lo endeble de su argumentación, no han tenido amplia acogida.

Un caso que merece la pena reseñar por lo que tiene de integrador de teorías dispares es el de David K. Fieldhouse. Parte de una línea puramente antieconómica en su artículo *Imperialism; An Historiographical Revision,* en el que afirmaba: «es claro que el imperialismo no puede explicarse mediante argumentos puramente de teoría económica, basándose en la naturaleza del capitalismo financiero, sino que, en su forma madura, es más susceptible de explicación entendiéndolo como un fenómeno sociológico con raíces en los hechos políticos»[10]. Sin embargo, en su libro, *Economía e Imperio. La expansión de Europa, 1830-1914,* recientemente publicado en español, el autor concede: «En mi artículo criticaba específicamente la explicación tradicional del imperialismo como el resultado de la inversión extranjera, expresión a su vez de las tendencias económicas de fines del siglo XIX, y prestaba poca atención a la influencia del comercio como factor causante de adquisición territorial. En este libro he tratado de equilibrar la balanza. Mi síntesis final intenta restablecer el factor económico en la crítica del imperialismo moderno, aunque tan sólo como una de las varias fuerzas que en conjunto contribuían a crear un desequilibrio entre un mundo europeo modernizado y un mundo exterior no reconstruido»[11].

En cualquier caso, parece seguir siendo cierta la observación de Tom Kemp de que «todavía no ha aparecido ni un modelo económico perfectamente acabado, ni una descripción histórica satisfactoria del imperialismo». La complejidad objetiva del problema, la multiplicidad de

[9] Tom Kemp: *Theories of Imperialism* (Dennis Dobson, 1967), pág. 141.

[10] *The Economic History Review,* Second Series, Volumen XIV, n.° 2, 1961, página 209.

[11] David K. Fieldhouse: *Economía e Imperio*, (Ed. Siglo XXI, Madrid, 1977), pág. 3.

factores que intervienen y la jerarquía —siempre susceptible de estar teñida de subjetividad— que ha de establecerse entre ellos para que los árboles no impidan ver el bosque, hacen comprensible la diversidad de teorías que se han propuesto para explicar el nuevo imperialismo. La disparidad continuará probablemente, pero hay algo que parece indudable: como indica Barraclough, «en el contexto del nuevo imperialismo, distinguir entre factores políticos y económicos es algo que no tiene fundamento en la realidad».

Jesús Fomperosa

NOTA DEL EDITOR INGLES A LA EDICION DE 1968

La primera edición de este famoso y pionero trabajo sobre el imperialismo apareció hace ya muchos años, en 1902, y tres años más tarde, en 1905, se publicó una edición revisada del mismo. En 1938 mi editorial dio a la luz una nueva versión totalmente reestructurada y revisada. Posteriormente, cada vez que se agotaba una edición de la obra, no podía por menos de recordar que el libro había quedado anticuado; pero en cada una de estas ocasiones hice caso omiso del consejo que se me daba de no volverlo a publicar, no sólo porque seguía existiendo una demanda ininterrumpida de él, sino también porque no había aparecido ningún otro que pudiera sustituirlo. Las ediciones han seguido agotándose, y una vez más va a reimprimirse este viejo, extraordinario y anticuado libro.

En mi calidad de editor de la mayor parte de la obra de John A. Hobson desde que se fundó mi editorial el 4 de agosto de 1914 hasta la muerte del maestro en 1940, y como admirador que he sido toda mi vida de la personalidad de Hobson, todas estas reimpresiones me han proporcionado una especial satisfacción.

Desde un principio me di cuenta de la validez de la teoría del subconsumo, de Hobson, y me esforcé, sin conseguirlo, porque en los círculos académicos se reconociera el mérito que tenía su autor. Por ello

me satisfizo grandemente que, en un artículo de *The New Statesman*, del 5 de julio de 1958, G. D. H. Cole escribiera con ocasión del centenario del nacimiento de Hobson:

«Se encontraba entre la media docena de hombres más rectos que he conocido, y también de los más agradables y de más talento. A mi manera de ver, lo que suele conocerse con el nombre de revolución keynesiana de la teoría económica y social fue, más bien, una revolución hobsonniana.»

En una carta dirigida a Cole, Keynes comentaba la injusticia que él creía que se había cometido con Hobson.

Como he dicho en mi autobiografía[1], el hoy director de uno de los centros escolares mayores y más importantes de Holanda, Dr. C. P. Gunning, me ha recordado una anécdota que indica la influencia que, durante mis años de bachillerato, tuvo en mí Hobson. Yo había leído la obra de Hobson: THE WAR IN SOUTH AFRICA, y, cuando la noche en que se celebraba la liberación de Mafeking, me di cuenta de que Gunning —que era un muchacho holandés— se sentía solo y humillado, le dije en medio del resplandor de los fuegos artificiales, tomándole la mano con afecto, que no se entristeciera, porque Gran Bretaña no tenía necesariamente razón. Yo había olvidado completamente el incidente, pero es una grata prueba de la benéfica influencia de Hobson. ¡Ojalá siguiera viviendo! El mundo necesita de hombres como él.

STANLEY UNWIN

Enero de 1968

[1] *The Truth about a Publisher* [«La verdad acerca de un editor»], George Allen & Unwim Ltd., 1960.

PROLOGO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICION

El presente estudio del imperialismo moderno tiene el propósito de perfilar y dar mayor exactitud a una expresión que tanto se oye hoy en día, y que alude al movimiento más poderoso de la actual vida política del mundo occidental.

Aunque han sido varios los Estados europeos que más o menos deliberadamente han adoptado el imperialismo como meta política, y es el imperialismo el que amenaza con romper el aislamiento político de Estados Unidos, es Gran Bretaña el país que ha avanzado mucho más y más rápidamente que los demás por esa senda imperialista, y su historia de los últimos años puede brindarnos las enseñanzas —o advertencias— más valiosas al respecto.

Si bien en este libro hemos tratado de descubrir y analizar los principios generales subyacentes a toda política imperialista, ejemplificamos ésta con datos tomados principalmente de la historia del imperialismo británico durante la pasada generación, y utilizamos más el diagnóstico que la descripción histórica.

En la parte I se investigan los orígenes económicos del imperialismo, con ayuda de todos los datos estadísticos de que se dispone respecto a sus métodos y efectos.

En la parte II se examina el imperialismo a nivel teórico y práctico,

viéndolo como «misión civilizadora», analizando sus efectos en los pueblos «inferiores» o extraños, y también las reacciones morales y políticas que, de rechazo, provoca en la conducta y el carácter de las naciones occidentales que lo practican.

El presente trabajo va dirigido a esa minoría de personas que ni se sienten satisfechas dejándose llevar por la marea del oportunismo político, ni están dispuestas a someterse al impulso irresistible del ciego «destino», sino que desean entender las fuerzas políticas que actúan en el mundo, para poder dirigirlas.

Aquellos lectores para quienes el criterio equilibrado consiste en exponer siempre tantas razones a favor como en contra de una política concreta van a sentirse en desacuerdo con el enfoque de este trabajo, porque lo que en él se presenta es claramente un análisis de patología social, y no se hace esfuerzo alguno por enmascarar el carácter de la dolencia.

Las estadísticas que aparecen en la parte I proceden, si no se indica otra fuente, de los «Resúmenes Estadísticos» publicados por el gobierno, reforzados en algunos casos con datos tomados del *Statesman's Year Book*.

Mi agradecimiento al director del *Financial Reform Almanac*, por haberme permitido reproducir el valioso diagrama en que se representa el gasto de la Gran Bretaña a partir de 1870, y a los directores de *Speaker*, de *Contemporary Review*, de *Political Science Quarterly* y de *British Friend*, por haberme permitido incorporar en determinados capítulos de este libro artículos aparecidos en las citadas publicaciones.

Deseo expresar también mi gratitud a mis amigos Mr. Gilbert Murray y Mr. Herbert Rix, por su ayuda en la lectura de la mayor parte de las galeradas, y por sus numerosas y acertadas sugerencias y correcciones.

JOHN A. HOBSON

Agosto de 1902

En esta edición revisada se han puesto al día, hasta donde era posible, los hechos y las cifras, se han suprimido ciertas cosas y se han añadido otras y, en algunos casos, se han vuelto a estructurar ciertos razonamientos.

J. A. H.

Septiembre de 1902

ESTUDIO DEL IMPERIALISMO: NACIONALISMO E IMPERIALISMO

El mare mágnum de imprecisas abstracciones políticas es tal que parece imposible detectar con exactitud los contornos de un «ismo» cualquiera para poder formular una definición que sirva para identificarlo y distinguirlo de los demás. En un campo en el que las acepciones de las palabras cambian con tanta rapidez y con tanta sutileza, y no sólo como consecuencia de los cambios que acaecen en las teorías, sino también de las manipulaciones de los profesionales de la política, que tratan deliberadamente de enmascarar, ampliar o deformar los significados de las palabras, es perder el tiempo pedir el mismo rigor semántico que es norma en las ciencias exactas. Todo lo que el término imperialismo admite a modo de definición es establecer una cierta correspondencia amplia en sus relaciones con otros vocablos afines. Sus tres congéneres más próximos: el nacionalismo, el internacionalismo y el colonialismo, son igualmente escurridizos, igualmente tornadizos, y los cambiantes aspectos coincidentes de los cuatro exigen cuidadosa atención y vigilancia por parte del estudioso de la política actual.

La lucha en favor de los ideales nacionalistas, es decir, de establecer la unidad política sobre la base de la nacionalidad, fue un factor domi-

nante durante el siglo XIX, lo mismo en los movimientos dinásticos que en lo más profundo del alma de las masas. Las reivindicaciones nacionalistas fueron a veces una fuerza separatista y desintegradora, a nivel de política exterior, como en el caso de Grecia, Servia, Rumania y Bulgaria, que se separaron del Imperio otomano, y en el de la Italia del norte que rompió su forzada alianza con el Imperio Austriaco. El nacionalismo fue otras veces una fuerza unificadora y centralizadora que tendió a ensanchar los límites de la nacionalidad, como ocurrió en Italia y en Rusia con el movimiento paneslavista. Y en ocasiones fue el elemento aglutinante que sirvió de base a una federación de Estados, como en la Alemania unida y en Norteamérica.

Es cierto que las tendencias que fomentaban la unión política trascendieron a veces sus propósitos iniciales y contribuyeron a la unión federal de diferentes nacionalidades, como en los casos de Austria-Hungría, Noruega y Suecia, y la Confederación Helvética. Pero, en general, lo que hizo el nacionalismo fue juntar en grandes y fuertes núcleos nacionales, a Estados y provincias relacionados por vínculos más bien débiles, integrados en mudables adhesiones y alianzas, que cubrían extensas zonas de Europa desde la caída del Primer Imperio francés. Este fue el logro más claro del siglo XIX. El vigor nacionalista que dinamizaba este proceso histórico resulta tan perceptible cuando se triunfa como cuando se fracasa en el combate por la libertad política. Las luchas de los irlandeses, polacos, finlandeses, húngaros y checos para no ser subyugados ni aceptar alianzas impuestas despóticamente por los países vecinos más fuertes que ellos, hicieron brotar en toda su pujanza el poderoso sentimiento de la nacionalidad.

El período de mediados del siglo se caracteriza especialmente por una serie de resurgimientos netamente «nacionalistas», algunos de los cuales motivaron en parte hasta cambios en las dinastías, mientras que otros se apagaron o fueron aplastados. Holanda, Polonia, Bélgica, Noruega, los Balcanes formaron un vasto anfiteatro para estas luchas de las fuerzas nacionales.

Al concluir el tercer cuarto del siglo, Europa se encontraba organizada de modo relativamente satisfactorio en grandes Estados nacionales o federaciones de Estados, si bien por la propia naturaleza de estas cuestiones nunca se alcanza en ellas una situación absolutamente definitiva, e Italia continuó mirando a Trieste, igual que Alemania sigue mirando a Austria para realizar su destino histórico manifiesto.

Las pasiones nacionalistas y las formas dinásticas que ellas contribuyeron a moldear y animar son, en gran parte, atribuibles a la persistente y enconada resistencia que ciertos pueblos, lo mismo grandes que pequeños, se vieron obligados a mantener frente a los designios imperiales

de Napoleón. Al influjo de la tensión del combate, el espíritu de Inglaterra llegó a un grado de autoconciencia nacional que nunca había alcanzado desde «los días gloriosos de la gran Isabel». Jena hizo de Prusia una gran nación. La campaña de Moscú hizo que Rusia empezara a desempeñar un activo papel político en el concierto de las nacionalidades europeas y que, a la vez, abriera por primera vez sus fronteras a todas las manifestaciones de las ideas y tendencias de Occidente.

Si pasamos del nacionalismo territorial y dinástico al espíritu de solidaridad racial, lingüística y económica que lo ha animado, nos encontraremos con un movimiento aún más extraordinario. El estrecho exclusivismo provinciano, por una parte, y por la otra el vago cosmopolitismo, fueron vencidos y sustituidos por una eclosión de los sentimientos nacionalistas, que en los pueblos menos poderosos se manifestaba no sólo como tenaz y heroica resistencia a la anexión política, o como nacionalismo territorial, sino como apasionado renacimiento de costumbres, lenguas, artes y literaturas, que estaban en decadencia; mientras en los pueblos más fuertes fomentó extrañas ambiciones relativas al «destino histórico» nacional, junto con el consiguiente espíritu patriotero.

Quien mejor ha establecido los verdaderos límites y la verdadera naturaleza de la nacionalidad ha sido J. S. Mill, que dice:

«Puede afirmarse que una parte de la humanidad constituye una nación cuando sus componentes están unidos por lazos de solidaridad y empatía, que no se dan entre ellos y personas de otros grupos. Varias son las causas que pueden generar este sentimiento de la nacionalidad. A veces es consecuencia de la comunidad de raza y de antepasados. El tener la misma lengua y la misma religión también lo fomentan grandemente. Los límites geográficos son otra causa. Pero la más importante de todas es la identidad de precedentes políticos, el poseer una misma historia nacional y, consiguientemente, los mismos recuerdos, las mismas glorias y humillaciones, los mismos sinsabores y satisfacciones, relacionados con los mismos hechos e incidentes del pasado»[1].

Cuando se saca este genuino sentir nacionalista de sus cauces naturales, y se lo utiliza para invadir y anexionarse el territorio cercano o distante de pueblos que no lo desean y que resultan inasimilables, nos encontramos con una degeneración del auténtico nacionalismo, que señala la transición del nacionalismo a un colonialismo espúreo, por una parte, y al imperialismo, por la otra.

Cuando el colonialismo consiste en la migración de parte de los

[1] *Representative Government* [«El Gobierno Representativo»], capítulo XVI.

miembros de una nación a tierras extranjeras vacías o escasamente pobladas, y los emigrantes conservan los plenos derechos ciudadanos de que disfrutaban en la metrópoli o, en otro caso, crean en dichas tierras un sistema de autogobierno local en todo conforme con las instituciones de la metrópoli y sometido, en última instancia, al control de aquélla, puede considerarse este colonialismo como una legítima expansión de la nacionalidad, como una ampliación territorial de la raza, la lengua y las instituciones de la nación. Pocas son, empero, las colonias que a lo largo de la historia, estando muy distantes de la madre patria, han mantenido las características antes señaladas. Lo que ha solido pasar es que o han cortado los lazos con la metrópoli y se han constituido en nacionalidades distintas, separadas, o han sido mantenidas en una situación de total dependencia política en lo referente a las principales funciones de gobierno, y, en este caso, es, al menos, tan apropiado el término «imperialismo» como el de colonialismo. La única forma de colonia remota que puede considerarse como clara expansión del nacionalismo es la que existe en las colonias británicas autogobernadas de la Australasia y Canadá, e incluso en estos casos las circunstancias locales pueden dar lugar a un nacionalismo independiente, que se base en la firme consolidación de unos intereses y sentimientos coloniales ajenos, e incluso opuestos, a los de la metrópoli. En otras colonias «autogobernadas», en la colonia de El Cabo y en Natal, por ejemplo, donde la mayoría de los blancos no descienden de colonos británicos, donde las razas sometidas o «inferiores» predominan grandemente en número, y donde el clima y otras circunstancias naturales conforman una civilización distinta a la de la «metrópoli», hace mucho que el conflicto entre las ideas coloniales e imperiales ocupa un lugar preeminente en la atención de los políticos. Cuando lord Rosmead señalaba que la presencia permanente del factor imperial era «sencillamente absurda», y Mr. Rhodes hablaba de su «eliminación», estaban abogando por un «colonialismo» que, por su propia dinámica interna tiene más probabilidades que el de las colonias de la Australasia o Canadá de convertirse, con el paso del tiempo, en un «nacionalismo» independiente, como consecuencia de la gran divergencia que existe entre él y la madre patria en lo que se refiere a intereses económicos y a otras circunstancias esenciales de la forma de vida. Las demás colonias británicas son claros ejemplos del espíritu imperialista, y no colonialista. No hay en ellas un sector importante de la población compuesto por colonos británicos que vivan con sus familias, según las costumbres sociales y políticas, y las leyes de su tierra natal. Por el contrario, suelen formar por lo general una pequeña minoría, que ejerce el poder político y económico sobre una mayoría de pueblos extraños y subyugados y que, a su

vez, está sometida al control político despótico del gobierno imperial, o de las personas que él designe para gobernar, en su nombre, las colonias. Esta situación, habitual en las colonias británicas, era poco menos que la norma en las colonias de otros países europeos. No había razón válida alguna para considerar a las «colonias» que Francia y Alemania establecieron en Africa y Asia como plantaciones de la vida nacional francesa o alemana en ultramar. En ningún sitio, ni siquiera en Argelia, ha habido en estas «colonias» una verdadera civilización europea. La estructura política y económica de sus colectividades es totalmente ajena a la de sus respectivas metrópolis.

En su acepción óptima, el colonialismo es como un rebosamiento natural de la nacionalidad. Su piedra de toque es la capacidad de los colonos para trasplantar la civilización que ellos representan al nuevo medio geográfico y social en el que se encuentran. No hay que dejarse engañar por los nombres. El partido «colonial» de Alemania y de Francia tiene exactamente los mismos propósitos y métodos que el partido «imperialista» de Inglaterra, y éste último calificativo es el que más se ajusta a la realidad de los hechos. El profesor Seeley puso de manifiesto la naturaleza del imperialismo al decir: «Cuando un Estado va más allá de los límites de la nacionalidad, su poder se torna precario y artificial. Esto es lo que les ocurre a la mayoría de los imperios, y también al nuestro. Cuando una nación se expande invadiendo territorios ajenos, lo más probable es que no pueda destruir o expulsar del todo a sus habitantes, aunque logre vencerlos. La expansión territorial en esas condiciones crea un grave y permanente problema, porque no es posible asimilar debidamente a las nacionalidades sometidas a rivales, que siguen siendo un permanente motivo de debilidad y peligro»[2].

La novedad del imperialismo reciente, en cuanto opción política, reside fundamentalmente en su adopción por diversas naciones. La existencia de varios imperios en competencia es algo esencialmente moderno. El concepto nuclear de imperio en el mundo antiguo y medieval entrañaba una federación de Estados bajo una determinada hegemonía, que se extendía —en términos generales— a todo el mundo conocido, como podemos ver ejemplificado en el imperio que poseyó Roma durante la llamada *pax romana*. Cuando en todos los lugares del mundo explorado, en Africa y en Asia lo mismo que en las Galias y en Britania, era posible encontrar ciudadanos romanos con plenos derechos cívicos, el imperialismo contenía un auténtico elemento de internacionalismo. Al

[2] «Expansión of England» [«La Expansión de Inglaterra»], conferencia III.

caer Roma, no desapareció esta concepción de un imperio único que ejercía el poder político en todo el mundo civilizado; por el contrario, sobrevivió a todas las vicisitudes del Sacro Imperio Romano. Incluso después de la separación definitiva de la parte oriental y la occidental a finales del siglo IV, pervivió la teoría de un estado único, dividido por razones administrativas. A despecho de todas las divisiones y antagonismos, y a pesar de la separación de muchos reinos y provincias que se hicieron independientes, persistió esa unidad ideal del Imperio. Fue la meta que deliberada y abiertamente persiguió Carlomagno, si bien por razones de viabilidad hubo de limitar sus ambiciones al Occidente europeo. Rodolfo de Habsburgo no sólo resucitó el viejo ideal imperial, sino que se esforzó por llevarlo a la práctica en la Europa central. Su descendiente, Carlos V, lo hizo realidad, en gran medida, al unir bajo su cetro imperial los territorios de Austria, Alemania, España, los Países Bajos, Sicilia y Nápoles. Pasados los años, el sueño del imperialismo europeo volvería a animar la política de Pedro el Grande, de Catalina y de Napoleón, y es incluso posible que el kaiser Guillermo III pensara en un poder mundial de estas características.

Muchos filósofos políticos de diversos períodos, como Vico, Maquiavelo, Dante o Kant, han considerado al imperio como la única garantía viable de la paz, entendiéndolo como una jerarquía de Estados que se ajustara, a mayor escala, al modelo del orden feudal dentro de un único Estado.

El imperio se identificaba, por consiguiente, con el internacionalismo, aunque no siempre estuvo basado en la idea de la igualdad de las naciones. La desintegración del Imperio centro-europeo y el posterior debilitamiento de las nacionalidades, que siguió a ese hecho histórico, hicieron brotar un nuevo y moderno sentimiento de internacionalismo que, a lo largo del siglo XVIII, inspiró de forma vacilante a los círculos intelectuales de los Estados europeos. «En vísperas de la Revolución Francesa, todos los sabios que había en Europa —Lessing, Kant, Goethe, Rousseau, Lavater, Condorcet, Priestley, Gibbon, Franklin— se sentían más ciudadanos del mundo que de un país determinado. Goethe confesaba que no sabía qué era el patriotismo, y que se alegraba de no saberlo. Los hombres cultivados de todos los países se sentían como en casa en cualquier círculo refinado de cualquier parte. Kant se interesaba mucho más por los acontecimientos de París que por lo que pasaba en Prusia. Italia y Alemania eran denominaciones geográficas. Dentro de estos dos países había una serie de pequeños Estados en los que no existía vida política, pero en los que había un gran interés por todo lo que supusiera progreso de la cultura. La misma Revolución fue, en el

fondo, un acontecimiento humano y cosmopolita. Fue, como dijo Lamartine, un hito en la historia de la humanidad. Por ello, todos los reparos de críticos como Taine, no nos impedirán ver que el carácter particular de los hombres que dirigieron los grandes movimientos de la Revolución no puede menoscabar el significado trascendental de aquella lucha titánica. Los soldados de la Revolución que, descalzos y harapientos, expulsaron del suelo de Francia a los insolentes reaccionarios no combatían simplemente por una causa nacional, sino por lo que vagamente percibían como la causa de toda la humanidad. A pesar de todas sus crueldades y sus imperfecciones, lo que perseguía la Revolución era implantar una serie de derechos que debían compartir todos los hombres»[3].

Esta temprana flor del cosmopolitismo humanitario estaba destinada a marchitarse ante el poderoso resurgimiento del nacionalismo que caracterizó al siglo siguiente. Hasta en los reducidos círculos de las clases cultas dejó de ser el internacionalismo un apasionante y noble ideal para convertirse, sin la menor dificultad, en una sosa sensiblería, y después de apagarse la fugaz llamarada que prendió en las masas del continente europeo en 1848, apenas quedó del internacionalismo más que el mortecino brillo de sus rescoldos. Hasta el socialismo, que en la Europa continental conserva algo del espíritu del internacionalismo, está tan atado a los límites nacionales en su lucha contra el capitalismo y la burocracia que la Internacional es poco más que una pía aspiración, y tiene pocas oportunidades de poder llevar a la práctica los auténticos ideales de hermandad que siempre han predicado sus profetas.

El triunfo del nacionalismo parece haber aplastado, por consiguiente, las nacientes esperanzas del internacionalismo. Sin embargo, podría parecer que no hay entre ambos un antagonismo esencial. Un internacionalismo auténtico y vigoroso en su espíritu o en su forma supondría más bien la existencia de nacionalidades poderosas y conscientes de su dignidad, que procurarán unirse sobre la base de las necesidades e intereses nacionales comunes. Este proceso histórico estaría mucho más en consonancia con las leyes del desarrollo social que un cosmopolitano anárquico, surgido de unidades distintas e inconexas y en un clima de decadencia de la vida nacional.

El nacionalismo lleva directa y fácilmente al internacionalismo y, si no lo hace, habría motivos para pensar que se ha producido una perver-

[3] W. Clarke, *Progressive Review*, febrero de 1897.

sión de la naturaleza y propósitos de aquél. Esta perversión es el imperialismo, en el cual las naciones fuerzan los límites de la asimilación natural y sin violencias, y transforman la saludable y estimulante rivalidad de los diversos tipos nacionales en una lucha a muerte de imperios en competencia.

El imperialismo agresivo no sólo impide el avance hacia el internacionalismo al fomentar la enemistad de los imperios rivales, sino que, con su ataque contra las libertades y contra la propia existencia de las razas más débiles o inferiores, provoca en éstas un exceso correlativo de autoconciencia nacional. Un nacionalismo erizado de rencor y deformado por la obsesión de la autodefensa supone una perversión casi tan grande de sus tendencias naturales como la del nacionalismo agitado por el ánimo de lucro y de expansión a costa de otros. Desde esta perspectiva, el imperialismo agresivo supone una estimulación artificial del nacionalismo de pueblos que son demasiado diferentes para ser absorbidos y demasiado unidos para poder ser aplastados y sometidos de modo permanente. Nosotros, los británicos, provocamos la reacción nacionalista tan fuerte y tan peligrosa que acabamos de mencionar, en los pueblos de Africa, y estamos unidos con otras naciones para crear un clima de resentimiento nacionalista, hasta entonces desconocido, en China. La lesión infringida al nacionalismo en ambos casos consiste en convertir una fuerza interna, pacífica y cohesiva, en una fuerza excluyente y hostil, es decir, en una perversión del auténtico poder y utilidad de la nacionalidad. Su consecuencia peor y más segura es el retraso del internacionalismo. El anterior nacionalismo era primariamente un sentimiento de solidaridad interna; su relación natural con este mismo sentimiento en otro pueblo era la falta de simpatía, no la hostilidad abierta. No existía un antagonismo consustancial que impidiese a las diversas nacionalidades crecer y desarrollarse pujantes, unas junto a las otras. Así era, en términos generales, el nacionalismo de principios del siglo XIX. Por ello, los políticos del librecambismo tenían algún fundamento para soñar en el rápido desarrollo de un internacionalismo auténtico y espontáneo, que será el resultado del intercambio pacífico y lucrativo de bienes e ideas entre las naciones que creyeran en la justa armonía de intereses de los pueblos libres.

El desbordamiento del nacionalismo y el haberle buscado salida por los aliviaderos imperiales terminó con todas esas esperanzas. Mientras las nacionalidades que coexisten pueden prestarse ayuda mutua sin que se produzcan antagonismos de intereses entre ellas, cuando existen varios imperios al mismo tiempo y cada uno pone en práctica su propia política imperialista de expansión industrial y territorial, se convierten inevitablemente en enemigos. No pueden entenderse del todo las características de este antagonismo en su dimensión económica sin analizar detenidamente las circunstancias de la producción capitalista moderna, que exige una lucha cada vez más dura «por la conquista de los mercados»; pero, por lo que se refiere a la dimensión política, el antagonismo es evidente.

La rebatiña por Africa y Asia hizo que prácticamente se replantease la política de todas las naciones europeas. Suscitó alianzas que contradecían todas las simpatías y tradiciones históricas, obligó a todas las naciones del continente europeo a dedicar una cantidad cada vez mayor de sus recursos materiales y humanos al ejército y la marina, arrancó de su aislamiento el enorme poderío, recién creado, de los Estados Unidos y le forzó a participar en el frenesí de las rivalidades; y, por la multitud, la magnitud y la subitaneidad de las cuestiones en litigio que hizo surgir en el escenario político, se convirtió en un constante peligro de inestabilidad y perturbación para la paz y el progreso de la humanidad. La nueva política ejercitó una gigantesca influencia en el arte de gobernar de las naciones que no tuvieron inconveniente en adoptarla. Aunque para consumo de las masas puso en circulación doctrinas que hablaban del destino nacional y de la misión civilizadora del imperio, que eran contradictorias en el fondo, pero que se complementaban a efectos de ganar el apoyo del pueblo para el imperialismo, la nueva política generó un tipo de maquiavelismo calculador y codicioso que en Alemania, que fue su creadora, se denominó «real-politik», y que remodeló todo el arte de la diplomacia e hizo del objetivo de la expansión y el engrandecimiento nacionales sin piedad ni escrúpulos la fuerza motriz que deliberadamente iba a condicionar toda la política exterior. El deseo avaricioso de hacerse con más tierras y la rebatiña por los mercados mundiales fueron la causa del incumplimiento, paladinamente reconocido, de obligaciones impuestas por tratados que Alemania, Rusia e Inglaterra no habían tenido escrúpulos en defender. La acomodaticia elasticidad del lenguaje diplomático: *hinterland,* esfera de interés, esfera de influencia, supremacía, derecho de soberanía, protectorado abierto o solapado, llevando a actos de apropiación o anexión por la fuerza, que a veces continuaban camuflándose con palabras como «arrendamiento», «rectificación de frontera», «concesión» u otras parecidas, fue la creación y expresión de esta cínica actitud del imperialismo. Aunque Alemania y Rusia tuvieron quizá menos remilgos en admitir que el único criterio de su política era la consecución de beneficios materiales para su país, tampoco otras naciones se descuidaron en aceptar la misma norma. Aunque la conducta de las naciones al establecer tratos unas con otras ha es-

tado normalmente inspirada por móviles egoístas y miopes, la adopción consciente y deliberada de estos criterios en una época en que la interrelación y la interdependencia de las naciones para todo lo que es esencial para la vida humana resultan aún más estrechas, significa una actitud retrógrada que encierra graves peligros para la causa de la civilización.

Parte I

LA ECONOMIA DEL IMPERIALISMO

Capítulo 1
CUANTIFICACION DEL IMPERIALISMO

La mejor forma de aclarar las sutilezas del significado que hoy encierra la palabra imperialismo es examinar los hechos concretos de la historia de los últimos sesenta años. Durante ese período, una serie de naciones europeas, y primero y principalmente Gran Bretaña, se anexionaron o ejercieron mediante algún otro procedimiento su soberanía política en dilatadas regiones de Africa y Asia, en numerosas islas del Pacífico y en otras partes. Ni siquiera las personas interesadas por la política imperial se dieron cuanta cabal de las proporciones de esta política expansionista ni, en particular, de la enorme magnitud y la peculiar índole de las adquisiciones británicas.

Los cuadros que ofrecemos a continuación con las áreas, y cuando es posible la población de las nuevas adquisiciones territoriales, tienen el propósito de dar precisión al término imperialismo. Aunque los datos correspondientes proceden de fuentes oficiales, no pretenden ser rigurosamente exactos. La acomodaticia nomenclatura que se utiliza al respecto mediante la cual lo que antes era tierra de nadie, o *hinterland*, pasa a ser ahora un cierto tipo de claro protectorado, sirve con frecuencia para camuflar el proceso; continuamente se están produciendo «rectificaciones» de fronteras fluctuantes; las «particiones» de esferas de influencia o protección en Africa y Asia, que deciden las potencias coloniales en sus

documentos, están con frecuencia poco claras y, en determinadas ocasiones, su área y su población son puras y problemáticas estimaciones.

Es incluso posible que, en algunos pocos casos, territorios que hemos hecho figurar como adquiridos después de 1870 hubieran sido reservados con anterioridad por alguna potencia europea. De todos modos, se ha puesto gran cuidado en no incluir más que aquellos territorios que, en el citado período de tiempo, hayan sido puestos, de forma que no deja lugar a dudas, bajo el control político de la potencia a la cual se atribuyen. Las cifras que se refieren a Gran Bretaña son tan asombrosas que exigen algunas precisiones más para su correcta interpretación. Me ha parecido honesto añadir a la lista de colonias y protectorados reconocidos como tales[1], el «protectorado camuflado» de Egipto, con su reivindicación de extensos territorios en el Sudán, todos los territorios asignados a las Compañías con Carta de Privilegio*, y los Estados nativos o feudatarios de la India que reconocían la supremacía británica, puesto que aceptaban que un representante británico, o algún otro funcionario de la misma nacionalidad, controlase de hecho la vida política.

Todos estos territorios corresponden claramente al Imperio británico, y si la Gran Bretaña mantiene todavía la política que ha venido siguiendo en el pasado, es decir, la práctica de un imperialismo intensivo por oposición a extensivo, los citados territorios se verán sometidos a un control colonial cada vez más riguroso y estricto[2].

En la relación de posesiones territoriales se incluyen unos pocos casos de países, por ejemplo en el Africa occidental, en los que se había obtenido algún pequeño dominio antes de 1870, si bien la mayor parte de la actual área colonial fue adquirida más recientemente. Si, al seguir este criterio, se ha incluido en Lagos o Gambia alguna posesión colonial de

[1] El Resumen Estadístico del Imperio británico para 1903 [Command papers (xx) 2395, pub. 1905] consigna un área de 9.631.100 millas cuadradas y una población de 360.646.000 personas.

[2] La situación corresponde a 1905. El que grandes extensiones de terreno hayan dejado de depender de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores para depender del Ministerio de Colonias es un síntoma de que el proceso de intensificación del control está en marcha. En las regiones norte y sur de Nigeria se llevó a cabo este cambio en 1900; en el protectorado de Africa Oriental, Uganda y Somalia, en 1904.

* Las Compañías con Carta de Privilegio *(Chartered Companies)*, gracias a un documento emitido por la suprema autoridad del Estado, quedaban autorizadas para actuar en plan de *monopolio* en determinados territorios, bajo ciertas condiciones. Tuvieron gran importancia en los siglos XVI y XVII contribuyeron a hacer surgir y fortalecer el capitalismo moderno *(N. del T.)* (xx) Los *Comand papers,* denominación que suele abreviarse con las letras Cd., C. o Cmd., son documentos oficiales preparados por el Gobierno británico y publicados por la Editora Real. *(N. del T.)*

origen más antiguo, ello está más que compensado por la expansión del área territorial de la Colonia de Costa de Oro, que no se incluye en la relación citada, y que de tener 29.000 millas cuadradas en 1873, pasó a tener 39.000 millas cuadradas en 1893.

La relación mencionada no es, desde luego, completa. No tiene en cuenta, por ejemplo, las diversas y amplias extensiones que han pasado a estar sometidas al control del Gobierno británico de la India en calidad de Estados nativos o feudatarios, de cuya extensión o población no existían estadísticas ni siquiera aproximadas. En este caso se encuentran los estados de Shan, la Frontera de Birmania y la Frontera Alta de Birmania, los distritos de Chitral, Bajam, Swat, Waziristan, que entraron en la «esfera de influencia» británica en 1893 y que Gran Bretaña ha venido considerando desde entonces como protectorados más estrechamente ligados a ella. La expansión que ha experimentado la propia India británica entre 1871 y 1891 representa un área de 104.993 millas cuadradas, con una población de 25.330.000 personas, pero no existen datos cuantitativos fidedignos que sean asequibles respecto a la formación de nuevos Estados nativos, ni durante el intervalo citado ni a partir de él. Muchas de las cifras que damos en el presente trabajo aparecen en números redondos, cosa que deja traslucir su dudosa exactitud, aunque las hemos tomado, siempre que ha sido posible, de publicaciones oficiales del Ministerio de Colonias británico, y las hemos corroborado o complementado con las del *Statesman's Year Book.*

No tenemos la pretensión de ilustrar así toda la historia de la expansión colonial británica durante los últimos treinta años, entre otras cosas porque omitimos también muchas ampliaciones territoriales llevadas a cabo en varias ocasiones por las propias colonias. De todos modos, incluso las estadísticas que damos representan una adición formidable al crecimiento de un Imperio, cuyo núcleo no tiene más que 120.000 millas cuadradas y 40.000.000 de habitantes.

El que una nación tan pequeña añada a sus dominios un área de 4.7[illegible]000 millas cuadradas[3], con una población estimada de 88.000.000 de habitantes, en el curso de una sola generación, es un hecho histórico de gran importancia.

Si aceptamos el cálculo que da sir Robert Giffen[4] de las dimensiones del Imperio británico (incluyendo Egipto y Sudán) de aproxima-

[3] Sir R. Giffen da la cifra de 4.204.690 millas cuadradas para el período comprendido entre 1870 y 1898.

[4] «The Relative Growth of the Component Parts of the Empire» [«El crecimiento relativo de las partes componentes del Imperio»], ponencia leída ante el Instituto Colonial en enero de 1898.

	Fecha de adquisición	Area en millas cuadradas	Población
Europa			
Chipre	1878	3,584	237,022
Africa			
Zanzíbar y Pemba	1888	1,000,000	200,000
Protectorado del Africa oriental	1895		2,500,000
Protectorado de Uganda	1894-1896	140,000	3,800,000
Protectorado de la Costa Somalí	1884-1885	68,000	(?)
Protectorado Británico del Africa Central	1889	42,217	688,049
Lagos	to 1899	21,000	3,000,000
Gambia	to 1888	3,550	215,000
Ashantee	1896-1901	70,000	2,000,000
Protectorado de la Costa del Niger	1885-1898	400,000 to 500,000	25,000,000 to 40,000,000
Egipto	1882	400,000	9,734,405
Sudán egipcio	1882	950,000	10,000,000
Oeste de Griqualandia	1871-1880	15,197	83,373
Zululandia	1879-1897	10,521	240,000
Bechuanalandia Británica	1885	51,424	72,736
Protectorado de Bechuanalandia	1891	275,000	89,216
Transkei	1879-1885	2,535	153,582
Tembulandia	1885	4,155	180,130
Pondolandia	1894	4,040	188,000
Este de Griqualandia	1879-1885	7,511	152,609
Compañía Británica de Sudáfrica	1889	750,000	321,000
Transvaal	1900	117,732	1,354,200
Colonia del Río Orange	1900	50,000	385,045
Asia			
Hong Kong (litoral)	1898	376	102,284
Wei-hai-wei	—	270	118,000
Socotora	1886	1,382	10,000
Alta Birmania	1887	83,473	2,046,933
Baluchistan	1876-1889	130,000	500,000
Sikkim	1890	2,818	30,000
(Estados de) Rajputana	since 1881	128,022	12,186,352
(Estados de) Birmania	since 1881	62,661	785,800
Jammu y Cachemira	since 1881	80,000	2,543,952
Estados Malayos Protegidos	1883-1895	24,849	620,000
Compañía del Norte de Borneo	1881	31,106	175,000
Protectorado del Norte de Borneo	1888	—	—
Sarawak	1888	50,000	500,000
Nueva Guinea Británica	1888	90,540	350,000
Islas Fiji	1874	7,740	120,124

damente 13.000.000 de millas cuadradas, con una población de unos 400 a 420 millones de habitantes (de los que alrededor de 50.000.000 son de raza y habla británicas), nos encontramos con que un tercio de este imperio, en el que habita más de una cuarta parte de la población total del mismo, fue adquirido en los últimos treinta años del siglo XIX. Y no hay discrepancias excesivas entre estos datos y otras estimaciones independientes de la citada[5].

La lista de los nuevos territorios indica claramente cuáles son las características de esta expansión imperial.

Aunque, por razones de comodidad, se fija en el año 1870 el comienzo de una política imperialista deliberadamente decidida, es claro que no llegó a su apogeo hasta mediados del decenio de 1880. El enorme aumento de los territorios y el método de particiones a gran escala, que asignó a la Gran Bretaña vastas regiones de Africa, datan del año 1884, aproximadamente. En los quince años siguientes, el Imperio británico aumentó unos tres millones y tres cuartos de millas cuadradas[6].

La Gran Bretaña no estuvo sola en esa empresa. La principal característica del imperialismo moderno, que se inicia en el mismo período indicado, es la competencia de los imperios rivales. El final de la guerra franco-prusiana marcó el comienzo de una nueva política colonial lo mismo en Francia que en Alemania, cuyos frutos empezarían a recogerse en la década siguiente. Era natural que el recién fundado Imperio alemán, rodeado como estaba de poderosos enemigos y de aliados poco de fiar, y viendo como su juventud más audaz y emprendedora emigraba atraída por Estados Unidos y otros países extranjeros, pensara en formar un imperio colonial. Durante el decenio de 1870 aparecieron una serie de obras que defendían vigorosamente la política que un poco más tarde sería modelada por las manos poderosas de Bismarck[7]. En 1880 el Gobierno alemán concedió la primera ayuda oficial al fomento del comercio alemán con el exterior. La beneficiada por esta ayuda fue la «Asociación Alemana de Comercio y Plantaciones de los Mares del Sur». Del mismo año datan las relaciones de Alemania con Samoa, si bien fue en el año 1884 cuando este país comenzó decididamente su carrera imperialista poniendo en práctica una política de protectorados en Africa y de anexiones de islas en Oceanía. En el curso de los quince años siguientes, Alemania sometió a su soberanía colonial aproximada-

[5] Ver cuadro de «Colonias y dependencias británicas» en la página 42.
[6] *Liberalism and the Empire*, p. 341.
[7] La más vigorosa y las más vendida fue el tratado de Fabri: *Bedarf Deutschland der Colonien* [«Alemania necesita colonias»].

mente 1.000.000 de millas cuadradas, con una población estimada en unos 14.000.000 de habitantes. Casi todos estos territorios eran tropicales, y en ellos la población blanca no representaba más que unos pocos miles de personas.

COLONIAS Y DEPENDENCIAS BRITANICAS, 1900[8]

	Area en millas cuadradas	Población estimada
Dependencias europeas	119	204,421
Dependencias asiáticas		
India (1.800.258 millas cuadradas, con 287.223.431 habitantes); Otras (27.321 millas cuadradas, con 4.363.257 habitantes)	1,827,579	291,586,688
Colonias africanas	535,398	6,773,360
Colonias americanas	3,952,572	7,260,169
Colonias de Australasia	3,175,840	5,009,281
Total	9,491,508	310,833,919
Protectorados		
Asia	120,400	1,200,000
Africa (incluyendo Egipto y el Sudán egipcio)	3,530,000	54,730,000
Oceanía	800	30,000
Total Protectorados	3,651,200	55,960,000
Total general	13,142,708	366,793,919

De modo análogo, a principios del decenio de 1880 tuvo lugar en Francia un resurgimiento del viejo espíritu colonial. El más influyente de los portavoces de esta tendencia fue el eminente economista M. Paul Leroy-Beaulieu. A la ampliación del Imperio francés en el Sahara y el Senegal en 1880, siguió un año después la anexión de Túnez, y en 1884 Francia se vio activamente comprometida en la rebatiña del reparto de Africa, al tiempo que afianzaba su soberanía en Tonking y Laos, en Asia. Las adquisiciones imperiales de Francia entre 1880 y 1900 (excluyendo Nueva Caledonia y sus posesiones) representaban un área de más de tres millones y medio de millas cuadradas, con una población nativa

[8] Compilado con datos de Morris, *History of Colonization*. Vol. II, p. 87, y *Statesman's Year Book*, 1900. En el apéndice se dan también las cifras correspondientes a 1933-1934.

de unos 37 millones; los correspondientes territorios eran todos tropicales o subtropicales, y estaban habitados por razas «inferiores», incapaces de asimilar una auténtica colonización francesa.

Las ambiciones de Italia en este terreno se desarrollaron de forma análoga a partir de 1880, aunque la desastrosa experiencia de las expediciones a Abisinia frenó la marcha del imperialismo italiano, y sus posesiones en el Africa oriental se reducen a la colonia de Eritrea, en el Norte, y al protectorado de Somalia[9].

De los restantes Estados europeos, sólo dos: Portugal[10] y Bélgica tomaron también parte directa en esta competición del nuevo imperialismo. Los acuerdos relativos a Africa que se ultimaron entre 1884 y 1886 asignaban a Portugal las vastas regiones de Angola, en la costa del Congo, mientras en 1891 quedó definitivamente sometida al control político portugués una amplia franja del Africa oriental. La anómala situación del gran Estado Libre del Congo, cedido al rey de Bélgica en 1883, y que desde entonces ha ido ampliándose como consecuencia de anexiones de extensos territorios, justifica que se considere a Bélgica como uno de los países que compiten por el imperio de Africa.

Por el contrario, puede afirmarse que España se ha retirado definitivamente de la palestra imperial. Las grandes e importantes posesiones holandesas en las Indias Orientales y Occidentales, aunque hasta cierto punto implican a este país en la política imperial, pertenecen al colonialismo antiguo: Holanda no toma parte en la nueva expansión imperial.

Rusia, único país activamente expansionista del Norte, presenta un crecimiento imperial de características peculiares que lo distingue de otros imperialismos en que sus avances se registraron principalmente en Asia, y su expansión se produjo mediante la ampliación directa de sus fronteras imperiales, practicando más que los demás una política colonial de asentamientos con vistas a actividades industriales y agrícolas. Es evidente, no obstante, que si bien la expansión rusa tiene un carácter más natural y más normal que el del nuevo imperialismo, llegó un momento en que estableció contacto y entró en rivalidad con las aspiraciones y las pretensiones del nuevo imperialismo en Asia, y se estaba acelerando durante el período que estudiamos en el presente trabajo.

[9] En el año 1905.

[10] De todas formas, la verdadera época del imperialismo portugués en Africa tuvo lugar hace dos siglos. Véase a este respecto la fascinante narración de Theal sobre la fundación de un imperio portugués, en *Beginnings of South African History* [«Los Principios de la Historia de Sudáfrica»].

La entrada de la poderosa y progresista nación de los Estados Unidos de América del Norte en la competición imperialista, al anexionarse Hawai y apropiarse los últimos restos del antiguo imperio español, no sólo añadió un nuevo y formidable rival a la lista de los que competían por el comercio y la expansión territorial, sino que hizo que los problemas se alteraran y se complicaran. A medida que el punto focal de la atención y las actividades políticas se iba desplazando hacia los Estados del Pacífico, y que las aspiraciones comerciales de Norteamérica se iban cifrando en incrementar su comercio con las islas del Pacífico y las costas de Asia, iba pareciendo probable que las mismas fuerzas que empujaban a los Estados europeos a perseguir la expansión territorial actuarían también en Norteamérica, impulsándola a abandonar prácticamente el principio del aislamiento americano que hasta entonces había regido su política.

El cuadro comparativo de la situación colonial que aparece en la página 40 y que ha sido compilado por Mr. H. C. Morris[11] con datos tomados del *Statesman's Year Book* para 1900, indica la expansión del control político de las naciones occidentales en 1905[12].

Por lo que se refiere al imperialismo británico, una forma de descubrir, partiendo de bases sólidas, su índole política consiste en analizar las relaciones de gobierno que los territorios anexionados recientemente han tenido con la corona.

De acuerdo con las fuentes oficiales[13], las «posesiones coloniales» británicas se dividen en tres grupos: «(1) colonias de la corona, en las cuales la corona controla totalmente el proceso legislativo, mientras la administración está en manos de funcionarios públicos que dependen del Gobierno británico; (2) colonias que cuentan con instituciones representativas, pero no con gobierno responsable, en las que la Corona no tiene más que derecho al veto en la legislación, pero el Gobierno británico mantiene el control de la vida política; (3) colonias que cuentan con instituciones representativas y gobierno responsable, en las que la corona no tiene más que derecho al veto en la legislación, y el Gobierno británico no controla a ningún funcionario, con excepción del gobernador».

Pues bien, de las treinta y nueve áreas diferentes que a título de colonias o protectorados se anexionó Gran Bretaña a partir de 1870, ni una sola figura en la categoría (3) y en la categoría (2) no aparece más que el Transvaal.

El nuevo imperialismo no estableció ninguna colonia británica dota-

[11] Cf. *History of Colonization*, vol. II, p. 318 (Macmillan & Co.).
[12] Las cifras correspondientes a los años 1934-35 aparecen en el apéndice, pág. 332.
[13] Ver la «Colonial Office List» (Lista del Ministerio de Colonias).

	Número de colonias	Area en millas cuadradas		Población	
		Metrópoli	Colonias, etc.	Metrópoli	Colonias, etc.
Reino Unido	50	120,979	11,605,238	40,559,954	345,222,239
Francia	33	204,092	3,740,756	38,517,975	56,401,860
Alemania	13	208,830	1,027,120	52,279,901	14,687,000
Holanda	3	12,648	782,862	5,074,632	35,115,711
Portugal	9	36,038	801,100	5,049,729	9,148,707
España	3	197,670	243,877	17,565,632	136,000
Italia	2	110,646	188,500	31,856,675	850,000
Austria-Hungría	2	241,032	23,570	41,244,811	1,568,092
Dinamarca	3	15,289	86,634	2,185,335	114,229
Rusia	3	8,660,395	255,550	128,932,173	15,684,000
Turquía	4	1,111,741	465,000	23,834,500	14,956,236
China	5	1,336,841	2,881,560	386,000,000	16,680,000
U.S.A.	6	3,557,000	172,091	77,000,000	10,544,617
Total	136	15,813,201	22,273,858	850,103,317	521,108,791

da de autogobierno responsable. Por otra parte, si se exceptúa a los tres nuevos Estados de Sudáfrica, en los que la población de colonos blancos era relativamente importante, no se ha pretendido con seriedad preparar y educar a ninguno de los citados territorios anexionados para que tuvieran un autogobierno representativo y responsable. Ni siquiera en los tres Estados sudafricanos citados hay una intención, ni por parte del Gobierno británico ni por parte de los colonos, de que la mayoría de los que en ellos habitan lleguen a controlar el gobierno.

Es cierto que algunas de estas posesiones gozan de cierto autogobierno en calidad de protectorados o Estados feudatarios, dirigidos por sus propios príncipes nativos; pero en todas las cuestiones o problemas políticos importantes, todos ellos están sometidos al poder absoluto del Gobierno británico o de algún funcionario británico. Por lo demás, se tiende en general a hacer más rígido el control arbitrario de la metrópoli sobre los protectorados y a convertirlos en Estados, que son en realidad colonias de la corona británica, aunque no siempre se llamen así. Con la excepción de unos pocos experimentos realizados en la India, en todas partes se ha tendido a intensificar más el control imperial británico sobre los territorios anexionados y a transformar los protectorados, la administración de las compañías y las esferas de influencia en claros Estados británicos del tipo de las colonias de la corona.

Se puede atribuir esta situación, no a un deseo de imponer una tiranía por parte del gobierno imperial, sino a las condiciones impuestas por el clima y la población nativa sobre el poder inglés. Casi la totalidad

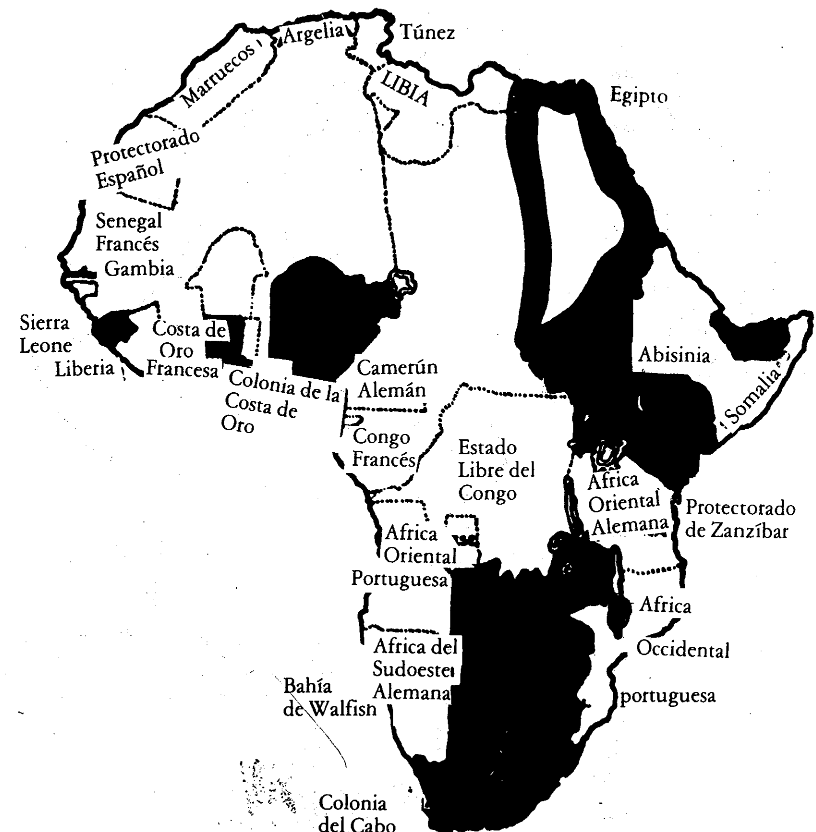
de estas nuevas posesiones son de clima tropical, o están tan próximas a los trópicos que es prácticamente imposible su colonización por parte de inmigrantes británicos. En las pocas regiones en que los europeos pueden trabajar y procrear, como ocurre en algunas zonas de Sudáfrica y Egipto, es tan numerosa la población nativa de «razas inferiores» que habitaba allí antes de la llegada de los blancos, que resultan imposibles tanto el asentamiento de un número importante de trabajadores británicos como que se les conceda, con garantías de seguridad, el pleno autogobierno de que disfrutan en Australasia y Canadá.

Lo mismo podría decirse, incluso en mayor grado del imperialismo de otros países del continente euro[illegible] El imperialismo moderno no ha trasplantado las libertades cívicas y políticas de sus metrópolis a ninguno de los vastos territorios que, a partir de 1870, han caído en poder de las potencias civilizadas occidentales. En el plano político, el imperialismo moderno ha supuesto una propagación de la autocracia.

Si examinamos el crecimiento del imperialismo tal como está ejemplificado en la expansión de la Gran Bretaña y de las principales potencias del continente europeo, podemos apreciar claramente que la diferencia entre imperialismo y colonización está justificada por los hechos y las cifras y que, en consecuencia, podemos formular, con fundamento empírico, los siguientes juicios generales:

Primero.—Casi la totalidad de esta expansión imperial consistió en la absorción política de tierras tropicales o subtropicales en las que no se establecerán los blancos con sus familias.
Segundo.—Casi todas las tierras mencionadas estaban densamente pobladas por «razas inferiores».

Por consiguiente, la expansión imperial de los últimos tiempos no tiene nada que ver con la colonización de tierras de zonas templadas, escasamente pobladas, a las que los colonos blancos emigran llevando con ellos las formas de gobierno, la industria y otros aspectos de la civilización de la madre patria. La «ocupación» de estos nuevos territorios estuvo a cargo de una pequeña minoría de blancos, funcionarios, mercaderes e industriales que ejercían el poder político y económico sobre grandes multitudes de pobladores nativos, a los que se consideraba inferiores e incapaces de ejercer nada que se pareciese al autogobierno, ni en la política ni en la industria.





Capítulo 2
EL VALOR COMERCIAL DEL IMPERIALISMO

El que la Gran Bretaña dedicara tanta energía, sangre y dinero a hacerse con posesiones coloniales y a asegurarse mercados en el extranjero, y el que la opinión pública británica se interesara tanto por dichos temas, podría hacer suponer que el comercio exterior constituía la primera fuente de ingresos del país; pues bien, no ocurría así. Aunque el volumen y el valor económico del comercio exterior y colonial de la Gran Bretaña era muy considerable y, en gran medida, esencial para el bienestar del país, no representaba más que un pequeño porcentaje de la totalidad de la industria nacional.

Según la estimación aproximada del Consejo de Comercio, «la proporción de la mano de obra británica empleada en la producción de bienes para la exportación (incluyendo la fabricación de los instrumentos necesarios para dicha producción y su transporte a los puertos) suponía entre una quinta y una sexta parte de la totalidad»[1].

Si suponemos que los beneficios, salarios, etc., correspondientes al comercio de exportación están al mismo nivel que los derivados del comercio interior, podemos concluir que los ingresos nacionales proceden-

[1] *Command Papers*, 1761, p. 361.

tes de la producción y transporte de bienes para la exportación representarían entre una quinta y una sexta parte de la renta nacional. Si tomamos la mayor de estas dos estimaciones como válida, tendremos que el comercio exterior proporcionaba trabajo a un 20% de la industria británica, mientras el 80% restante trabajaría en el suministro de los mercados del interior.

No ha de suponerse, sin embargo, que estas estimaciones representen un exponente exacto del valor neto del comercio exterior británico, ni del volumen de pérdidas que supondría un descenso de la exportación a los mercados exteriores. No hay base suficiente para creer que una determinada política proteccionista o de cualquier otro tipo restrictivo del comercio internacional que pudieran adoptar las demás naciones, y que ocasionara un descenso gradual de las exportaciones inglesas, supondría una pérdida *equivalente* en la renta nacional y en el empleo del capital y mano de obra de la Gran Bretaña. No existen datos objetivos para afirmar, como a veces se hace, que la demanda interior es una cantidad fija, y que toda la producción que exceda de dicha cantidad debe encontrar un mercado en el extranjero o no podrá venderse. No hay un límite fijo para la cantidad de capital y mano de obra que puede dedicarse al suministro del mercado interior, siempre que la demanda efectiva de bienes producidos esté distribuida de tal forma que cada incremento de la producción estimule el correspondiente aumento del consumo.

En tales condiciones, una pérdida gradual de los mercados exteriores ocasionaría el correspondiente desplazamiento de más capital y más mano de obra hacia las industrias que abastecen el mercado interior, y los bienes que produjeran este capital y esta mano de obra se venderían y consumirían dentro del país. En este caso, habría normalmente ciertas pérdidas, porque es de suponer que el mercado exterior que se hubiera perdido daría más beneficios que el nuevo mercado nacional que vendría a ocupar el puesto de aquél; pero, en todo caso, dichas pérdidas representarían una cifra mucho menor que el total del valor del comercio transferido de la forma indicada. Significarían, de hecho, una disminución de los beneficios, y quizá de los salarios, porque el mercado nacional que vendría a reemplazar al mercado exterior sería menos remunerador que éste.

Todo lo que llevamos dicho no significa, desde luego, que si Gran Bretaña prescindiera de sus mercados exteriores no experimentaría grandes pérdidas en su comercio y en sus ingresos. Su economía necesita, como es bien sabido, importantes mercados exteriores para poder comprar, con los ingresos de las exportaciones, alimentos y materias primas que no puede producir, o que le resultaría muy desventajoso producir.

Por eso es vital para Gran Bretaña vender mucho en el exterior. Pero, una vez admitida esta exigencia, el valor de los mercados extranjeros de Gran Bretaña habrá de medirse, sin duda, no por el valor agregado de los bienes que dicho país vende en el exterior, sino por el mayor beneficio que produce vender esos bienes en el extranjero, frente al que se obtendría vendiéndolos (o vendiendo una cantidad equivalente de otros bienes) en el mercado interior. No hay razón alguna para suponer que si esos bienes no se venden en el exterior, tampoco podrían venderse, ellos o sus equivalentes, en el mercado interior, ni siquiera a un precio más bajo. No existe un límite natural e inalterable que fije la proporción del producto nacional que puede venderse y consumirse en el interior de un país. Naturalmente, es preferible vender en el extranjero porque los beneficios suelen ser mayores; pero las ventajas que ello produce en la industria y la renta nacionales ha de medirse, no por el valor de las ventas efectuadas al exterior, sino por la índole más rentable de este tipo de operaciones.

Las consideraciones que preceden eran necesarias para darnos cuenta de que: (1) la importancia del comercio exterior no puede medirse adecuadamente, por la proporción que su volumen y valor representan en un momento dado con relación al comercio interior, y (2) que no es, en modo alguno, fundamental para el progreso industrial de una nación que su comercio exterior se desenvuelva, en todos los casos, al mismo ritmo que el comercio interior.

Cuando una nación moderna alcanza un alto grado de desarrollo en las técnicas industriales dedicadas a suministrar a la población lo más necesario para la vida y luego para la comodidad, un porcentaje cada vez más alto de las energías productivas de esa nación empezarán a desplazarse hacia industrias más complejas, hacia los servicios de transporte, hacia la distribución y hacia los servicios profesionales, de funcionariado público y otros tipos de servicios personales; es decir, hacia la producción de bienes y servicios menos idóneos, en general, para el comercio internacional que esos otros bienes menos complejos que sirven para construir las primeras fases de una civilización[2]. Si esto es así, resultará que, mientras hasta un momento determinado del desarrollo de la vida nacional el comercio exterior crecerá rápidamente, pasado ese punto sobrevendrá un descenso, no en el volumen y el crecimiento absolutos, sino en el volumen y crecimiento relativos.

[2] Ver *Contemporary Review,* agosto, 1905, en la que el autor ilustra esta tendencia con estadísticas de distribución ocupacional relativas a diversas naciones.

Año	Comercio (en millones)	Valor por habitante	Año	Comercio (en millones)	Valor por habitante
		£ ch. p.			£ ch. p.
1870	547		1885	642	
1871	615		1886	619	
1872	669		1887	643	
1873	682		1888	686	
1874	668		1889	743	
Promedio	636	**19 19 3**	Promedio	666	18 4 5
1875	655		1890	749	
1876	632		1891	744	
1877	647		1892	715	
1878	616		1893	682	
1879	612		1894	682	
Promedio	632	18 16 6	Promedio	715	18 14 10
1880	697		1895	703	
1881	694		1896	738	
1882	720		1897	745	
1883	732		1898	764	
1884	686		1899	805	
Promedio	706	20 1 3	Promedio	753	**18 15 6**

En el apéndice, página 333, se dan las cifras para los años 1910-1934.

Hay motivos para afirmar que Gran Bretaña había alcanzado en 1905 el nivel industrial en el que el comercio exterior, aun siendo todavía importante, comienza a ser relativamente menos importante dentro de la economía nacional.

Como puede verse en el cuadro que aparece más arriba, entre 1870 y 1900, el valor del comercio exterior de Gran Bretaña creció menos rápidamente que su población. Según las estimaciones generalmente aceptadas, el crecimiento de la renta nacional británica durante esas tres décadas pasó de £ 1.200.000.000 a £ 1.750.000.000, aproximadamente, con un aumento de alrededor del 10% en la renta por cabeza; y, sin embargo, el valor *per cápita* del comercio exterior disminuyó de hecho.

Aunque el incremento real del volumen del comercio exterior de Gran Bretaña fue considerable, si se tiene en cuenta la caída general de los precios a partir de 1870, sigue siendo evidente que ni el volumen ni

el valor del comercio exterior del país se mantuvieron al ritmo del volumen y el valor del comercio interior durante este período[3].

Veamos ahora si la enorme sangría de energías y dinero que supuso la expansión imperial británica fue acompañada de un crecimiento del comercio dentro del imperio en comparación con el comercio exterior. Dicho de otra forma: ¿tiende la política de la Gran Bretaña a hacer al Imperio británico cada vez más autosuficiente en términos económicos? ¿Es verdad que el comercio llega detrás de la bandera?

Las cifras que aparecen en el cuadro siguiente muestran la proporción que representa el comercio inglés en las colonias y posesiones británicas en el conjunto del comercio exterior británico en la segunda mitad del siglo XIX. Se ha tomado como base de comparación un periodo más largo con objeto de que destaque más la verdad fundamental, es decir, que el imperialismo no tuvo influencia apreciable en el volumen del comercio exterior británico hasta que no se tomaron medidas proteccionistas y discriminatorias durante la primera guerra mundial, y después de

PORCENTAJES DE VALORES TOTALES

Promedios anuales	Importaciones de Gran Bretaña, procedentes de		Exportaciones de Gran Bretaña a	
	Países extranjeros	Posesiones británicas	Países extranjeros	Posesiones británicas
1855-1859	76,5	23,5	68,5	31,5
1860-1864	71,2	28,8	66,6	33,4
1865-1869	76,0	24,0	72,4	27,6
1870-1874	78,0	22,0	74,4	25,6
1875-1879	77,9	22,1	67,0	33,0
1880-1884	76,5	23,5	65,5	34,5
1885-1889	77,1	22,9	65,0	35,0
1890-1894	77,1	22,9	66,5	33,5
1895-1899	78,4	21,6	66,0	34,0
1900-1903	77,3	20,7	63,0	37,0

Este cuadro *(Command Papers,* 1761, p. 407) no tiene en cuenta el oro, sino sólo las mercancías. No se incluyen en las exportaciones los barcos de pequeño y gran tonelaje, de las que no hay datos anteriores a 1897. En las exportaciones sólo figura la producción de Gran Bretaña. Las cifras correspondientes a los años que van hasta 1934 aparecen en el apéndice, página 371.

[3] En los cuatro años siguientes a 1899 aparece un considerable aumento del valor del comercio exterior en Gran Bretaña. El valor promedio por habitante entre 1900 y 1903 asciende a 21 libras, 2 chelines y 5 peniques. La cifra es anormal, y se debe en parte a gastos especiales coloniales y extranjeros relacionados con la guerra de los boers, y en parte al aumento general de precios en comparación con el nivel anterior.

ella. Prescindiendo del anormal aumento de las exportaciones a las colonias que tuvo lugar en Gran Bretaña entre 1900 y 1903 debido a la guerra de los boers, vemos que los porcentajes del comercio exterior británico cambiaron muy poco durante ese medio siglo. Las importaciones coloniales descendieron un poco, y las exportaciones coloniales subieron ligeramente durante la última década, en relación con las cifras de comienzos del período. Aunque a partir de 1870 aumentaron tan enormemente las posesiones británicas y, como es natural, se produjo la correspondiente reducción del área de los «Países extranjeros», la expansión imperial británica no fue acompañada por un aumento en el porcentaje del comercio intraimperial, según se desprende de las cifras relativas a las importaciones y exportaciones de la Gran Bretaña durante el siglo XIX.

Los hechos de la historia reciente del comercio británico no avalan el dogma de que «el comercio llega detrás de la bandera». Hasta ahora hemos considerado el problema desde el punto de vista de la Gran Bretaña; pero si analizamos las relaciones de nuestro país con sus colonias desde el punto de vista de éstas, y nos preguntamos si el comercio exterior de las colonias británicas tiende a una mayor unión con la metrópoli, ¿cuál sería la respuesta?

La detallada investigación estadística del profesor Alleyne Ireland en relación con el comercio de nuestras posesiones coloniales asesta un golpe aún más duro a la tesis de que el comercio llega detrás de la bandera. Tomando como base el mismo período que nosotros hemos comentado, afirma los dos hechos siguientes:

«El total de las importaciones comerciales de todas las colonias y posesiones británicas ha aumentado a un ritmo mucho mayor que las importaciones procedentes del Reino Unido». «El total de las exportaciones de todas las colonias y posesiones británicas ha aumentado a un ritmo mucho mayor que las exportaciones al Reino Unido»[4].

El cuadro siguiente[5] muestra la disminución gradual de la importancia para las colonias británicas de sus relaciones comerciales con la metrópoli a partir de 1872-75. Dicha disminución puede apreciarse en los porcentajes correspondientes al valor de las exportaciones a la metrópoli y de las importaciones de ella en relación con el valor del total de las importaciones y exportaciones de las colonias y posesiones británicas[6].

[4] *Tropical Colonization*, página 125.

[5] Basado en los del profesor Ireland que aparecen en *Tropical Colonization*, pp. 98-101. Las cifras se han revisado y puesto al día con ayuda de los Resúmenes Estadísticos de las Posesiones Coloniales, *Command Papers* 307.

[6] Las cifras relativas a los años 1913-14, 1924-29 y 1933-34 pueden verse en el apéndice, págs. 372-73.

Promedios cuatrianuales	Porcentajes de importaciones llegadas a las colonias, etc., procedentes de Gran Bretaña	Porcentajes de exportaciones a Gran Bretaña procedentes de las colonias, etc.
1856-1859	46,5	57,1
1860-1863	41,0	65,4
1864-1867	38,9	57,6
1868-1871	39,8	53,5
1872-1875	43,6	54,0
1876-1879	41,7	50,3
1880-1883	42,8	48,1
1884-1887	38,5	43,0
1888-1891	36,3	39,7
1892-1895	32,4	36,6
1896-1899	32,5	34,9

Es decir, al tiempo que se mantenía estacionaria la dependencia comercial de Gran Bretaña respecto de su Imperio, la dependencia comercial de éste respecto de aquélla disminuía rápidamente.

El estado actual de las relaciones comerciales de Gran Bretaña con los países extranjeros y con los principales grupos de colonias británicas, respectivamente, puede apreciarse en el siguiente resumen correspondiente al año que finalizaba en diciembre de 1901[7].

	Importaciones de		Exportaciones a	
	Valor	Porcentaje	Valor	Porcentaje
	£		£	
Países extranjeros	417,615,000	80	178,450,000	63½
India Británica	38,001,000	7	39,753,000	14
Australasia	34,682,000	7	26,932,000	9½
Canadá	19,775,000	4	7,797,000	3
Sudáfrica Británica	5,155,000	1	17,006,000	6
Otras posesiones británicas	7,082,000	1	10,561,000	4
Total	522,310,000	100	280,499,000	100

[7] «Cobden Club Leaflet», 123, por Harold Cox. Las cifras relativas al año 1934-35 se dan en el apéndice.

Se ve claramente que la expansión imperial británica no fue acompañada de aumento alguno en el valor del comercio de Gran Bretaña con sus colonias y dependencias y, sin embargo, sí se produjo un crecimiento considerable del valor del comercio británico con los países extranjeros. Si el espacio lo permitiera, podríamos demostrar que el mayor incremento del comercio exterior de la Gran Bretaña tuvo lugar entre nuestro país y el grupo de naciones industrializadas que solemos considerar como nuestros rivales más importantes en el mercado mundial, y cuya enemistad política corríamos el riesgo de suscitar con nuestra política expansionista: Francia, Alemania, Rusia y Estados Unidos.

Nos queda por examinar una cuestión de enorme importancia por sus relaciones con el imperialismo moderno. Ya hemos subrayado el interés que tiene la distinción fundamental entre imperialismo y auténtico colonialismo. Esa distinción aparece también con especial relieve en las estadísticas concernientes al desarrollo del comercio de Gran Bretaña con sus posesiones en el extranjero.

En el cuadro que ofrecemos a continuación hemos sintetizado los resultados de una detallada investigación realizada por el profesor Flux[8] sobre el comercio británico con la India, las colonias autogobernadas y otras colonias, respectivamente[9].

	Porcentajes de importaciones procedentes de Gran Bretaña		Porcentajes de exportaciones a Gran Bretaña	
	1867-71	1892-96	1867-71	1892-96
India	69,2	71,9	52,6	33,2
Colonias autogobernadas	57,5	59,2	55,4	70,3
Otras colonias	34,3	26,4	46,4	29,3

El profesor Flux resume los principales resultados de sus comparaciones de este modo: «El gran factor del crecimiento del comercio colonial británico resulta ser, claramente, el crecimiento del comercio con las colonias a las que se ha concedido el autogobierno. Las transacciones ex-

[8] «The Flag and Trade» («La bandera y el comercio»), *Journal of Statistical Society*, septiembre 1899, Vol. lxii, pp. 496-98.

[9] En el apéndice de este libro se relacionan las cifras correspondientes a los años 1913-14, 1924-29 y 1933-34.

teriores de éstas se han duplicado casi, y el porcentaje de las operaciones realizadas con la metrópoli ha pasado de aproximadamente el 56,5% al 65%.»

Estadísticas posteriores[10] sobre el comercio británico con la India, con las colonias autogobernadas y con otras colonias y posesiones, ofrecen el mismo resultado, desde el punto de vista de Gran Bretaña, de un modo aún más llamativo.

VALOR DE LAS IMPORTACIONES ENVIADAS A GRAN BRETAÑA PROCEDENTES DE LOS DISTINTOS LUGARES DEL IMPERIO. (EN MILLONES REDONDEADOS.)

	1889	1890	1891	1892	1893	1894	1895	1896	1897	1898	1899	1900[11]	1901	1902	1903
Colonias autogobernadas	51	52	57	58	58	62	67	64	77	80	80	69	68	71	84
India	37	33	33	34	28	31	29	27	26	29	29	31	34	32	37
Otras posesiones	15	15	16	15	15	17	16	16	16	16	18	19	17	19	16

VALOR DE LAS EXPORTACIONES PROCEDENTES DE GRAN BRETAÑA ENVIADAS A LOS DISTINTOS LUGARES DEL IMPERIO

	1889	1890	1891	1892	1893	1894	1895	1896	1897	1898	1899	1900	1901	1902	1903
Colonias autogobernadas	48	44	45	39	37	35	43	47	45	44	48	55	59	68	66
India	40	45	39	37	38	36	31	38	37	38	40	41	46	42	45
Otras posesiones	15	17	15	14	14	15	14	13	13	15	17	18	18	17	18

Los cuadros precedentes muestran que mientras el comercio británico de importación y exportación con las colonias autogobernadas mostraban un gran avance, las importaciones procedentes de la India y «otras posesiones» permanecían estacionarias, y las exportaciones del Reino Unido a la India y «otras posesiones» manifestaban una tendencia muy débil y muy irregular al aumento.

La importancia de los resultados indicados para el estudio del imperialismo moderno consiste en que todo el impulso de éste iba dirigido a la adquisición de pueblos y tierras pertenecientes no al grupo de autogobernados, sino al que hemos llamado «otras posesiones». La expansión británica se interesó casi exclusivamente por la adquisición de tierras tro-

[10] Resumen Estadístico del Imperio Británico de 1889 a 1903 *(Command Papers*, 2395, pp. 25-28). En el apéndice ofrecemos cuadros completos relativos a las exportaciones e importaciones de la Gran Bretaña a las diversas partes del imperio para los años 1904 a 1934.

[11] La disminución de las importaciones procedentes de las colonias autogobernadas en los años 1900-1902 se debe enteramente a la interrupción de las importaciones de oro de Sudáfrica.

picales y subtropicales pobladas por razas a las que Gran Bretaña no tuvo nunca verdadera intención de conceder el autogobierno. Con excepción del Transvaal y de la Colonia del Río Orange, ninguna de las adquisiciones británicas posteriores a 1870 pertenecían, ni siquiera a título de posibilidad, al grupo de las colonias autogobernadas, e incluso en el caso de los dos Estados de Sudáfrica, el futuro autogobierno se refería sólo a una minoría blanca de la población. El rasgo distintivo del imperialismo moderno desde el punto de vista comercial es la adición al Imperio británico de zonas tropicales y subtropicales que mantienen un comercio escaso, precario y sin futuro con la metrópoli.

El único aumento importante que se ha producido en las importaciones británicas desde 1884 procede de las auténticas colonias de Australasia, América del Norte y Colonia de El Cabo. El comercio con la India ha permanecido estancado, y las transacciones mercantiles con las colonias tropicales de Africa e Indias Occidentales han sido en la mayoría de los casos irregulares y han mostrado tendencia al descenso. En las exportaciones británicas aparecen las mismas pautas generales, haciendo la salvedad de que Australia y Canadá muestran un deseo cada vez más firme de no depender de las manufacturas británicas; y el comercio con las colonias tropicales, aunque indica algún aumento, es de pequeño volumen y muy fluctuante.

Por lo que se refiere a los territorios adquiridos por Gran Bretaña en la era del nuevo imperialismo, y salvo una excepción, a ninguno puede considerársele un buen negocio.

El cuadro siguiente presenta las cifras oficiales del valor del comercio británico de importación y exportación con las posesiones tropicales y subtropicales a principios del presente siglo. En ambas cuentas se incluyen sumas en lingotes, en dinero y en monedas. El volumen total de las exportaciones de Gran Bretaña a sus nuevos protectorados de Africa, Asia y el Pacífico no representó más que unos nueve millones de libras esterlinas, de esa suma más de seis millones correspondían a operaciones realizadas con los Estados Protegidos de Malaya, y la mayor parte de las operaciones se hicieron con el Lejano Oriente. El volumen total de las importaciones supuso unos ocho millones de libras esterlinas, la mitad de los cuales correspondieron también a operaciones realizadas con los indicados Estados malayos. Cualquiera que sea el margen de beneficios que estimemos para estas transacciones, no constituirán más que una parte absolutamente insignificante de la renta nacional británica y, sin embargo, los gastos relacionados directa o indirectamente con la adquisición, administración y defensa de esas posesiones es inevitable que devoren una suma incomparablemente mayor.

Comercio británico con las nuevas posesiones [12]	Importaciones en libras	Exportaciones en libras
	£	£
Chipre	83,842	132,445
Protectorado de Zanzíbar	114,088	88,777
Protectorado Británico de Africa Oriental (incluyendo Uganda)	123,006	17,274
Somalilandia	389,424 [13]	333,842 [13]
Protectorado de Nigeria del Sur	1,228,959	922,657
Protectorado de Nigeria del Norte	240,110	68,442
Lagos	641,203	366,171
Gambia	142,560	15,158
Borneo Británico del Norte	275,000	368,000
Estados Malayos Protegidos	4,100,000	6,211,000
Fiji	30,567	10,161
Protectorado Británico de las islas Solomon	—	32,203
Protectorado de las islas Gilbert y Ellice	20,359	21,502
Nueva Guinea Británica	—	62,891
Islas Leeward (islas de Sotavento)	168,700	67,178
Islas Windward (islas de Barlovento)	739,095	305,224

Si dejamos a un lado el aspecto cuantitativo para fijarnos en la calidad de estas nuevas exportaciones tropicales, veremos que era ínfima, ya que comprendían en su mayor parte, como muestra el análisis del Ministerio de Colonias, los productos textiles más baratos de Lancashire, las manufacturas metálicas más baratas de Birmingham y Sheffield y grandes cantidades de pólvora, bebidas alcohólicas y tabaco.

Todos estos datos empíricos inducen a sacar las siguientes conclusiones relativas al aspecto económico del nuevo imperialismo: primero, que el comercio exterior de la Gran Bretaña representa un porcentaje pequeño y menguante en relación con su comercio e industria interiores; segundo, que dentro del comercio exterior de nuestro país, las transacciones realizadas con las posesiones británicas representan un porcentaje cada vez menor de las efectuadas con los países extranjeros, y tercero, que dentro del comercio de Gran Bretaña con sus posesiones, las transacciones realizadas con las posesiones tropicales, y en especial con las nuevas posesiones tropicales, fueron las más pequeñas, las de menor progreso y las más fluctuantes en cantidad, y la calidad de las mercancías que comprendían era la más baja.

[12] *Command Papers*, 2395 y *Command Papers*, 2337.

[13] Se incluyen aquí lo mismo las operaciones realizadas con Gran Bretaña que con las posesiones británicas.

Capítulo 3
EL IMPERIALISMO COMO SALIDA PARA EL EXCESO DE POBLACION

Según una creencia ampliamente extendida, la expansión imperial es deseable, e incluso necesaria, para absorber y utilizar el exceso de la siempre creciente población británica. «La capacidad reproductora de la naturaleza», afirma esta creencia, «no soporta restricción alguna. La fuerza predominante en la historia de la humanidad es la tendencia de la población a desbordar sus cauces tradicionales para buscar medios de subsistencia más completos y más fáciles. La Gran Bretaña es una de las zonas más congestionadas del mundo por el número de sus habitantes. Su creciente población no puede encontrar en estas islas una ocupación suficientemente remunerada. Lo mismo a las personas dedicadas a profesiones liberales que a las clases trabajadoras les resulta cada vez más difícil ganarse el sustento de una forma decorosa y segura. En los mercados de trabajo hay exceso de oferta, y la emigración es una necesidad económica de importancia fundamental. Por otra parte, los que acuciados por estas circunstancias adversas abandonan la Gran Bretaña pertenecen, por lo general, al núcleo de las personas más fuertes y más enérgicas del país. Muchas de estas personas, cuya marcha definitiva de la nación hubiera constituido una gran pérdida, han sido ganadas para el Imperio gracias a la política de expansión imperialista. Se han instalado o bien en lugares despoblados del planeta, de los que se han apropiado y

que han conservado para la corona británica, o bien en lugares en los que han implantado con carácter permanente la supremacía británica sobre las razas inferiores que allí habitaban. Es nuestro más urgente interés nacional que este exceso de la población que emigra se instale en tierras sometidas a la corona británica, y, por tanto, Gran Bretaña debe mantener con carácter permanente la decisión de ampliar las tierras sometidas al control político británico, con el fin de poder proteger los nuevos hogares a los que se dirigen las citadas personas en busca de trabajo». Esta motivación está estrechamente vinculada con otros móviles económicos referentes al comercio y a las inversiones. Cuando los productos británicos, y especialmente el capital británico en forma de inversiones, se asientan en tierras extranjeras, es natural que lleven tras sí a ciertos sectores de la población británica, puesto que crearán la necesidad de comerciantes, ingenieros, supervisores y mecánicos que trabajen como empresarios o como ejecutivos. Por eso, siempre que se abría un nuevo territorio al comercio y al capital británico, se formaba allí un núcleo de población extranjera inmigrante. De aquí surgía de modo inevitable un conjunto de cuestiones políticas, un problema de inmigrantes extranjeros; los extranjeros británicos, que no se sentían satisfechos con la forma en que los trataba el gobierno del territorio al que habían inmigrado, solicitaban la intervención de su propio gobierno. De esta manera, el deber de proteger a los súbditos residentes en un país extranjero se identificaba, con el de proteger los bienes y propiedades británicas, y no sólo las propiedades personales de los inmigrantes, que con frecuencia no representaban más que una suma insignificante, sino también los intereses mucho más considerables de los inversores británicos. Pero dejando a un lado estos casos particulares, en términos generales, siempre que un grupo relativamente numeroso de súbditos británicos se afincan en un territorio salvaje o semi-civilizado tienen «derecho» a la protección del Gobierno británico, y, como muy pocas veces puede hacerse efectiva esa protección sin el ejercicio directo de la autoridad británica, resulta que la tutela imperial de la Gran Bretaña debe extenderse a todos esos territorios en cuanto se presente una ocasión apropiada para hacerlo.

Este ha sido el planteamiento práctico y teórico, comúnmente aceptado, de la cuestión. ¿Puede justificarse así la expansión imperial? Permítaseme que pregunte primero: ¿estaba Inglaterra tan superpoblada, y eran tan graves las perspectivas de un mayor crecimiento para que nos viéramos obligados a «acotar terrenos para el futuro» en otras partes del mundo? La realidad es ésta: Gran Bretaña no está ni ha estado tan densamente poblada como algunas prósperas regiones industriales de Alemania, los Países Bajos y China. Por lo demás, siempre que en el pa-

sado reciente se ha producido un aumento de la población, ha ido acompañado de un crecimiento mucho mayor de la riqueza y el poder de adquirir alimentos y otros medios de subsistencia. Como consecuencia de la actual especialización de la industria, se ha producido una aglomeración de la población en ciertos puntos, cosa que puede ser perjudicial en algunos casos para el bienestar de la nación; pero ello no quiere decir, desde luego, que el país este superpoblado en el sentido de que el número de habitantes crezca más rápidamente que los medios de subsistencia. Tampoco hay razones para temer que ese exceso de población se produzca en el futuro. Es cierto que quizá la industria y el comercio británico no sigan desarrollándose tan rápidamente como lo han hecho hasta aquí, aunque conviene añadir que las estadísticas relativas a la industria no avalan claramente este pronóstico; pero, incluso aunque así fuera, tampoco es probable que la población británica aumente muy rápidamente. Y para hacer este pronóstico sí tenemos bases estadísticas claras: La disminución del índice de crecimiento de la población británica, que ponen de manifiesto los censos recientes, justifica la conclusión de que, si continúan operando las mismas fuerzas, la población de la Gran Bretaña se mantendrá estacionaria a partir de mediados del presente siglo.

No existe, por consiguiente, necesidad de recurrir a una política de expansión con vistas a proporcionar medios de vida al exceso de población, presente o futura, de la Gran Bretaña. Pero aun admitiendo que haya sido necesaria la emigración del exceso de la población británica, ¿está justificado que Gran Bretaña gastara una parte tan importante de sus recursos nacionales, y corriera tan grandes riesgos, para apropiarse de nuevos territorios en que instalar a ese sobrante de su población?

La emigración total de los británicos no representa un porcentaje alto de la población. Ese porcentaje disminuyó perceptiblemente durante los años de expansión imperial: menos de la mitad de los emigrantes se instalaron en posesiones británicas, y una fracción infinitesimalmente pequeña se afincó en los países adquiridos como fruto de la política del nuevo imperialismo. Estos aleccionadores hechos quedan demostrados con los datos del cuadro oficial que figura a continuación, en el que aparecen las cifras estadísticas relativas a la emigración desde 1884 a 1903, año en que empieza lo que podríamos llamar pleamar de la expansión imperial.

Si se consideran como índice de la salida del «exceso» de población, incluso estas cifras resultan excesivas por dos razones. En primer lugar, en ellas están incluidos muchos viajeros y visitantes fortuitos que no eran en realidad emigrantes. En segundo lugar, para medir correctamente la

NUMERO DE PASAJEROS DE ORIGEN BRITANICO O IRLANDESES QUE SALIERON DEL REINO UNIDO CON DESTINO A PAISES FUERA DE EUROPA[1]

Año	Pasajeros con destino a					
	Estados Unidos	Norteamérica Británica	Australia y Nueva Zelanda	Cabo de Buena Esperanza y Natal	Otros Lugares	Total
1884	155,280	31,134	44,255	—	11,510	242,179
1885	137,687	19,828	39,395	—	10,724	207,644
1886	152,710	24,745	43,076	3,897	8,472	232,900
1887	201,526	32,025	34,183	4,909	8,844	281,487
1888	195,986	34,853	31,127	6,466	11,496	279,928
1889	168,771	28,269	28,294	13,884	14,577	253,795
1890	152,413	22,520	21,179	10,321	11,683	218,116
1891	156,395	21,578	19,547	9,090	11,897	218,507
1892	150,039	23,254	15,950	9,891	10,908	210,042
1893	148,949	24,732	11,203	13,097	10,833	208,814
1894	104,001	17,459	10,917	13,177	10,476	156,030
1895	126,502	16,622	10,567	20,234	11,256	185,181
1896	98,921	15,267	10,354	24,594	12,789	161,925
1897	85,324	15,571	12,061	21,109	12,395	146,460
1898	80,494	17,640	10,693	19,756	12,061	140,644
1899	92,482	16,410	11,467	14,432	11,571	146,362
1900	102,797	18,443	14,922	20,815	11,848	168,825
1901	104,195	15,757	15,350	23,143	13,270	171,715
1902	108,498	26,293	14,345	43,206	13,370	205,662
1903	123,663	59,652	12,375	50,206	14,054	259,950

emigración neta, hay que contrastar estas cifras con las correspondientes a la inmigración. Una vez hechas estas correcciones, resulta que la reducción neta de la población británica a causa de la emigración queda limitada a una media de 31.474 personas por año en el período comprendido entre 1895 y 1900.

El «boom» del noroeste del Canadá y de las colonias de Sudáfrica hizo aumentar perceptiblemente la salida de emigrantes al terminar el siglo XIX y comenzar el XX. Sin embargo, el resto del Imperio británico ha absorbido un porcentaje muy pequeño de los emigrantes de Gran Bretaña. El número de los que en 1903 embarcaron para «otros lugares» del Imperio fue de 8.719, y de ellos sólo unos pocos se afincarían realmente en las nuevas posesiones tropicales.

[1] El número de pasajeros correspondientes a los años 1912-1934 aparece recogido en el apéndice, pág. 338.

Es cierto que el nuevo imperialismo proporciona a las influyentes clases altas un cierto número de cargos en el ejército o la administración, y que también da trabajo temporalmente a unos cuantos ingenieros, misioneros, exploradores y supervisores de las empresas industriales y comerciales establecidas en las colonias; pero como creador de empleo, el nuevo imperialismo es un factor totalmente insignificante.

En 1905 no se estaban produciendo asentamientos importantes de colonos británicos en ninguna de las zonas del Imperio adquiridas desde 1870, con excepción del Transvaal y la Colonia del Río Orange, ni era probable que se produjeran en el futuro. Las características tropicales de la mayoría de las tierras adquiridas durante la era del nuevo imperialismo hacen imposible una verdadera colonización: no ha habido un auténtico asentamiento de británicos en esos lugares; un pequeño número de personas desempeñaron intermitentemente durante breves períodos de tiempo ocupaciones poco seguras. El nuevo imperio ha sido incluso más inoperante para la colonización que para un comercio rentable.

Capítulo 4
LOS PARASITOS ECONOMICOS DEL IMPERIALISMO

I

Viendo que el imperialismo británico de las últimas seis décadas es, evidentemente, un mal negocio, ya que, tras exigir enormes costos, no ha proporcionado más que un incremento pequeño, malo e inseguro de los mercados, y ha puesto en peligro, toda la riqueza de la nación al suscitar la violenta animadversión de otros países, podemos preguntarnos: «¿qué indujo a la nación británica a embarcarse en un negocio tan ruinoso?». La única respuesta posible es que los intereses económicos del conjunto de la nación están subordinados a los de ciertos grupos privados que usurpan el control de los recursos nacionales y los utilizan para su beneficio personal. No estamos haciendo una acusación peregrina o monstruosa, sino aludiendo a la enfermedad que con mayor frecuencia sufren todas las formas de gobierno. Hoy son tan veraces como cuando se escribieron aquellas famosas palabras de sir Thomas More: «Por todas partes veo confabulaciones de los ricos que, bajo pretexto y en nombre del bienestar nacional, buscan su propio beneficio».

Aunque el nuevo imperialismo ha sido un mal negocio para la nación británica, ha resultado rentable para ciertas clases sociales y para ciertos grupos industriales y financieros del país. Los enormes gastos de armamento, las costosas guerras, los graves riesgos y las situaciones embarazosas de la política exterior, los impedimentos y frenos a las refor-

mas sociales y políticas dentro de la Gran Bretaña, aunque hayan sido tan dañosos para la nación, han resultado muy provechosos para los intereses económicos de ciertos grupos industriales y profesionales.

Perderemos el tiempo si nos ponemos a hablar de política sin ver con claridad este hecho fundamental y sin percatarnos de que esos intereses privados son enemigos de la seguridad y del bienestar nacionales. Hay que olvidarse de los diagnósticos puramente sentimentales que explican las guerras y demás disparates nacionales como consecuencia de arrebatos de ira patriótica o de errores de los gobernantes. No cabe duda de que siempre que estalla una guerra, no sólo el hombre de la calle, sino también el hombre de Estado se ven embaucados por la astucia con que los propósitos agresivos y los fines codiciosos se disfrazan de actitudes meramente defensivas. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que no se tiene memoria de ninguna guerra que, por evidentemente agresiva que pudiera parecer al historiador desapasionado, no se presentara ante las gentes que eran convocadas a la lucha como una política defensiva necesaria, en la que estaba en juego el honor y hasta la misma existencia del Estado.

La catastrófica locura que suponen estas guerras, los daños morales y materiales que infringen, incluso a los vencedores, resultan tan claros para el espectador imparcial que se sentirá inclinado a pensar que nunca habrá un Estado con sensatez, y que esta especie de cataclismos naturales que son las guerras entrañan algún tipo de irracionalidad última en la vida política. No obstante, si se analizan cuidadosamente las relaciones existentes entre los negocios y la política, se verá que el imperialismo agresivo que estamos tratando de comprender no es, en términos generales, producto de ciegas pasiones racistas o de la insensatez y la ambición de los políticos. Es mucho más racional de lo que parece a primera vista. Aunque sea irracional desde el punto de vista del conjunto de la nación, es bien racional desde la perspectiva de ciertas clases sociales del país. Un Estado enteramente socialista que llevara bien sus libros de cuentas y presentara con regularidad balances de gastos e ingresos, no tardaría mucho en descartar el imperialismo; una democracia inteligente del *laissez-faire,* que concediera a todos los intereses económicos por igual la debida importancia relativa, haría lo mismo. Sin embargo, un Estado en el que ciertos círculos financieros bien organizados tengan más peso que el difuso y débil interés de la comunidad, estará destinado a mantener una política que responda a las presiones de dichos círculos.

Para poder explicar el imperialismo sobre la base de esta hipótesis, hemos de contestar a dos preguntas: ¿vemos en Gran Bretaña círculos bien organizados, con intereses comerciales y sociales que puedan beneficiarse del imperialismo agresivo y del militarismo que éste implica?; y si existe una asociación de intereses de este tipo, ¿cuenta con el poder necesario para que las decisiones políticas se ajusten a sus deseos?

¿Qué resultados inmediatos produce el imperialismo en el plano económico?: grandes gastos de fondos públicos en barcos, cañones, equipo y pertrechos militares y navales, gastos que se acrecientan y producen enormes beneficios cuando estalla una guerra, o hay peligro de que estalle; nuevos empréstitos públicos e importantes fluctuaciones en las bolsas nacionales e internacionales; más puestos para militares y marinos, y más cargos en los servicios consulares y diplomáticos; mejora de las inversiones en el extranjero, al reemplazar alguna bandera extranjera por la bandera británica; adquisición de mercados para determinadas exportaciones, y protección y ayuda para el comercio británico de estas manufacturas; trabajo para ingenieros, misioneros, buscadores de minas, ganaderos y otros emigrantes.

Hay un tipo determinado de negocios y de intereses profesionales que se nutren de los gastos que acarrea el imperialismo, o de los efectos de esos gastos, que van por tanto en contra del bien común, y que de forma instintiva van aproximando sus posiciones hasta que se unen e identifican con el firme deseo común de apoyar cualquier nueva proeza imperialista.

Si se investigara detalladamente qué se hace con los sesenta millones de libras esterlinas[1], que pueden considerarse como el gasto mínimo en armamento en el Reino Unido en tiempo de paz, se vería que la mayor parte de esa suma va a parar directamente a las arcas de ciertas grandes compañías que se dedican a construir barcos de guerra y transporte, a suministrarles carbón y equipo, a fabricar cañones, fusiles, municiones, aviones y vehículos motorizados de todas clases, a suministrar caballos, carros, guarnicionería, alimentos, ropas para las fuerzas armadas, a las contratas de cuarteles y de otras necesidades que representan grandes sumas. A través de estos canales principales llegan los millones a muchas empresas filiales o subsidiarias, la mayoría de las cuales saben muy bien que trabajan para equipar a las fuerzas armadas. Nos encontramos aquí con un importante núcleo del imperialismo comercial. Algunas de estas empresas, en especial las que se dedican a la construcción de barcos, de calderas, de cañones y municiones, están dirigidas por grandes compañías con inmenso capital, cuyos jefes son muy conscientes de la utilidad que tiene la influencia política en cuestiones de negocios. Estos

[1] Esa cantidad se refiere a 1905; en 1938 era de doscientos millones de libras esterlinas.

hombres son imperialistas convencidos, partidarios de una política agresiva.

Junto a ellos tenemos a los grandes fabricantes de mercancías para la exportación, que viven de vender a los nuevos países que nos anexionamos o abrimos al comercio, los productos que necesitan real o artificialmente. Las ciudades de Manchester, Sheffield, Birmingham, para no mencionar más que tres casos representativos, están llenas de empresas que compiten para introducir en los nuevos mercados productos textiles, ferretería, locomotoras, herramientas, maquinaria, bebidas alcohólicas, armas, etc.

La deuda pública invertida en las colonias británicas y en los países extranjeros que son protectorados o zonas de influencia de la Gran Bretaña se dedica, en su mayor parte, a préstamos para comprar carriles, locomotoras, armas y otros artículos y mercancías característicos de la civilización moderna, hechos y enviados por compañías británicas. La construcción de ferrocarriles, canales y otras obras públicas, la instalación de fábricas, el desarrollo de la industria minera, la mejora de la agricultura en esos nuevos países atraen poderosamente a importantes industrias manufactureras e inspiran una fe imperialista muy firme en sus propietarios.

El porcentaje del total de la industria británica que representan las citadas transacciones comerciales no es grande, pero algunas de las compañías que las realizan ejercen gran influencia y tienen un considerable impacto en la vida política a través de las Cámaras de Comercio, de los diputados del Parlamento, y de las organizaciones semipolíticas y semicomerciales, como la Asociación Imperial de Sudáfrica o la Sociedad de China.

Las empresas navieras tienen intereses muy concretos que contribuyen a fomentar el imperialismo. Ello puede verse claramente en las peticiones formuladas en la actualidad por las compañías navieras para que se ponga en práctica una política de subvenciones estatales a sus actividades marítimas, con objeto de estimular la industria naviera británica para la seguridad y defensa del imperio.

Las fuerzas armadas son, desde luego, imperialistas por convicción y por conveniencia profesional. Todo lo que sea ampliar el ejército de tierra, mar y aire supone un fortalecimiento del poder político que ejercen esos cuerpos. Al abolirse la compra del grado de oficial en el ejército y al abrirse la profesión a la clase media alta, se intensificó en gran medida este factor directo de fomento de las actitudes imperialistas. La fuerza de este factor se debe, desde luego, en gran medida al prurito de gloria y aventura de los oficiales del ejército que guarnecen las imprecisas e

intranquilas fronteras del imperio. De ahí ha surgido con mucha frecuencia el movimiento de expansión en la India. La influencia directa de los profesionales del ejército va acompañada del apoyo menos organizado, pero fuerte y muy sentido, de la aristocracia y las clases adineradas que desean que sus hijos hagan carrera en el mando de las fuerzas armadas.

Junto al ejército, podemos incluir al funcionario público de la India y a los numerosos cargos oficiales y semioficiales que existen en las colonias y protectorados británicos. Toda expansión del imperio aparece ante estos grupos sociales como un aumento de las oportunidades para que sus hijos hagan carrera como ganaderos, dueños de plantaciones, ingenieros o misioneros. Un alto funcionario de la India, sir Charles Crossthwaite, ha resumido muy acertadamente este punto de vista al comentar las relaciones británicas con Siam: «Lo importante era ver quién les iba a vender cosas y cómo podíamos sacarles el jugo, encontrar nuevos mercados para nuestras mercancías y trabajo para esos objetos superfluos de hoy en día que son nuestros chicos.»

Desde esta perspectiva, nuestras colonias siguen siendo lo que James Mill llamaba, con cinismo, «un gigantesco servicio de beneficencia para ayuda de las clases altas».

El Imperio británico ofrece una especie de aliviadero para todas las profesiones liberales, militares y civiles, para el ejército, la diplomacia, la iglesia, la abogacía, la enseñanza y la ingeniería, con lo que se resuelve la saturación del mercado nacional, se ofrecen oportunidades a los más aventureros e inquietos, y se habilita un oportuno y práctico limbo para que vayan a él los personajes y los historiales fracasados. La realidad es que el número de puestos ventajosos que brindan las recientes adquisiciones británicas es muy pequeño, pero son empleos que suscitan ese interés exagerado que siempre acompaña a los trabajos infrecuentes. Ampliar su número es otra fuerte motivación de los imperialistas.

Todos estos móviles, primariamente económicos, pero que no dejan de tener cierta dimensión sentimental, son particularmente poderosos en los círculos militares, clericales, académicos y de los funcionarios del Estado, y extienden un prejuicio interesado en favor del imperialismo en los círculos cultivados.

II

El factor económico más importante, a gran distancia de los demás, del imperialismo es la influencia que tiene en las inversiones. El crecien-

te cosmopolitano del capital ha constituido el cambio económico más notable que se ha registrado en las últimas generaciones. Todas las naciones industrialmente desarrolladas han tratado de colocar una gran parte de su capital fuera de los límites de su propia área política, en países extranjeros o en colonias, y de percibir una renta cada vez más alta de esta inversión.

No es posible hacer un cálculo exacto, ni siquiera aproximado, del importe total de los ingresos que la nación británica percibe de sus inversiones en el extranjero; pero tenemos en las valoraciones del impuesto sobre la renta una medida indirecta de la magnitud de algunos grandes sectores de inversiones, a partir de la cual podemos hacernos una idea del volumen total de los ingresos procedentes de las inversiones británicas en el extranjero y en las colonias, y del ritmo de su crecimiento.

Estos réditos nos proporcionan un índice de la magnitud y el crecimiento de las inversiones efectuadas por ciudadanos británicos en valores extranjeros o coloniales de carácter público o semipúblico y, entre ellas, en efectos públicos extranjeros y coloniales, ferrocarriles, etc. Los ingresos procedentes de esas fuentes se han calculado como sigue[2]:

	Libras
1884	33,829,124
1888	46,978,371
1892	54,728,770
1896	54,901,079
1900	60,266,886
1903	63,828,715

De este cuadro se desprende que el período de activo imperialismo coincidió con un notable crecimiento de los ingresos procedentes de inversiones realizadas en el extranjero.

Las cifras mencionadas no indican, sin embargo, más que las rentas procedentes del extranjero que pueden identificarse como tales. Las estimaciones más exactas, realizadas por sir R. Giffen y otros, avalan la creencia de que los ingresos reales procedentes de inversiones realizadas en el extranjero y las colonias ascendían a no menos de 100.000.000 de libras y el capital correspondiente a unos 2.000.000.000 de libras[3].

Las declaraciones del impuesto sobre la renta y otras estadísticas que describen el crecimiento de estas inversiones indican que la suma total

[2] Las cifras para los años 1929-1933 se dan en el apéndice, página 339.
[3] Ver apéndice, página 339.

de las inversiones británicas en el extranjero, al final del siglo XIX, no puede fijarse en una cifra más baja que la señalada. Teniendo en cuenta que sir R. Giffen consideraba como «modesto» el cálculo de 1.700.000.000 de libras en 1892, la cifra que hemos apuntado antes es probablemente inferior a la real.

Ahora bien, sin conceder a estas estimaciones más credibilidad de la que merecen, no podemos dejar de darnos cuenta de que, al tocar el tema de las inversiones en el extranjero, nos enfrentamos con el aspecto más importante de la economía del imperialismo. Sean cuales fueren las cifras que tomemos, hay dos hechos evidentes: primero, que los ingresos procedentes, a título de intereses, de las inversiones extranjeras eran enormemente superiores a los beneficios que producía el comercio ordinario de exportación e importación; segundo, que mientras el comercio extranjero y colonial, y probablemente los beneficios derivados de él, crecían lentamente, la parte de los valores de las importaciones británicas correspondientes a ingresos procedentes de inversiones en el extranjero, crecía muy rápidamente.

En un capítulo anterior señalé qué porcentaje tan pequeño de la renta nacional británica parecía proceder de los beneficios producidos por el comercio exterior. Resultaba imposible comprender por qué se aceptaban riesgos y costos tan enormes como los del nuevo imperialismo para obtener resultados tan pequeños en el crecimiento del comercio exterior, especialmente si se tenía en cuenta el volumen y el carácter de los nuevos mercados adquiridos. Las estadísticas relativas a las inversiones en el extranjero nos permiten ver, sin embargo, con gran claridad, cuáles son las fuerzas económicas que dominan la política británica. Aunque las clases manufactureras y comerciantes no saquen mucho provecho de los nuevos mercados, ya que pagan, aunque no lo sepan, mucho más en impuestos de lo que ganan en ellos con las operaciones comerciales que realizan, el caso de los inversores es muy diferente.

No es exagerado decir que la política exterior británica de los últimos tiempos ha sido fundamentalmente una lucha por la conquista de mercados de inversión rentables. Gran Bretaña ha estado viviendo cada año en mayor grado de los recursos que llegaban del extranjero, y las clases sociales que disfrutan de esos recursos han procurado cada vez con mayor insistencia que la política del país, las arcas del país y las fuerzas armadas del país se utilicen para ampliar el campo de sus inversiones privadas y para defender y mejorar las que ahora tienen. Este es quizá el hecho más importante de la política contemporánea, y la oscuridad que lo envuelve ha significado el más grave riesgo para el Estado británico.

Lo que hemos dicho de la Gran Bretaña es aplicable, igualmente, a

Francia, Alemania, Estados Unidos y a todos los países en los que el capitalismo moderno ha colocado grandes excedentes de ahorro en manos de la plutocracia o de las frugales clases medias. Es bien conocida la distinción que suele hacerse entre países acreedores y países deudores. Gran Bretaña lleva ya algún tiempo siendo el mayor país acreedor, con gran diferencia, y la historia de las guerras y anexiones de la nación británica ilustra magníficamente la política que las clases sociales inversoras han seguido para utilizar la maquinaria del Estado para sus fines económicos privados. Pero también en Francia, Alemania y los Estados Unidos estaba acelerándose el mismo proceso. El economista italiano Loria describe así la índole de estas maniobras imperialistas:

«Cuando un país que ha contraído una deuda no puede, a causa de lo exiguo de sus ingresos, ofrecer suficientes garantías de que pagará puntualmente los intereses, ¿qué ocurre? En algunos casos se produce la conquista total del país deudor. Así por ejemplo, Francia intentó conquistar México durante el Segundo Imperio con el único objeto de garantizar el cobro de los intereses de aquellos ciudadanos franceses que tenían valores mexicanos. Suele ser más frecuente, sin embargo, que cuando el cobro de un préstamo internacional no está suficientemente garantizado, los países acreedores nombren una comisión financiera para que proteja los derechos de dichos países y vele por la seguridad del capital que han invertido. El nombramiento de una comisión de este tipo equivale de hecho, en último término, a una verdadera conquista. Tenemos ejemplos de lo que acabamos de decir en Egipto, que se ha convertido a todos los efectos prácticos en una provincia británica, y en Túnez, que, de igual manera, ha pasado a ser una dependencia de Francia, que fue quien entregó la mayor parte del préstamo. La rebelión egipcia contra el poder extranjero que controlaba el país a consecuencia de la deuda quedó en agua de borrajas porque se encontró con la oposición invariable de los círculos capitalistas. El éxito, comprado con dinero, de Tel-el-Kebir constituyó la victoria más espléndida que la riqueza haya conseguido nunca en el campo de batalla»[4].

Pero, aunque resulten útiles para explicar ciertos hechos económicos, los términos «acreedor» y «deudor», tal como se aplican a los países, enmascaran la dimensión más importante de este imperialismo. Porque a pesar de que, como se desprende del análisis anterior, gran parte, si no la totalidad, de las deudas eran «públicas», el crédito era casi siempre privado, aunque en algunos casos —por ejemplo, en el de Egipto— los prestamistas consiguieron arrastrar a su gobierno a entrar en una sociedad nada lucrativa para éste; ya que tenía que garantizar el pago de los intereses, pero sin percibir parte alguna de ellos.

[4] Loria, *The Economic Foundations of Politics*, pág. 273 (George Allen & Unwin).

El imperialismo agresivo, que tan caro le resulta al contribuyente, que de tan poco sirve al fabricante y al comerciante, que tan lleno está de peligros para el ciudadano, es una fuente de abundantes ingresos para el inversor, que no puede encontrar en su país los altos réditos que desea para su capital y pide insistentemente a su gobierno que le ayude a realizar inversiones rentables y seguras en el extranjero.

Si, a la vista de los enormes gastos en armamento, de las ruinosas guerras, de la bellaquería o el descaro diplomáticos con que los gobiernos tratan de ampliar su poder territorial, nos hacemos la sencilla y útil pregunta: *Cui bono?*, la respuesta más inmediata y obvia será: al inversor.

Según una estimación de sir R. Giffen[5], los ingresos anuales que Gran Bretaña obtiene por comisiones de todo su comercio extranjero y colonial, de exportación e importación, ascendieron en 1899 a 18 millones de libras. Esto es el total que podemos considerar como beneficios del comercio exterior. La suma no deja de ser considerable, pero no tiene la magnitud que como móvil económico precisaría para explicar la prioridad que las consideraciones mercantiles tienen en la política imperial británica. Sólo si junto a la citada suma colocamos otros 90 o 100 millones de libras, que son beneficios netos de inversiones en el extranjero, entenderemos de verdad cuáles son los móviles económicos que ponen en marcha al imperialismo.

Los inversores que han colocado su dinero en el extranjero, fijando condiciones que cubren bien los riesgos derivados de la situación política del país correspondiente, desean, además, servirse de los recursos de su gobierno para minimizar dichos riesgos y aumentar así el valor del capital y los intereses de sus inversiones privadas. Los círculos de inversores y especuladores en general han querido también que Gran Bretaña ocupara más tierras extranjeras, con el fin de disponer de nuevas zonas para sus lucrativas inversiones y especulación.

III

Si los intereses privados del inversor tienen tendencia a entrar en conflicto con el interés público y a incitar a una política desastrosa, todavía más peligros pueden crear los intereses privados del financiero, del agente general de inversiones. La masa de inversores son en gran me-

[5] *Journal of the Statistical Society*, vol. xlii, pág. 9.

dida, lo mismo en los negocios que en la política, instrumento de las grandes compañías financieras, que utilizan las acciones, obligaciones y demás valores, no tanto como inversiones que han de producir un interés, sino como medio para especular en el mercado monetario. Los magnates de la bolsa obtienen sus ganancias administrando grandes cantidades de valores, financiando compañías, y jugando con las fluctuaciones de los valores. Los grandes negocios —la banca, los corretajes, el descuento de efectos, la concesión de préstamos, la promoción de firmas comerciales— constituyen el ganglio central del capitalismo internacional. Unidos por fuertes vínculos organizativos, manteniéndose siempre en estrecha e inmediata comunicación, situados en el mismo centro neurálgico de la capital financiera de cada Estado, controlados por lo que a Europa se refiere, fundamentalmente por hombres de una única y característica raza, que tiene tras sí muchos siglos de experiencia financiera, se encuentran en situación excepcionalmente favorable para manipular la política de las naciones. Ningún movimiento importante y rápido de capital es posible más que si esas gentes dan su consentimiento, y si la operación se realiza actuando ellas como agentes. ¿Puede alguien pensar en serio que algún Estado europeo sería capaz de desencadenar una guerra a gran escala, o de negociar un préstamo estatal sustancioso si la casa Rothschild y sus amigos se opusieran a ello?

Toda iniciativa política trascendente que suponga un nuevo movimiento de capital, o una fluctuación de gran envergadura en los valores de las inversiones existentes, ha de contar previamente con la aprobación y la ayuda práctica de este pequeño grupo de reyes de las finanzas. Como estas personas tienen su riqueza y su capital financiero principalmente en valores bursátiles, se interesan por los negocios desde un doble punto de vista: primero como inversores, y segundo y sobre todo como agentes financieros. En cuanto inversores, la influencia de estas personas en la política no difiere de la de otros inversores de menor importancia como no sea en que aquéllas suelen poseer el control práctico de los negocios en los que invierten en cuanto especuladores o agentes financieros, dichas personas representan el factor más grave de la vida económica del imperialismo.

Crear nuevas deudas públicas, fundar nuevas compañías, y originar constantes y considerables fluctuaciones en los valores, son tres de las maneras en que estos círculos financieros realizan sus lucrativos negocios. Cada una de ellas los empuja a participar en la vida política, y a tomar postura a favor del imperialismo.

Las operaciones de finanzas públicas que se llevaron a cabo en relación con la guerra de Filipinas pusieron varios millones de dólares en los bolsillos de Mr. Pierpont Morgan y sus amigos. La guerra chino-japonesa, que lastró por primera vez al Celeste Imperio con una deuda pública, y la indemnización que tendrá que pagar a sus invasores europeos a propósito del reciente conflicto, son también grano para los molinos financieros de Europa. Cada línea de ferrocarril, cada concesión minera que, tras muchos esfuerzos, se consigue de algún potentado extranjero da lugar a lucrativos negocios de créditos y creación de compañías. Una política que suscite miedo a la agresión en los Estados asiáticos y que reavive la rivalidad de las naciones comerciales de Europa induce a grandes gastos de armamento y deudas públicas cada vez mayores. Al mismo tiempo, las dudas y riesgos que esta política engendra dan lugar a la constante oscilación de los valores bursátiles que tan ventajosa resulta para el financiero hábil. No hay guerra, ni revolución, ni asesinato anarquista, ni ningún otro sobresalto político que no produzca ganancias a estas personas. Son como sanguijuelas que chupan beneficios de cualquier nuevo gasto forzoso y de cualquier perturbación repentina en el crédito público. Para los financieros que están en el secreto, la incursión de Jameson* resultó muy provechosa, como puede verse comparando los valores de dichas personas antes y después del hecho. Los terribles sufrimientos de Inglaterra y Sudáfrica durante la guerra que se produjo como secuela del ataque de Jameson, han sido también una fuente de enormes beneficios para los grandes financieros que mejor han aguantado la devastación no calculada, y que se han resarcido de ella suministrando ventajosas contratas de guerra y eliminando del mercado de Transvaal a la competencia de menor magnitud. Estas personas son las únicas que, sin duda, han salido ganando con la guerra, y la mayor parte de sus ganancias proceden de las pérdidas nacionales de su país de adopción, o de las pérdidas personales de sus conciudadanos.

Es cierto que los intereses de esas personas no empujan necesariamente a la guerra. Cuando ésta puede ocasionar daños claramente excesivos y permanentes en los sectores básicos de la industria, que en último término es el fundamento esencial de la especulación, esas personas presionan para que haya paz, como ocurrió en la peligrosa desavenencia de Gran Bretaña y Estados Unidos a propósito de Venezuela. Pero, por lo demás, todo aumento del gasto público, toda oscilación del crédito público que no llegue a la catástrofe, toda operación arriesgada en la que

* Se refiere a un famoso y complicado incidente bélico-colonial ocurrido en Sudáfrica en diciembre de 1895, protagonizado por el Dr. L. Storr Jameson y relacionado con el conflicto de Inglaterra con los boers. *(N. del T.)*

los fondos públicos sirvan para garantizar la especulación privada, ofrecen oportunidades de lucro al gran prestamista y al gran especulador.

La riqueza de estos grupos financieros, la magnitud de sus operaciones y sus ramificaciones organizativas a lo ancho del mundo los convierten en elementos decisivos y fundamentales en la marcha de la política imperial. Tienen más intereses que nadie en las actividades imperialistas, y los mayores medios para imponer su voluntad en las decisiones políticas de las naciones.

De todos modos, dado el papel que desempeñan en la expansión imperialista los factores no económicos, como el patriotismo, la aventura, el espíritu militar, la ambición política y la filantropía, puede parecer que atribuir un poder tan decisivo a los círculos financieros es entender la historia de una manera rígidamente económica. Y, ciertamente, la fuerza motriz del imperialismo no es primariamente financiera. Las finanzas son, más bien, las que regulan el motor imperial, las que dirigen la energía y deciden el trabajo que hay que realizar, pero no son ni el combustible del motor, ni las que generan de modo directo su potencia. Las grandes finanzas manipulan las fuerzas patrióticas que generan los políticos, los soldados, los filántropos y los comerciantes. El entusiasmo por la expansión que brota de estas fuentes es fuerte y sincero, pero ciego y fluctuante; en cambio, los intereses financieros poseen las cualidades de concentración de la atención y perspicacia calculadora que se necesitan para poner en funcionamiento el imperialismo. Es posible que un estadista ambicioso, un militar de las colonias, un misionero de gran entusiasmo o un comerciante emprendedor sugieran, o incluso den el primer paso de la expansión imperialista, que ayuden a convencer a la opinión pública patriótica de la urgente necesidad de seguir la expansión; pero la decisión última corresponde al poder financiero. La influencia directa que los grandes círculos financieros ejercen en la «alta política» se ve completada por la capacidad que tienen de dirigir la opinión pública valiéndose de la prensa, que en todos los países «civilizados» se está convirtiendo cada vez más en obediente instrumento suyo. Mientras los periódicos dedicados específicamente a las finanzas imponen «hechos» y «opiniones» a las clases sociales que viven de los negocios, el grueso de la prensa está cada vez más influido, consciente o inconscientemente, por los financieros. En el caso de la prensa de Sudáfrica, cuyos agentes y corresponsales avivaron la llamarada de la guerra en este país, está fuera de toda duda que sus propietarios eran los financieros de Sudáfrica, y esta política de hacerse con la propiedad de los periódicos para fabricar una determinada opinión pública es cosa corriente en las grandes capitales europeas. En Berlín, Viena y París, muchos de los periódicos influyentes han estado en manos de las grandes firmas financieras que los han utilizado fundamentalmente, no para ganar dinero con ellos, sino para imbuir en el público creencias y actitudes que posteriormente condicionaran la política estatal y produjeran el efecto correspondiente en el mercado monetario. En Gran Bretaña esta política no ha llegado tan lejos, pero la prensa y las finanzas van estrechando su alianza cada año, bien porque los financieros compran la mayoría de las acciones de los periódicos, o porque los propietarios de los periódicos se sienten tentados a probar suerte en las finanzas. Además de existir una prensa específicamente financiera, y de la propiedad financiera de la prensa de información general, es bien sabido que la City londinense ejerce una sutil y permanente influencia en los principales periódicos de Londres y, a través de ellos, en el grueso de la prensa de las provincias. Por otra parte, el hecho de que los beneficios económicos de la prensa se obtengan enteramente de los anuncios, ha producido en ella una especie de aversión a enfrentarse con los grupos financieros que controlan una parte tan importante del negocio de los anuncios. Si a esto se añade la tendencia natural de la prensa popular a la política sensacionalista, se comprenderá fácilmente que la prensa haya estado fuertemente predispuesta a favor del imperialismo, y se haya inclinado a complacer a los políticos o financieros imperialistas que deseaban atizar los sentimientos patrióticos con vistas a proceder a algún nuevo movimiento expansionista.

Estas son las fuerzas específicamente económicas que fomentan el imperialismo. Forman un grupo grande y difuso de oficios y profesiones que esperan encontrar negocios rentables y empleos lucrativos como consecuencia de la ampliación de los cuerpos militares y civiles, de las sumas gastadas en operaciones militares, de la ocupación de nuevos territorios y del comercio con ellos, y de la provisión de nuevos capitales que son necesarios para la realización de estas operaciones. Todo ello inspirado y dirigido por el poder de los círculos financieros.

A estas fuerzas no se les ve actuar. Son una especie de parásitos del patriotismo que toman el color de éste para protegerse. Los representantes de estas fuerzas pronuncian bellas frases, hablan de su deseo de ampliar el área de la civilización, de crear un buen sistema de gobierno, de propagar el cristianismo, de acabar con la esclavitud y de elevar el nivel de las razas inferiores. Algunos de los hombres de negocios que así se expresan puede que deseen sinceramente, aunque por lo general de forma difusa, convertir en realidad esas bellas palabras; pero se dedican primariamente a los negocios, y saben bien la utilidad que tienen los sentimientos más altruistas para realizar sus objetivos. Su verdadera actitud a este respecto queda reflejada en aquellas famosas palabras de Mr. Rho-

des de que «la bandera de Su Majestad» es «el mayor activo comercial del mundo»[6].

Apéndice

Según la estimación de sir R. Giffen, los ingresos procedentes del extranjero a título de beneficios, intereses y pensiones ascendieron en 1882 a 70 millones de libras, y en una comunicación leída ante la Sociedad Estadística en marzo de 1899, calculaba en 90 millones de libras los ingresos por los mismos conceptos para este año. Es probable que esta última cifra sea inferior a la real, dado que si los conceptos de ingresos procedentes del extranjero no incluidos como tales en las declaraciones de impuestos sobre la renta representan el mismo porcentaje de los incluidos que en 1882, el total de ingresos derivados de inversiones extranjeras y coloniales debe ser de 120 millones de libras, y no de 90 millones. Según la estimación aventurada por sir R. Giffen, las nuevas inversiones públicas en el extranjero ascendieron en los dieciséis años que van desde 1882 a 1898 a más de 800 millones de libras, y añadía que «aunque parte de la suma sea puramente teórica, la inversión real ha tenido que ser gigantesca».

Mr. Mulhall ofrecía las siguientes estimaciones del volumen y crecimiento de las inversiones extranjeras y coloniales británicas a partir de 1862:

Año	Volumen en libras	Incremento anual (Tanto por ciento)
1862	144.000.000	—
1872	600.000.000	45,6
1882	875.000.000	27,5
1893	1.698.000.000	74,8

La última cantidad es especialmente interesante porque es el resultado de la minuciosa investigación realizada por un economista de gran competencia para el *Diccionario de Economía Política.* Las inversiones incluidas en la mencionada cifra pueden distribuirse como sigue:

[6] Se observará que lo mismo ésta que otras frases reveladoras han sido tergiversadas en la obra de «Vindex»: *Cecil Rhodes: His Political Life and Speeches*, pág. 823.

Préstamos	Millones de libras	Ferrocarriles	Millones de libras	Varios	Millones de libras
Extranjeros	525	U.S.A.	120	Bancos	50
Coloniales	225	Coloniales	140	Tierras	100
Municipales	20	Varios	128	Minas, etc.	390
	770		388		540

Dicho de otro modo, el capital británico invertido en el extranjero en 1893 representaba alrededor del 15 % de la riqueza total del Reino Unido. Casi la mitad de este capital correspondía a préstamos a gobiernos extranjeros o coloniales; un gran porcentaje de la otra mitad estaba invertido en ferrocarriles, bancos, telégrafos y otros servicios públicos poseídos, controlados o bajo la influencia directa de los gobiernos, y la mayoría de la cantidad restante estaba colocada en tierras y minas, o en industrias directamente dependientes del valor de la tierra[7].

[7] El total (nominal) de las inversiones británicas en el extranjero para los años 1929-1933 puede verse en el apéndice, página 339.

Capítulo 5
EL IMPERIALISMO BASADO EN LA PROTECCION

Cualquier hombre de negocios que examine la conveniencia de ampliar su empresa contrastará antes de hacerlo el aumento de los gastos con el aumento de los ingresos. ¿Es mucho pedir que una nación dedicada a los negocios haga lo propio? Desde esta perspectiva, el incremento de los gastos militares y navales de Gran Bretaña en los últimos años puede considerarse en primer lugar como una especie de prima de seguros para la protección de sus mercados coloniales actuales y de las inversiones que ahora realiza en mercados nuevos.

Para ver la rentabilidad del nuevo imperialismo, podemos comparar el crecimiento de los gastos realizados desde 1884 por Gran Bretaña en armamento y guerras con el aumento registrado en el valor del comercio colonial[1].

Ahora bien, aunque no hay medio alguno de identificar con seguridad los gastos de lo que podríamos denominar prima de seguros para protección de antiguos mercados, ni tampoco los desembolsos que ocasiona adquirir nuevos mercados, parece razonable cargar a la cuenta del nuevo imperialismo la totalidad del aumento de gastos y contrastarlo

[1] Las cifras correspondientes a los años 1904 a 1931 aparecen en el apéndice, página 339.

con el valor del comercio realizado con las nuevas adquisiciones. Porque, si bien podría argüirse que el agresivo comercialismo de los Estados europeos rivales hizo aumentar la prima del seguro de protección de los viejos mercados, es indiscutible que la nación británica no hubiera necesitado aumentar sus gastos en armamento si hubiera adoptado de modo firme y consecuente todas las implicaciones del cobdenismo*, es decir una postura exclusivamente defensiva con relación a su Imperio y una abstención total de adquirir nuevos territorios. Hay muy buenas razones para creer que la creciente hostilidad de las naciones extranjeras contra Gran Bretaña en los últimos treinta años del siglo XIX se debió enteramente al agresivo imperialismo británico de aquellos años y, por consiguiente, parece razonable considerar el aumento de los gastos de armamento como el costo de dicha política.

Año	Armamentos y guerra (en libras)	Comercio colonial. Comercio de importación y exportación con posesiones (en libras)
1884	27,864,000	184,000,000
1885	30,577,000	170,000,000
1886	39,538,000	164,000,000
1887	31,768,000	166,000,000
1888	30,609,000	179,000,000
1889	30,536,000	188,000,000
1890	32,772,000	191,000,000
1891	33,488,000	193,000,000
1892	33,312,000	179,000,000
1893	33,423,000	170,000,000
1894	33,566,000	172,000,000
1895	35,593,000	172,000,000
1896	38,334,000	184,000,000
1897	41,453,000	183,000,000
1898	40,395,000	190,000,000
1899	64,283,000	201,000,000
1900	69,815,000	212,000,000
1901	121,445,000	219,000,000
1902	123,787,000	223,000,000
1903	100.825,000	232,000,000

* Se refiere a las teorías del británico Richard Cobden (1804-1865), paladín del desarme y del libre mercado. *(N. del T.)*

Visto de esta forma, el nuevo aumento de los gastos no fue más que un enorme disparate financiero. Ninguna persona que actuara en los negocios de ese modo podría evitar la bancarrota, y una nación, por rica que sea, si sigue esa política, va cargada con un lastre que terminará por hundirla.

Contraviniendo totalmente la teoría británica de que el comercio ha de basarse en el beneficio mutuo de las naciones que participan en él, Gran Bretaña gastó sumas enormes con el fin de «forzar» nuevos mercados, y los mercados que forzó eran pequeños, precarios y nada lucrativos. El único resultado seguro y tangible de estos gastos fue indisponernos con los países que eran precisamente nuestros mejores clientes y con los que, a pesar de todo, nuestro comercio realizó los progresos más satisfactorios.

Y no sólo los mercados «forzados» no valían lo que habían costado, sino que carece de todo fundamento la suposición de que el comercio británico hubiera disminuido en el porcentaje correspondiente si dichos mercados hubieran caído en manos de países rivales y proteccionistas. Si en lugar de despilfarrar dinero en adquirir esos territorios, hubiéramos dejado que algunos de ellos, o todos, pasaran a propiedad de Francia, Alemania o Rusia, para que fueran esas naciones, en lugar de la nuestra, las que gastaran su dinero en adquirirlos y desarrollarlos, ¿podemos estar seguros de que nuestro comercio extranjero no hubiera crecido por lo menos en la misma cantidad en que habría descendido nuestro mercado colonial? La suposición de que sólo existe un volumen fijo de relaciones comerciales, y que si una nación consigue una parte de ellas, otra nación pierde esa misma cantidad, muestra una ignorancia total de las características del comercio internacional. Dicha idea tiene su origen en una especie de «separatismo» curiosamente perverso, según el cual cada nación debe mantener una contabilidad separada con cada una de las demás naciones, prescindiendo por completo del comercio indirecto que es, con mucho, el negocio más importante de una nación industrial avanzada.

Al apoderarse Francia de Madagascar eliminó prácticamente el comercio directo británico-malgache. Cuando Alemania ocupó Shan-tung nos privó de toda posibilidad de comercio con aquella provincia china. Pero ello no significó, en modo alguno, que Francia y Alemania pudieran o quisieran conservar para sí todas las ventajas de estos nuevos mercados. Hacerlo supondría el total abandono de los principios del librecambismo. Aun en el caso de que se repartiera toda China entre las naciones industriales con exclusión de Gran Bretaña, y de que cada una de esas naciones impusiera derechos aduaneros que hicieran prohibitivo el comercio directo entre China y Gran Bretaña —y éste es el caso más extremo de actitud hostil—, ello no quiere decir, en absoluto, que Inglaterra no fuera a percibir enormes beneficios por la expansión de su comercio extranjero, que sería atribuible en último término a la apertura de los mercados chinos. Aun el más elemental conocimiento de la complejidad del comercio extranjero debe bastarnos para comprender que el aumento de las transacciones comerciales con Francia, Alemania o Rusia, fuera directamente o a través de otras naciones que comerciaran con ellas, habría proporcionado a Gran Bretaña una lucrativa participación en los beneficios del mercado chino, y le habría resultado tan beneficioso como el comercio directo que hubiera podido conseguir con China a costa de grandes riesgos y de grandes desembolsos. Si Francia, Alemania o Rusia tratasen de monopolizar comercialmente las esferas de influencia que les fueran asignadas en China o en Africa, ello no querría decir, como parece que se piensa, que Inglaterra experimentaría la correspondiente pérdida de mercados. La compleja y siempre creciente cooperación industrial existente entre las naciones civilizadas como consecuencia de sus transacciones comerciales, no permite a ningún país guardar para sí los beneficios que le produzca cualquier mercado que pueda poseer. No es difícil imaginar casos en los que otra nación distinta a la que posee los mercados privados de un determinado tráfico comercial pudiera disfrutar de mayores beneficios en dichos mercados que la nación poseedora.

Estas eran las nociones más simples y corrientes de la economía del librecambio, las deducciones más sencillas del sentido común ilustrado. ¿Por qué han caído en el olvido?

La respuesta está en que el imperialismo rechaza el librecambio y se apoya en el proteccionismo económico. En la medida en que el imperialismo sea consecuente, ha de ser también abiertamente proteccionista.

Si el hecho de que Francia o Alemania se apoderen para su uso exclusivo de un mercado del que Gran Bretaña hubiera podido adueñarse hace disminuir el comercio exterior británico en una cantidad equivalente al volumen de negocios de ese mercado, es natural que cuando Inglaterra se apodera de un territorio, adopte las mismas medidas para disfrutar en exclusiva de su correspondiente mercado. El imperialismo, cuando se deshace de «la vieja guardia» de políticos que en su juventud bebieron las aguas doctrinales del librecambio, adopta abiertamente el proteccionismo que necesita para llevar a cabo su política.

El imperialismo tiende de modo espontáneo a entregar en exclusiva a la metrópoli los mercados de todos los territorios que adquiere, porque está convencido de que el conjunto de nuestro comercio sólo puede cre-

cer mediante esos incrementos separados. Por otra parte, con el éxito de esa política justifica los enormes desembolsos que para la nación representa el imperialismo. El librecambio confía en que nuestro volumen de negocios con el exterior aumentará como de la actuación del interés propio de las demás naciones mercantiles. Según esa doctrina, aunque sería mejor para nosotros y para ellas que nos permitieran libre acceso a sus mercados nacionales y coloniales, sus tarifas aduaneras proteccionistas puede que hagan imposible que comerciemos directamente con sus colonias, pero no pueden impedir que participemos en los beneficios de su desarrollo económico colonial. Gracias al simple funcionamiento de la competencia en los mercados europeos, el comercio de caucho que Francia realiza en el Africa oriental ayuda a aumentar la oferta y a que no suban los precios a que paga ese producto el consumidor inglés, del mismo modo que las subvenciones que los países del continente europeo pagan a los productores de azúcar permiten a los niños británicos saborear dulces baratos.

Los mencionados beneficios indirectos no son, pues, una vaga hipótesis. Todos los hombres de negocios pueden percibir ciertas ventajas concretas en las mercancías y los precios que llegan hasta nosotros como resultado del desarrollo que los países proteccionistas consiguen en sus colonias. El sistema de «puerta abierta» es una ventaja para nuestro comercio, pero no es una necesidad. Si hemos de gastar sumas enormes y correr riesgos formidables para mantener las «puertas abiertas» en contra de los deseos de nuestros mejores clientes, resultará más provechoso dejarles que cierren las puertas y obtener nuestros beneficios por el proceso más largo, pero igualmente seguro, del comercio indirecto. En la actualidad, Gran Bretaña se encuentra en mejor situación que ningún otro país para practicar esa política de abstinencia, porque su mercado de fletes marítimos le garantiza plenamente la obtención de una buena participación en las ganancias de los nuevos mercados que abren los demás países. Aunque no se dispone de estadísticas completas al respecto, es bien sabido que una gran proporción del comercio que realizan no sólo Inglaterra con los demás países, sino también los demás países entre sí y con sus respectivas colonias, utiliza para su transporte barcos británicos. Mientras esta situación continúe, Inglaterra, además de beneficiarse del comercio indirecto, participará directamente y de modo importante en las ventajas comerciales de los mercados extranjeros pertenecientes a nuestros competidores europeos.

Estas consideraciones han de hacernos desear a nosotros, británicos, que las demás naciones también se expandan y desarrollen, y esperar satisfechos a que nos lleguen los beneficios que hemos de recibir de cada

incremento de la riqueza mundial, a través de los procesos normales de intercambio comercial. Nosotros los británicos ya hemos cumplido con creces nuestro deber de participar en la costosa, laboriosa y peligrosa tarea de abrir nuevos países al comercio de las naciones industriales de Occidente. Nuestras últimas aventuras a este respecto han sido más caras y menos rentables que las anteriores. Parece que llega un momento en que el esfuerzo por la expansión empieza a ajustarse a la ley de rendimientos decrecientes: produce cada vez menores y más precarios aumentos del comercio, y exige gastar cada vez mayores recursos financieros e intelectuales. ¿No habíamos alcanzado ya, e incluso pasado, en Inglaterra, el punto en el que la inversión de recursos y energías nacionales alcanza el máximo de rentabilidad? ¿No nos moverá el egoísmo ilustrado a dejar para otras naciones activas y ambiciosas. —Francia, Rusia, Alemania, Japón— el trabajo de desarrollar nuevos países tropicales o subtropicales. Si es necesario que la civilización industrial de Occidente lleve la administración comercial y política de todo el mundo, dejemos que las demás naciones tomen también la parte que les corresponde. ¿Por qué hemos de hacer nosotros, los británicos, todo el trabajo para sacar tan poco? Si se acepta el supuesto de que los países atrasados han de ser modernizados por naciones extranjeras para colaborar al bien común, cualquier propuesta razonable de distribución del trabajo encargará al «imperialismo» de otras naciones la tarea que queda todavía por realizar. Incluso en el caso de que esas otras naciones no se mostraran muy animadas a hacer lo que les corresponde, nos compensaría más persuadirlas a que lo hicieran que cargar su parte sobre nuestros ya agobiados hombros. Como esas naciones no sólo desean vivamente realizar lo que les corresponde sino que, por la hostilidad que sienten contra nosotros porque hacemos lo que les pertenecería hacer a ellas, amenazan continuamente con destruir la paz de Europa, sería una pura locura que Gran Bretaña continuara debilitándose política y financieramente por proseguir su proceso de expansión.

Capítulo 6
LA CLAVE ECONOMICA DEL IMPERIALISMO

La simple presentación de hechos y cifras para poner de manifiesto la índole económica del nuevo imperialismo no será suficiente para disipar la extendida ilusión de que el empleo del poderío nacional para conseguir nuevos mercados mediante la anexión de más territorios es una medida política sensata y necesaria para un país industrial avanzado como Gran Bretaña[1]. Sin embargo, ha quedado demostrado que las últimas anexiones de países tropicales hechas por Gran Bretaña a un precio altísimo no han proporcionado más que mercados pobres e inseguros, que el volumen del comercio con nuestras posesiones coloniales se mantiene prácticamente estacionario, y que las operaciones mercantiles más beneficiosas y progresivas las realizamos con las naciones industriales rivales, cuyo territorio no deseamos anexionarnos, cuyos mercados no podemos forzar y cuyo activo antagonismo estamos provocando con nuestra política expansionista.

Pero estos argumentos no son concluyentes, y los partidarios del imperialismo pueden seguir alegando:

«Necesitamos ineludiblemente mercados para nuestra creciente producción industrial, necesitamos nuevas salidas para invertir nuestros sobrantes de capital

[1] Escrito en 1905.

y las energías del excedente intrépido de nuestra población. Esa expansión es una necesidad vital para una nación con la grande y creciente capacidad de producción que tiene la nuestra. Cada vez es mayor el número de británicos que se dedica a la industria y al comercio en las ciudades, y cuya vida y trabajo dependen de la llegada de alimentos y materias primas de tierras extranjeras. Para comprar y pagar estas cosas, tenemos que vender nuestras mercancías fuera. Esto lo conseguimos los británicos sin dificultad durante los primeros setenta y cinco años del siglo XIX al amparo de una expansión natural del comercio con las naciones del continente europeo y con nuestras colonias, todas las cuales iban muy por detrás de nosotros en tecnología industrial y en medios de transporte. Durante el tiempo en que Inglaterra tuvo prácticamente el monopolio de los mercados mundiales para ciertas clases importantes de bienes manufacturados, el imperialismo fue innecesario. A partir de 1870, la supremacía industrial y comercial británica sufrió un grave quebranto. Otras naciones, principalmente Alemania, Estados Unidos y Bélgica avanzaban con gran rapidez, y aunque no han destruido y ni siquiera frenado el crecimiento de nuestro comercio exterior, su competencia ha hecho cada vez más difícil que Gran Bretaña pueda colocar a precios rentables la totalidad del excedente de su producción industrial. La manera en que estas naciones habían invadido nuestros mercados tradicionales, e incluso de los de nuestras propias posesiones, hacía urgente que tomáramos enérgicas medidas para conseguir nuevos mercados. Estos nuevos mercados tenían que estar en países hasta entonces no desarrollados, principalmente de los trópicos, en los que existía una numerosa población susceptible de experimentar crecientes necesidades económicas que nuestros fabricantes y comerciantes podían satisfacer. Nuestros rivales se estaban apropiando y anexionando territorios con la misma finalidad y, cuando se los habían anexionado, los cerraban a nuestros productos. Tuvieron que emplearse la diplomacia y las armas de Gran Bretaña para obligar a los propietarios de los nuevos mercados a comerciar con nosotros. La experiencia mostró que la manera más segura de afianzar y desarrollar dichos mercados era la creación de protectorados o la anexión. El valor de dichos mercados en 1905 no debe considerarse como prueba definitiva de la eficacia de la citada política; el proceso de creación de necesidades civilizadas que Gran Bretaña pueda satisfacer es necesariamente un proceso gradual, y el coste de ese tipo de imperialismo ha de considerarse como un desembolso de capital, cuyo frutos recogerán las futuras generaciones. Los nuevos mercados puede que no fueran grandes, pero brindaban útil salida al superávit de nuestras grandes industrias textiles y metalúrgicas, y cuando se llegó a entrar en contacto con las poblaciones del interior de Asia y Africa, lo normal era que se produjera una rápida expansión del comercio.

Mucho mayor y más importante es la urgencia que tiene el capital de encontrar en el extranjero negocios en los que invertir. Además, mientras el fabricante y el comerciante se contentan con comerciar con las naciones extranjeras, el inversor tiene una decidida tendencia a procurar la anexión política de los países en los que radican sus inversiones más especulativas. Está fuera de toda duda que los capitalistas presionan en este sentido. Se ha acumulado un gran volumen de ahorro que no puede invertirse lucrativamente en Inglaterra y tiene que encontrar

salida en otros lugares. Naturalmente, redunda en beneficio de la nación que ese ahorro se utilice hasta donde sea posible en tierras en las que pueda servir para abrir nuevos mercados al comercio británico y crear empleo para la iniciativa privada.

Por costosa que sea, y por llena de peligros que esté, la expansión imperial es necesaria para que nuestra nación continúe existiendo y progresando[2]. Si renunciamos a ella, dejaremos la dirección del desarrollo del mundo en manos de otras naciones, que entorpecerán nuestro comercio e incluso pondrán en peligro los suministros de alimentos y materias primas que precisamos para la supervivencia de nuestra población. El imperialismo resulta, por tanto, no una preferencia, sino una necesidad.»

La fuerza práctica que en la vida política tiene este argumento económico puede verse claramente en la historia reciente de Estados Unidos. Un país que rompe de repente con el conservadurismo tan practicado por ambos partidos políticos y tan estrechamente relacionado con las tradiciones y las tendencia populares, y se lanza a una veloz carrera imperial para la que no estaba equipado ni moral ni materialmente, poniendo en grave riesgo los principios y práctica de la libertad y la igualdad al recurrir al militarismo y a las medidas de fuerza para sojuzgar a pueblos a los que no podría conceder sin peligro la ciudadanía americana.

¿Fue esto una simple extravagancia de un país adolescente, una explosión de ambición política por parte de una nación que de repente se da cuenta de su destino? Nada de eso. El espíritu de aventura, «la misión civilizadora» de Norteamérica, en cuanto fuerzas impulsoras del imperialismo, estaban claramente subordinadas a la fuerza motriz del factor económico. Su sensacional cambio de política fue consecuencia de la rapidez sin precedentes con que tuvo lugar la revolución industrial en los Estados Unidos, a partir de la década de 1880. Durante ese período de la historia de Norteamérica, su riqueza sin paralelo en recursos naturales, su inmensa disponibilidad de mano de obra especializada y sin especializar, y su extraordinaria capacidad de creatividad y organización produjeron la industria manufacturera mejor equipada y más productiva que el mundo ha conocido hasta hoy. Estimuladas por rígidas tarifas aduaneras proteccionistas, las industrias metalúrgica, textil, de máquinas-herramientas, del vestido, del mueble y otras saltaron en una sola generación de la infancia a la plena madurez y tras una época de intensa competencia de precios, alcanzaron, bajo el hábil control de los grandes creadores de truts, una capacidad de producción mayor que la conseguida por los países industrializados más avanzados de Europa.

[2] «¿Y por qué se emprenden las guerras si no es para conquistar colonias que posibiliten la inversión de más capital, la adquisición de monopolios comerciales, o la utilización en exclusiva de determinadas rutas comerciales?» Loria, pág. 267.

Una época de competencia a muerte, seguida por un rápido proceso de fusión de empresas, sirvieron para poner en manos de unos pocos capitanes de industria una enorme cantidad de riqueza. Por dispendiosa que fuera la forma de vida de este grupo social de empresarios, sus ingresos eran siempre muy superiores a los gastos y, en consecuencia, apareció y se consolidó un proceso de ahorro automático de una magnitud sin precedentes. La inversión de este ahorro en otras industrias contribuyó a poner a éstas bajo el control de las mismas fuerzas fusionadoras de empresas. Vemos así cómo un gran crecimiento del ahorro que se afana por encontrar inversiones lucrativas es simultáneo con un sentido más estricto de la economía a la hora de utilizar el capital existente. El rápido desarrollo de una población acostumbrada a un nivel de confort alto y cada vez más elevado absorbe, sin duda, una gran proporción del capital nuevo para la satisfacción de sus necesidades. Pero el índice real de ahorro, junto con un sentido más riguroso de la economía al invertir el capital existente, excedieron con mucho el aumento del consumo nacional de manufacturas. La capacidad de producción fue muy superior al índice real de consumo y, contradiciendo las viejas teorías económicas, no consiguió forzar un aumento proporcional del consumo bajando los precios.

No estamos exponiendo meras teorías. La realidad de los hechos puede verse con total nitidez en la historia de cualquiera de los numerosos trusts o fusiones de empresas comerciales de Estados Unidos. Durante el período de libre competencia de las manufacturas que precede a la fusión de empresas, aparece con carácter crónico una situación de «superproducción», en el sentido de que las fábricas no pueden sobrevivir más que a costa de reducir los precios continuamente, hasta que se llega a una situación en la que los competidores más débiles se ven forzados a cerrar, porque el precio de venta de sus productos no llega a cubrir los costos reales de producción. El primer efecto de una fusión acertada de empresas es el cierre de las fábricas peor dotadas, quedando las mejor instaladas o mejor situadas para atender a todo el mercado. Este proceso puede ir o no acompañado de un aumento de precios y de cierta disminución del consumo: en algunos casos, la mayoría de los beneficios de los trusts proceden de la subida de precios, y en otros son consecuencia de la reducción de los costos de producción por medio del empleo exclusivo de las factorías más eficientes y de la detención de las pérdidas que supone la competencia.

A los efectos del presente estudio, es indiferente que el resultado se

obtenga de uno u otro modo; lo importante es que esta concentración de la industria en trusts, combinaciones, etc. ocasiona de inmediato una limitación de la cantidad de capital que puede utilizarse de manera eficiente y una elevación del nivel de beneficios que, a su vez, dará lugar a más ahorro y más capitalización. Como es evidente, el trust, resultado de la competencia a muerte causada por el exceso de capital, no podrá, por lo general encontrar empleo dentro de las empresas del grupo para aquella parte de los beneficios que los que han creado el trust desearían ahorrar e invertir. Puede que las innovaciones tecnológicas u otras mejoras realizadas dentro de las empresas del ramo en la producción o la distribución, absorban parte del nuevo capital; pero esta absorción está rígidamente limitada. El gran capitalista del petróleo o del azúcar ha de buscar otras inversiones para sus ahorros. Si aplica pronto los principios de la fusión de empresas a su negocio, dedicará naturalmente el superavit de su capital a crear trusts parecidos en otras industrias, con lo que economizará todavía más capital, y hará cada vez más difícil para las personas corrientes que tienen ahorros el encontrar inversiones adecuadas para ellos.

Ciertamente, lo mismo el fenómeno de la competencia a muerte que el de la fusión de empresas ponen de manifiesto la acumulación de capital existente en las industrias manufactureras mecanizadas. No vamos a entrar aquí en el problema teórico de si los métodos mecanizados modernos producen más bienes de los que el mercado puede absorber. Baste con señalar que la capacidad manufacturera de un país como Estados Unidos podría crecer tan deprisa que llegaría a exceder la demanda del mercado nacional. Nadie que esté familiarizado con los problemas del mercado negará un hecho que afirman todos los economistas americanos, y es que esto fue lo que ocurrió en las industrias más desarrolladas de Estados Unidos a finales de siglo. Su sector manufacturero estaba saturado de capital y no podía absorber más. Un ramo industrial tras otro procuraban protegerse de las pérdidas que les producía la competencia recurriendo a fusiones que, al restringir la cantidad de capital invertido, les proporcionarán un poco de paz con los correspondientes beneficios. Los magnates financieros e industriales del petróleo, el acero, el azúcar, los ferrocarriles, los bancos, etc., se vieron ante el dilema de gastar más de lo que solían o forzar la apertura de mercados fuera de su país. Se les ofrecían dos alternativas económicas, dirigidas ambas al abandono de la política aislacionista que habían seguido en el pasado y a la adopción de métodos imperialistas para el futuro. En lugar de cerrar las fábricas menos eficientes y restringir rígidamente la producción para adecuarla a las posibilidades del mercado nacional, de modo que sus ventas en él fueran

rentables, podían optar por utilizar al máximo su capacidad productiva, dedicar sus ahorros a aumentar el capital de su negocio y, sin dejar de regular la producción y los precios en el mercado nacional, dedicarse a «invadir» los mercados extranjeros para colocar en ellos sus excedentes a bajos precios, que serían insostenibles sin los beneficios conseguidos en los mercados nacionales. Otra alternativa consistía en buscar inversiones para sus ahorros fuera de su país, liquidar en primer lugar los créditos que Gran Bretaña y otros países les habían concedido cuando empezaron a explotar sus minas y a instalar sus ferrocarriles y sus fábricas, y convertirse después, a su vez, en acreedores de naciones extranjeras.

Esta súbita necesidad de mercados extranjeros para las manufacturas y las inversiones norteamericanas fue claramente la causa de que se adoptara el imperialismo como línea política y como práctica por el partido republicano, al que pertenecían los grandes jefes de la industria y las finanzas norteamericanas, y que, a su vez, era un partido que les pertenecía a ellos. El intrépido entusiasmo del presidente Theodore Roosevelt y sus planteamientos sobre el «destino manifiesto» y la «misión civilizadora» no deben engañarnos. Fueron las Compañías Rockefeller, Pierpont Morgan y sus asociadas las que necesitaban el imperialismo y lo cargaron a hombros del gran país norteamericano. Necesitaban el imperialismo porque deseaban utilizar los fondos públicos de su patria para encontrar inversiones lucrativas a su capital privado que, de otro modo, permanecería inactivo.

No es necesario poseer un país para comerciar con él o para invertir en él, y desde luego los Estados Unidos podían encontrar salida a sus excedentes de capital y de mercancías en los países europeos. Pero la mayor parte de éstos sabían cómo defenderse. La mayoría crearon barreras aduaneras para oponerse a la importación de productos manufacturados, y hasta en Gran Bretaña se alzaron voces pidiendo que la nación volviera al proteccionismo para hacer frente al peligro. En consecuencia, los magnates norteamericanos de la industria y las finanzas se vieron obligados a buscar aires más propicios para sus negocios en los mercados de China, el Pacífico y Latinoamérica. Partidarios como eran, en la teoría y en la práctica, del proteccionismo, procuraron por todos los medios monopolizar hasta donde pudieran dichos mercados. La competencia de Alemania, Inglaterra y otras naciones les obligaron a establecer relaciones políticas especiales con aquellos territorios cuyos mercados les interesaban más. Cuba, Filipinas y Hawai no fueron más que una especie de aperitivo que les abriría el apetito para un banquete más suculento. Además, la influencia y el poder que estos magnates de la industria y las finanzas tenían en la política era un factor más que impulsaba al imperialismo, y

ya hemos visto que con sus homólogos de Gran Bretaña y otras partes ocurría lo mismo. Porque, en efecto, el gasto público asignado a proseguir la aventura imperialista sería otra fuente de inmensas ganancias para ellos: los financieros se beneficiarían haciendo empréstitos, los constructores de buques y las compañías navieras percibiendo subvenciones, y los fabricantes de armamentos y otros útiles imperialistas realizando los contratos correspondientes.

La precipitación de este cambio radical de política se debió a la rápida manifestación de la necesidad que lo motivó. En los últimos años del siglo XIX, Norteamérica casi triplicó el valor de sus exportaciones industriales; todo hacía pensar que si se mantenía el ritmo de crecimiento de aquellos años, superaría antes de una década el volumen de las exportaciones británicas, que progresaba más lentamente, y se colocaría a la cabeza de las naciones exportadoras de productos industriales[3].

Este era el objetivo que ambicionaban abiertamente los más activos hombres de negocios norteamericanos; y con los recursos naturales, la mano de obra y la capacidad administrativa que tenían a su disposición era muy probable que lo consiguieran[4]. Como los capitalistas norteamericanos controlaban más directa y estrechamente la vida política que sus homólogos británicos, pudieron avanzar más rápida y derechamente que éstos por el camino de sus intereses económicos. El imperialismo americano fue la consecuencia natural de las exigencias económicas que provocó el súbito crecimiento de un capital que no podía emplearse en su país y necesitaba mercados extranjeros para sus inversiones y mercancías.

Las mismas necesidades aparecían en las naciones europeas y, como es bien sabido, empujaron a los gobiernos correspondientes a seguir la misma política. La superproducción en el sentido de exceso de instalaciones industriales, y los excedentes de capital que no podían invertirse lucrativamente dentro del propio país, obligaron a Gran Bretaña, Alemania, Holanda y Francia a colocar una proporción cada vez mayor de sus recursos económicos en territorios fuera del área de su soberanía, y después presionaron en favor de la expansión y la absorción política de aquellos nuevos territorios. Las causas económicas de esta dinámica política quedan al descubierto y aparecen bien visibles con las depresiones económicas que se producen periódicamente porque los industriales no pueden encontrar mercados adecuados y lucrativos para lo que fabrican. El Informe de la Mayoría de la Comisión para el Estudio de la Depresión Comercial en 1885 enunciaba el problema en dos palabras al decir que: «A causa de las nuevas circunstancias, la demanda de nuestros productos no aumenta al mismo ritmo que antes. Nuestra capacidad de producción es, por consiguiente, superior a las necesidades del país, y podría aumentar considerablemente casi de improviso. Lo que antecede es, en parte, resultado de la competencia del capital que se va acumulando ininterrumpidamente en el país.» El Informe de la Minoría achacaba sin ambages el problema a la «super-producción». A principios de siglo, Alemania atravesaba un período muy difícil a consecuencia de lo que se llama abarrotamiento de capital y capacidad de fabricación. El país tenía que encontrar mercados nuevos, y los cónsules que tenía esparcidos por todo el mundo «incordiaban» para conseguir nuevas exportaciones. Se impusieron acuerdos comerciales en Asia Menor, y el Imperio alemán se vio forzado a una política de colonización y establecimiento de protectorados en el este y el oeste de Africa, en China y en otros lugares para tratar de buscar salida a su potencia comercial.

Cada mejora de los métodos de producción, cada concentración de la propiedad y el control parece aumentar la tendencia mencionada. A medida que una nación tras otra se va industrializando cada vez más y más eficientemente, más difícil resulta para sus fabricantes, comerciantes y financieros conseguir que sean rentables sus recursos económicos, y más tentados se sienten a recurrir a sus respectivos gobiernos para asegurar

[3] *COMERCIO DE EXPORTACION DE ESTADOS UNIDOS, 1890-1900*

Año	Agricultura	Manufacturas	Varios
	Libras	Libras	Libras
1890	125,756,000	31,435,000	13,019,000
1891	146,617,000	33,720,000	11,731,000
1892	142,508,000	30,479,000	11,660,000
1893	123,810,000	35,484,000	11,653,000
1894	114,737,000	35,557,000	11,168,000
1895	104,143,000	40,230,000	12,174,000
1896	132,992,000	50,738,000	13,639,000
1897	146,059,000	55,923,000	13,984,000
1898	170,383,000	61,585,000	14,743,000
1899	156,427,000	76,157,000	18,002,000
1900	180,931,000	88,281,000	21,389,000

[3] Tras la primera guerra mundial, las nuevas circunstancias, que brindaban inmensas oportunidades a la exportación de capital y bienes de Estados Unidos, determinaron una pausa en su política imperial y una retirada temporal de la carrera imperialista.

[4] «Tenemos ahora tres de las cartas que ganan en el juego de la grandeza comercial, a saber: el hierro, el acero y el carbón. Durante mucho tiempo, hemos venido siendo el granero del mundo; ahora aspiramos a ser su factoría, y después queremos ser su banco». (Palabras del presidente de la Asociación de Banqueros Americanos, en Denver, en 1898).

para su uso particular, por medio de la anexión y el sistema de protectorado, algún remoto país subdesarrollado.

Se dice a veces que el proceso económico que estamos estudiando es inevitable, y así parece a primera vista. Por todas partes vemos demasiada capacidad de producción y demasiado capital en busca de inversiones. Todos los hombres de negocios coinciden en que el crecimiento de la producción de sus países es superior al crecimiento del consumo, que pueden fabricarse más bienes de los que pueden venderse a precios rentables y que hay más capital del que puede invertirse lucrativamente.

Este fenómeno económico constituye la clave del imperialismo. Si el público consumidor de nuestro país elevara su nivel de consumo cada vez que se registra un aumento de la producción, de modo que se mantuviera el equilibrio entre aquél y ésta, no habría un exceso de mercancías ni de capital pidiendo a gritos que se eche mano del imperialismo para encontrar mercados. Naturalmente, existiría el comercio exterior, pero no presentaría mayores dificultades el cambiar el pequeño excedente de producción que tendrían nuestros fabricantes por los alimentos y materias primas que necesitáramos todos los años, y todo el ahorro que hubiera en nuestro país podría invertirse en la industria nacional, si así lo decidiéramos.

No hay nada intrínsecamente irracional en esta suposición. Todo lo que se produce o puede producirse, puede consumirse, ya que, a título de renta, beneficios o salario, forma parte de los ingresos reales de algún miembro de la comunidad que puede consumirlo o, si no, intercambiarlo por algún otro bien de consumo con alguna otra persona que lo consumirá. Toda producción genera capacidad de consumo. Si hay bienes que no pueden consumirse, o que incluso ni llegan a producirse porque es evidente que no podrán consumirse, y si hay capital y mano de obra que no pueden encontrar plena utilización porque lo que producen no se consumirá, la única explicación posible de esta paradoja es la negativa de los que poseen capacidad de consumo a emplearla en la adquisición real de bienes.

Es posible, desde luego, que el exceso de producción de una determinada industria sea consecuencia de su mala orientación, ya que en lugar de a las manufacturas de un ramo concreto tendría que haberse dedicado a la agricultura, o a alguna otra cosa. Sin embargo, no habrá nadie que sostenga seriamente que dicha mala orientación sea suficiente para explicar las saturaciones y las consiguientes depresiones crónicas de la industria moderna, o que cuando existe superproducción evidente en los principales sectores manufactureros, haya grandes oportunidades para el excedente de capital y la mano de obra en otras industrias. La

prueba de que el exceso de capacidad de producción es un fenómeno de carácter general puede verse en los importantes depósitos bancarios que en esas épocas de crisis permanecen inactivos y que se esfuerzan por encontrar alguna salida lucrativa sin poder hallarla.

Los interrogantes fundamentales que subyacen a este fenómeno son, desde luego, los siguientes: «¿Por qué el consumo no crece automáticamente al ritmo de la capacidad de producción que tiene la sociedad?». «¿Por qué se produce subconsumo o exceso de ahorro?» Es claro que si se consumiera lo que podría consumirse, la capacidad productora se mantendría a pleno rendimiento; pero parte de la potencialidad de consumo queda bloqueada o, dicho de otra forma, se «ahorra» y se acumula con vistas a su posterior inversión. No todo lo que se ahorra para invertir desacelera la producción. Muy al contrario. El ahorro está justificado en términos económicos, y desde el punto de vista social, cuando el capital en que dicho ahorro se concreta encuentra pleno empleo, coadyuvando a producir bienes que, cuando se producen, se consumen. El ahorro que excede de esos límites es el que crea desajustes: se acumula en forma de excedentes de capital que no se necesitan para fomentar el consumo real, y que permanecen inactivos, o procuran desplazar de sus inversiones al capital que ya está invertido, o tratan, con la ayuda del correspondiente gobierno, de emplearse en operaciones de especulación en países extranjeros.

Pero hay varias preguntas que uno puede hacer a este respecto: «¿por qué hay esa tendencia al exceso de ahorro?»; «¿por qué los que tienen capacidad de consumo retienen más cantidad de ahorro de la que puede emplearse de manera útil?»; o, formulando la misma pregunta de otro modo: «¿por qué la presión de las necesidades presentes no mantiene el mismo ritmo que todas las posibilidades de satisfacerlas?». Para buscar respuestas a estas pertinentes preguntas, hemos de abordar el problema fundamental de la distribución de la riqueza. Si se distribuyera la renta o la capacidad de consumo de acuerdo con las necesidades existentes, es evidente que el consumo aumentaría siempre que hubiera un aumento del poder de producción, ya que las necesidades humanas trascienden siempre cualquier límite que se les imponga, y no habría exceso de ahorro. Pero la situación es muy diferente en una sociedad en la que la distribución de la riqueza no guarda relación predeterminada alguna con las necesidades, sino que es consecuencia de otros factores, que asignan a ciertas personas un poder adquisitivo enormemente superior a sus necesidades o posibilidades de utilizarlo, mientras que a otras les privan incluso de la capacidad de consumo necesaria para satisfacer todas las exigencias de su conservación física. El pasaje que citamos a conti-

nuación puede servir para ver más claramente el problema: «El volumen de producción ha ido ascendiendo continuamente gracias al perfeccionamiento de la maquinaria moderna. Los productos correspondientes se distribuyen por dos canales, uno que lleva la parte de la producción destinada al consumo de los trabajadores, y otro que transporta todo lo restante para los ricos. El canal de los trabajadores tiene el lecho de roca viva y no puede ensancharse, debido a que el competitivo sistema de salarios impide que éstos suban en proporción al aumento del rendimiento en el trabajo. Los salarios se basan en el coste de la vida, y no en el rendimiento de la mano de obra. El minero que trabaja en una mina pobre gana lo mismo que el minero que trabaja en la mina de al lado, que es rica. Es el propietario de la mina rica, y no su asalariado, el que se alza con la ganancia. El canal que transporta los bienes destinados al suministro de los ricos se bifurca a su vez, en dos brazos. Un brazo lleva lo que los ricos «gastan» en sí mismos, para sus necesidades y lujos, y el otro brazo no hace sino recoger y conducir el agua que se desborda, los ahorros de los ricos. El brazo que conduce el gasto, es decir, lo que los ricos desperdician en lujos, puede ensancharse algo, pero como el número de los que son ricos de verdad para permitirse todos los caprichos es pequeño, nunca podrá agrandarse de manera considerable y, de todos modos, su caudal es tan desproporcionadamente inferior al del otro brazo, que en ningún caso puede haber muchas esperanzas de que la bifurcación mencionada sirva para evitar el desbordamiento del capital. Los ricos no tendrán nunca la imaginación suficiente para gastar lo necesario para evitar el exceso de producción. El brazo del canal que transporta el ahorro de los ricos, el gran aliviadero cuya misión era recoger el agua que se desbordaba, se ha ido ahondando y ensanchando constantemente para que pudiera llevar el flujo siempre creciente del nuevo capital, pero de repente se ve que no sólo no puede agrandarse más, sino que además parece encontrarse en estos momentos en un proceso de estancamiento»[5].

Aunque el pasaje transcrito subraya excesivamente las diferencias entre ricos y pobres y exagera la mala situación de los trabajadores, sirve para ponernos ante la vista, de forma vigorosa y exacta, una verdad importantísima y poco reconocida de la teoría económica. El «aliviadero» del ahorro no se alimenta exclusivamente, desde luego, del superávit de la renta de «los ricos». A él contribuyen también los profesionales e industriales de clase media y, en muy pequeña medida, también los trabajadores. De todos modos, «el desbordamiento» es evidentemente consecuencia del ahorro automático que produce el superavit de la renta de los ricos. Naturalmente, esta afirmación es especialmente aplicable a Norteamérica, donde los multimillonarios se hacen rápidamente y se encuentran en posesión de ingresos muy superiores a todo lo que habían ansiado. Para completar la metáfora, hemos de imaginar que el flujo del agua desbordada vuelve a entrar en el flujo de la producción y vacía allí todos los «ahorros» que lleva. Si la competencia es auténtica y libre, se produce una congestión crónica de la capacidad productiva y de la producción, que obliga a bajar los precios en los mercados nacionales, a derrochar grandes sumas en publicidad, a atosigar a la gente para que compre, y que origina periódicamente crisis seguidas de colapsos económicos, durante los cuales hay grandes cantidades de capital y mano de obra que quedan inutilizados y sin remuneración. La finalidad primaria de los trusts y de otros grupos de empresas es poner remedio a estas pérdidas y a este derroche, reemplazando la superproducción atolondrada por la producción regulada. Al conseguir este propósito, se restringen e incluso se cierran los antiguos canales de inversión, limitando el caudal del aliviadero a la magnitud que justamente se precisa para mantener el flujo normal de la producción. Pero aunque esta rígida limitación del volumen de negocios es lo que necesita la economía de cada trust por separado, no satisface al gran creador de empresas, que se ve impulsado a resarcirse de la estricta regulación impuesta a la economía nacional abriendo nuevos cauces en el extranjero, por los que pueda desahogarse su capacidad de producción y el sobrante de sus ahorros. Llegamos así a la conclusión de que el imperialismo es el esfuerzo de los grandes magnates de la industria por ensanchar el canal de salida de sus excedentes de riqueza, para lo que buscan mercados e inversiones en el extranjero donde colocar los bienes y el capital que no pueden vender o utilizar en su propio país.

[5] *The Significance of the Trust*, H. G. Wilshire.

Así aparece con claridad el sofisma de la presunta inevitabilidad de la expansión imperialista en cuanto salida necesaria para la industria más progresiva. Lo que reclama la apertura de nuevos mercados y nuevas áreas de inversión no es el progreso industrial, sino la mala distribución del poder de consumo, que impide la absorción de mercancías y capital dentro del propio país. El exceso de ahorro que constituye la raíz económica del imperialismo está formado, como puede verse analizándolo, por rentas, beneficios de monopolios y otras partidas no ganadas o excesivas de ingresos que, al no haber sido ganadas ni con el trabajo manual ni con el trabajo intelectual, no tienen legítima *raison d'être*. Como esas rentas no han costado esfuerzo alguno a sus perceptores, tampoco im-

pulsan a éstos a la natural satisfacción del consumo, y forman un excedente de riqueza que, por no tener lugar legítimo en la economía normal de la producción y el consumo, tienden a acumularse en forma de exceso de ahorro. Dejemos que algún vaivén de la marea de las fuerzas político-económicas desvíe a esos propietarios su exceso de ingresos y lo haga llegar a los trabajadores en forma de salarios más altos, o a la comunidad en forma de impuestos, de manera que se gaste en lugar de ahorrarse, sirviendo de cualquiera de estas dos formas para engrosar el flujo del consumo; entonces no habrá necesidad de luchar por mercados extranjeros o por territorios extranjeros en los que invertir.

Muchos son los que se han dado cuenta, al estudiar este problema, de lo absurdo que es gastar la mitad de nuestros recursos financieros en luchas para conseguir mercados extranjeros en una época en la que los estómagos hambrientos, las gentes mal vestidas, las casas mal amuebladas nos indican que hay innumerables necesidades materiales sin satisfacer entre nuestra propia población. Si nos atenemos a la información recogida en las cuidadas estadísticas de Mr. Rowntree[6], veremos que más de una cuarta parte de la población de nuestras ciudades no llega a satisfacer plenamente sus necesidades más elementales. Si en virtud de algún reajuste de las estructuras económicas, los productos que fluyen del exceso de ahorros de los ricos y van a engrosar canales que ya rebosan pudieran desviarse de su curso para elevar los ingresos y el nivel de consumo de esa cuarta parte pobre de la población que hemos mencionado, no habría necesidad de imperialismo agresivo, y la causa de la reforma social habría ganado su mayor victoria.

No está escrito en el orden natural de las cosas que tengamos que gastar nuestros recursos naturales en empresas militaristas, en guerras, en maniobras diplomáticas arriesgadas y poco escrupulosas con objeto de encontrar mercados para nuestras mercancías y para nuestros excedentes de capital. Una sociedad inteligente y progresista que se basara en una igualdad fundamental de oportunidades económicas y educativas, elevaría su nivel de consumo para que correspondiera con todo incremento de su capacidad de producción, y podría encontrar pleno empleo para una cantidad ilimitada de capital y mano de obra dentro de las fronteras de su propio país. Cuando la distribución de la renta es de tal tipo que permite a todas las clases sociales de la nación convertir sus auténticas necesidades en demanda efectiva de bienes, no puede darse

[6] *Poverty: A Study of Town Life.* [La Pobreza: Estudio de la Vida en las Ciudades.]

superproducción, ni subempleo de capital o mano de obra, ni hay necesidad alguna de combatir por mercados extranjeros.

La condena más convincente de la actual economía la tenemos en las dificultades con que los fabricantes tropiezan en todas partes para encontrar clientes para sus productos, como lo atestiguan el prodigioso crecimiento de los agentes comerciales y los intermediarios, la multiplicación de todos los medios imaginables de propaganda y el aumento general de los servicios de distribución. En una economía sana, el impulso sería al revés: las crecientes necesidades de las comunidades progresivas serían un estímulo constante para la inventiva y la energía de los fabricantes, y constituirían un aliciente constante para la capacidad de producción. El que se den simultáneos excedentes en todos los factores de la producción, como ponen de manifiesto las fases de depresión comercial que se reproducen con mucha frecuencia, es una demostración espectacular de la mala economía de la distribución. No se trata de un mero error de cálculo en la aplicación de la capacidad productiva, ni de un exceso temporal y de corta duración de la misma. Lo que nos demuestran los excedentes citados es que existe un grave despilfarro económico, general y crónico, en todas las naciones industriales avanzadas; un despilfarro derivado del desajuste existente entre el deseo de consumir y la capacidad de consumo.

Si la distribución de los ingresos fuera tal que no provocara el ahorro excesivo, existiría constantemente pleno empleo para el capital y la mano de obra en el propio país. Esto no quiere decir, naturalmente, que no existiera comercio exterior. Los bienes que no pudieran producirse dentro de la nación, o que no pudieran producirse tan bien ni tan baratos como fuera de ella, se seguirían comprando por los procedimientos corrientes del comercio internacional; pero el impulso inicial sería también en este caso el saludable deseo del consumidor de comprar en el extranjero lo que no podía adquirir en su país, y no la ciega ansia de los fabricantes de valerse de todos los trucos y palancas del comercio y la política para encontrar mercados para sus «excedentes» de producción.

La lucha por los mercados, el mayor interés de los fabricantes por vender que de los consumidores por comprar, es la prueba final de una mala economía de distribución. El imperialismo es fruto de esa mala economía; su remedio está en las «reformas sociales». El objetivo primario de la «reforma social», utilizando el término en su acepción económica, es elevar el nivel saludable de consumo público y privado de la nación, de manera que ésta pueda alcanzar la meta más alta posible de producción. Hasta esos reformadores sociales que se proponen directamente liquidar o reducir algún mal hábito de consumo, como el movi-

miento *Temperance**, están de acuerdo, por lo general, en que es necesario encontrar otras formas de consumo que sean más educativas, estimulen otros gustos y contribuyan a elevar el nivel general de consumo.

No hay necesidad de abrir nuevos mercados en el extranjero; los mercados nacionales pueden seguir creciendo indefinidamente. Todo lo que se produzca en Inglaterra puede consumirse en Inglaterra, con tal de que «la renta», o capacidad de demandar bienes, esté distribuida adecuadamente. El que esta afirmación parezca falsa es consecuencia de la especialización artificial y nociva que se ha impuesto a este país, como consecuencia de la mala distribución de los recursos económicos, que ha provocado un crecimiento excesivo de ciertos ramos de la industria manufacturera con el objetivo específico de vender al extranjero. Si la revolución industrial hubiera tenido lugar en una Inglaterra en la que todas las clases sociales tuvieran igual acceso a la tierra, a la enseñanza y a la legislación, la especialización de las manufacturas no habría ido tan lejos (aunque se hubiera podido conseguir un progreso más inteligente mediante la ampliación del área de selección del talento para la organización y la inventiva); el comercio exterior habría sido menos importante, pero habría tenido mayor fijeza y regularidad; el nivel de vida de todos los sectores de la población habría sido alto, y el índice de consumo nacional habría generado probablemente un empleo pleno, constante y remunerativo para una cantidad de capital público y privado mucho mayor del invertido en la actualidad[7]. Porque el exceso de ahorro por falta de consumo de las masas, que tiene su origen en los exagerados ingresos de los ricos, es una política económica suicida, incluso desde el punto de vista del capital; porque sólo el consumo vitaliza el capital y le permite obtener beneficios. Asignar a las clases «poseedoras» un exceso de poder de consumo que no pueden utilizar y que no pueden transformar en capital verdaderamente útil, es seguir la política del perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Las reformas sociales que privaran a las clases poseedoras de sus excedentes de ingresos no les infligirían, por consiguiente, los perjuicios que temen; de hecho, no pueden utilizar esos excedentes de ahorro más que obligando a su país a embarcarse en una ruinosa política imperialista. El único sistema que puede dar seguridad a los Estados consiste en quitar a las clases poseedoras los incrementos no ganados de sus ingresos y añadirlos a los salarios de las clases trabajadoras o a la renta pública, para que puedan gastarse en elevar el nivel de consumo.

* Organización dedicada a la lucha contra el alcoholismo. *(N. del T.)*

[7] Como por sus teorías de la frugalidad y el crecimiento del capital, los clásicos de la economía inglesa no podían defender la tesis del crecimiento indefinido de los mercados nacionales mediante la elevación constante del nivel de bienestar nacional, se vieron pronto forzados a apoyar la doctrina de la necesidad de encontrar mercados exteriores para la inversión de capital. J. S. Mill dice, por ejemplo, a este propósito: «La expansión del capital alcanzaría pronto sus últimos límites, si dichos límites no se estuvieran rompiendo continuamente para crear más espacio» *(Economía Política)*. Antes de J. S. Mill, en una carta a Malthus, había escrito Ricardo: «Si con cada acumulación de capital pudiéramos traernos un nuevo trozo de tierra fértil a nuestra isla, los beneficios nunca decaerían».

La doctrina de la reforma social presenta dos variantes, según que los reformadores traten de conseguir el objetivo indicado elevando los salarios, o aumentando los impuestos y el gasto público. Estas dos alternativas no son, en lo fundamental, contradictorias sino más bien complementarias. Los movimientos de la clase trabajadora, bien mediante organizaciones cooperativas privadas o presionando ante la Administración o el poder legislativo, aspiran a aumentar el porcentaje de la renta nacional que está asignado a la mano de obra en forma de salarios, pensiones, compensación por accidentes de trabajo, etc. El socialismo de Estado intenta conseguir para el uso directo del conjunto de la sociedad una participación mayor de los «valores sociales» que emanan del tipo de trabajo estrecha y esencialmente cooperativo de toda sociedad industrial, gravando la propiedad y los ingresos con impuestos que posibiliten la entrada en el erario público, para el gasto público, de «la parte no ganada» de los ingresos, dejando a los fabricantes los beneficios necesarios para sentirse estimulados a explotar sus recursos económicos del modo más eficaz posible, y dejando también a las empresas privadas los negocios que no engendran monopolio y que el conjunto de la sociedad no necesita emprender o no puede emprender por su cuenta. Los objetivos que hemos mencionado no son los únicos, y ni siquiera los más comúnmente aceptados, de los movimientos de reforma social; pero para los objetivos del presente trabajo constituyen el aspecto esencial.

Los sindicatos y el socialismo son, por tanto, los enemigos naturales del imperialismo, dado que pretenden arrebatar a las clases «imperialistas» el exceso de ingresos que constituye el motor impulsor del imperialismo.

No pretendemos presentar aquí una descripción definitiva de todas las relaciones existentes entre las fuerzas indicadas. Cuando analicemos el aspecto político del imperialismo, veremos como éste tiende de modo natural a aplastar a los sindicatos y a «roer» o a explotar parasitariamente el socialismo de Estado. Limitándonos por el momento al aspecto puramente económico, podemos considerar a los sindicatos y al socialismo de Estado como fuerzas que se complementan para luchar contra el imperialismo en cuanto que, al hacer llegar a las clases trabajadoras o al gasto

público ingresos que de otra forma se convertirían en exceso de ahorro, elevan el nivel general del consumo nacional y disminuyen la presión por conseguir mercados extranjeros. Naturalmente, si el incremento de los ingresos de la clase trabajadora se «ahorrara» en su totalidad o en su mayor parte, es decir, si no se gastara, o si los impuestos procedentes de gravar las rentas no ganadas fueran utilizados para aliviar otros gravámenes que las clases poseedoras tuvieran que satisfacer, no se conseguiría el resultado que hemos descrito. En cualquier caso, no hay razones para creer que esto pudiera derivarse de las medidas sindicales o socialistas. Mientras no existan suficientes estímulos naturales que impulsen a las clases acomodadas a gastar en nuevos lujos el dinero que les sobra y que ahorran, todas las familias de la clase trabajadora se ven sometidas al poderoso estímulo de las privaciones económicas. Por ello, un Estado razonablemente gobernado debería considerar como su obligación principal el aliviar la pobreza que existe en la vida comunitaria, recurriendo para ello a nuevas formas de gasto socialmente útiles.

Pero no deseamos ocuparnos ahora de cuestiones prácticas de política o de economía política, sino de teoría económica; teoría que, cuando es reflejo exacto de la realidad, nos hace abandonar la ilusión de que la expansión del comercio exterior y, por consiguiente, del imperio es una necesidad de la vida nacional.

Desde la perspectiva de la economía del esfuerzo, lo mismo las personas que las naciones se ven ante la misma alternativa de «elegir una forma de vida». Una persona puede dedicar todas sus energías a adquirir propiedades y a vivir para comprar cada vez más tierras, más almacenes, más fábricas. De alguna forma «su yo se desparrama» a lo largo y a lo ancho de las cosas que puede poseer, amasa riquezas materiales que en cierto modo son «él mismo», puesto que en ellas se manifiesta su poder y sus intereses. Esta forma de vida exige que dicha persona se dedique fundamentalmente a satisfacer sus tendencias inferiores adquisitivas, al precio de descuidar las cualidades y tendencias más elevadas de su ser humano. Sin embargo, no tiene por qué haber un antagonismo absoluto entre ambas. Como dijo Aristóteles, «primero hemos de resolver nuestros problemas materiales, y luego practicar la virtud». Por ello, para el hombre discreto, el sano sentido de la economía aconseja esforzarse por obtener los bienes materiales que son necesarios para contar con una base razonable de comodidad física; pero sería mala economía que el ansia de expansión cuantitativa absorbiera el tiempo, la atención y la energía de la persona, porque ello implicaría necesariamente la asfixia de las aficiones y las facultades superiores. El mismo problema se presenta en los negocios de las personas: hay que decidir entre el cultivo intensivo o el cultivo extensivo. Si hay mucha tierra disponible, puede que el agricultor ignorante y primitivo decida diseminar su capital y su esfuerzo físico a lo largo de grandes extensiones de tierra, apropiándose cada vez de más terreno y cultivándolo mal. El labrador que sabe de agricultura y conoce científicamente su oficio optará por estudiar una parcela más pequeña, la cultivará a conciencia y sacará partido de las características específicas que presente, en función de la demanda que exista en los mercados más rentables a que tenga acceso. Lo mismo podría decirse de otras actividades o industrias. Aun en los casos en que la producción a gran escala es más ventajosa, existen límites que el hombre de negocios prudente no traspasará porque sabe que, si lo hace, perderá en eficacia administrativa lo que pueda parecer que gana en economías de fabricación y de comercialización.

En todos los campos aparece el problema de lo cuantitativo *frente* a lo cualitativo, de la cantidad frente a la calidad. Ahí radica también todo el problema del imperio. Un pueblo cuya población, cuya energía y cuyo territorio son limitados, puede optar por mejorar al máximo la administración política y económica de su propio país, sin proceder a otras adquisiciones de territorio que las que estén justificadas por las exigencias económicas del crecimiento de la población; o puede dedicarse como el agricultor imprudente a extender su poder y su energía por toda la tierra, encandilado por las ganancias de la especulación o los rápidos beneficios que le ofrece un mercado nuevo, o atraído simplemente por la avaricia de acumular terreno, sin tener en cuenta los despilfarros políticos y económicos, y los riesgos que encierra esta carrera imperial. Hay que comprender con claridad que se trata esencialmente de una elección entre dos alternativas; no puede uno dedicarse por entero al cultivo intensivo y extensivo al mismo tiempo. Las naciones pueden, siguiendo el ejemplo de Dinamarca y Suiza, concentrarse en la investigación agrícola, crear un sistema sutilmente diversificado de enseñanza pública, general y técnica, aplicar la tecnología más avanzada a sus industrias manufactureras, y ofrecer de este modo un nivel de vida cada vez más confortable y más progresivo a una población considerablemente numerosa, afincada en un territorio estrictamente limitado; o también pueden, como ha hecho Gran Bretaña, descuidar la agricultura, dejar las tierras abandonadas y sin cultivar, permitir que las gentes se aglomeren en las ciudades, quedarse atrasadas con respecto a otras naciones en lo que se refiere a los métodos de enseñanza y a la capacidad de adaptar a sus necesidades los últimos conocimientos científicos, para luego malgastar sus recursos militares y financieros en crear por la fuerza malos mercados, y en buscar campos para la inversión especulativa en rincones

remotos del mundo, añadiendo a su Imperio millones de kilómetros cuadrados y millones de habitantes que les será imposible asimilar.

Ya hemos descrito las fuerzas y los intereses de clase que estimulan y apoyan esta falsa economía. No habrá solución mientras se permita actuar a estas fuerzas. De nada servirá atacar al imperialismo o al militarismo en cuanto medidas o programas políticos si no se aplica el hacha a la raíz del mal económico, si no se priva a las clases sociales beneficiarias del imperialismo del exceso de ingresos que busca salida en el Imperio.

Capítulo 7
LAS FINANZAS IMPERIALISTAS

El análisis de las fuerzas económicas que hemos descrito en el capítulo precedente pone de manifiesto las características que revisten las finanzas públicas de los Estados comprometidos en la política imperialista. Como hemos visto, el imperialismo entraña la utilización de la máquina del Estado por parte de los intereses privados, principalmente capitalistas, para obtener beneficios económicos para sí mismos fuera del propio país. El predominio de este factor en la vida política impone características especiales tanto al gasto público como a los impuestos.

El cuadro que aparece en el apéndice número XV[1] nos muestra claramente cuáles fueron los rasgos principales del gasto público de Gran Bretaña durante las tres últimas décadas del siglo XIX.

El primer dato importante es el índice de crecimiento del gasto público en su conjunto. Dicho crecimiento ha sido mucho más rápido que el del comercio exterior, ya que mientras el promedio anual del valor de nuestro comercio con el extranjero, que fue de 636 millones de libras de 1870 a 1875, aumentó a 868 millones de libras en el período que va de 1895 a 1903, el promedio del gasto público pasó durante el mismo espacio de tiempo de 63.160.000 a 155.660.000 libras. Es un cre-

[1] Ver página 343.

cimiento mucho más rápido que el del conjunto de la renta nacional que, según las estimaciones aproximadas de los estadísticos, subió de unos 1.200 millones a 1.750 millones de libras durante el mismo período. El mencionado índice de crecimiento se ha acelerado grandemente durante la última mitad del período en cuestión, ya que, sin tener en cuenta los gastos de guerra, el gasto imperial normal ha saltado de 87.423.000 libras en 1888 a 128.600.000 libras en 1900.

El aspecto más destacado del citado cuadro es la pequeña y decreciente proporción de la renta nacional que se dedica a lo que podríamos considerar como fines u objetivos directamente productivos del gobierno. En términos aproximados, más de las dos terceras partes del dinero se destina a gastos navales y militares y al pago de deudas militares, y sólo queda el 30% para la educación, para la administración civil y para atender a la ambigua política de subvenciones en ayuda de los impuestos locales[2].

El único aspecto satisfactorio del cuadro que comentamos es que la cantidad dedicada a educación es cada vez mayor y representa un porcentaje cada vez más elevado de los fondos públicos. Una parte sustancial de la suma gastada en subvencionar el pago de los impuestos y contribuciones locales ha ido a parar a manos de los terratenientes a título de ayuda benéfica.

Los gastos puramente militares y navales han aumentado más rápidamente durante el período en cuestión que el gasto total, el crecimiento del comercio, la renta nacional o cualquier otro índice general de los recursos nacionales. En 1875, el ejército y la armada costaron menos de 24,5 millones de libras sobre un gasto total de 65 millones de libras; en 1903, de un gasto total de 140 millones de libras, el ejército y la armada costaron cerca de 79 millones.

Tras los enormes desembolsos que ocasionó la guerra de Sudáfrica, se produjo un sustancial y permanente aumento en los citados capítulos del gasto, equivalente a un desembolso adicional de no menos de 32 millones de libras por año.

Este incremento del gasto naval y militar, que pasó de 25 a 79 millones en poco más de un cuarto de siglo, es el hecho más relevante de las finanzas imperialistas.

Los grupos financiero, industrial y profesional que, como hemos indi-

[2] De todos modos, parte del dinero gastado en el capítulo de Deuda Nacional debe considerarse como desembolso productivo, toda vez que se ha empleado en reducir la Deuda. Entre 1875 y 1900 se ha conseguido una reducción de 140 millones de libras, lo que equivale a 5.800.000 libras aproximadamente cada año.

cado, constituyen el núcleo económico del imperialismo, se han servido de su poder político para extraer de la nación las sumas indicadas con objeto de mejorar sus inversiones privadas, abrir nuevos campos lucrativos a su capital y hallar mercados ventajosos para sus excedentes de mercancías. Al mismo tiempo, los fondos públicos gastados en estos campos sirven también para engrosar las arcas particulares de estos capitalistas con los beneficios que perciben de las ventajosas contratas y de los cargos lucrativos o prestigiosos.

Los capitalistas industriales y financieros, que son quienes han tramado fundamentalmente esta política, utilizando convicciones claramente sentidas para ocultar fines económicos menos claros, han hecho también importantes concesiones o han sobornado a otros grupos de intereses menos directamente beneficiados, con el fin de ganar su simpatía y conseguir su apoyo.

Esto explica las importantes y cada vez mayores subvenciones en ayuda de los impuestos locales, ya que la mayoría de esas ayudas han de considerarse, desde el punto de vista técnico de su incidencia en el sistema fiscal, como subvenciones a los latifundistas. El apoyo de la Iglesia y de los negociantes de bebidas alcohólicas se ha comprado a precio más barato; el de aquélla, eximiendo de impuestos a los diezmos y aumentando las subvenciones concedidas a las escuelas de la Iglesia; el de éstos, mediante una sabia inhibición en lo referente a las reformas tendentes a restringir o prohibir el uso de bebidas alcohólicas y con una consideración especial en los impuestos.

Al hacer de las fuerzas capitalistas-imperialistas el eje de la política financiera, no intento decir que no haya otras fuerzas industriales, políticas y morales que no tengan metas e influencias independientes, sino simplemente que las mencionadas en primer lugar han de considerarse como el factor determinante para la interpretación de la política real.

Hemos identificado con el imperialismo a casi todos los grupos organizados de intereses que suelen englobarse bajo el nombre de capitalismo, y entre ellos a los terratenientes y latifundistas. La mayoría de ellos participan directamente, de un modo u otro, de las dos formas de ganancias que resultan de la política imperialista: los réditos, beneficios comerciales o cargos que aporta esa política, o los réditos, beneficios o cargos que proporcionan los gastos civiles y militares relacionados con ella.

Nunca será excesiva la claridad con que pongamos de manifiesto que el aumento del gasto público, cualesquiera que sean las razones políticas que lo justifiquen, representa una fuente directa de ganancias para cier-

tos grupos económicos bien organizados e influyentes, y que para todos ellos el imperialismo es el principal medio de conseguir ese aumento del gasto.

Aunque los principales promotores de esta política terminantemente parasitaria pertenecen a la clase capitalista, hay determinados sectores de la clase trabajadora que se sienten atraídos por las mismas motivaciones. En muchas poblaciones, la prosperidad de los principales oficios depende de los contratos o los puestos de trabajo que ofrece el gobierno, y a este hecho es atribuible, en no pequeña medida, el espíritu imperialista que se respira en los núcleos industriales dedicados a la metalurgia y a la construcción de buques. Los diputados del Parlamento hacen valer, sin reparos, su influencia para conseguir contratos estatales y operaciones comerciales para sus respectivos distritos electorales, y cada incremento del gasto público acrecienta esta peligrosa orientación.

De todos modos, donde más claramente se percibe el sentido de las finanzas imperialistas no es al nivel del gasto, sino de los impuestos. Los propósitos de los grupos económicos que utilizan las arcas estatales para su beneficio privado se malograrían si fueran ellos mismos los que tuvieran que aportar primero el dinero necesario para llenar esas arcas. Por ello, la política natural de autodefensa de esos grupos será evitar que el peso de los impuestos caiga sobre sus hombros y procurar cargarlo a las espaldas de otras clases sociales o de las futuras generaciones.

Una sana política fiscal será aquella que recaude la totalidad o la mayor parte de los ingresos estatales de los incrementos ganados del valor de la tierra y de los beneficios de aquellas empresas que, gracias a que son protegidas por algún procedimiento legal o económico que las pone a salvo de la dura competencia de sus rivales, consiguen altos porcentajes de réditos o beneficios. Esta política fiscal no causaría perjuicio alguno, puesto que gravaría la parte no ganada de los ingresos, y no perturbaría la marcha de la industria. Ahora bien, la política mencionada supondría gravar precisamente el tipo de actividades que constituyen la raíz económica del imperialismo. Porque son precisamente las partes no ganadas de los ingresos las que tienden a acumularse de modo automático y, al hinchar aun más el superavit de capital que busca mercados para invertir o mercados para los excedentes de mercancías que él mismo contribuye a crear, empujan a las fuerzas políticas hacia el imperialismo. Por consiguiente, un sistema fiscal sano atacaría la misma raíz de la enfermedad.

Por otra parte, si las fuerzas capitalistas-imperialistas quisieran echar abiertamente el peso de los impuestos sobre las espaldas del pueblo, les resultaría difícil imponer esta costosa política bajo formas de gobierno genuinamente democráticas. La gente tiene que pagar, pero no deben saber para qué y cuánto están pagando, y el pago debe escalonarse a lo largo del período más dilatado posible.

Veamos un ejemplo concreto de lo que decimos. Los círculos de intereses políticos y financieros que, unidos en una alianza poco clara, indujeron con engaños a Gran Bretaña a gastar doscientos millones de libras esterlinas del erario público para hacerse ellos con el control de los recursos de la tierra y las minas de las repúblicas sudafricanas, no se hubieran salido con la suya si se hubieran visto obligados a conseguir el dinero enviando por las casas a un recaudador de tributos que se llevara de cada ciudadano, en dinero contante y sonante, las libras que a dicho ciudadano le correspondía pagar de impuestos y que, en la práctica, le sacarían por procedimientos mucho menos directos y honrados.

Sería imposible mantener el imperialismo mediante impuestos directos que gravaran los ingresos o la propiedad. En un régimen político de auténtico control popular del poder, el militarismo y las guerras no podrían existir si a cada ciudadano se le hiciera consciente de lo que cuestan, obligándole a pagar en metálico su parte de los impuestos. Al imperialismo le gustan más, por consiguiente, los impuestos indirectos; y no por comodidad, sino para encubrirse. O quizá fuera más justo decir que el imperialismo saca partido de esa cobarde y estúpida tendencia que suele mostrar el hombre medio de todas partes a pagar los impuestos sin que le digan a dónde va a parar el dinero que entrega. Pocas veces le es posible a un gobierno, ni siquiera en los momentos críticos de alguna emergencia grave, obligar a pagar un impuesto sobre la renta; hasta el impuesto sobre la propiedad suele burlarse cuando la propiedad es personal y, desde luego, es siempre muy mal recibido. El caso de Inglaterra es una excepción que confirma la regla.

La abrogación de los derechos de importación y el establecimiento del librecambio pusieron de manifiesto el triunfo político de la nueva plutocracia comercial y manufacturera sobre la aristocracia terrateniente. El libre comercio eran tan beneficioso para aquélla, al permitirle la importación barata de materias primas y al reducir el coste de la subsistencia de la clase trabajadora en un momento en que la ventaja de Inglaterra en nuevos métodos industriales le brindaba la posibilidad de una rápida expansión de su comercio, que esta plutocracia industrial y comercial estaba dispuesta a apoyar el restablecimiento del impuesto sobre la renta que Peel propuso en 1842, para permitirle eliminar o rebajar los derechos de importación. Cuando la política del librecambismo estaba en el cenit de su éxito y de su fama, el país se vio de repente en medio de la crisis financiera que acompañó a la guerra de Crimea, y el correspondiente Ministerio liberal prefirió consolidar el mencionado impuesto,

ampliando el área de su aplicación y haciendo más difícil su abolición al proceder a otras abrogaciones de derechos arancelarios, antes que volver a la política proteccionista, que de otro modo habría sido inevitable. Ahora no habría gobierno que se decidiera a quitar ese impuesto, porque el desagrado con que se recibiría la búsqueda de otros que pudieran reemplazarlo adecuadamente excedería con creces la satisfacción que ocasionara su abolición, y por otra parte, la productividad y la calculabilidad del repetido impuesto son ventajas que no posee, en el mismo grado, ninguna otra variante de tributación.

Sería conveniente tener en cuenta también el papel ejercido por los principios y las convicciones personales de los profesionales de la política financiera, formados en las doctrinas inglesas de la economía política, y todavía más conveniente no perder de vista el intento de los partidos políticos rivales de conseguir el apoyo de las masas que acababan de alcanzar los derechos políticos mediante una atractiva y bien presentada política financiera. La agitación revolucionaria que sacudió Europa a mediados del siglo XIX, el rápido crecimiento de los gigantescos centros industriales por toda Inglaterra, con sus masas humanas sumidas en una pobreza de la que se sabía poco y con una conocida falta de preparación que las hacía presa fácil de la demagogia, hacían que el establecimiento de la democracia formal pareciese un experimento muy arriesgado, y ambos partidos políticos se sentían inclinados a procurar granjearse la amistad de la nueva hidra mediante subsidios o sobornos. Cuando en 1885-1886 la división del viejo partido liberal hizo que, por primera vez, se igualara la enorme preponderancia de la propiedad mueble y quedara al mismo nivel que la propiedad de bienes raíces, resultó posible y pareció oportuno hacer un presupuesto auténticamente democrático, junto con un impuesto sobre la renta progresivo, y considerables derechos sucesorios. No hay por qué suponer que sir William Harcourt y sus colegas no estuvieran sinceramente convencidos de la justicia y la oportunidad de esta política; pero conviene recordar, sin embargo, que ante la creciente necesidad de fondos para el desarrollo imperialista y para la enseñanza, no les quedaba más alternativa que la indicada, como no fuera dar un giro de ciento ochenta grados respecto a los principios del librecambio que tan resueltamente habían defendido, o emprender un peligroso ataque contra los intereses de las empresas que, de rechazo, podría perjudicar a la clase trabajadora, de cuya causa querían aparecer como ardientes paladines. Por consiguiente, las medidas económicas que se adoptaron en contra de la «propiedad», y que se concretaron en los impuestos progresivos sobre la renta y los derechos sucesorios deben considerarse como una medida política excepcional a la que se recurrió

principalmente por una combinación de dos causas: la dificultad de volver de repente a las abandonadas medidas proteccionistas, y el deseo de granjearse el favor de la nueva y desconocida democracia.

De ahí dimana la anomalía de un imperialismo subvencionado por los impuestos directos. En ningún otro país han funcionado de este modo las circunstancias políticas. En el continente europeo, el militarismo y el imperialismo han medrado gracias a la imposición indirecta, y han permitido a los intereses agrícolas e industriales derrotar fácilmente a cualquier movimiento que defendiera el librecambio, alegando con insistencia que era necesario recaudar fondos públicos mediante las tarifas aduaneras.

En Gran Bretaña no parece probable que se lleve más lejos la política de gravar con impuestos directos la propiedad y los ingresos personales para atender a los gastos imperiales. El gobierno de las clases acaudaladas no quiere seguir ya la tradición del librecambismo; los dirigentes políticos y la aplastante mayoría de sus seguidores son abiertamente proteccionistas en lo que respecta a la agricultura y a ciertas industrias básicas. Ya no se sienten aterrorizados por el poder de un pueblo con plenos derechos cívicos, ni están dispuestos a crear más impuestos sobre la propiedad para ganarse las simpatías de las masas; ya han tanteado y probado el temperamento de la «hidra», y piensan que con ayuda de «la industria y el comercio» y de la Iglesia, la hidra es domesticable y puede engatusársela para que pague la factura del imperialismo mediante el desembolso de derechos proteccionistas. Traducido al inglés, «Panem et circenses» significa «bebercio» barato y júbilo patriotero por las calles. La educación popular es una instigación al imperialismo, en lugar de servir como defensa contra él; ha abierto unos horizontes de vulgar engreimiento y de ramplón sensacionalismo en una gran masa pasiva que ve la historia de nuestros días y el confuso laberinto de las corrientes y tendencias mundiales con ojos miopes y asombrados, una masa que es presa fácil de los engaños de hábiles grupos de intereses que pueden seducirla, asustarla o llevarla por el camino que a ellos les interese.

Si el partido liberal se hubiera mantenido fiel a los principios de convivencia pacífica, de austeridad en los gastos y de reformas sociales, negándose a traspasar los límites del genuino «colonialismo» propuestos por personas como Molesworth, y rechazando la tentación de embarcarse en una «política exterior enérgica» dictada por los propietarios de acciones y obligaciones, habría podido hacer frente a los ataques que se han desencadenado contra el librecambismo. Pero un partido liberal

comprometido con la causa del imperialismo militante, cuya necesidad de recursos económicos crecía rápidamente y estaba determinada fundamentalmente por la conducta de las potencias extranjeras y por los nuevos descubrimientos de la ciencia militar, se veía ante un dilema irresoluble. Su posición de partido parachoques, a medio camino entre las clases acaudaladas que formaban el conservadurismo organizado y la presión no organizada de un conjunto de fuerzas con poca cohesión, que se esforzaban por llegar a formar un partido socialista de los trabajadores, recomendaba la moderación, y el origen de sus líderes, que seguían siendo reclutados en las clases acaudaladas, le impedía todo intento audaz de subvencionar el imperialismo a base de impuestos directos sobre la propiedad, elevando la tributación sobre la renta y sobre la riqueza para cubrir las necesidades siempre crecientes de las finanzas imperialistas. Al partido liberal le faltaron agallas y doctrinas para abandonar el imperialismo, y mantener con decisión el principio de que las clases que se beneficiaban de él tenían que pagar sus facturas.

No hay, por tanto, razón alguna para suponer que el liberalismo quisiera o pudiera sufragar las costas del imperialismo militante recurriendo a subir los impuestos progresivos sobre la renta y la propiedad. Aunque las ventajas de financiación que supone hayan podido impedir la derogación de un tributo tan productivo, no será elevado ni ampliado. Cuando el gasto vuelva a normalizarse, el impuesto sobre la renta será reducido y todos los aumentos del gasto normal (que según cierta autoridad en estadística puede calcularse en 20.000.000 de libras sólo en lo referente a gastos militares) serán sufragados mediante impuestos indirectos.

Ahora bien, todo aumento calculable e importante de los ingresos del erario público mediante la tributación indirecta significa la renuncia al librecambio. Una renta sustancial y constante de este tipo no puede recaudarse más que cobrando derechos sobre las importaciones de bienes de primera necesidad para el consumo y para la industria y el comercio. Naturalmente, el hecho no se modifica diciendo que cobrar derechos para recaudar fondos públicos no es proteccionismo. Si se gravan las importaciones de azúcar y té, y si se cobran derechos por importar trigo, harina, carne y materias primas extranjeras para nuestras principales industrias, o por importar productos manufacturados acabados que compitan en nuestros mercados, aunque la finalidad sea recaudar fondos para el erario público, el efecto económico es proteccionista.

Es probable que los que dirigen la financiación del imperialismo no estén dispuestos todavía a aceptar ni el nombre ni la política económica del proteccionismo en su totalidad[3]. Al tomar las primeras medidas en este sentido, se pueden utilizar otros nombres. Fijar un derecho compensatorio a la importación de remolacha azucarera puede pasar por ser un mecanismo de libre comercio; pero una vez establecido, vendrá tras él toda una serie de derechos compensatorios que se pondrán en práctica partiendo de razonamientos similares. Si se fija un gravamen sobre todos los artículos que hagan los presos, alegando que están subvencionados y que, por tanto, su coste de producción es inferior al real, igual gravamen proteccionista podría imponerse, lógicamente, a todos los bienes producidos «a precios de hambre» por la industria extranjera. Si se establece un derecho a la exportación del carbón, lo mismo podría hacerse con la exportación de motores y maquinaria porque también contribuyen al desarrollo industrial de nuestros rivales. Pero el disfraz más temible del proteccionismo tomará la forma de las exigencias militares. Una nación militar rodeada de imperios hostiles debe contar dentro de sus fronteras con los adecuados pertrechos de guerra, con reclutas bien preparados y con abundante aprovisionamiento de alimentos. No podemos confiar con entera seguridad en la capacidad de lucha de una población criada en las ciudades, ni en suministros de alimentos que nos envíen países extranjeros. Para acabar con estas incertidumbres, se precisa impedir que se concentre en las ciudades un excesivo porcentaje de nuestra población, y es necesario intentar seriamente vigorizar la agricultura y que la gente vuelva al campo.

Dos métodos parecen utilizables a este respecto. Uno sería un plan de reforma agraria de gran alcance y magnitud, que incidiría en los derechos de los terratenientes, toda vez que supondría la compra o arrendamiento obligatorios de sus tierras por parte de los organismos oficiales, con atribuciones para asentar en dichas tierras grandes cantidades de pequeños granjeros, facilitándoles préstamos en cuantía suficiente para permitirles vivir y trabajar en el campo. El otro método consistiría en recurrir a medidas proteccionistas: volver a fijar derechos arancelarios a la importación de cereales, de ganado, de frutas y de productos lácteos, con el fin de estimular la agricultura y conseguir que la gente no abandonara el campo.

Dada la influencia política de las clases más ricas, es seguro que se preferirá la segunda alternativa. Las conexiones que ahora mantienen los círculos terratenientes con los industriales son lo suficientemente estrechas para que los dueños de la industria urbana no puedan negarse

[3] El comentario sobre el proteccionismo que se expone a continuación se refiere a las posibilidades del año en que se redactó este trabajo (1905).

a ayudar a los terratenientes rurales. Las subvenciones para ayudar a pagar las contribuciones locales es un testimonio convincente de lo que decimos. Los economistas políticos pueden demostrar que el principal resultado del proteccionismo, en la medida en que protege, es elevar el coste del arrendamiento de las tierras, que el efecto de un gravamen sobre los cereales será que suba el precio del pan, que al subir los salarios reales disminuirán los beneficios, y que si el citado gravamen consiguiera realmente estimular el cultivo intensivo y la autosuficiencia en la producción de alimentos no serviría para ayudar a recaudar más fondos para el erario público. Los proteccionistas no se sentirán consternados por las posturas contradictorias que han de mantener, pues saben que las masas, cuyos votos ansían, no pueden mantener en su cabeza al mismo tiempo dos argumentaciones con fines de comparación.

Es probable que las peticiones de protección a la agricultura, para que se quede en el campo un campesino sano y con buenas aptitudes para el ejército, tengan más peso que todas las objeciones económicas que se planteen en el futuro próximo. Es muy posible, por otra parte, que el proteccionismo se vea moderado en este caso por una reforma agraria cuidadosamente planeada para instalar en el campo de Gran Bretaña una nueva clase de pequeños propietarios rurales, y para meter en los bolsillos de los grandes latifundistas británicos una sustanciosa suma como pago por sus tierras y compensación por los inconvenientes que les hayan sido causados.

Otro camino secreto que también conduce al proteccionismo pasa por la industria de la construcción naval. En este caso, los beneficios no se consiguen con impuestos, sino con primas. Si se quiere que Inglaterra sea fuerte para competir en las guerras y en el mercado internacional, deben estar expeditas para ella las principales rutas comerciales, y ha de poseer barcos y hombres que en un momento determinado puedan adaptarse para las necesidades de la defensa. Las leyes de navegación contribuyeron, sin duda, a poner los cimientos de la gran expansión del comercio exterior de Inglaterra, y la misma combinación de exigencias políticas e intereses comerciales puede contribuir al resurgimiento de esta decisión política. Estos son los principales caminos de la tendencia proteccionista; pero no hay razón alguna para suponer que la política en cuestión se vaya a limitar a la agricultura, al azúcar y a otras importaciones subvencionadas, a los gravámenes a la exportación del carbón y a las primas a la construcción naval. Los principales sectores de la industria textil, siderúrgica y de otras industrias básicas, cuyo monopolio se ve amenazado incluso en el mercado interior por las modernas industrias de Alemania, Holanda y Estados Unidos, han perdido hace

tiempo la fe y la confianza en el libre comercio que tenían cuando la supremacía de Inglaterra en las técnicas industriales era incuestionable. La especialización local de las industrias pone en manos del político proteccionista un arma verdadera formidable. A pesar de la ayuda financiera e intelectual que ciertos círculos manufactureros prestan al movimiento librecambista, la actitud de los productores es proteccionista y la de los consumidores librecambista. La particular ubicación regional de las industrias permite al político apelar a los intereses específicos de la industria de una determinada ciudad o población, y convencer no sólo a sus capitalistas, sino también a sus trabajadores, de lo beneficioso que les resultaría el que su actividad industrial concreta estuviera protegida contra lo que se denomina desleal competencia extranjera; nada se les dice de lo que perderán como consumidores al disminuir el poder adquisitivo de sus beneficios y salarios, como consecuencia de los efectos del proteccionismo en las industrias de otras regiones y localidades. Es casi seguro que este llamamiento a los intereses locales de los productores, aislados del resto de la industria nacional, consiga sus propósitos de convencer a una población de baja cultura e inteligencia. Cuando se trata de presentar la otra cara de la moneda, y se hace ver a los interesados que la consecuencia del proteccionismo será una subida general de precios, la reacción es negar confiadamente que tal cosa vaya a producirse, aunque todo el mundo cuenta con que los salarios y los beneficios aumentarán en la concreta indutria local a cuyo egoísmo apela el mensaje proteccionista.

De todas formas, probablemente se procurará ocultar el carácter global de la política proteccionista tras una nebulosa de imperialismo. El proteccionismo no se hará aparecer como proteccionismo, sino como libre comercio dentro del imperio; las tarifas proteccionistas encubrirán su dimensión exclusivista y adoptarán el disfraz de un «zollverein» imperial*. Los grandes cambios económicos que, para llegar a producirse, necesitan utilizar un aparato político, inventan ese aparato. El imperialismo de Inglaterra, que es fundamentalmente, aunque no exclusivamente, un fenómeno económico, se esforzará por encubrir el sistema de protección financiera que defiende tras la pantalla de un gran logro político denominado Federación del Imperio. Se trata de una vía hacia el proteccionismo que de todas formas hubiera tanteado el imperialismo, como lo atestigua de hecho el curioso intento de Mr. Chamberlain en

* El autor se refiere, como modelo, al «Zollverein», o Unión Aduanera establecida en Alemania a partir de la década de 1830, antes de que se alcanzara la unificación política del territorio alemán. *(N. del T.)*

1897. El anormalmente rápido crecimiento de las necesidades financieras provocado por la desastrosa política seguida en Sudáfrica, no hace más que acelerar este proceso político y brindarle la ocasión que precisa para su puesta en práctica. Se procurará explotar la lealtad entusiasta que los colonos mostraron con su adhesión a la madre patria en la guerra de Sudáfrica para crear formalmente una federación que les obligue a contribuir con hombres y con dinero a la protección y la expansión del imperio. Las probabilidades de éxito de este intento de crear una federación imperial es una cuestión que hay que estudiar aparte; si lo mencionamos aquí, es para mostrar otra de las vías que conducen al proteccionismo.

De todo lo dicho resulta, en consecuencia, que por muchas circunstancias el proteccionismo es el aliado natural del imperialismo.

La clave económica del imperialismo está en el deseo de poderosos y bien organizados círculos industriales y financieros de asegurarse y potenciar, a expensas de los fondos públicos y utilizando las fuerzas armadas del país, mercados privados para sus excedentes de bienes y capital. La guerra, el militarismo y una «política exterior enérgica» son los medios que se precisan para conseguir este resultado. La política correspondiente supone un gran aumento del gasto público. Si los que se lucran con el imperialismo tuvieran que pagar de su bolsillo en impuestos sobre la propiedad o sobre la renta los gastos que ocasiona esta política, renunciarían a ella, por lo menos en lo que se refiere a buscar mercados para sus excedentes de mercancías. Por eso, tienen que encontrar el modo de cargar con los gastos al conjunto de la población. Pero en los países en que existen derechos democráticos y un gobierno representativo, no es fácil conseguirlo sin recurrir a subterfugios. Para ello, la tributación tiene que ser indirecta, y debe gravar aquellos artículos de consumo o uso generales que todo el mundo necesita normalmente y cuya demanda no puede decaer ni orientarse hacia sucedáneos que no estén gravados por dichos impuestos. Estos gravámenes proteccionistas no sólo sirven para pagar los gastos imperialistas, y para que los beneficios que del imperio obtienen los círculos económicos influyentes sean financiados con los impuestos que el consumidor no tiene más remedio que pagar sin saber para qué los paga, sino que representan también una segunda ventaja para dichos círculos en su dimensión de fabricantes, al asegurarles el suministro del mercado nacional amenazado por la competencia exterior, y permitirles cobrar precios más altos a los consumidores nacionales, aumentando, por consiguiente, su margen de ganancias. A los que consideran el comercio internacional como un honrado intercambio de bienes y servicios, les resultará probablemente difícil entender cómo es-

tos círculos económicos esperan excluir de su mercado nacional las mercancías procedentes de otros países, y al tiempo colocar las suyas prácticamente a la fuerza en los mercados extranjeros. Pero debemos recordar a estos economistas que el móvil principal en este caso no es el comercio, sino la inversión: se considera que un excedente de las exportaciones sobre las importaciones es la forma más rentable de invertir, y por otra parte, cuando una nación o, dicho con mayor exactitud, sus círculos inversores están resueltos a convertirse en un país prestamista o parasitario hasta un grado indefinido, no hay razón para pensar que las importaciones y las exportaciones tengan que tender a igualarse incluso a largo plazo. Toda la lucha del llamado imperialismo en su aspecto económico se orienta hacia objetivos cada vez más parasitarios, y para las clases sociales empeñadas en esa lucha el proteccionismo es el instrumento más útil que pueden emplear.

El caso de Gran Bretaña es ideal para ilustrar la índole y los objetivos del proteccionismo en cuanto rama de la financiación imperialista, porque la necesidad de subvertir la política aceptada de librecambio pone al descubierto los diversos métodos del proteccionismo y las fuerzas en que se apoya. En otros países comprometidos en la carrera imperialista o que están iniciándola, y en los que pueden distinguirse las mismas fuerzas económicas disfrazadas de patriotismo, de misión civilizadora o de cosas parecidas, el proteccionismo ha sido el sistema tradicional, por lo que sólo ha sido necesario ampliarlo y encauzarlo por los canales precisos.

De todos modos, el proteccionismo no es el único método que resulta adecuado para la financiación del imperialismo. La magnitud del gasto que en un momento determinado puede cubrirse con los impuestos que gravan a los consumidores tiene sus límites. Para que la política imperialista sea eficaz, precisa de vez en cuando el desembolso de grandes sumas no previstas para atender a necesidades de guerra y de equipo militar. Estos gastos no pueden atenderse con los impuestos normales, sino que han de considerarse como gastos de capital, cuyo pago puede ser diferido indefinidamente o atendido con un fondo de amortización lento y que puede suspenderse.

La creación de deuda pública es una característica habitual y realmente impresionante del imperialismo. Al igual que ocurre con el proteccionismo, cumple un doble propósito, ya que no sólo brinda una segunda forma de escapar a los impuestos sobre la renta y la propiedad, cuyo pago sería de otro modo inevitable, sino que ofrece una lucrativa manera de invertir ahorros que, si no, permanecerían ociosos a la espera de una oportunidad de inversión más rentable.

La creación de una deuda pública cuantiosa y cada vez mayor no es, por tanto, sólo una consecuencia necesaria de que los desembolsos que requiere el imperialismo son superiores a los fondos de que dispone, ni de la exacción imprevista de alguna indemnización de guerra o de algún otro castigo, sino que la financiación imperialista tiene como uno de sus objetivos inmediatos y directos aumentar las deudas, igual que la persona que se dedica a hacer préstamos procura animar a sus clientes a que se metan en dificultades pecuniarias para que luego tengan que recurrir a ella. El análisis de las inversiones extranjeras nos muestra que los acreedores de la deuda pública o garantizada por el Estado son, en gran parte, inversores y financieros de otras naciones. En los casos de Egipto, Turquía, China, la historia nos muestra cómo la mano de los poseedores de obligaciones, o de los que aspiraban a serlo, actuaba en la política. Este método financiero no es sólo lucrativo cuando se emplea en las naciones extranjeras, donde sirve, además, como principal razón o pretexto para la intromisión en sus asuntos, sino que también es muy útil para los círculos financieros contar con una gran cantidad de deuda nacional. La flotación y las transacciones de estos préstamos públicos son un buen negocio, y además un medio de conseguir influencias políticas importantes en coyunturas críticas. Cuando el capital flotante tiende constantemente a ser excesivo el aumento de la deuda pública es un buen sistema de encontrarle salida y ocupación.

Es innegable que el imperialismo, con sus guerras y sus desembolsos de armas, es responsable de las crecientes deudas de las naciones del continente europeo y, aunque la prosperidad industrial sin paralelo de Gran Bretaña y el aislamiento de Estados Unidos han permitido a estos dos grandes países eludir esa ruinosa rivalidad durante las últimas décadas, no podrán seguir esquivándola por más tiempo. Comprometidos, como parecen estar, con la causa del imperialismo sin límites, ambos países tendrán que sucumbir cada vez más ante los prestamistas disfrazados de imperialistas y patriotas[4].

[4] Los últimos párrafos de este capítulo, en los que se describe el probable viraje hacia el proteccionismo, se han dejado como los escribió en 1901, dos años antes de la sensacional adhesión de Mr. Chamberlain a una política plenamente proteccionista.

Parte II

LA POLITICA DEL IMPERIALISMO

Capítulo 8
EL SIGNIFICADO POLITICO DEL IMPERIALISMO

I

Nada mejor que citar un pasaje del erudito trabajo sobre *La Historia de la Colonización*[1] para ilustrar la sorprendente ignorancia dominante respecto a la índole y las tendencias políticas del imperialismo. Dice así: «Las dimensiones de los dominios británicos son quizá más fáciles de imaginar que de describir, cuando se recapacita sobre el hecho de que aproximadamente en una quinta parte de la totalidad de la superficie terrestre ondea nuestra bandera, y más de un sexto de todos los seres humanos de nuestro planeta está sometido a algún tipo de colonización inglesa. Los nombres con los que se ejerce la autoridad británica son numerosos y los procedimientos diversos, pero las metas que con estos múltiples mecanismos se persiguen son muy similares. Los métodos y los usos varían de acuerdo con el clima, las condiciones naturales y las características de los habitantes de las regiones correspondientes. Los medios se adaptan a la situación. No existe una línea política irrevocable o inmutable. De una época a otra, de una década a otra, los estadistas

[1] Morris, *The History of Colonization*, vol. II, p. 80.

ingleses han aplicado diferentes tratamientos a los mismos territorios. Sólo parece existir una norma permanente de acción; promover al máximo los intereses de la colonia, desarrollar su sistema de gobierno lo más rápidamente posible y, en último término, elevarla de la situación de inferioridad a la de asociación. Bajo el hechizo de este benéfico espíritu, los principales establecimientos coloniales de Gran Bretaña han alcanzado ya un considerable grado de libertad, sin romper sus lazos con la metrópoli. Los demás territorios sometidos aspiran a esa situación y, por otra parte, este privilegio de independencia local ha permitido a Inglaterra asimilar con facilidad muchos Estados feudatarios, integrándolos en el cuerpo político de su sistema.» Nos encontramos aquí con la teoría de que los británicos, al igual que los romanos, representan una raza genialmente dotada para el arte de gobernar, de que nuestra política colonial e imperial está animada por la firme decisión de propagar por todo el mundo la ciencia del libre autogobierno que nosotros disfrutamos en nuestro país[2], y de que de verdad estamos llevando a cabo esa empresa.

Pues bien, sin pararnos a analizar aquí las excelencias o los defectos de la teoría y la práctica británicas del autogobierno representativo, decir que nuestra «norma permanente de acción» ha sido educar a nuestras colonias en esta teoría y esta práctica es, en verdad, la mayor de las inexactitudes que puede enunciarse sobre la realidad de nuestra política colonial e imperial. No hemos concedido auténticos poderes de autogobierno a la gran mayoría de las poblaciones de nuestro imperio, ni tenemos auténtica intención de concederlos, ni creemos seriamente que nos será posible hacerlo.

De los 367 millones de súbditos británicos que existen fuera de estas islas, no más de once millones, es decir, uno de cada treinta y cuatro, disfrutan de algún tipo de autogobierno a efectos de legislación y administración[3].

La abrumadora mayoría de los súbditos británicos carecen de auténtica libertad política, y de verdadera libertad cívica en la medida en que ésta se apoya en aquélla. Sólo en las colonias autogobernadas de Australasia y América del Norte es una realidad el gobierno representativo y responsable, e incluso en ellas existe un número considerable de extranjeros, por ejemplo en la Australasia occidental, o de trabajo servil, como en Queensland, que no han disfrutado de auténtica democracia. En la Colonia de El Cabo y en Natal, los hechos nos manifiestan lo débilmente

[2] «El Imperio británico es una galaxia de Estados libres», dijo sir W. Laurier en un discurso pronunciado el 8 de julio de 1902.

[3] Datos relativos al período en que se escribía este trabajo, alrededor de 1903.

que han arraigado las formas e incluso el espíritu de las instituciones libres británicas en Estados en los que la gran mayoría de la población ha carecido siempre de derechos políticos. El derecho de voto y los demás derechos humanos que caracterizan a la democracia siguen siendo prácticamente un privilegio de los blancos en las llamadas colonias autogobernadas, en las que la relación de la población de color a la blanca era en 1903 de cuatro a uno y de diez a uno, respectivamente.

En algunas de las más antiguas colonias de la corona británica existe algún tipo de representación en el gobierno. Mientras todos los poderes de la administración son conferidos a un gobernador nombrado por la corona, ayudado en sus tareas por un consejo nombrado por él, los colonos eligen un cierto porcentaje de los miembros de la asamblea legislativa. Dentro de esta categoría están comprendidas las siguientes colonias: Jamaica, Barbados, Trinidad, Bahamas, Guayana Británica, islas de Barlovento, Bermudas, Malta, Mauricio, Ceilán.

El sector representativo difiere considerablemente en su importancia numérica y su influencia a estas colonias, pero en ninguna parte es más numeroso que el sector no elegido; por consiguiente, se trata más de un cuerpo consultivo que de un organismo realmente legislativo. Además, no sólo los elegidos están siempre en inferioridad numérica frente a los no elegidos, sino que en todos los casos el Ministerio de Colonias utiliza libremente su derecho al veto en relación con las medidas acordadas por las cámaras. A esto hay que añadir que en casi todos los casos es necesario poseer importantes propiedades para tener derecho al voto, con lo cual la población de color queda excluida de ejercer un poder electoral proporcionado al número de sus miembros y a su importancia dentro del país.

El conjunto de la población de estas colonias modificadas de la corona ascendía en 1898 a 5.700.000[4].

La inmensa mayoría de los súbditos del Imperio británico están sometidos al gobierno colonial de la corona o viven en protectorados[5]. En ninguno de estos dos casos disfrutan de ninguno de los derechos políticos importantes de los ciudadanos británicos. En ninguno de los dos casos se prepara a la población para vivir de acuerdo con las instituciones libres británicas. En las colonias de la corona la población no disfruta de privilegio político alguno. El gobernador, nombrado por el Ministerio de Colonias, tiene poderes absolutos, lo mismo en el plano

[4] India y Egipto han de clasificarse (1903) para todos los aspectos importantes como colonias de la corona.

[5] Nos referimos a la situación existente en 1903.

legislativo que en lo relativo a la administración; está asistido en sus funciones por un consejo de nativos, escogidos normalmente por él mismo o por las autoridades nativas, pero su cometido es puramente asesor, y sus consejos pueden ser, y con frecuencia son, desoídos. En los enormes protectorados que nos hemos apropiado en Africa y Asia no hay rastro alguno de gobierno representativo británico; todo lo que hacen los británicos es inmiscuirse de forma arbitraria y anómala en la actuación del gobierno nativo. Hay excepciones a esta situación en las zonas asignadas a las Compañías con Carta de Privilegio, en las que se permite a los comerciantes, abiertamente motivados por objetivos de negocio, utilizar poderes arbitrarios de gobierno sobre las poblaciones nativas, bajo la supervisión poco eficaz de algún comisario imperial británico.

De igual modo, en algunos Estados nativos y feudatarios de la India, nuestro Imperio se limita prácticamente a decidir sobre las relaciones extranjeras, a proporcionar protección militar y a impedir los desórdenes internos graves, mientras la verdadera administración de los territorios se confía a los príncipes o caciques nativos. Por excelente que sea esta organización, no parece confirmar la teoría de que el Imperio británico enseña a sus colonias a gobernarse con instituciones políticas libres.

En las tierras en que el Gobierno británico es real no existe ni libertad ni autogobierno; y en las que existe una cierta libertad y autogobierno, el Gobierno británico no es real. Ni siquiera el cinco por ciento de la población de nuestro Imperio goza de un porcentaje apreciable de las libertades políticas y civiles que constituyen la médula de la civilización británica. Fuera de los once millones de súbditos británicos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda, no existe una población de proporciones considerables que esté dotada de auténtico autogobierno en las cuestiones de mayor trascendencia, ni que esté siendo «elevada de la situación de inferioridad a la de asociación»[6].

Este es el hecho más importante que habrán de tener en cuenta los que estudien el presente y el futuro probable del Imperio británico. Nosotros, los pobladores de estas pequeñas islas, hemos echado sobre nuestros hombros la responsabilidad de gobernar enormes masas de gentes de razas «inferiores» esparcidas por todos los rincones del mundo, utilizando para ello métodos diametralmente opuestos al sistema de gobierno por el que nosotros nos regimos, y del que tan orgullosos estamos.

Lo realmente importante no es si estamos gobernando eficaz y sensatamente a estas colonias y a estas razas sometidas a nuestra soberanía, mejor de lo que ellas mismas podrían administrarse si las dejáramos a su aire, o mejor de lo que podría administrarlas cualquier otra nación europea; lo que realmente importa es si les estamos transmitiendo los procedimientos de gobernar que consideramos como nuestro más valioso patrimonio.

[6] Todos los hechos y cifras que aparecen en este pasaje y en todos los demás se refieren al momento en que se escribió este trabajo (1903).

La afirmación que aparecía en el pasaje que citamos al principio de este capítulo, según la cual, por debajo de las fluctuaciones de nuestra política colonial a lo largo del siglo XIX, aparecía siempre la «norma permanente» de educar a nuestras colonias para que pudieran llegar al autogobierno, es una afirmación tan total y evidentemente opuesta a los hechos históricos y al testimonio de leales políticos coloniales de todas nuestras posesiones, que no merece la pena que nos detengamos más a refutarla. La misma estructura de nuestro gobierno de partidos, la ignorancia o la declarada indiferencia de los ministros coloniales de pasadas generaciones, el juego interesado de los grupos o los círculos de intereses que explotaban a las colonias, hicieron que durante muchas décadas el conjunto de nuestro gobierno colonial fuera algo intermedio entre el vaivén de un balancín y un juego de azar. Si lo más parecido a una «norma permanente» fue la incesante y prolongada influencia de determinados intereses comerciales cuya ayuda política merecía la pena comprar. Decir que la política que se aplicó a los diversos tipos de colonias a lo largo de la mayor parte del siglo XIX estuvo conscientemente presidida por un «espíritu benefactor», como se afirmaba en el citado pasaje, es una notoria falsedad. Los hombres de Estado que no consideraban las colonias como una tediosa carga, veían en ellas una salida útil para el exceso de población, incluyendo a los delincuentes, los pobres y los fracasados, posibles mercados para el comercio británico. Unos pocos políticos de talante más liberal, como sir W. Molesworth y Mr. Wakefield, veían con simpatía e interés el nacimiento y la consolidación de las democracias de Australasia y Canadá. Ahora bien, la idea de programar una política colonial inspirada por el deseo de enseñar a los súbditos del Imperio el arte del autogobierno libre y representativo, no sólo no fue la «norma permanente», sino que ni siquiera existió como norma para ningún secretario responsable de las colonias de Gran Bretaña.

Cuando los orígenes del nuevo imperialismo en la década de 1870 hicieron que se cobrara mayor conciencia política del «imperio»; se convirtió en un tópico del pensamiento liberal la tesis de que la misión imperial de Inglaterra era propagar las prácticas y usos del gobierno democrático, y los ejemplos de Australia y Canadá, visibles para todos, sugerían que, en efecto, era lo que estábamos haciendo. Los principios y

prácticas del gobierno democrático se pusieron de moda; los procónsules liberales realizaron en la India y en las Indias occidentales grandiosos experimentos; los progresos que se hacían en las colonias de Sudáfrica parecían indicar que las diferentes poblaciones del Imperio iban a conseguir paulatina, pero bastante rápidamente, un considerable nivel de autogobierno; y el sueño de un Imperio británico compuesto, total o principalmente, por una unión de Estados autónomos empezó a deslumbrar a los políticos.

Todavía existen personas, aunque cada vez menos, que siguen creyendo en este ideal, y piensan que poco a poco estamos transformando el Imperio británico en un conjunto de Estados fundamentalmente autónomos. Nuestra pervivencia en la India está justificada, según ellos, porque estamos enseñando a los nativos el arte del buen gobierno, y cuando se enteran de que en el gobierno de Ceilán o de Jamaica existen sectores «representativos», se sienten halagados imaginando que toda la dinámica de la administración imperial va dirigida hacia este fin. Por otra parte, no pueden por menos de reconocer el hecho de que, en la actualidad, es muy pequeña la proporción de libertad política que existe en todo el conjunto del Imperio; pero ellos lo justifican diciendo que así lo exige la educación de las razas inferiores: la mayor parte de nuestros súbditos son «niños», y hay que enseñarles lenta y cuidadosamente las técnicas del autogobierno responsable.

Los que así piensan son presa de un grave y demostrable engaño si suponen que un número considerable de los competentes y enérgicos funcionarios que prácticamente administran nuestro Imperio desde Downing Street*, o desde las propias colonias, opinan que las gentes que ellos gobiernan son susceptibles de ser educadas para ejercer un auténtico y libre autogobierno, o condicionan de modo apreciable su política a la realización de tal objetivo en un futuro próximo o remoto. Son ya muy pocos los funcionarios británicos que siguen conservando la creencia de que podemos enseñar o de que estemos enseñando con éxito a las grandes masas de la India los sistemas occidentales de gobierno. La opinión o la convicción general es que los experimentos realizados, bajo control británico o siguiendo doctrinas británicas, en la administración municipal y de otros tipos ha sido un fracaso. Se considera que el auténtico éxito de nuestra administración de la India consiste en el mantenimiento del orden y en la administración de la justicia, con métodos autocráticos por competentes funcionarios británicos. Ciertamente, se

* Como se sabe, se trata de la calle de Londres donde reside el primer ministro y en cuyas proximidades están situados muchos centros oficiales. *(N. del T.)*

prepara a algunos funcionarios nativos para que desempeñen funciones secundarias y, en casos excepcionales, cargos superiores, pero a nadie se le ocurre pensar que éste sea el principal objetivo, y ni siquiera una importante meta de esa labor educativa. No existe, por otra parte, la menor intención de que, en el futuro, estos funcionarios nativos se conviertan en administradores de una nación india libre, sino, más bien, de la burocracia del Gobierno imperial.

En otros casos, por ejemplo en Egipto, hemos utilizado a nativos para que realizaran ciertas tareas administrativas, y esta preparación para el desempeño de cometidos burocráticos de importancia secundaria no deja de tener, desde luego, su valor. Nuestro éxito práctico en mantener el orden, garantizar la justicia y fomentar los recursos materiales de muchas de nuestras colonias se ha debido, en gran parte, a que hemos sabido encargar a nativos, cuando ello ha sido posible, de los detalles de la administración y adaptar nuestro gobierno, donde ha podido hacerse sin peligro, a las circunstancias específicas de los diversos territorios. El mantenimiento de las leyes y las costumbres indígenas o de los sistemas extranjeros de jurisprudencia impuestos por anteriores colonizadores de otras razas[7], aunque ha complicado el funcionamiento del tribunal del Consejo Privado, ha facilitado en gran medida el trabajo diario de la administración en los territorios correspondientes.

De hecho, la variedad, no sólo de las leyes, sino de otros modos de gobierno que existen en nuestro Imperio, suscita la admiración entusiástica de muchos estudiosos de su historia. En opinión de algunos, «el Imperio británico presenta una diversidad casi exhuberante de formas y métodos de gobierno. Las diferentes colonias han tenido distintas fases de gobierno en las diversas épocas de su historia, y en 1891 existen unos treinta o cuarenta sistemas de gobierno que funcionan simultáneamente dentro de nuestro Imperio. En este momento hay regiones donde el ejercicio del poder es puramente despótico, y dentro del Imperio existen

[7] «Todos los países conquistados o cedidos a la corona de Inglaterra conservan las leyes y normas jurídicas (no incompatibles con las leyes inglesas relativas a las posesiones coloniales) que estaban en vigor en el momento de la conquista o cesión, mientras no sean derogadas por las autoridades competentes. Ahora bien, puesto que muchos Estados independientes y muchas colonias dependientes de otros Estados se han convertido en posesiones inglesas, muchos de los territorios coloniales ingleses han conservado total o parcialmente sistemas jurídicos extranjeros. Así, por ejemplo, Trinidad conserva muchas leyes españolas; en Demarara, Cabo de Buena Esperanza y Ceilán siguen en vigor muchas leyes holandesas; el Canadá inferior conserva el derecho civil francés según la «coutume de Paris»; Santa Lucía mantiene el antiguo derecho francés, tal como existía cuando la isla pertenecía a Francia. Lewis, *Government of Dependencies*, pág. 198.

también colonias en las que la dependencia del gobierno colonial ha llegado a ser tan débil que resulta casi inapreciable»[8].

No necesitamos entrar aquí en el debate de si este rasgo es un sorprendente testimonio de la genial «elasticidad» de nuestra política colonial, o se trata más bien de una fortuita muestra de oportunismo[9].

Pero lo que se deduce con claridad del examen de toda esta inmensa variedad de métodos de gobierno, es que la expansión de nuestro Imperio no ha servido en absoluto para difundir el sistema democrático de gobierno que caracteriza a Gran Bretaña.

[8] Caldecott, *English Colonization and Empire,* pág. 121.

[9] El siguiente testimonio de miss Kingsley, referente al Africa occidental, puede clarificar lo que realmente quiere decir «elasticidad» en el gobierno del Ministerio de Colonias: «Antes de tomar una decisión importante, el gobernador del Africa occidental ha de consultar con los funcionarios del Ministerio de Colonias; pero como resulta que este Ministerio sabe menos del problema en cuestión que el propio gobernador, no puede ayudarlo si éste es una persona competente, y si no lo es, tampoco puede evitar que cometa un error. Efectivamente, bueno o malo, el gobernador es el representante del Ministerio de Colonias; no podrá ciertamente persuadir al mencionado organismo a que se meta en conflictos con las potencias del continente europeo, porque el Ministerio conoce muy bien cómo están las relaciones con sus colegas extranjeros y sabe a qué atenerse al respecto; pero, si el gobernador es hombre resuelto y con alguna manía, podrá persuadir al Ministerio de Colonias para que le permita poner en práctica su manía con los nativos o con los comerciantes, porque el Ministerio no sabe nada ni de los nativos ni del comercio del Africa occidental. Se ve, por tanto, que la situación del gobernador de una colonia del Africa occidental no es nada fácil. No tiene un consejo asesor que lo asesore, ni cuenta con expertos que, con carácter regular, lo orienten; está supeditado a otro consejo que también carece de expertos, como no sea en lo referente a la política del continente europeo... Además del gobernador existen otros funcionarios: médicos, abogados, secretarios, policías, aduaneros. La mayor parte de ellos se dedican a la burocracia y a protegerse unos a otros. El trabajo de oficinas es el alma del sistema colonial de la corona y se nutre de las aduanas. A causa del clima, es una necesidad práctica contar con personal doble en todos estos departamentos, o mejor dicho esto es lo que debería ocurrir si el sistema fuera perfecto; pero lo que ocurre en la práctica, es que el trabajo de algún funcionario lo realiza siempre alguna persona de categoría inferior; puede que lo haga igual de bien, pero no está igual pagado y no hay continuidad en la marcha de ningún departamento, salvo en los que son totalmente burocráticos. Los inconvenientes que esta situación tiene que producir han de ser necesariamente muchos. El principal problema de esta falta de continuidad lo crean, naturalmente, los gobernadores. Llega un gobernador, inicia una nueva política, pasa un tiempo y vuelve a la metrópoli con su permiso reglamentario dejando como sustituto al secretario colonial, quien no siente entusiasmo alguno por la política en cuestión, que empieza a languidecer. Regresa el gobernador y, lleno de energía tras su descanso, vuelve a dar impulso a la política que había decidido seguir, aunque naturalmente el haber estado ausente de la colonia no le ha puesto más al corriente sobre la problemática del lugar de lo que antes estaba. Tras algún tiempo, vuelve de nuevo a la patria, o muere, o se le nombra para otro puesto. Llega un nuevo gobernador e inicia una nueva política, y puede que, además, también el secretario colonial sea nuevo en el cargo. El resultado es que las cosas no progresan, porque no se fija una política permanente. La descripción más exacta, a mi entender, de cómo se encuentra nuestra administración de las colonias de Africa occidental se la oí a un amigo médico, para quien nuestra política en esta zona se encontraba en estado de coma, con convulsiones». *(West African Studies,* pp. 328-330.)

En la actualidad, los métodos de gobierno que aplicamos a la gran mayoría de nuestros súbditos en el Imperio son decididamente antibritánicos, en el sentido de que no se fundamentan en el consentimiento de los gobernados, sino en la voluntad de los funcionarios imperiales. Estos métodos presentan, ciertamente, una gran pluralidad de variantes, pero todos coinciden en ser esencialmente antidemocráticos. Tampoco es verdad que algunos de los sistemas más ilustrados que utilizamos en la administración vayan encaminados a poner remedio a esta situación. La opinión pública de este país, y no sólo la ignorante sino también la culta, tiende a oponerse a que en la India, o en las Indias Occidentales, o dondequiera que exista una gran preponderancia de la población de color, se establezca un gobierno genuinamente representativo según el modelo británico. Se le considera incompatible con la autoridad económica y social de una raza superior.

Una vez que se ha impuesto por la fuerza la autoridad de Gran Bretaña a enormes poblaciones de raza y color diferentes, cuyos usos y formas de pensar no pueden armonizarse con los nuestros, resulta imposible injertar la delicada planta del gobierno representativo y, al mismo tiempo, mantener el orden en las relaciones exteriores. En la práctica nos vemos obligados a escoger entre aplicar, por una parte, un método que, de acuerdo con las normas británicas, podríamos llamar autocrático para mantener el orden público y asegurar la justicia o, por la otra, meternos en delicados, costosos, problemáticos y perturbadores experimentos de autogobierno siguiendo el modelo británico. Prácticamente en todas partes hemos optado por la primera de estas alternativas. En unos pocos casos como, por ejemplo, en Basutolandia, en ciertas partes de Bechuanalandia y en unos cuantos Estados indios se ha adoptado un tercer método más justo que ha consistido en permitir un alto grado de libertad de autogobierno dentro de un régimen de protectorado generosamente entendido; pero el experimento no ha contado con gran aceptación, y en la mayor parte de los casos, no parece viable. Nunca insistiremos bastante en que la vieja idea liberal de que podemos educar a las razas «inferiores» en las técnicas del gobierno democrático se ha desacreditado, y que, si se sigue empleando, es sólo a efectos de publicidad política, porque viene bien cuando se incita al país a que proceda a alguna nueva anexión de territorios.

El caso de Egipto es un *locus classicus* de lo que decimos. Entramos en ese país bajo los mejores auspicios, y más como libertadores que como conquistadores. Sin duda beneficiamos grandemente, en términos eco-

nómicos, a amplios sectores de la población, que no está compuesta por salvajes, sino por herederos de tradiciones de viejas civilizaciones. Todo el aparato de gobierno que allí existe está prácticamente a nuestra disposición, y podemos modificarlo según nos parezca. Hemos reformado la tributación, perfeccionado la justicia, acabado con la corrupción en muchos servicios públicos, y hemos mejorado en muchos aspectos la situación de los campesinos egipcios. Pero afirmamos que ¿estamos introduciendo allí las instituciones políticas británicas, de forma que puedan arraigar en una nación que ha de ir cada vez más adelante en el camino del autogobierno?

Las declaraciones de lord Milner, que citamos a continuación, pueden considerarse como características, no de un rancio funcionario fosilizado, sino de los imperialistas modernos, más ilustrados y prácticos:

> «En lo que respecta al futuro inmediato de Egipto, concedo mucha mayor importancia al perfeccionamiento del carácter y la inteligencia de los funcionarios, que al desarrollo de las instituciones representativas, de las que dotamos al país en 1883. Como auténtico británico que soy por nacimiento *(sic!)*, me descubro ante todo lo que sea sufragio universal, parlamento, representación popular, opinión de la mayoría, y todo lo demás. Pero, como observador de la situación actual de la sociedad egipcia, no puedo dejar de ver que el gobierno democrático, tal como nosotros lo entendemos, hay que descartarlo en Egipto durante un período de tiempo más largo de lo que ninguno de nosotros puede prever en la actualidad. La población del país ni comprende el gobierno democrático ni lo desea; y si lo tuviera, le produciría graves perjuicios. No hay nadie, salvo unos pocos teóricos inocentes, que piensen en establecer en Egipto un gobierno democrático»[10].

Pues bien, nosotros, los británicos, entramos en ese país en la inteligencia, inequívocamente expresada, de que haríamos precisamente lo que lord Milner dice que no tenemos intención de hacer, es decir, enseñar al pueblo egipcio a autogobernarse en el espacio de unos pocos años, para luego dejarle que administrase sus propios asuntos.

En todo caso, no tengo el propósito de analizar aquí ni las virtudes y méritos del trabajo de gobierno que estamos realizando, ni los derechos que tenemos a imponer nuestra autoridad a pueblos más débiles que nosotros. Pero lo que sí está claro es que el Imperio británico no está siendo, en grado digno de mención, una escuela para enseñar las doctrinas británicas del gobierno democrático.

¿Qué nos descubre la presente investigación, que se ocupa del Imperio en su conjunto, respecto al nuevo imperialismo? Como hemos visto, casi la totalidad de este nuevo imperialismo corresponde a territorios tropicales o subtropicales, con grandes poblaciones salvajes o de «razas inferiores». Muy pocas son las zonas del Imperio en las que exista alguna posibilidad, ni siquiera en un futuro distante, de incrementar lo que podríamos llamar una auténtica colonización. En los pocos sitios en que los colonos británicos pueden asentarse, por ejemplo en zonas de Sudáfrica, se verán en tal desproporción numérica de inferioridad respecto a la población negra, que resultará impracticable la adopción de un gobierno representativo.

[10] *England in Egypt*, pp. 378, 379.

Dicho en pocas palabras, el nuevo imperialismo ha servido para aumentar el área del despotismo británico, que ha superado con mucho el progreso de la población y las libertades prácticas conseguidas por las pocas colonias democráticas que tenemos.

El nuevo imperialismo no ha contribuido a la difusión de las libertades británicas, ni a la propagación de nuestro sistema de gobierno. Las tierras y pueblos que nos hemos anexionado los gobernamos, si es que puede decirse que los gobernamos, utilizando métodos decididamente autocráticos, dirigidos fundamentalmente desde Downing Street, aunque también en parte desde centros de gobierno colonial, en los casos en que se ha permitido unirse a determinadas colonias autogobernadas.

II

Esta vasta expansión del despotismo político británico ha provocado, dentro de la política nacional, reacciones que merecen la más seria consideración. Una especie de curiosa ceguera parece obnubilar la mente del británico de cultura superior, cuando se le pide que se represente mentalmente nuestro imperio colonial. De manera casi instintiva, piensa en Canadá, Australasia y Sudáfrica; prácticamente se olvida de todo el resto. Sin embargo, el imperialismo que nos ocupa principalmente, es decir, la expansión imperialista del último cuarto del siglo XIX, no tiene nada que ver con Canadá y Australasia, y muy poco con el «Africa del hombre blanco».

Cuando lord Rosebery pronunció sus famosas palabras acerca de «un imperio libre, tolerante y no agresivo», difícilmente pudo haber pensado en nuestras enormes usurpaciones de territorios en el Africa occidental y central, en el Sudán, en la frontera birmana o en Matabelandia. Pero la distinción entre el auténtico colonialismo y el imperialismo, importante

en sí misma, resulta vital cuando examinamos sus respectivas relaciones con la política nacional.

El moderno colonialismo británico no ha supuesto una sangría para nuestros recursos morales y materiales, porque ha tendido a fomentar la creación de sistemas democráticos libres de población blanca, a una política de federación informal, de descentralización, sin originar tensiones importantes en las atribuciones gubernativas de Gran Bretaña. Esta federación, tanto si continúa con su carácter político informal, unida por el ligero nexo de soberanía imperial que ahora existe, como si adopta voluntariamente algún tipo de organización más estructurada, política o financiera, puede considerarse como una fuente de vigor político y militar.

El imperialismo es justamente la antítesis de estos lazos coloniales, libres y saludables, puesto que siempre tiende a un aumento de las complicaciones de la política exterior, a una mayor centralización del poder, y a una congestión de los negocios que amenaza en todo momento con absorber y agotar la capacidad del gobierno parlamentario.

Como mejor se aprecia la verdadera naturaleza política del imperialismo es comparándolo con las consignas de progreso —la paz, una economía sana, la reforma y el autogobierno populares— que a mediados del siglo XIX aceptaban los moderados de los dos grandes partidos del Estado, aunque concediendo a estas consignas diversos grados de importancia. Ni siquiera en nuestros días se han abandonado formalmente los principios de gobierno reflejados en estos términos, y un numeroso sector de personas que profesan públicamente el liberalismo creen y afirman que el imperialismo no está en contradicción con el ejercicio de todas esas virtudes.

Son los hechos quienes se encargan de desmentir este aserto. Las décadas de imperialismo han sido prolíficas en guerras, y la mayoría de ellas han sido directamente motivadas por la agresión de la raza blanca contra las «razas inferiores», y han desembocado en la toma de territorios por la fuerza. Todos y cada uno de los movimientos expansionistas ocurridos en Africa, Asia y la zona del Pacífico han ido acompañados de derramamiento de sangre. Todas las potencias imperialistas mantienen un ejército cada vez más potente, dispuesto a intervenir en el exterior. Continuamente se han estado dando casos de rectificación de fronteras, expediciones de castigo y otras acciones que, aunque disfrazadas con eufemismos han sido acciones bélicas. La *Pax Britannica,* que siempre fue una desvergonzada mentira, se ha convertido en una grotesca y monstruosa hipocresía. Los combates han sido casi incesantes a lo largo de nuestras fronteras de la India, de Africa occidental, de Sudán, de

Uganda, de Rodesia[11]. Aunque las grandes potencias imperialistas no se meten unas con otras, salvo cuando el naciente imperio de Estados Unidos encontró una presa fácil en el decadente Imperio español, la automoderación ha sido siempre costosa y precaria. Lo contrario de la paz como política nacional no es sólo la guerra, sino también el militarismo, que es un agravio aún más provocador. Prescindiendo de la enemistad de Francia y Alemania, hay que buscar la causa fundamental de la carrera de armamentos, que ha sangrado los recursos de la mayoría de los países europeos, en los conflictos de intereses que entraña la expansión territorial y comercial. Si hace treinta años no existía más que un punto delicado y vidrioso en nuestras relaciones con Francia, Alemania o Rusia, hoy hay una docena. Casi todos los meses se producen tensiones diplomáticas entre las naciones que tienen intereses en Africa o China, y como los antagonismos nacionales son de índole principalmente comercial, son aún más peligrosos, porque la política de los gobiernos está claramente mediatizada por camarillas de financieros.

La tesis de los partidarios del *si vis pacem para bellum,* de que sólo las armas constituyen la mayor garantía de paz, se basa en el supuesto de que existe un antagonismo de intereses verdadero y persistente entre los diversos pueblos, a los que se convoca para que soporten este monstruoso sacrificio.

Nuestro análisis económico nos ha puesto de manifiesto que los únicos intereses antagónicos que existen son los de los grupos y camarillas rivales de los hombres de negocios —inversores, contratistas, productores para la exportación, y determinados sectores profesionales—. Nos han revelado también que estas camarillas, usurpando la autoridad y el nombre del pueblo, utilizan los fondos públicos para buscar y fomentar sus propios intereses privados, derrochando la sangre y el dinero de las gentes en esta gigantesca y desastrosa aventura militar, después de haber inventado antagonismos nacionales que no tienen base ni fundamento en la realidad. No corresponde al interés del pueblo británico, como productor de riqueza o como contribuyente el arriesgarse a una guerra con Rusia y Francia, con el fin de unirse al Japón para impedir que Rusia se apodere de Corea; sin embargo, puede que a los intereses de un grupo de políticos financieros sí les beneficie promover esta peligrosa política. La guerra de Sudáfrica fomentada abiertamente por los especuladores del oro para sus propios fines privados, pasará a la historia como un ejemplo señero de esta usurpación de los sentimientos patrióticos.

[11] Situación en 1903.

Sin embargo, para este tipo de política la guerra no es un éxito, sino un fracaso; lo que le interesa más, lo que constituye su fruto normal y más peligroso, no es la guerra, sino el militarismo. Mientras se permita a las rivalidades que entraña la lucha por la conquista de más territorios y más mercados nacionales disfrazarse de «política nacional», el antagonismo de los intereses parecerá justificado y auténtico, y las gentes tendrán que sudar y agotarse para mantener a punto un aparato bélico cada vez más costoso.

En buena lógica, la tesis de que cuanto mayor sea la preparación para la guerra, más pequeña es la probabilidad de que llegue a estallar, podría muy bien parecer una *reductio ad absurdum* del militarismo, ya que implica que la única forma de garantizar perpetuamente la paz mundial sería concentrar toda la energía de todas las naciones en el arte de la guerra, que de esta forma nunca llegaría a ser una realidad.

Pero no tenemos que detenernos en estas paradojas. El hecho patente y admitido de que, como consecuencia de la rivalidad imperial, es cada vez mayor la proporción del esfuerzo, el dinero y el tiempo que las naciones «imperialistas» asignan a gastos de armamento naval y militar, y de que no hay posibilidad de que los imperialistas puedan detener esta carrera armamentista, coloca al «militarismo» en el primer plano de las realidades prácticas de la política. Gran Bretaña y Estados Unidos, que hasta ahora se habían congratulado de haber escapado al militarismo de la Europa continental, están sucumbiendo con rapidez a él en estos momentos. ¿Por qué? ¿Se atreverá alguien a afirmar que alguna de las dos naciones mencionadas necesita un ejército mayor para proteger sus propios países, o a los auténticos asentamientos de colonos blancos que tiene en otros territorios? Desde luego que no. No hay nadie que pueda sostener que se necesita la militarización de Inglaterra para esta labor protectora. Ni Australia ni Nueva Zelanda están amenazadas por potencia alguna, ni podría el Ejército británico brindarles la protección adecuada en el caso de que lo estuvieran; igualmente impotentes se verían nuestras fuerzas de tierra frente a la única potencia que podría atacar a nuestro dominio del Canadá; ni siquiera Sudáfrica, que es un caso intermedio entre las colonias y las dependencias tropicales puede ser protegida eficazmente por el poder militar de Inglaterra. Lo que nos empuja cada vez más hacia el militarismo es nuestra equivocada anexión de territorios tropicales y subtropicales, y nuestro intento de querer gobernar a «razas inferiores».

Si queremos mantener todo lo que nos hemos apropiado desde 1870 y competir con las nuevas naciones industriales en la nueva partición de imperios y esferas de influencia en Africa y en Asia, hemos de estar preparados para la lucha. La enemistad de los imperios rivales, que tan claramente se percibió a lo largo de toda la guerra de Sudáfrica, se debe obviamente a la política que hemos practicado, y que estamos practicando, de impedir a esos rivales la anexión de territorios y la conquista de los mercados del mundo. La teoría de que tal vez nos veamos forzados a luchar contra alguna coalición de potencias europeas por la mera supervivencia de nuestro Imperio, teoría que ahora se utiliza para que la nación, asustada, cambie de modo definitivo e irreversible la política militar y comercial, no nos muestra más que la intención de los círculos de intereses imperialistas de continuar con su imprudente carrera de anexiones. En 1896, lord Rosebery describió vívidamente la política de las dos últimas décadas del pasado siglo, y presentó este elocuente alegato en favor de la paz:

«El Imperio británico... necesita la paz. Durante los últimos veinte años, y aún más en los doce últimos, habéis estado apoderándoos, con un ansia casi histérica, de cualquier pedazo de terreno que lindara con el vuestro o que os resultara deseable por cualquier otra razón. Este hecho ha producido dos resultados. Quizá haya sido una actuación acertada, pero ha tenido dos consecuencias. La primera ha sido ésta: que habéis provocado hasta un grado casi intolerable la envidia de otras naciones colonizadoras *(sic!)*, y que hay muchos países o, mejor dicho, varios países que antes eran amigos vuestros y que ahora —a causa de vuestra política colonial, justa o injusta, buena o mala— ya no tendrán hacia vosotros una actitud benevolente, sino malévola. La segunda consecuencia es que habéis adquirido una cantidad tan enorme de territorio que tendrán que pasar muchos años para que os arraiguéis en él, o podáis controlarlo, o lo pongáis en situación de defenderse, o lo hagáis dócil a las decisiones de vuestra administración... En doce años habéis añadido al Imperio, bien mediante la anexión de hecho, o declarándolo dominio, o lo que se denomina esfera de influencia, un territorio de 2.600.000 millas cuadradas... a las 120.000 millas cuadradas del Reino Unido, que son parte de vuestro Imperio, habéis agregado durante los pasados doce años tierras que son veintidós veces más extensas que el propio Reino Unido. Afirmo que todo esto marcará durante muchos años la pauta de una política de la que no podréis desviaros, aunque lo queráis. Puede que os veáis obligados a desenvainar la espada —ojalá no tengáis necesidad de ello—. En todo caso, hasta que sus territorios queden consolidados, poblados con colonos, civilizados, la política exterior de Gran Bretaña debe ser, inevitablemente, una política de paz»[12].

Después de que se expresaran estos pensamientos, se ocuparon nuevas y vastas extensiones imperiales en el Sudán, en Africa oriental,

[12] Edimburgo, 9 de octubre de 1896.

en Africa del Sur, a la vez que Gran Bretaña contraía a ritmo acelerado obligaciones de incalculable magnitud y peligro en los mares de China, y el propio profeta cuyas advertencias hemos transcrito, servía de instrumento activo para fomentar las insensateces que él mismo había denunciado.

Tanto si consiste en continuar la política de expansión o en seguir conservando férreamente todas las enormes extensiones de tierras tropicales que nuestro país se ha reservado, considerándolas incluidas en la esfera de influencia británica, el imperialismo implica militarismo hoy y desastrosas guerras mañana. Por primera vez, aparece esta verdad de manera aguda y cruda ante los ojos de la nación. Los reinos de la tierra serán nuestros si accedemos a arrodillarnos ante Moloch para adorarlo.

El militarismo se acerca a Gran Bretaña con el siguiente dilema: si el ejército que se precisa para la defensa del Imperio ha de seguir reclutándose de forma voluntaria, a base de seleccionar los efectivos correspondientes, atrayéndolos mediante alicientes económicos, sólo se podrá conseguir un aumento considerable de las fuerzas regulares o de la milicia nacional con una subida de la paga correspondiente en cantidad suficiente para interesar, no a jóvenes trabajadores no especializados o procedentes del campo como hasta ahora, sino a los obreros especializados de las ciudades. A poco que se piense en el problema, se comprenderá que, cada nuevo aumento del ejército, supondrá tratar de atraer a grupos sociales acostumbrados a niveles más altos de salarios, y que la paga de todos los miembros del ejército ha de experimentar las correcciones necesarias para estar en consonancia con el nuevo índice de pagas más altas requerido para lograr dicho aumento de los efectivos militares. Reclutar soldados en tiempos de guerra es siempre un proceso más rápido que en tiempo de paz, porque en el primer caso se unen otras motivaciones a las puramente económicas. Todo aumento de nuestras fuerzas militares en época de paz supondrá un desembolso mucho mayor al incremento proporcional del nivel de la soldada, pero sólo la práctica nos podrá decir de qué magnitud será la elevación del gasto. Parece probable que, en época normal de empleo, nuestro ejército no podría ampliarse en un cincuenta por ciento más que duplicando el importe de la soldada, u ofreciendo otras ventajas en las condiciones de contratación que supondrían un incremento equivalente de los costos; y si precisáramos doblar el tamaño de nuestro ejército permanente, tendríamos que triplicar las pagas. Si, a la vista de un aumento tan enorme del gasto militar, optáramos por renunciar al carácter puramente voluntario del reclutamiento y recurriéramos al alistamiento o a algún tipo de servicio militar obligatorio, ello no dejaría de entrañar un descenso del promedio de

nuestra efectividad bélica. Desaparecería el alto nivel de las aptitudes físicas y morales que prevalece con el sistema voluntario, y se vería la radical insuficiencia de una nación, cuya población habita mayoritariamente en un medio urbano, para los arduos deberes militares. Es de esperar que el absurdo proyecto de convertir a inadecuados trabajadores de los suburbios y a enclenques oficinistas de las ciudades en soldados tenaces y resistentes, aptos para servir durante largos períodos en el extranjero, o incluso para actuar con eficacia en la guardia nacional, se verá como una insensatez, antes de ponerlo a prueba combatiendo con una potencia militar que reclute a sus soldados en los medios rurales. Una nación con un setenta por ciento de habitantes avecindados en las ciudades no puede permitirse el lujo de retar a las naciones vecinas a pruebas de fuerza física. En último término, en efecto, lo que decide el curso de las guerras no es ni la capacidad del mando ni la superioridad de las armas, sino esas cualidades de resistencia corporal incompatibles con la forma de vida de las ciudades industriales.

No se percibe todo el peligro que encierra el dilema del militarismo hasta que los gastos indirectos no se suman a los gastos directos. Un ejército reclutado de forma voluntaria o forzosa, compuesto por hombres procedentes de las ciudades, necesitará un entrenamiento más prolongado o más frecuente que un ejército integrado por campesinos; el despilfarro de la fuerza de trabajo, al retirar a la juventud de una nación de la primera fase del aprendizaje de las técnicas de producción industrial para prepararla para las técnicas de destrucción bélica, sería mucho mayor y perjudicaría mucho más gravemente a las industrias especializadas que en las naciones menos avanzadas en los oficios y profesiones cualificados. El menor de estos perjuicios económicos sería, sin embargo, la pérdida efectiva de tiempo de trabajo que la indicada transformación traería consigo; mucho más serio resultaría el daño infringido a la preparación y las actitudes laborales de esos jóvenes, cuyo proceso de aprendizaje se interrumpiría precisamente en el momento en que tienen más receptividad y más capacidad para el trabajo especializado, para someterlos seguidamente a una disciplina maquinal. Es posible, en efecto, que el ignorante y el destripaterrones se espabilen en el ejército, pero los jóvenes que tengan una profesión saldrán perdiendo por la destrucción de la iniciativa individual que la condición de soldado profesional trae siempre consigo.

En un momento en que nos urge que en el país haya iniciativa libre y audaz, y arranque el ingenio individual para asimilar los últimos adelantos científicos y técnicos registrados en el mundo industrial, en el campo de la organización y de los negocios, con objeto de hacer frente a

la creciente competencia que se nos hace en el extranjero, someter a nuestra juventud a la disciplina de los cuarteles, o a cualquier otro tipo de concienzuda preparación militar, sería una política verdaderamente suicida. Y no tiene sentido replicar que alguno de nuestros más duros competidores comerciales, principalmente Alemania, ya se ha echado esta carga encima; porque si apenas podemos resistir el empuje de Alemania ahora que ya está lastrada con ese peso, le pondríamos al alcance una fácil victoria si nos viéramos agobiados con una carga aún mayor[13]. Cualesquiera que sean las virtudes que sus apologistas atribuyen a la disciplina militar, todo el mundo admite que esa profesión no conduce a la eficacia industrial. El costo económico del imperialismo es, por consiguiente, doble: los gastos, enormemente aumentados, del ejército tiene que sufragarlos una nación empobrecida.

Hasta ahora he considerado el problema desde su perspectiva estrictamente económica; pero las implicaciones que el militarismo presenta en el plano político son mucho más importantes, ya que afectan a la misma esencia de las libertades del pueblo y de las virtudes cívicas. Unas pocas y sencillas consideraciones servirán para disipar los mitos que se utilizan para rodear de una aureola de grandeza la vida del soldado. *Respice finem*. Hay una total oposición entre la actividad de un buen ciudadano y la actividad de un soldado. El cometido del militar no es, como a veces se dice falsamente, morir por su patria, sino matar por su patria. Si el soldado muere, fracasa en su tarea; su trabajo consiste en matar; y para ser un militar perfecto tiene que ser eficaz matando. Esta finalidad, matar a sus congéneres, crea en el militar unas características profesionales que son ajenas y opuestas a las del ciudadano normal, cuyo trabajo se orienta hacia la conservación de sus semejantes. Si se argumenta que el citado cometido del militar, aunque condiciona y moldea la estructura y las funciones de cualquier ejército, raras veces y sólo muy levemente actúa sobre la personalidad del soldado concreto, como no sea en el campo de batalla, podemos contestar que sin ser consciente de dicha finalidad, todo lo que el soldado hace en su vida diaria, la disciplina, la instrucción, los desfiles y todas las demás actividades militares, serían inútiles y carecerían de sentido. Por otra parte, las mencionadas actividades ejercen una influencia apenas menos degradante en la personalidad del soldado que la intención consciente de matar a sus congéneres.

Los efectos psicológicos de la vida militar son bien conocidos. Ni siquiera los que defienden la utilidad del ejército niegan que desadapta al

[13] Nos seguíamos refiriendo, naturalmente, a la situación de 1903.

individuo para la vida civil. No es posible afirmar, por lo demás, que un servicio militar más corto, que fuera suficiente para un ejército de ciudadanos, podría soslayar estas secuelas. Si el servicio militar tiene el rigor y la duración necesarios para ser eficaz, ocasiona los mencionados efectos psicológicos que, por lo demás, son esencialmente precisos para la eficiencia militar. ¡Qué claramente expone Mr. March-Phillips estas ideas en su admirable valoración de la vida corriente del soldado!:

«Los soldados como clase (y estoy pensando en esa mayoría que se ha criado en las ciudades y en los suburbios) son hombres que han desechado por completo las normas civiles de moralidad. Sencillamente hacen caso omiso de ellas. Esa es la razón, sin duda, de que las personas civiles no se fíen de ellos y procuren evitarlos. No se ajustan a las mismas reglas de juego en la partida de la vida y, en consecuencia, se producen muchos malentendidos hasta que finalmente el paisano dice que no quiere seguir jugando con el quinto. Para el soldado, mentir, robar, emborracharse, decir palabras malsonantes, etc., no tienen nada de malo. Roban más que una urraca. En cuanto al lenguaje, antes opinaba yo que el lenguaje de los marineros de un barco mercante era horrible, pero ahora el de los soldados iguala al de aquellos en irreligiosidad, y lo deja chico, en obscenidad. Las expresiones obscenas son la especialidad del soldado. Tampoco es manco mintiendo. La afirmación mientes como un recluta tiene base firme en la realidad. El soldado inventa toda suerte de bien pensadas mentiras por el mero placer de inventarlas. El pillaje es otro de sus placeres permanentes, y no para lucrarse con el saqueo, sino simplemente porque le divierte destruir, etc.»[14].

La fidelidad de esta descripción se ve confirmada por la benevolencia del autor con otros rasgos de la soldadesca que, en su opinión, suelen acompañar y son como una especie de expiación de dicho quebramiento de las normas civilizadas.

«¿El robo, la mentira, el saqueo y el lenguaje obsceno son cosas muy malas? Si lo son, el recluta es una mala persona. Pero por alguna razón que no podría precisar, desde que conozco mejor al soldado, he empezado a ver menos maldad en todas estas cosas.»

Esta opinión es, en sí misma, un sorprendente comentario respecto al militarismo. El hecho de que proceda de un hombre de magníficas cualidades y cultura es el más convincente testimonio de la influencia corruptora de la guerra.

A este testigo, poco protocolario, podemos añadir la importante prueba que nos brinda el *Manual del Soldado*, de lord Wolseley:

[14] L.March-Phillips, *With Remington*, pp. 131, 132.

«En nuestro país nos han educado en la idea de que triunfar mediante el engaño es una cosa ignominiosa. La palabra espía encierra un significado tan repulsivo como el término esclavo. Seguimos manteniendo tenazmente nuestra convicción de que la honradez es la mejor política, y de que la verdad siempre se impone a la larga. Estas bellas frases están muy bien en el cuaderno de redacción de un muchacho, pero el hombre que en la guerra se guíe por ellas haría mejor en envainar la espada para siempre.»

El orden y el progreso de Gran Bretaña durante el siglo XIX fueron consecuencia del cultivo y la práctica de las virtudes cívicas y laborales, acompañadas de ciertas condiciones históricas favorables, y de la ventaja de contar con determinados recursos naturales. ¿Cambiaremos esta tradición por el código ético militar? ¿Vamos a perturbar el espíritu y el comportamiento de la nación con un conflicto perpetuo de dos principios contrapuestos, uno que aboga por la formación de buenos ciudadanos, y el otro por la formación de buenos soldados?

Prescindiendo, por el momento, de la clara degradación moral que significa el pasar de una ética de trabajo industrial a una ética militar, no podemos dejar de percibir que el perjuicio que se cause a la moralidad comercial ha de tener consecuencias desastrosas en la capacidad de producción de riqueza de una nación, y viciar las bases del presupuesto imperial.

Hay una forma de escapar a este dilema que presenta un peligro aún más grave que el propio dilema. Como hemos visto, el nuevo imperialismo se ha interesado principalmente por los territorios tropicales y subtropicales, en los que grandes masas de «razas inferiores» están sometidas al control de los blancos. ¿Por qué han de luchar los propios ingleses en las guerras ofensivas o defensivas de su imperio cuando pueden reclutar efectivos de combate más baratos, más numerosos y mejor adaptados al medio en los propios territorios imperiales o transferidos de un dominio tropical a otro? De la misma manera que el esfuerzo físico necesario para el desarrollo industrial de los recursos tropicales se carga a las espaldas de las «razas inferiores» que viven allí, bajo la supervisión blanca, ¿por qué no organizar el militarismo de acuerdo con la misma pauta, y reclutar a gentes negras, morenas o amarillas, a quienes la disciplina militar les resultará «un ejercicio educativo saludable», para que luchen por el Imperio británico bajo el mando de oficiales británicos? Esta sería la mejor solución para economizar nuestros limitados efectivos militares, la mayoría de los cuales podrían reservarse para la defensa del suelo patrio. Esta sencilla solución —la utilización de ejércitos de mercenarios extranjeros baratos— no es un invento de ahora. La organización de enormes cuerpos militares de fuerzas indígenas, equipados con armas «civilizadas», entrenados con métodos «civilizados» y bajo el mando de oficiales «civilizados», fue una de las características más visibles de las últimas fases de los grandes imperios del Oriente y, después, del Imperio romano. Pero ha demostrado ser una de las formas más peligrosas de parasitismo, por la cual una población metropolitana confía la defensa de su vida y de su hacienda a la precaria fidelidad de «razas conquistadas», mandadas por ambiciosos procónsules.

Uno de los más extraños síntomas de la falta de visión del imperialismo es la imprudente indiferencia con que Gran Bretaña, Francia y otras naciones imperiales se embarcaron en esta peligrosa dependencia de las fuerzas indígenas. Gran Bretaña es la que más lejos ha ido en este campo. La mayor parte de los combates necesarios para conquistar nuestro Imperio de la India fueron librados por fuerzas indígenas; en la India, y después en Egipto, existían grandes ejércitos permanentes de nativos, mandados por oficiales británicos; casi todas las acciones bélicas que tuvieron lugar en nuestros dominios africanos, exceptuando la zona sur, estuvieron a cargo de tropas indígenas, que combatieron en nuestro nombre y para nuestros fines. El caso de la India ejemplifica bien la fuerza de las presiones para reducir la proporción de soldados británicos destacados en esos países del Imperio al mínimo indispensable por razones de seguridad. Cuando aconteció la crisis de Sudáfrica, nos vimos obligados a reducir el mínimo de efectivos militares en la India en más de quince mil hombres, y en la propia Sudáfrica creamos el peligroso precedente de utilizar grandes masas de indígenas armados para combatir contra blancos de otros países.

Los que conocen el temperamento del pueblo británico y de los políticos que tienen la responsabilidad directa de estos asuntos entenderán lo fácilmente que se nos puede empujar por esta peligrosa senda. Como no sea el temor a una invasión inmediata de estas islas, nada moverá al pueblo británico a soportar la opresiva experiencia de un servicio militar realmente obligatorio; y ningún gobernante se atreverá a poner en práctica esta medida si no existe una grave amenaza de invasión. Por otra parte, nunca se obligará a salir del país para cumplir el servicio militar en el extranjero mientras haya la alternativa de contar con un ejército de mercenarios indígenas. La actitud dominante será dejar que esos «negros» sean los que luchen por el Imperio en pago de los servicios que nosotros les prestamos anexionándolos, gobernándolos y enseñándoles a «dignificarse con el trabajo»; y los gobernantes «imperialistas» no tendrán más remedio que doblegarse a esta petición, y, en consecuencia, mandarán incluso menos efectivos británicos para que se integren en los ejércitos de nativos de África y Asia.

Este tipo de militarismo, aunque más barato y más fácil a corto plazo, supone que la situación estará cada vez menos controlada desde Gran Bretaña. Aunque haga menos pesada la carga del imperialismo para la población nacional, aumenta el riesgo de que haya guerras, y éstas tenderán a ser más frecuentes y más crueles cada vez, puesto que cada vez será menor el número de vidas inglesas en juego. La expansión que nuestro Imperio ha experimentado durante la era del nuevo imperialismo se ha conseguido enzarzando a unas «razas inferiores» contra otras, fomentando las aversiones tribales, y utilizando para lo que considerábamos como nuestro beneficio las inclinaciones salvajes de los pueblos a los que teníamos la misión de hacer partícipes del cristianismo y la civilización.

El hecho de que no seamos los únicos en practicar esta política ignominiosa no la hace mejor, sino, si acaso, peor. Ya se atisban sombríos presagios de que en un futuro no lejano acaso se repitan, a una escala gigantesca, los horrores de las luchas que durante el siglo XVIII sostuvimos con Francia en América del Norte y en la India. Además, Africa y Asia pueden convertirse en un sangriento campo de batalla, en el que se destrocen ejércitos negros y amarillos, en nombre de las rivalidades imperialistas de la cristiandad. Las tendencias actuales del imperialismo señalan con claridad esta dirección, produciendo de rechazo una degradación de los Estados occidentales y una posible *débâcle* de la civilización de Occidente.

En todo caso, el imperialismo fomenta la guerra y el militarismo, y ha originado ya un aumento enorme e incesante de gastos de recursos nacionales en armamentos. Ha perjudicado la independencia de todas las naciones que se han rendido a su falso atractivo. Gran Bretaña ya no tiene un millón de libras que pueda considerar auténticamente suyo; todos sus recursos financieros están hipotecados y supeditados a la política que decidan Alemania, Francia o Rusia. Cualquier iniciativa de una de estas potencias puede obligarnos a gastar en más barcos de guerra y más pertrechos militares el dinero que teníamos el propósito de utilizar para fines internos. La prioridad y temeraria magnitud de nuestra expansión imperial ha hecho que el peligro de una coalición armada de las grandes potencias contra nosotros no sea una vaga quimera. El desarrollo que han alcanzado sus recursos como consecuencia de las nuevas técnicas industriales, al obligarlos, por una parte, a buscar mercados extranjeros, hace que tropiecen en todas las partes del mundo con las barreras vejatorias de las posesiones británicas; y, por otra, dicho desarrollo económico-industrial les ha proporcionado grandes medios financieros para el gasto público. La generalización de la industria moderna tiende a colocar a nuestros «rivales» en pie de igualdad con nosotros en lo que se refiere a fondos públicos. Por ello, en el mismo momento en que tenemos más razones que antes para temer que se organice una coalición armada contra nosotros, estamos perdiendo la hegemonía financiera que nos permitió mantener una potencia naval superior a la de cualquier coalición europea.

Todos estos peligros presentes y futuros son fruto del nuevo imperialismo, que aparece así como el enemigo inexorable y mortal de la paz y la economía. El grado en que la dimensión militar del imperialismo ha mermado ya los recursos de los Estados europeos modernos puede apreciarse en el cuadro que ofrecemos a continuación, en el que aparece el crecimiento del gasto de las diferentes grandes potencias europeas en equipo militar en la última generación:

GASTO MILITAR DE LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS [15]

	1869-1870	1897-1898
	Libras	Libras
Gran Bretaña	22,440,000	40,094,000
Francia	23,554,000	37,000,000
Rusia	15,400,000	35,600,000
Alemania	11,217,000	32,800,000
Austria	9,103,000	16,041,000
Italia	7,070,000	13,510,000
Totales	88,784,000	175,045,000

Para la totalidad de los Estados europeos, la cifra correspondiente ha saltado de 105.719.000 libras en 1869-1870 a 208.877.000 libras en 1897-1898.

III

Para algunas personas, no existe antagonismo entre el imperialismo y la reforma social. «La energía de una nación como la nuestra —dicen— no tiene por qué considerarse como una magnitud fija y, por consiguiente, cualquier desembolso que se haga en relación con la expansión imperial no ha de ocasionar automáticamente una reducción equivalente a dicho desembolso en el programa de mejoras nacionales. Hay diferentes tipos de energía que exigen diferentes salidas, de manera que, para apro-

[15] Ver en el apéndice, página 342, los gastos de defensa de las potencias en 1934.

vechar con el máximo rendimiento el genio británico, se precisan muchos focos de actividad dentro y fuera del país. Tenemos capacidad para, al mismo tiempo que procedemos a la expansión imperial en diversas direcciones, contar con una compleja dinámica de crecimiento en nuestra economía interna. El aliento que aporta conseguir grandes éxitos por todo el mundo estimula la vitalidad de la nación británica y le da vigor para esforzarse por el progreso nacional, cosa que hubiera sido imposible si nos contentáramos con seguir la marcha normal de un presumido autodesarrollo insular.»

No necesitamos debatir ahora el tema de la incompatibilidad del imperialismo con las mejoras sociales, basándonos en principios abstractos respecto a la cantidad de energía nacional. Aunque existen límites cuantitativos subyacentes a la más hábil economía de la división del trabajo, como de hecho ponen de manifiesto, en el plano militar, los límites que la población impone en el binomio expansión agresiva y defensa nacional, estos límites no son siempre fáciles de descubrir, y a veces son susceptibles de una gran elasticidad. No puede, por tanto, mantenerse que las personas intelectualmente valiosas de nuestro país que son destinadas a la India para trabajar allí como funcionarios supongan una pérdida equivalente para las profesiones liberales y para la administración civil nacionales, ni que el espíritu de aventura y la energía de los grandes exploradores, de los misioneros, de los ingenieros, de los buscadores de riquezas y de otros pioneros del Imperio no podrían encontrar y no hubieran encontrado, dentro de estas islas, los mismos alicientes para sus energías y el mismo campo para emplear su esfuerzo. El problema que estamos estudiando —el del imperialismo— no depende, en lo que se refiere a sus principales efectos sociales y políticos, de ninguno de esos cálculos exactos sobre magnitudes económicas, o de la cantidad de vigor del país; ni el rechazo del imperialismo significa que se tenga que encerrar dentro de unos rígidos límites territoriales la energía creadora de personas o grupos que podrían encontrar en el extranjero mejores horizontes para su utilización. Lo que nos interesa aquí es la política económica del gobierno, el imperialismo como política del Estado. Incluso desde esta perspectiva el problema no es, primordialmente, de magnitudes económicas, aunque, como veremos, ése es un aspecto que, desde luego, no puede soslayarse. El antagonismo existente entre imperialismo y mejoras sociales se convierte en una intrínseca incompatibilidad política, toda vez que los métodos y los procesos de gobierno que uno y otras requieren son contradictorios. Las cuestiones de financiación nos ofrecen algunos de los ejemplos más obvios de este antagonismo. Las medidas más importantes para poner en práctica mejoras sociales —el perfeccionamiento del sistema de enseñanza, la reactivación de la política agraria y de la vivienda, el control público del tráfico de bebidas, las pensiones de vejez, la legislación para mejorar la situación de los trabajadores— suponen desembolsos considerables de fondos públicos que paga el contribuyente al Estado o a las autoridades de su municipio. Los gastos militares cada vez más altos que entraña el imperialismo vacían la bolsa del Tesoro Público y le dejan sin el dinero que podría dedicarse a los fines indicados. El ministro de Hacienda no sólo carece de dinero suficiente para la enseñanza, los jubilados y otros fines sociales, sino que también la administración local se ve igualmente imposibilitada de atender a todas sus necesidades, porque los que pagan los impuestos nacionales y las contribuciones locales suelen ser las mismas personas, y cuando se las grava con pesados impuestos para que el Estado realice empresas improductivas, no pueden pagar fácilmente mayores contribuciones locales.

Todas las mejoras sociales importantes, aunque no entrañan directamente grandes gastos públicos, originan perturbaciones y riesgos financieros que son menos tolerables en momento en que el gasto público es alto y el crédito estatal es fluctuante y se ve en aprietos. La mayoría de las reformas sociales implican un ataque contra los intereses creados, que pueden defenderse mejor cuando el imperialismo militante absorbe la atención pública. En el proceso legislativo es de vital importancia la economía de tiempo y de interés del gobierno. El imperialismo, con su «política de altos vuelos» en la que están comprometidos el honor y la seguridad del Estado, exige el primer puesto y, a medida que crece el Imperio, crece la cantidad y la complejidad de sus problemas que exigen atención inmediata, continua y profunda, absorbiendo el tiempo del gobierno y del Parlamento. Cada vez resulta más difícil encontrar tiempo en la cámara legislativa para debatir plenamente y sin interrupciones temas de la mayor importancia para la marcha del país, o para poner en práctica cualquier reforma de envergadura.

No tendría ninguna utilidad elaborar una teoría de este antagonismo cuando es tan obvia a nivel práctico para todos los que se dedican al estudio de la política. Es ya un lugar común de la historia, en efecto, que los gobiernos utilizan los rencores nacionales, las guerras exteriores y el atractivo de la creación de los imperios para aturdir a las masas y desviar el creciente descontento producido por los abusos que se cometen dentro del país. Los intereses creados que, a la luz de nuestro análisis, resultan ser los principales promotores de la política imperialista persiguen dos objetivos: por una parte, fomentar sus intereses comerciales privados y sus beneficios financieros a expensas de la comunidad, a la que ponen en

peligro; y por otra, proteger su hegemonía económica y política dentro del país contra los movimientos de reforma popular. El propietario de fincas urbanas, el terrateniente, el banquero, el usurero y el financiero, el cervecero, el propietario de minas, el fabricante de productos metalúrgicos, el constructor de buques y el naviero, los grandes industriales y comerciantes de bienes de exportación, el clero de la iglesia estatal, las universidades y los colegios caros, los gremios legales y los militares se han unido lo mismo en Gran Bretaña que en el continente europeo para formar un frente político común de resistencia contra los ataques a los privilegios, el poder y la riqueza que en diferentes modos y grados representan. Tras haber concedido bajo presión que el poder político tome la forma de instituciones electivas y que se generalice el derecho de voto, están luchando por evitar que las masas utilicen de verdad y eficazmente este poder para el establecimiento de una auténtica igualdad de oportunidades económicas. El derrumbamiento de los partidos liberales en el continente europeo, y ahora en Gran Bretaña, no puede entenderse más que de esta forma. Los liberales fueron partidarios de la libertad y del gobierno popular y democrático mientras las nuevas fuerzas del comercio y de la industria estuvieron trabadas por las barreras económicas y la supremacía política de la *noblesse* y de la aristocracia terrateniente; pero cada vez se iban mostrando más cautelosos y moderados a la hora de «confiar» en el pueblo, hasta que en las dos últimas décadas[16] han tratado de unirse a los conservadores o han arrastrado una existencia precaria, gracias al prestigio de unos cuantos líderes trasnochados que defienden doctrinas absolutas. El liberalismo conserva algún vigor en aquellos lugares como Bélgica y Dinamarca, en los que se ha retrasado la vieja lucha por el derecho al voto y las libertades primarias, y se ha llegado a un *modus vivendi* con los partidos cada vez más fuertes de la clase trabajadora. En Alemania, Francia e Italia, los partidos liberales han desaparecido de la política activa o han quedado reducidos a la impotencia. En Inglaterra el partido liberal ha cometido una grave y evidente traición contra la esencia de la libertad, porque en lugar de defender principios, lo que hacen es tratar de sustituirlos por chapuceros programas políticos. Los líderes liberales que han vendido su partido a alianzas de agiotistas de la bolsa y sentimentalistas patrioteros, se ven impotentes para defender el libre comercio, la libertad de prensa, la libertad de palabra, las escuelas libres o cualquier otro de los principios elementales del viejo liberalismo. Han perdido la confianza del pueblo. Durante

[16] Nos referimos a los últimos veinte años del siglo XIX.

muchos años se les ha permitido llevar a cabo un simulacro de lucha y llamarlo política; la gente creyó en la superchería hasta que la guerra de Sudáfrica constituyó una decisiva y espectacular piedra de toque para poner de manifiesto la falta de consistencia del liberalismo. No se trata de que los liberales hayan abandonado abiertamente sus viejos principios y tradiciones, sino que los han desvirtuado flirteando con un imperialismo que ellos se han esforzado tonta y fútilmente por disociar del que defienden sus rivales políticos, más rígido e inflexible. Esta capitulación ante el imperialismo significa que los liberales han preferido defender los intereses económicos de los grupos acaudalados y de los especuladores, a los que pertenecen la mayor parte de sus líderes, más que la causa del liberalismo. Podemos conceder sin dificultad que no son ni hipócritas ni traidores de forma consciente, pero esto no modifica el hecho de que han vendido la causa de la reforma social, que constituía su legítima herencia, a cambio de un imperialismo que resultaba beneficioso, en su opinión, para sus negocios y que casaba con sus prejuicios sociales. El plato de lentejas ha sido sazonado con diferentes especias, pero el «caldo» está hecho de egoísmo de clase. La mayoría de los liberales influyentes rehusaron luchar por sus ideales en un momento en que esa lucha era la prueba de la autenticidad del liberalismo, porque tenían intereses bastardos, carecían de sólidos principios políticos y no tenían inconveniente alguno en hacer suyo cualquier argumento, por endeble e innoble que fuera, con tal de que valiera para justificar su postura, aunque lo hubieran inventado para defenderlos los portavoces de un patriotismo legañoso y ramplón.

Naturalmente, pueden hacerse ulteriores matizaciones y darse mayores explicaciones, pero la auténtica verdad, de la que conviene partir, es la que hemos descrito. El partido liberal tendrá en Inglaterra una existencia residual, precaria y desprestigiada, a no ser que decida disociarse definitivamente de ese imperialismo que ha bloqueado el progreso de las reformas sociales, con el consentimiento de los líderes liberales y de sus rivales políticos.

Ha habido personas y grupos integrados en el partido liberal para quienes el fraude ha sido en gran medida involuntario, o no lo han percibido, porque han estado absorbidos por algún determinado e importante problema de reforma social, fuera el control de las bebidas alcohólicas, la mejor distribución de la propiedad de la tierra, la enseñanza o cosas parecidas. Que estas personas se den cuenta ahora —y si son honradas no podrán por menos de hacerlo— de que el imperialismo es el peor enemigo de todas esas reformas, que ninguna de ellas podrá prosperar eficazmente mientras la expansión del imperio y su satélite (el militaris-

mo) acaparen el tiempo, la energía y el dinero del Estado. Sólo de esta forma será aún posible que un fuerte núcleo de liberales, unidos o en cooperación con las organizaciones políticas de las clases trabajadoras, puedan combatir el imperialismo con el único arma eficaz: la reorganización social sobre bases democráticas.

IV

Su incompatibilidad con la democracia nos lleva hasta la misma raíz del imperialismo en cuanto doctrina política. El imperialismo no sólo se utiliza para frustrar las reformas económicas que hoy resultan esenciales para el funcionamiento eficaz de toda la maquinaria del gobierno del pueblo para el pueblo, sino que actúa para paralizar la marcha de dicha maquinaria. Las instituciones representativas no se avienen con el Imperio, ni en lo que se refiere a las personas ni en lo que concierne a los métodos. El pueblo británico desconoce y no puede controlar la forma en que los funcionarios ministeriales de Londres y los emisarios que éstos designan gobiernan a una enorme mezcolanza de razas inferiores. Los responsables ante el Parlamento de los departamentos ministeriales de Asuntos Exteriores, de Colonias, de la India, los funcionarios permanentes de los departamentos, los gobernadores y los empleados que representan al Gobierno imperial en los territorios sometidos a nuestra soberanía, ni están ni pueden estar controlados directa y eficazmente por la voluntad del pueblo. Esta subordinación del poder legislativo al ejecutivo, y la concentración del poder ejecutivo en una autocracia, son el resultado necesario de la preponderancia de la política exterior sobre la interior. La secuela de este hecho es la desintegración del espíritu y de la actividad de los partidos políticos, y la insistencia por parte de la autocracia, lo mismo si se trata de un kaiser que de un consejo de ministros, en que todas las críticas eficaces de los partidos políticos son antipatrióticas y constituyen casi una traición. Un excelente escritor, comentando la nueva política exterior de Alemania, resumía así el punto de vista expansionista: «Afirman que en los asuntos extranjeros la nación debe reaccionar como un solo hombre, que una vez iniciada una política determinada por el gobierno, no debe desecharse, que debe evitarse todo tipo de críticas porque debilitan la influencia de la nación en el extranjero... Está claro que cuando las cuestiones de mayor importancia para la vida de la nación son sustraídas de esta forma del terreno de la lucha de los partidos políticos, el gobierno que se basa en los partidos políticos tiene que debilitarse por necesidad, porque ya no tiene en sus

manos los problemas vitales... De este modo, al tiempo que queda realzada la importancia del ejecutivo, la del legislativo disminuye, y se desprecia la actuación del Parlamento como la actividad fútil e irritante de críticos sin sentido práctico. Si las decisiones del gobierno se van a adoptar inevitablemente, ¿por qué no prescindir de las exasperantes demoras que causan los debates parlamentarios?»[17].

El discurso pronunciado por el kaiser en Hamburgo, el 19 de octubre de 1899, comprendía así esta doctrina: «El mundo ha cambiado mucho en los últimos años. Lo que antes requería siglos para realizarse, se hace ahora en cuestión de meses. La tarea del kaiser y la del gobierno se ha acrecentado, por consiguiente, de forma desmesurada, y sólo podrán hallarse soluciones cuando el pueblo alemán renuncie a las discordias de los partidos políticos. En apretadas filas, detrás de su kaiser, orgullosos de su gran patria y conscientes de su verdadera valía, los alemanes deben vigilar el desarrollo de los Estados extranjeros. Deben afrontar sacrificios en favor de la causa de Alemania como potencia mundial, y, dejando a un lado las divisiones partidistas, deben mantenerse unidos detrás de su príncipe y emperador.»

El estilo autocrático de gobierno de la política imperial se transmite también, de modo natural, a la administración interna del país. Este contagio ha sido fomentado por la complejidad de las funciones de los Ministros del Interior, de Comercio, de Educación y de otros importantes ministerios, y se ha concretado en órdenes administrativas mediante las cuales se gobierna, gracias a los grandes poderes que a la chita callando se han ido introduciendo en importantes textos legales sin el adecuado control y sin las necesarías garantías, dada la caótica urgencia con que la mayoría de los gobiernos se ven forzados a legislar. Es evidente que en Estados Unidos ha surgido una costumbre aún más peligrosa, denominada «gobierno por mandato», que consiste en que el poder judicial tiene prácticamente atribuciones para promulgar decretos que tienen el efecto de leyes y prevén las correspondientes penas para determinados hechos.

En Gran Bretaña, el debilitamiento de los partidos va claramente acompañado por la decadencia del control popular. En la misma medida en que la política exterior y colonial predomina más en las actividades deliberantes y administrativas del Estado, queda excluida la voluntad del pueblo de la posibilidad de controlar realmente la marcha del gobierno. No se trata solamente de que el tiempo y la energía del Parla-

[17] P. S. Reinsih, *Worls Politics*, pp. 300, 301 (Macmillan & Co.).

mento sean limitados, aunque la decreciente proporción de las sesiones dedicadas al estudio de los problemas interiores significa un descenso correlativo en la democracia práctica. La herida infringida al gobierno del pueblo es mucho más profunda. El imperialismo y los factores militares, diplomáticos y financieros que lo alimentan se han convertido hasta tal punto en la preocupación prioritaria del gobierno en los últimos años, que condicionan y rigen toda la política, y marcan el rumbo, el estilo y el carácter de la administración de los asuntos públicos. Por otra parte, al invocar continuamente la posibilidad de ignotas e incalculables ganancias y peligros, llenan de temor el desarrollo más sobrio y cotidiano de la política interior. El efecto en la marcha del gobierno parlamentario ha sido grande, rápido y de palpable importancia, contribuyendo a la disminución del poder de las instituciones representativas. En las elecciones ya no se invita al electorado a que escoja de modo libre, consciente, racional entre los representantes de diferentes programas políticos inteligibles; se le invita a que ratifique, o deje de ratificar una política exterior e imperial difícil, compleja y arriesgada, presentada normalmente con unas pocas frases grandilocuentes y genéricas, y aderezada con un llamamiento a la necesidad de solidaridad y continuidad en la política nacional, lo que equivale a pedir que se conceda a ciegas un voto de confianza. En las deliberaciones de la Cámara de los Comunes cada vez se han ido obstaculizando más, y de manera más grave, las facultades de la oposición para actuar como tal: en parte, mediante una modificación de las normas de la Cámara, que ha reducido el derecho al debate completo de los proyectos de ley en sus diversas fases y ha recortado los privilegios de los Comunes, en especial el derecho a debatir las quejas sobre los créditos y a interrogar a los ministros respecto a la administración de sus respectivos departamentos; y en parte, por la intromisión del gobierno en los derechos y privilegios que antes tenían los diputados para promover resoluciones y proponer proyectos de ley. Este recorte de las facultades de la oposición no es más que el primero de una serie de procesos de concentración del poder. El gobierno reclama ahora que se ponga a su disposición todo el tiempo de la Cámara siempre que considere dicho monopolio necesario para el estudio de sus proyectos de ley.

La misma dinámica centrípeta se ha registrado dentro del gobierno. «No cabe duda —escribe Mr. Bryce— que el poder del gabinete frente a la Cámara de los Comunes ha aumentado de forma rápida y continua, y parece que todavía sigue aumentando» (1901)[18].

[18] *Studies in History and Jurisprudence*, vol. 1, p. 177.

De esta forma el gabinete absorbe los poderes de la Cámara de los Comunes, y al mismo tiempo, el propio gabinete ha aumentado de tamaño deliberada y conscientemente con objeto de concentrar el auténtico poder en manos de un «gabinete interior» informal, pero muy real que, aunque su composición puede variar ligeramente, está formado prácticamente por el primer ministro y los ministros de Asuntos Exteriores, de Colonias y de Hacienda. Este proceso de centralización del poder, que tiende a destruir el gobierno representativo, y que ha reducido a la Cámara de los Comunes a poco más que una máquina para el registro automático de los decretos de un gabinete interior no elegido, es imputable fundamentalmente al imperialismo[19]. El estudio de informes de carácter delicado y variable que afectan a nuestras relaciones con las potencias extranjeras, la evidente necesidad del secreto en las actividades diplomáticas y de la acción expeditiva y discreta parecen aconsejar, e incluso exigir, un método de gobierno autocrático y burocrático altamente centralizado.

Dentro de esta decadencia general del gobierno parlamentario, el «sistema de partidos» está derrumbándose a ojos vista, ya que las discrepancias en el enfoque de los problemas cotidianos de la política nacional en que se basa ha perdido casi toda su importancia frente a las pretensiones y los poderes del imperialismo. El sistema de partidos no podrá sobrevivir en la política británica más que si se unen todas las fuerzas que se oponen a las prácticas «imperialistas» que en los últimos años han seguido tanto los ministerios liberales como los conservadores. Mientras se permita al imperialismo llevar la voz cantante, el único conflicto político real se producirá entre los grupos representativos de los sectores divergentes del imperialismo, es decir, entre los gobernantes del interior y los funcionarios de las colonias, entre los intereses asiáticos de la India y China y la política expansiva en Africa, entre los que abogan por una alianza con Alemania y los que prefieren coaligarse con Francia y Rusia.

[19] Un observador experimentado describe el efecto de estos cambios en el carácter y comportamiento de los miembros del Parlamento de la siguiente forma: «En términos generales, el ingrediente *político* ha perdido importancia como determinante de la marcha del país y de la Cámara. La falta de interés por los problemas constitucionales resulta evidente... El político parlamentario es una especie que está desapareciendo, y cada vez son menos los que se preocupan por fomentar las reformas sociales y laborales. Por otra parte, los que se apresuraban a aprovecharse de su condición de diputados para beneficiarse con cualquier oportunidad lucrativa que se les presentara al margen de su trabajo y de sus deberes parlamentarios, y que estaban siempre dispuestos a apoyar al gobierno en las votaciones, sin que se les pidiera mucho más que eso, proliferaron en 1895 y 1900, y ahora constituyen una proporción muy alta, por no decir la mayoría, de la Cámara de los Comunes» (Mr. John E. Ellis, diputado, *The Speaker*, 7 de junio de 1902).

V

El imperialismo y el gobierno popular no tienen nada en común: divergen en su espíritu, en su política y en sus métodos. Ya hemos hablado de la política y los métodos; nos falta, por consiguiente, señalar cómo el espíritu del imperialismo corrompe la idea de la democracia en la mente y en la actitud de las gentes. Igual que nuestras colonias libres autogobernadas han infundido esperanza, estímulo y guía en las aspiraciones de la población de Gran Bretaña, no sólo al demostrar el éxito práctico de los métodos de gobierno popular, sino al difundir y propagar un espíritu de libertad e igualdad, los territorios que controlamos de modo despótico han contribuido siempre a perjudicar la forma de ser de nuestro pueblo, al fomentar los hábitos de servilismo, las actitudes de embobamiento ante la riqueza y el rango, y las supervivencias corrompidas de las desigualdades del feudalismo. Este proceso empezó con la llegada a la sociedad y la política inglesas del nabab de la India oriental y del propietario de plantaciones de las Indias occidentales, que trajeron, junto con el producto de su rapiña en el mercado de esclavos y las ganancias que les había proporcionado el uso corrompido del exorbitante poder político que disfrutaban, una conducta vulgar de ostentación, un aire mandón y dominante y una dadivosidad corruptora que deslumbraban y prostituían la vida de nuestro pueblo. Escribiendo en 1860, hacía Cobden esta aguda pregunta: «¿No es posible que los arbitrarios principios políticos utilizados en Oriente repercutan en la vida política interna de nuestro país y lleguen a corromperla; de la misma forma que Grecia y Roma se vieron desmoralizados por sus contactos con Asia?»[20].

Esta repercusión no sólo es posible, sino inevitable. A medida que la zona de nuestro imperio regida despóticamente ha aumentado en extensión, ha vuelto a nuestro país un número cada vez más alto de personas adiestradas en los métodos y el estilo de la autocracia, a la que han servido como soldados y como funcionarios civiles en nuestras colonias y protectorados, y en el imperio de la India. La influencia de estas personas se ha visto reforzada por numerosos mercaderes, hacendados, ingenieros y superintendentes que, lo mismo que dichas personas, han vivido como castas superiores en un medio social artificial, en el que faltaban los saludables controles habituales en la sociedad europea, y han traído, al volver al país, las actitudes, los sentimientos y las ideas suscitadas por este medio ambiente extranjero. Al volver, son numerosas las que se han

[20] Morley, *Life of Cobden*, vol. II, p. 361.

asentado en el sur y el suroeste de Inglaterra. Muchas de ellas son personas acaudaladas, y la mayoría dispone de mucho tiempo libre. Desprecian abiertamente la democracia, viven para el lujo, la ostentación y las manifestaciones más superficiales de la vida intelectual. Los miembros más ricos de este grupo están descubriendo sus ambiciones políticas e introduciendo en nuestras Cámaras el más rudimentario y egoísta espíritu imperialista, utilizando sus experiencias y amistades en todo el Imperio para promover lucrativas compañías comerciales y concesiones para su beneficio privado, y presentándose públicamente como autoridades legítimas para mantener el yugo del imperialismo bien apretado encima de los hombros de los «negros». El millonario de Sudáfrica es el tipo más conspicuo de este grupo social: sus métodos son los más descarados, y sus éxitos sociales y políticos los más terribles. Estas actitudes y usos, que aparecen prototípicamente y a gran escala en Rhodes, Belt y sus aliados parlamentarios, han proliferado a escala más modesta: el sur de Inglaterra está lleno de hombres con gran influencia en la sociedad y la política locales, cuyo carácter se ha formado en los territorios que gobernamos despóticamente y cuyos ingresos dependen principalmente del mantenimiento y avance del mencionado gobierno despótico. No son pocos los que se meten en nuestros ayuntamientos, o consiguen puestos en la policía o en la administración de la justicia; en todas partes, son partidarios de la represión y se oponen a las reformas. Si pudiéramos investigar el origen de los ingresos que se gastan en los condados próximos a Londres y en otras grandes comarcas del sur de Gran Bretaña, nos encontraríamos con que en gran medida eran el resultado de haber exprimido a grandes multitudes de indígenas negros, marrones o amarillos, con sistemas de trabajo y explotación que no difieren gran cosa de los que servían para pagar la ociosidad y el lujo de la Roma imperial.

De hecho, resulta una venganza del imperialismo que esas artes y oficios de la tiranía, aprendidos y practicados en nuestro imperio sin libertad, se vuelvan contra las libertades de nuestra nación. Los que se sorprenden al ver la indiferencia o el desprecio no disimulados con que la aristocracia y la plutocracia de nuestra nación contemplan cómo se infringen las libertades de los súbditos y cómo se anulan prácticas y derechos constitucionales, no han tomado suficientemente en cuenta el constante reflujo desde nuestro Imperio «sin libertad, intolerante, agresivo», hasta nosotros de este veneno de la autocracia irresponsable.

Los efectos políticos reales y necesarios del nuevo imperialismo que hoy vemos practicar a las grandes potencias imperialistas pueden resumirse, por consiguiente, de este modo: es una constante amenaza contra la paz, porque continuamente suscita la tentación de nuevas agresiones

contra territorios ocupados por razas inferiores, y porque enzarza a nuestra nación en conflictos con otras en las que existen ambiciones imperialistas rivales; a las situaciones críticas de peligro de guerra, hay que añadir el riesgo y la degradación crónicas del militarismo, que no sólo derrocha la fuerza física y moral de las naciones, sino que obstaculiza la misma marcha de la civilización. Devora en un grado ilimitado e incalculable los recursos financieros de un país en gastos militares, con lo que imposibilita que los ingresos estatales se dediquen a proyectos públicos productivos, además de cargar a las futuras generaciones con pesadas deudas. Al absorber el dinero, el tiempo, la atención y la energía públicos en costosas e improductivas aventuras de expansión territorial, despilfarra las energías que los gobernantes y las naciones deberían dedicar a las reformas internas y al cultivo de las disciplinas y las artes que procuran el progreso intelectual y material dentro de cada país. Finalmente, el espíritu, la política y los métodos del imperialismo son contrarios a las instituciones democráticas, ya que fomentan formas de tiranía política y de autoridad social que son enemigos mortales de la libertad y la igualdad auténticas.

Capítulo 9
LA DEFENSA CIENTIFICA DEL IMPERIALISMO

I

Aunque sería muy difícil negar que la principal causa consciente del imperialismo han sido las ambiciones de los individuos o las naciones, se puede afirmar que en esta cuestión, al igual que en otros campos de la historia de la humanidad, existen otras y más poderosas fuerzas ocultas que laboran en favor del progreso del género humano. La enorme influencia que las teorías biológicas han ejercido sobre los pioneros de la sociología es fácilmente comprensible. Es lógico y natural que se apliquen rigurosamente al hombre las leyes del progreso del individuo y la especie que se han observado en otros sectores del reino animal; y no es extraño que se infravaloren, se interpreten mal o no se tengan en cuenta las desviaciones o revocaciones de las leyes de la vida inferior, por otras leyes que sólo alcanzan importancia en las esferas psíquicas más altas del *genus homo*. El biólogo que se decide a estudiar la historia humana se encuentra con frecuencia con el antagonismo de rivales intelectuales que lo consideran como un intruso, y que tratan de elevar una barrera entre el desarrollo humano y el desarrollo animal. De hecho, en las mismas filas de la profesión biológica, científicos de la talla de Huxley y A. R. Wallace han prestado su apoyo a este «separatismo» distinguiendo el progreso

ético y espiritual de la raza humana de los procesos cósmicos generales y atribuyendo al hombre cualidades y leyes de acción cualitativamente diferentes de las que prevalecen en el resto del mundo animal. La reacción ante el seco dogmatismo de esta postura ha conducido a muchos otros especialistas a la afirmación, igualmente dogmática y poco elaborada de que las leyes de las formas inferiores de selección y lucha físicas, que explican y describen el progreso en los animales inferiores, satisfacen todas las exigencias de la sociología.

En ciertos casos, los sociólogos se han mostrado entusiasmados con esta idea, y la han utilizado para defender la necesidad, la utilidad y hasta la justicia de proseguir, hasta llegar al completo sometimiento o el exterminio, la lucha violenta entre las razas y los diversos tipos de civilización.

Partiendo del principio de que las razas y las naciones no pueden ser eficaces más que si ponen fin a las contiendas intestinas, por lo menos a las contiendas intestinas *à l'outrance,* sostienen la necesidad de mantener la guerra cruenta a nivel internacional. Su utilidad se encuentra en dos finalidades interrelacionadas. Por una parte, se precisa la pugna constante con otras razas y naciones para que una raza o nación pueda conservarse fuerte y progresar; si se renuncia al combate, el vigor racial se marchitará y perecerá. Por consiguiente, es de vital importancia para una raza fuerte «el mantener un alto grado de eficacia internacional mediante el antagonismo, concretado principalmente en guerras con las razas inferiores y en rivalidad con las razas iguales para disputarse las rutas comerciales y las fuentes de materias primas y de alimentos». «Esta es —añade el profesor Karl Pearson— la forma natural de entender la historia de la humanidad, y no creo que se pueda alterar éste hecho en sus aspectos fundamentales»[1].

Otros autores, desde una perspectiva de mayor amplitud cósmica, mantienen que el mismo progreso de la humanidad precisa la continuación de la lucha selectiva y destructiva entre las razas que representan diversas fuerzas y capacidades, diferentes tipos de civilización. Es deseable que la tierra esté poblada, gobernada y desarrollada, en la mayor medida posible, por las razas que puedan desempeñar con mayor eficacia este cometido, es decir, por las razas de mayor «eficiencia social»; estas razas deben reafirmar sus derechos venciendo, superando, sojuzgando o aniquilando a las razas de inferior eficiencia social. El bien de nuestro planeta, la verdadera causa de la humanidad, exigen que la

[1] *National Life from the Standpoint of Science,* p. 44 (Black, 1901).

mencionada lucha física industrial y política continúe hasta que se llegue a una situación ideal en la que las naciones más eficientes socialmente gobiernen la tierra con el grado de autoridad que les corresponda según sus diversos tipos y grados de eficiencia social. Esta tesis está claramente formulada por M. Edmond Desmolins, para quien es «tan incontrovertible como la ley de la gravitación universal».

«Cuando una raza se muestra superior a otra en las diferentes manifestaciones de la vida nacional, a la larga, de modo *inevitable,* termina por dominar en la vida política y por imponer de modo permanente su superioridad. Sea que esta superioridad se reafirme por medios pacíficos o por la fuerza de las armas, llega un momento en que queda establecida oficialmente, y a partir de entonces se reconoce sin ninguna reserva. He afirmado que esta ley es la única que explica la historia de la raza humana y las revoluciones de los imperios, y que además aclara y justifica la apropiación por los europeos de territorios de Asia, Africa y Oceanía, y todo el proceso de nuestro desarrollo colonial»[2].

Las naciones del occidente europeo, junto con sus colonias, representan, en diversos grados, a los países socialmente eficientes. Algunos autores americanos e ingleses, como el profesor Giddings y Mr. Kidd, creen que las razas teutónicas, y en especial las ramas anglosajonas, suponen el máximo grado de eficiencia, y esta tesis cuenta con el apoyo de un pequeño grupo de franceses anglófilos.

Esta fé auténtica y confiada en la «eficiencia social» es, sin duda, el principal soporte moral del imperialismo. «El progreso humano exige que se mantenga la lucha entre las razas, en la que las más débiles perecerán y las eficientes socialmente sobrevivirán y florecerán. Nosotros somos la raza eficiente socialmente.» Este es el argumento que utiliza el imperialismo.

Y bien, cuando se explicita detalladamente, resulta muy claro qué es lo que quiere decir la expresión «socialmente eficiente». Es, sencillamente, lo contrario de «débil», y equivale a «fuerte en la lucha por la vida». A primera vista parece aludir a determinadas dotes genéricas morales e intelectuales, comúnmente admitidas como virtudes, y a partir de aquí se acaba aceptando que incluye dichas cualidades. Ahora bien, dentro del contexto actual de «historia natural», la expresión «raza socialmente eficiente» no significa más que la capacidad para vencer o derrotar a otras razas, a las cuales, como consecuencia de su derrota, se las denomina «razas inferiores». Se trata, simplemente, de una repetición de la frase «su-

[2] *Boers or British?,* p. 24.

pervivencia de los mejor dotados», cuyo sentido queda claro cuando se pregunta: «mejor dotados ¿para qué?», y se responde: «mejor dotados para sobrevivir».

Es cierto que la «eficiencia social» parece implicar mucho más que las simples aptitudes para combatir en la guerra o en el comercio, y si tuviéramos que citar todas las cualidades que contribuyen a hacer una buena sociedad, tendríamos que enumerar muchas más; pero desde nuestros actuales criterios, inspirados en la «historia natural», es evidente que se deben excluir todas éstas e incluir únicamente las que sirven directamente para la lucha.

Llamando las cosas por su nombre, lo que quiere decirse es, sencillamente, lo siguiente: «A lo largo de la historia de la humanidad, como en la naturaleza en general, las razas más fuertes han aplastado, esclavizado y exterminado siempre a las demás.» El biólogo afirma: «Esto está tan enraizado en la naturaleza en general, y en la naturaleza humana en particular, que tiene que continuar siendo así.» Y añade: «Esta ha sido la primera condición y la tónica del progreso en el pasado y, por consiguiente, es deseable que siga siéndolo. Debe continuar, es imprescindible que continúe.»

Así, con esta facilidad, pasamos del plano de la historia natural al de la ética, y encontramos en la utilidad el espaldarazo moral que justifica la lucha de unas razas contra otras. Pues bien, el imperialismo no es más que esta doctrina de la historia natural vista desde los intereses de la propia nación. Nosotros somos la nación socialmente eficiente, hemos conquistado y adquirido territorios y dominios en el pasado, y debemos continuar por ese camino; es nuestro destino, un destino que nos favorece a nosotros y al mundo, es nuestro deber.

Esta doctrina que como hemos visto, tiene sus fuentes en la historia natural, se cubre pronto de vistosas, complicadas y abultadas galas éticas y religiosas, y nos transporta a una excelsa atmósfera de «cristianismo imperial», de «misión civilizadora», que nos pide que enseñemos «las formas del buen gobierno» y «la dignidad del trabajo».

II

La idea de que el poder de hacer una cosa implica el derecho, e incluso el deber, de hacerla es quizá el más corriente, el más «natural» y el más caprichoso de los sofismas. Ni siquiera el profesor Pearson se libra de él cuando, tras una hábil defensa de la necesidad de la selección de las razas y de la lucha racial, habla de «nuestro derecho a aprovechar los recursos naturales que no se utilizan, sea en Asia o en Africa»[3].

Esta creencia en el «derecho divino» del más fuerte, que tan bien predicaron apóstoles como Carlyle, Kingsley o Ruskin, ha servido más que ninguna otra para transformar la ley de la historia natural en entusiasmo moral.

He insistido tanto a lo largo de estas páginas en los aspectos más sórdidos y calculadores del imperialismo que me siento obligado a hacer justicia a los rasgos más nobles del sentimiento imperialista, entendido —gracias a una interpretación ingenua de la ciencia— como una esforzada misión caballeresca y altruista. Así se nos aparece en el dinámico historial y en la simpática personalidad de Hubert Hervey, de la British South African Chartered Company, tal como nos los presenta su compañero de aventuras, el conde de Grey. Las hazañas de Hubert Hervey nos brindan una muestra del mejor imperialismo en acción y, lo que es más importante para nuestros fines, un hábil e instructivo esfuerzo por enunciar lo esencial de las doctrinas imperialistas.

«Probablemente todo el mundo estará de acuerdo en que un inglés tiene derecho a considerar que su forma de entender el mundo y la vida es mejor que la de un hotentote o un maorí, y nadie se opondrá, en principio, a que Inglaterra haga todo lo posible por imponer a dichos salvajes los criterios y modos de pensar ingleses, puesto que son mejores y más elevados. Pero por este camino se puede ir mucho más lejos, y de la misma premisa pueden sacarse muchas más conclusiones. El inglés cree que, en los puntos importantes en que difiere de un sueco o un belga, es él quien ha alcanzado un grado más elevado de desarrollo y perfección. Sí, y hasta las naciones más parecidas a nosotros en la forma de pensar y de sentir —la alemana y las escandinavas— nos parecen, en términos generales, peores a la nuestra cuando comparamos sus rasgos característicos con los nuestros. Si fuera al revés, encaminaríamos nuestra energía a ser como ellos. De todas formas, sin hacer esto, podemos esforzarnos por copiar y hacer nuestras sus mejores cualidades, en la creencia de que la combinación resultante será superior a la de los pueblos extranjeros.

»Esta forma de pensar es el rasgo distintivo de una nación independiente. Hasta qué punto está justificada esa forma de pensar en un caso concreto, sólo puede decirlo la historia. Pero es imprescindible que todos los candidatos al primer puesto pongan toda la carne en el asador para demostrar que lo merecen. De aquí emana la justificación moral de la guerra y los conflictos internacionales, y tendrá que producirse un gran cambio en el mundo y en las mentes de los hombres para que pueda empezar a pensarse en que un día habrá una paz universal perpetua, y en que las diferencias que existan a nivel internacional podrán

[3] *National Life*, pág. 46.

resolverse mediante el arbitraje. Los problemas ocasionados por la ausencia de normas de justicia admitidas por todos serán muy especialmente visibles en lo que respecta a las relaciones de las razas civilizadas con las no civilizadas. ¿Hay alguna probabilidad, por remota que sea, de que en el futuro previsible pueda franquearse el abismo que ahora separa a los blancos de los negros? ¿Puede haber alguna duda de que el hombre blanco debe imponer e impondrá su civilización superior sobre las razas de color? La rivalidad de los principales países europeos, al extender su influencia por otros continentes, hará que, naturalmente, las razas sometidas, gracias a las superiores dotes de sus vencedores, lleguen a alcanzar el tipo de gobierno más perfecto posible»[4].

He aquí el evangelio químicamente puro del imperialismo: la lucha física entre las razas blancas, el sometimiento de las «razas inferiores» por los blancos, la necesidad que se deriva de esos hechos, la utilidad que surge de esa necesidad, y los derechos y deberes basados en dicha necesidad. Es imposible mejorar esta enunciación de los más puros principios del imperialismo. El inglés cree que es superior a cualquier otro hombre; piensa que está mejor dotado para asimilar las cosas buenas que los demás puedan tener; cree que dicho carácter le otorga un derecho a gobernar que nadie más puede poseer. Mr. Hervey concede que el francés, el alemán o el ruso patriotas experimentan de la misma forma este sentido de superioridad y los derechos que confiere; tanto mejor (y aquí sigue la línea de pensamiento del profesor Pearson), ya que esta discrepancia de convicciones e intereses intensifica la lucha de las razas blancas y asegura la supervivencia y la aptitud cada vez mayor de los mejor dotados.

Mientras veamos este imperialismo exclusivamente desde el punto de vista de Inglaterra, o de cualquier otra nación determinada, no entenderemos plenamente su nacionalidad. Es esencial para que persista la lucha entre las naciones, cosa que hará aumentar el vigor y servirá para seleccionar a los mejor dotados o más eficientes, que cada competidor se sienta estimulado a esforzarse al máximo por los mismos sentimientos sobre la superioridad, el destino y los derechos y deberes imperiales de su país que mantiene el imperialista inglés respecto a Inglaterra. Y precisamente esto es lo que, al parecer, está ocurriendo.

El inglés está auténticamente convencido de la superior valía de Inglaterra para realizar cualquier tarea que se proponga en favor de la civilización del mundo. Este es el principio supremo del estadista imperialista, tan bien expresado en la descripción que hace lord Rosebery del Imperio británico como «la más importante organización laica para el bien que el mundo haya conocido», y en la creencia de míster Chamberlain[5] de que «la raza anglosajona está indefectiblemente destinada a ser la fuerza predominante en la historia y la civilización del mundo». El inglés medio no tiene la menor duda de la superioridad y eficiencia de sus compatriotas en todas las actividades de gobierno, sean cuales fueren las circunstancias climáticas, raciales, o de cualquier otro tipo. Un día oí que, en una conversación acerca de la capacidad de los británicos, se hacía irónicamente la siguiente pregunta: «¿A que estás pensando que podríamos gobernar Francia mejor que los propios franceses?», a lo que el interlocutor respondió triunfalmente: «¡Por supuesto que podemos!»; y con ello no quería proseguir el juego retórico, sino manifestar, con toda la sinceridad posible, una creencia que comparte la mayoría de los ingleses.

[4] Conde de Grey, *Memoir of Hubert Hervey*, (Arnold, 1899).

Ahora bien, el francés chauvinista, el alemán colonialista, el ruso paneslavista, el americano expansionista, albergan las mismas convicciones generales, y con la misma intensidad, sobre la capacidad, el destino y los derechos de sus respectivas naciones. Quizá sea en nuestro país donde la conciencia moral ha experimentado más claramente que en ningún otro estos sentimientos, pero los acontecimientos están imbuyendo rápidamente las mismas aspiraciones imperiales en todos nuestros principales competidores industriales y políticos.

«En estos días que corren, Víctor Hugo llama a Francia la salvadora de las naciones, y exclama: *Non, France, l'univers a besoin que tu vives! Je le redis, la France est un besoin des hommes.* Villari, glosando al ilustre Gioberti, reclama la primacía de Italia entre todas las naciones. El kaiser dice a su pueblo: 'El buen Dios ha estado siempre de nuestra parte' M. Pobyedonostseff afirma que Rusia está libre de los dogmas de una civilización decadente, y ve en la joven y vigorosa raza eslava un legatario universal de los tesoros y conquistas del pasado. Los americanos, por su parte, no están menos convencidos que en época de Martin Chuzzlewit de que su misión es gobernar nuestro planeta»[6].

Estos sentimientos e ideas no han dejado de dar sus frutos. En diversos lugares del mundo han movido a jóvenes soldados, políticos y misioneros a aplicar en la práctica los recursos de Francia, Alemania, Italia, Rusia o Estados Unidos a la expansión territorial.

Estamos ahora en situación de reformular y someter a prueba las bases científicas del imperialismo en cuanto política mundial. El mantenimiento de la lucha por la vida y la riqueza, entre las naciones en el plano

[5] *Foreign and Colonial Speeches*, pág. 6.

[6] G. P. Gooch, *The Hearth of the Empire*, pág. 333.

militar e industrial, es deseable para estimular el vigor y la eficacia social de los diversos competidores, y poner en marcha de esta forma un proceso natural de selección, que ponga en manos de la nación o naciones que representen el grado más alto de civilización o eficiencia social un control cada vez mayor y más intenso del gobierno y la explotación económica del mundo, y que mediante la eliminación o el sometimiento de las más incompetentes eleve el nivel del gobierno de la humanidad en su conjunto.

Las ideas que acabamos de exponer hacen que la cuestión deje el plano de la política nacional estricta y de la perspectiva específicamente ética, para pasar nuevamente al terreno de sus presupuestos científicos, basados en las leyes o las analogías biológicas.

Un buen punto de partida para iniciar el examen de esta cuestión podrían ser las palabras del profesor K. Pearson: «La historia me muestra una forma, y sólo una, en que se ha llegado a crear un alto estado de civilización, es decir, mediante la lucha de unas razas contra otras y la supervivencia de la raza mejor dotada física y mentalmente. Si la humanidad desea saber si las razas inferiores son capaces de producir un tipo superior de hombre, me temo que lo único que puede hacerse es dejar que luchen entre ellas, e incluso en este caso puede que de la lucha por la existencia de un individuo contra otro y de una tribu contra otra no surgiera aquel tipo superior, porque le faltaba un determinado elemento del que, probablemente, tanto dependió el triunfo de los arios.»

Ahora bien, aun aceptando que ésta es la verdadera explicación de la evolución de la civilización en el pasado, ¿es imprescindible que los mismos métodos de selección se sigan empleando en el futuro?, ¿o habrían entrado en juego en los últimos períodos de la historia de la humanidad fuerzas que modifiquen profundamente, detengan, e incluso hagan cambiar de sentido el funcionamiento de la dinámica selectiva que impera en el resto de la naturaleza?

En la misma obra que he citado, el profesor Pearson nos brinda una respuesta completa a su propia hipótesis de la necesidad de que exista esa lucha física entre las razas.

En la última frase del pasaje arriba citado parece admitir la utilidad de que, en las razas inferiores, exista la lucha física por la vida entre «los individuos» de la misma tribu. Sin embargo, su actitud general en cuanto «socialista» es muy diferente. Para que una tribu, una nación o una sociedad de otro tipo pueda competir con éxito frente a otra sociedad, debe quedar en suspenso la lucha por la vida entre los individuos dentro de su propio grupo social. Para que el vigor competitivo, la eficiencia social existan en la nación, es necesario que no se produzca el desgaste que

supone la contienda de unos individuos contra otros por la vida o los medios de subsistencia. Ahora bien, en sí mismo, esto es lo contrario de la ley generalmente admitida del progreso en todo el reino animal. Según la cual la pugna por el alimento y las demás cosas necesarias para la vida se considera esencial para el progreso de cada especie, y ello a pesar de que cada una compita, más o menos directamente con otras especies para procurarse alimentos, etc. Se reconoce que la cooperación y la solidaridad sociales contribuyen al progreso de muchas de las especies superiores, pero se afirma también que la pugna entre los individuos para obtener alimentos y otros medios de subsistencia que, por definición, son escasos, es un factor importantísimo de progreso, toda vez que margina a los físicamente mal dotados.

El profesor Pearson reconoce justa y paladinamente el peligro que suponen los sentimientos humanitarios que han inhibido, en gran medida, «la lucha por la vida» de unos individuos contra otros, y que han movido a las modernas naciones civilizadas a proporcionar a todos los nacidos en su seno el alimento, la vivienda y los demás bienes necesarios que les permiten llegar a ser adultos y propagar la especie.

Para el profesor Pearson, está fuera de toda duda que esta suspensión de la lucha del individuo por la vida no sólo no es necesaria para la solidaridad y eficacia de las naciones, sino que menoscaba esas virtudes, porque las sociedades correspondientes tendrán que cargar con el peso de grandes muchedumbres de tarados y enfermos físicos y morales, que habrían sido eliminados en las condiciones primitivas de lucha por la vida. Insiste, con razón, en la tesis de que una nación que se propaga más a partir de parejas mal dotadas que de parejas bien dotadas, está condenada a la decadencia física y moral. Que la reproducción la realice lo mejor de la especie, y que lo peor de la especie sea eliminado, es un principio tan esencial para el progreso del hombre como para el de cualquier otro animal, y lo será en el futuro como lo ha sido en el pasado. Ni el humanitarismo ni el sentido de solidaridad reconocen ni admiten que se deba sacrificar este principio; simplemente creen que hay que utilizar nuevos métodos para realizar el proceso de selección.

Abandonada a su impulso, la naturaleza irracional selecciona de forma despilfarradora y con el máximo de dolor y sufrimientos, y necesita que nazcan innumerables seres para que puedan luchar por la existencia y perecer en la pugna. La actitud racional mejorará y humanizará esta contienda exigiendo que los progenitores reúnan condiciones que, racional y socialmente, permitan prever una progenie adecuada, en lugar de condenar a los hijos a la destrucción por el hambre, la enfermedad o la debilidad.

El primer deber de una sociedad organizada, tanto para el bien de sus miembros individuales como para la salvaguardia colectiva, es obviamente impedir que los mal dotados se reproduzcan, por difícil y peligrosa que pueda resultar esta medida. No es necesario para la seguridad y el progreso de la sociedad que mueran los niños «mal dotados»; lo que hace falta es que no nazcan. Y finalmente la sociedad que más prospere en lo referente a la calidad de sus miembros será la que mejor cumpla esta exigencia preventiva.

Sin embargo, al pasar del plano de la sociedad de individuos al de la sociedad de naciones, a la que llamamos humanidad, el profesor Pearson persiste en el mantenimiento del método más viejo, más tosco y más irracional de conseguir el progreso: la pugna primitiva por la existencia física. ¿Por qué? Si es conveniente y coadyuva al progreso el acabar con la lucha primitiva por la vida entre los individuos, si es deseable acabar con las peleas familiares y tribales que sobreviven incluso en las sociedades bastante desarrolladas y ampliar el área de paz social hasta que llegue a extenderse al conjunto de la nación, ¿no será razonable que avancemos más y nos esforcemos por implantar la paz y la cooperación internacionales, primero entre las naciones más civilizadas y más interrelacionadas, y finalmente entre todos los seres de la raza humana? Si contribuye al progreso el reemplazar la lucha por la vida dentro de los pequeños grupos, y posteriormente dentro de los grupos nacionales más amplios, por una selección racional, ¿por qué no aplicar el mismo sistema progresista a una federación de Estados europeos, y finalmente a una federación mundial? Estoy tratando de plantear la teoría científica, sin entrar en las graves dificultades de tipo práctico con que se tropezaría para hacer realidad esta idea.

Aunque se pierda algo de la eficiencia del individuo al reprimir la guerra privada dentro de la tribu o la nación, se piensa, con razón, que los beneficios conseguidos en unidad y eficiencia nacionales o tribales, compensan con creces dicha pérdida. ¿No se conseguirían ventajas similares, tanto en el plano biológico como en el económico, si reemplazáramos la anarquía existente en las relaciones entre las naciones por un gobierno racional de alcance internacional? Admitimos que una nación se fortalece cuando pone fin a la lucha a muerte tribal; y ¿qué es lo que aparece en el grupo social arbitrario que denominamos «nación» que nos obligue a invertir los criterios económicos aplicables a las tribus, cuando nos ponemos a estudiar el problema de las naciones?

Dos son las objeciones que suelen hacerse en contra del internacionalismo. Una, basada en la historia, señala que ni en el presente ni en el futuro previsible existe ni puede existir una nación internacional. Las

relaciones físicas y psíquicas que existen entre las naciones, se asegura, no guardan analogía alguna con las que se dan entre los individuos o las tribus de una misma nación. La sociedad se basa en una cierta homogeneidad de carácter, de intereses y de simpatías de los que la integran. En el mundo antiguo, esta homogeneidad pocas veces tenía la importancia necesaria, como no fuera entre gentes que vivían muy próximas, y la ciudad-estado constituía el auténtico arquetipo social; las relaciones que, de hecho, existían en la práctica entre estas ciudades-estado, eran, por lo común, relaciones de guerra, modificadas por pactos transitorios, que en raras ocasiones daban lugar a una auténtica unidad nacional. En estas circunstancias, era fundamental para la supervivencia y el progreso cívicos que los ciudadanos estuvieran ligados por relaciones muy estrechas, y las luchas por la vida que se registraban entre las diversas ciudades-estado cumplían el cometido de asegurar el progreso, de acuerdo con la ley biológica. La nación-estado ocupa hoy el puesto que en la antigua Grecia, o en la Italia de la Edad Media ocupó la ciudad-estado. Tan necesarias son hoy desde el punto de vista histórico, e incluso ético, las luchas entre las naciones como lo fueron en el pasado las contiendas entre las ciudades-estado.

Los psicólogos sociales se esfuerzan por fortalecer esta tesis, insistiendo en la primera condición psíquica de la vida nacional. El área posible de una auténtica sociedad, de una nación, está determinada por la extensión de una «conciencia de grupo», de una «semejanza ética»[7]. Según sea la cantidad y la calidad de la «semejanza» que se considera esencial para la unidad social de una «nación» o un «imperio», esta formulación puede ser aplicada por un anti-imperialista para rechazar la invasión de tierras y pueblos extraños, y por un imperialista para justificar la expansión del imperio. El doctor Bosanquet nos ha proporcionado la formulación más precisa de esta doctrina, en cuanto impedimento para el internacionalismo ético y político: «La nación-estado es la organización de mayores dimensiones que puede ofrecer las experiencias y sentimientos comunes necesarios para fundar una vida en común»[8]. Para él, es tan importante el sentido y la finalidad de la sociedad nacional que prácticamente rechaza los aspectos éticos y la utilidad que pueda tener el concepto de humanidad. «Según la forma actual de pensar de nuestra civilización, un gran porcentaje de las vidas que se viven ahora, o que se han vivido a lo largo de la historia de la humanidad, no merecían o no merecen la pena vivirse por carecer de las condiciones y circunstancias que ha-

[7] Profesor Giddings, *Empire and Democracy*, pp. 10, 15.
[8] *The Philosophical Theory of the State*, pág. 320.

cen, a nuestros ojos, valiosa la vida. De todo esto parece desprenderse que *el objeto de nuestra idea ética de humanidad no es, en realidad, el género humano como una única comunidad.* Prescindiendo de que el vivir en diferentes épocas hace imposible la comunidad de vivencias, vemos que no puede suponerse que el conjunto de la humanidad tenga las experiencias idénticas necesarias para pertenecer realmente a una misma comunidad y para el ejercicio de una voluntad general»[9]. A pesar de que se hace a continuación la sutil puntualización de que los Estados tienen el deber de reconocer a la humanidad, no como un hecho, sino como un tipo de vida, y que deberán, «en consecuencia, reconocer y tener en cuenta los derechos de los individuos y comunidades extranjeros», el verdadero resultado de esta línea de pensamiento es subrayar la autosuficiencia ética de una nación y rechazar la validez de toda norma práctica que regule las relaciones de unas naciones con otras, por lo menos las relaciones de las naciones poderosas con las débiles, o de las orientales con las occidentales.

Esta es la opinión que, desde premisas jurídicas, sostienen tenazmente algunos sociólogos y estadistas. No puede haber, nos dicen, auténticos «derechos» de las naciones porque no existe «sanción» ni tribunales reconocidos que definan y obliguen al respeto en la práctica de esos derechos[10]. No voy a detenerme a examinar si esta postura jurídica está o no en lo cierto. Baste con decir que el cumplimiento en condiciones normales de las cláusulas de los tratados, las operaciones de crédito e intercambio a nivel internacional, el funcionamiento de un único sistema postal y, hasta cierto punto, de un sistema de ferrocarriles común, por no citar las convenciones y conferencias que se organizan para la actuación internacional conjunta, y la vigencia del conjunto de normas y leyes no escritas relativas a la guerra, a la cortesía internacional, a las embajadas, consulados y demás, todas estas cosas no serían posibles sin el reconocimiento de ciertos deberes recíprocos en el futuro del trato de la nación más favorecida, y con la reprobación y hasta quizá con la acción punitiva conjunta de otros Estados.

III

Aquí tenemos, al menos, un inicio de una federación internacional efectiva, y los cimientos de la sanción legal de la promulgación y cumplimiento de derechos internacionales.

[9] *Op. cit.*, pág. 329.

[10] Sobre este tema, véase el admirable capítulo sobre «Derechos Internacionales» en el libro de L.T. Hobhouse: *Democracy and Reaction* (Unwin, 1904).

La deliberada forma en que los estadistas de los últimos tiempos han hecho caso omiso de estos hechos fundamentales, y la vuelta, por parte tanto de los teóricos de la jurisprudencia como de los políticos de más categoría de la escuela de Bismarck, a un nacionalismo que insiste más en los aspectos excluyentes que en los incluyentes del patriotismo, y que considera el antagonismo de las naciones como un hecho importantísimo y definitivo, constituyen el factor más peligroso y más vergonzoso de la política contemporánea. Ya hemos explicado en parte esta conducta política al analizar las fuerzas económicas motrices que ponen en marcha determinados círculos de intereses e influencias de la nación, usurpando la voluntad nacional en favor de sus intereses privados, que se basan en las discordias internacionales, en detrimento del beneficio de la nación, que es idéntico al de otras naciones.

Esta detención obstinada en la evolución de tales relaciones en el nivel de las nacionalidades políticas alcanzado en la actualidad será el fenómeno más difícil de explicar para los historiadores futuros que se ocupen de la actual situación política.

La comunidad de intereses entre las naciones es tan grande, tan variada y tan evidente, y el despilfarro, las calamidades y los quebrantos sin cuento que causa el enfrentamiento son tan abultados y palpables, que quienes no estén al tanto de la influencia que tienen en la marcha de los Estados modernos los poderosos círculos de intereses a que antes hemos aludido, pensarán que existe algún tipo de barreras naturales de raza, de límites fronterizos o de color, que imposibilitan cualquier extensión real de la «sociedad» más allá del área de las diversas nacionalidades.

Pero atribuir un carácter último y definitivo al nacionalismo sobre la base de que las personas pertenecientes a naciones diferentes carecen «de la experiencia común necesaria para fundar una vida en común» es una interpretación muy arbitraria de la historia contemporánea. Si nos fijamos en el sentido más íntimo de la experiencia, que da la mayor importancia a los factores raciales y tradicionales que señalan las divergencias de nacionalidad, nos vemos obligados a admitir que el fondo de experiencias comunes de las gentes de las diversas nacionalidades está acrecentándose con gran rapidez como consecuencia de los numerosos, precisos y veloces medios de intercomunicación que caracterizan las fases más avanzadas de la civilización. Las personas que hoy habitan en las ciudades grandes de todos los Estados más adelantados de Europa, y representan un porcentaje cada vez mayor de su población total, tienen seguramente hoy, no sólo en los aspectos exteriores de la existencia, sino también en las principales influencias formativas que las afectan en sus lecturas, en sus actividades artísticas, en el campo de la ciencia, en las di-

versiones, etc., una comunidad de experiencias mayor que la existente hace un siglo entre las personas más distantes de una sola nación europea, tanto si habitaban en el campo como en la ciudad. La directa intercomunicación e intercambio de personas, bienes e información están tan extendidos y aumentan tan rápidamente que el crecimiento de «la experiencia común necesaria para fundar una vida en común» más allá de las fronteras de las nacionalidades es, sin duda, el rasgo más digno de mención de nuestra época. Haciendo, pues, los ajustes y correcciones que sean necesarios para dar la debida importancia a los factores subjetivos del carácter nacional, que tiñen o transmutan los mismos fenómenos externos, no cabe duda de que existe, por lo menos en los grupos sociales más conscientes y más cultos de las viejas naciones europeas, un nivel de auténtica «semejanza», que constituye el punto de partida psicológico de una especie de internacionalismo elemental en el plano político. De hecho es notable e instructivo observar que mientras algunos de los autores que más insisten en la necesidad de la «semejanza» y de la «experiencia común» para que pueda hablarse de un grupo social auténtico, aplican estos principios en defensa de las actuales nacionalidades, otros autores, como el profesor Giddings, los utilizan para abogar por la expansión y el imperialismo.

Ciertamente, hay una tercera alternativa a la política de independencia nacional, por una parte, y del derecho de conquista que permite a las naciones más eficientes la absorción de las menos eficientes. Esta tercera alternativa es poner en marcha un plan experimental de federación progresiva que, aceptando el principio del máximo posible de experiencias en común, entreteja los nexos formales de vinculación política entre las naciones con mayor «semejanza», y haga extensiva esta integración a otras, a medida que se extienda la experiencia común, hasta que se cree una efectiva federación política que comprenda al conjunto del «mundo civilizado», es decir, a todas aquellas naciones que han alcanzado un grado considerable de esa «experiencia común» que corresponde a la civilización.

Esta idea no está en contradicción con la conservación de lo que es realmente esencial y valioso en el nacionalismo, ni implica que se deje en suspenso o se ponga fin a la lucha mediante la cual puede expresarse el verdadero carácter de una nación en el campo de la industria, de la política, del arte o la literatura.

A la objeción de que no existe el grado necesario de «semejanza» o de «experiencia común» ni siquiera en las naciones más sometidas a las influencias asimiladoras modernas, de que incluso en ellas las fuerzas del antagonismo racial y nacional imposibilitan toda unión verdaderamente

operante, sólo puedo contestar repitiendo que todo esto habría que someterlo a prueba, y que esa prueba no se ha realizado. Se ha procurado suscitar, fomentar e inflamar hasta tal punto los antagonismos raciales y nacionales, porque así convenía a los fines e intereses de clase y privados que han controlado la vida política, que nunca se ha permitido la libre expresión, y mucho menos la afirmación a nivel político, de las latentes simpatías más profundas y de la comunidad de los diversos pueblos. Las fuerzas más potentes y expansivas de la vida industrial, intelectual y moral de la mayoría de las razas europeas se fueron pareciendo tanto y tan rápidamente durante el pasado siglo, que necesariamente hubieron de crear en las masas de los diversos países un extenso cuerpo común de ideas y sentimientos, intereses y aspiraciones que infundió en las gentes una especie de «espíritu» en favor del internacionalismo.

Los principales factores económicos que afectan a la vida laboral de las gentes, lo mismo en el campo que en la ciudad, por una parte y los métodos didácticos y las materias que se enseñan o se tratan en la escuela, la iglesia o la prensa, por otra, presentan similitudes que son hasta tal punto más importantes y más numerosas que las diferencias que puedan existir entre esas gentes que hay buenas razones para afirmar que los «pueblos» de Europa están mucho más próximos, en sus intereses reales, que sus respectivos gobiernos, y que esta comunidad de intereses es ya suficientemente fuerte para suministrar una base sólida y estable para las instituciones políticas de tipo federativo, si pudiera eliminarse la labor obstructiva de los gobiernos correspondientes, y si la auténtica voluntad de los pueblos fuera, de verdad, la autoridad suprema. Para referirnos a la cuestión concreta que tiene las máximas repercusiones comunes, cabe afirmar, con bastantes probabilidades de acertar, que los trabajadores de los diversos países, que luchan en las guerras y pagan los gastos de los conflictos bélicos, se negarían a luchar y a pagar en el futuro si se les diera la oportunidad de comprender cuál es el verdadero significado de las cuestiones que se manipulan para enardecerlos.

Si esta opinión es acertada, las guerras que aún acontecen, y los antagonismos que continuamente estallan entre las naciones no deben ser considerados como una prueba de que entre los distintos países no existe la comunidad de experiencias y sentimientos que sería necesaria para descartar los conflictos violentos y para crear las instituciones políticas precisas para el mantenimiento de la paz mundial.

Sostener esta postura no supone necesariamente que se exagere la importancia alcanzada por la comunidad internacional de intereses. Si existe un grado apreciable de auténtica compenetración entre los pueblos, ella servirá para proporcionar el espíritu que debe y puede ins-

pirar a un cuerpo de instituciones políticas. Aquí radica el significado de la reciente conferencia de La Haya[11], lo mismo en su éxito que en su fracaso. Su éxito, el simple hecho de que se celebrara y el núcleo permanente de internacionalismo, creado por ella, atestiguan que en las diferentes naciones existe una verdadera y sincera identidad de intereses que busca el mantenimiento de la paz; su fracaso, y la abierta burla expresada por muchos políticos, demuestra simplemente la presencia en los puestos claves de *cliques* y grupos clasistas, cuya forma de pensar y cuyos intereses son contrarios a los de sus pueblos, y asimismo la necesidad de desbancar a esos enemigos del pueblo, si se quiere que avance la causa del internacionalismo. Si se consigue un gobierno realmente democrático y popular, tanto en la apariencia como en la realidad, se conseguirá el triunfo del internacionalismo. Si continúan en el poder los gobiernos clasistas, continuará el imperialismo militarista y los conflictos internacionales.

IV

Quizá dé la impresión de que, siguiendo el hilo de la argumentación psicológica en contra de considerar a las naciones como límites comunitarios definitivos, me he ido apartando muy considerablemente de la base biológica, es decir, de la supuesta necesidad de mantener los conflictos entre las naciones con objeto de conseguir la «selección natural». Pero lo que he hecho ha sido volver, dando un rodeo, al punto en que empezó la desviación. Supongamos que fuera posible convertir la voluntad de los pueblos en la autoridad política suprema y que, de esta manera, se pudieran crear instituciones de carácter internacional y evitar las guerras: ¿se deterioraría por ello la personalidad de las naciones, perderían vigor, se volverían menos eficientes, y terminarían por perecer? ¿La pervivencia del conflicto violento es esencial para la «selección natural» de las naciones?

Veamos qué ocurre cuando, en el proceso evolutivo de solidaridad tribal y nacional, llega el momento en que se pone fin a la lucha violenta y elemental. Al volverse más fuerte y más eficiente la organización nacional, los estragos de las guerras intestinas, del hambre y de ciertas enfermedades dejan de ser medios de selección, y queda desfasada la categoría de idoneidad que dichos medios servían para medir; el enorme

[11] Celebrada en 1901.

gasto de energía que antes hacía el individuo para proteger su vida y procurarse lo necesario para la subsistencia queda reducido a dimensiones insignificantes; pero, no desaparece la lucha por la vida, sino que sencillamente se transfiere a causas menos elementales que la mera existencia, la alimentación o la propagación a un nivel puramente animal. En vez de combatir por alcanzar esas metas vitales más elementales, los individuos contienden ahora, con toda la energía que ahorran porque no la emplean en las anteriores pugnas, por conseguir objetivos de una vida más plena y más compleja: comodidad y riqueza, prestigio social y honor, destreza, saber, mejora de la propia personalidad, e incluso otras formas más elevadas de autoexpresión; y por ayudar a sus congéneres, con los que se identifican más profundamente al producirse esa expansión de la personalidad que denominamos altruismo o espíritu comunitario.

La personalidad del individuo no queda menoscabada, sino que se enriquece en gran medida cuando estas luchas primitivas desaparecen: hay más energía disponible, más horizontes para emplearla, más campo para la competición; aparecen formas más variadas y evolucionadas de probar e imaginar la valía y las dotes personales. Ni siquiera es cierto que desaparezca la pugna física, ya que la tensión que exigen los modos más evolucionados de competitividad y el esfuerzo que cuesta mantenerla, incluso al más alto nivel intelectual y moral, es en gran medida de naturaleza física. La buena salud y la energía nerviosa, que tanto cuentan en las batallas jurídicas o literarias, o en cualquier otro campo de lucha intelectual, son los principales requisitos, o incluso el factor decisivo del éxito. En todas las formas más evolucionadas de lucha se sigue eliminando a los mal dotados físicamente, pero los criterios por los que se determina la incapacidad física no son los mismos que en las luchas humanas primitivas. En ninguna parte se aprecia mejor lo arbitrarias que resultan las fáciles y cómodas distinciones establecidas entre las cualidades y defectos físicos, intelectuales y morales que en los elaborados métodos que la compleja civilización moderna inventa para detectar, degradar y eliminar definitivamente a los miembros de la comunidad mal dotados, cuya «degeneración» se demuestra no menos por estigmas físicos que por estigmas mentales y morales. El hombre siempre seguirá esforzándose por mantenerse en buena forma física, pero lo físico es parte de un ideal de personalidad humana más compleja y perfeccionada, determinada por criterios más exigentes de utilidad social. La cuestión se plantea así: el gobierno nacional, o el socialismo de Estado, utilizando el término en su acepción amplia, como fuerza coercitiva y educativa, no entorpece, si se ejerce sensatamente, la lucha del individuo por su autorrealización, no

reprime su energía vital, ni reduce su campo de acción. Justamente al contrario, da nuevo ímpetu y variedad a la lucha, y al proporcionar mayor igualdad de oportunidades, y al excluir de la lucha por el éxito el azar y otras circunstancias ajenas a la valía personal, hace que la pugna sea más justa; además, permite tomar parte en el torneo a un número mayor de rivales, con mayor igualdad de oportunidades, y de esta forma suministra una prueba mejor de aptitud y una selección más fiable de los más aptos.

El profesor Pearson tiene razón al decir que los gobiernos verdaderamente progresistas tratarán de mejorar el lento, penoso e irregular sistema de eliminación de los peor dotados, que conduce a una degeneración progresiva, y lo sustituirán por algún control racional de la natalidad, impidiendo a lo menos mediante la instrucción pública, o si fuera necesario mediante la ley, la propagación de determinadas taras bien conocidas.

A la vista de lo que precede, uno puede preguntarse si una nación con un sistema racional de autogobierno, en el que exista una competencia activa entre sus miembros en una variada gama de campos, que fomente con entusiasmo la enseñanza y todas las manifestaciones de creatividad personal, precisa de verdad conservar la forma primitiva de lucha física con otras naciones para mantener su personalidad y su progreso. Si la personalidad del individuo no se destruye cuando se pone fin a la lucha de carácter primitivo dentro de la nación por la vida, ¿por qué habría de desaparecer la fuerza positiva de la nacionalidad si se produjera un cambio semejante en la naturaleza de los conflictos internacionales?

La biología no nos da razones para creer que el antagonismo entre las naciones ha de continuar concretándose siempre en una lucha física elemental, ni tampoco que la sustitución del método «natural» de selección de los individuos de una nación por un método «racional» no pueda aplicarse también a la selección de las naciones y las razas.

V

La historia de las naciones del pasado parece mostrarnos la necesidad natural de la expansión imperial y de la correspondiente política militarista, y muchos que deploran esta necesidad la aceptan como inevitable. Un autor americano afirma, en un magnífico estudio monográfico[12],

[12] Profesor E. van Dyke Robinson, «War and Economics», *Political Science Quarterly*, diciembre de 1900.

que la perpetua necesidad de guerras de conquista, y del imperialismo que las produce, es el resultado de la «ley de los rendimientos decrecientes». Las poblaciones situadas en áreas limitadas de terreno no sólo tienden a crecer, sino que de hecho crecen más rápidamente que los alimentos de que disponen; y la mejora de las técnicas de cultivo agrícola no soluciona el problema de proporcionar a la población cada vez más numerosa los medios de subsistencia que precisa. De ahí, la tendencia natural y obligada a desplazarse hacia nuevas tierras fértiles, y los conflictos o las victorias sobre los vecinos que tratan de resistir a los invasores, o que incluso se sienten incitados por la misma necesidad de expansión territorial. El hambre es un acicate obligado para la emigración, y cuando los emigrantes, instalados con éxito en las nuevas tierras fértiles, anteriormente vacías u ocupadas por gentes a las que ellos han sometido, deciden mantener sus lazos políticos con la madre patria, el área de la soberanía nacional experimenta una expansión ilimitada. Para nuestro propósito en este momento importa poco que la citada expansión tome la forma de una auténtica colonización o de lo que, por oposición a ella, venimos definiendo a lo largo de este libro como imperialismo, que supone un gobierno centralizado y el sometimiento por la fuerza de las «razas inferiores». El fin primordial de esta política es la adquisición de un área cada vez mayor para producir alimentos en ella. Una nación con una población creciente ha de dirigir un flujo constante de emigrantes hacia otras tierras para que éstos produzcan allí alimentos para sí mismos, o en otro caso tiene que producir en el interior del país un excedente cada vez mayor de productos industriales, que escapen a la ley de los rendimientos decrecientes, y buscar, mercados para estas mercancías, que deberán pagarse con productos alimenticios procedentes de países extranjeros, los cuales, a su vez, pronto sentirán necesariamente la incidencia de la misma ley natural. A medida que es mayor el número de naciones que siguen este camino, o bien experimentan directamente el influjo de la ley que las impulsa a buscar nuevos territorios para sus excedentes de población, o se ven enredadas en una competencia cada vez más dura con las naciones industriales rivales que, como ellas, tratan de participar en un mercado saturado o en lento crecimiento. Por ambos caminos se llega al imperialismo, y no hay salida posible. «La causa de la guerra es tan inalterable como el hambre mismo, puesto que ambas dimanan de la misma fuente: la ley de los rendimientos decrecientes. Mientras ésta continúe en vigencia, la guerra seguirá siendo, en último extremo, un negocio nacional cuya finalidad es conseguir o con-

servar los mercados extranjeros, es decir, los medios de seguir creciendo y prosperando indefinidamente. *Chacun doit grandir ou mourir*»[13].

Ahora bien, la finalidad de esta presunta necesidad se ha visto sometida con frecuencia a críticas en lo que concierne a Gran Bretaña. Se ha mostrado que el imperialismo no es, en realidad, necesario para conseguir, mediante el comercio una mayor cantidad de alimentos que guarde relación con el crecimiento de la población británica, y que sus actividades no se han dirigido fundamentalmente a fomentar dicho comercio. Mucho menos puede decirse que se haya dedicado a buscar tierras extranjeras en las que pudieran subsistir y multiplicarse nuestros excedentes de población.

Por otra parte, es discutible la validez de todo el razonamiento, desde el punto de vista de la historia natural. A medida que el hombre mejora su civilización, es decir, su arte de aplicar la razón a ajustar mejor sus relaciones con el medio físico y social, va adquiriendo una mayor capacidad para liberarse de la necesidad que domina el reino animal inferior. Puede escapar a la necesidad de la guerra y la expansión territorial de dos maneras: aminorando progresivamente las exigencias de la ley de rendimientos decrecientes en la agricultura y en las industrias extractivas, y limitando el índice de crecimiento de la población. La civilización tiende a utilizar racionalmente ambos métodos. Hay buenas bases para afirmar que la razón de los hombres concretos se va educando y se aplica al fomento de una política de solidaridad, mediante actos de voluntad que van dirigidos a evitar las penalidades y peligros de la guerra y las prácticas expansionistas. En el reino animal, y en el hombre en la medida en que se asemeja a otros animales, la guerra y la ampliación del territorio son los únicos medios de proveer a un crecimiento de la población que es consecuencia de la mera interacción de los instintos sexuales y de las condiciones físicas del medio ambiente. Sin embargo, desde tiempos muy tempranos, el dominio de estas fuerzas irracionales, que encuentra expresión en la «ley de los rendimientos decrecientes», se ve moderado por dos conjuntos de circunstancias. Por una parte, la mejora de la agricultura y los comienzos del comercio aumentan el número de vidas humanas, que una determinada área de terreno puede mantener; por otra parte, algunas costumbres relacionadas con el matrimonio y la conservación de los niños, con frecuencia degradadas, como la exposición a peligros o el infanticidio, se suman a los impedimentos «naturales» al aumento de la población. Estos dos métodos manifiestan los rudimentarios comienzos de la «razón» o planificación consciente de la conducta humana en su lucha para vencer a las fuerzas irracionales de la naturaleza. Hasta donde

[13] Robinson, *Political Science Quarterly*, p. 622.

nosotros sabemos, estas fuerzas racionales han tenido efectos prácticos tan débiles y tan lentos a lo largo de la historia que no han hecho más que moderar o retrasar la acción de «la ley de los rendimientos decrecientes». Pero esto no tiene por qué continuar siendo así. Hay motivos para creer que los dos métodos mencionados de controlar racionalmente la naturaleza pueden ser en el futuro casi suficientes para neutralizar o vencer las dificultades materiales relativas al suministro de alimentos a una nación en una determinada extensión de terreno. La agricultura ha avanzado muy lentamente en el pasado, incluso en las naciones más progresistas; pero la ciencia moderna, que ha logrado tales maravillas y ha revolucionado la industria y el transporte, está empezando a intensificar sus esfuerzos en el campo de la agricultura, de tal modo que el ritmo del progreso en este terreno puede acelerarse grandemente. Cuando se aplique de forma adecuada la mecánica a potenciar las ciencias de la química agrícola y de la botánica, y cuando el método científico se vea debidamente enriquecido y mejorado con la sabiduría práctica que, a lo largo de los tiempos, han ido acumulando las razas que han sobresalido en las artes agrícolas, y cuyo genio práctico se ha concentrado durante innumerables siglos en cultivos de mínimas dimensiones, como los chinos, y cuando a estos mayores conocimientos de las técnicas de la agricultura se añada un sistema de trabajo cooperativo perfeccionado en aquellos casos en que ello sea recomendable para la economía de la explotación, las posibilidades del cultivo intensivo serán prácticamente ilimitadas. Las nuevas perspectivas que se abren a la política agraria de las naciones son tan prometedoras que no cuesta en absoluto imaginar que una nación firmemente decidida a aprovecharlas podría cambiar de sentido durante largo tiempo la actuación de la «ley de los rendimientos decrecientes», y recoger de sus propias tierras una cantidad cada vez mayor de alimentos para hacer frente al problema del crecimiento «natural» de la población, sin dedicar a la agricultura más que un porcentaje proporcionadamente mayor de la mano de obra del país. A la vista de los recientes experimentos de la agricultura intensiva y científica y de la sustitución en la práctica de la labranza sin especialización por el cultivo especializado de huertas, es imposible dejar de ver que este triunfo de las leyes del intelecto sobre las leyes de la materia es perfectamente posible entre los pueblos de mayor inteligencia. Ya se han advertido en toda Gran Bretaña ciertos síntomas de que se está produciendo un cambio de actitudes respecto a la agricultura similar al que tuvo lugar a mediados del siglo XVIII, que ocasionó grandes mejoras en las cosechas y en la ganadería. Si aquella moda efímera y el interés deportivo de las reducidas clases acomodadas pudo producir entonces lo que, no sin razón, se denomina «una revolu-

ción en la agricultura», ¿qué no podría conseguirse hoy con mucha más mano de obra, capital e inteligencia al servicio de la política nacional, y teniendo a nuestra disposición el saber que ha ido acumulando la ciencia moderna? Muchos son los factores que contribuyen a este espléndido resurgimiento de la agricultura británica. La creciente conciencia de los peligros militares e higiénicos que corre una nación de habitantes de las ciudades, cuya capacidad de resistencia se ve disminuida cada vez más a medida que aumenta su dependencia de precarios envíos extranjeros de alimentos, está colocando en un primer plano el problema de conseguir que la gente vuelva al campo. Los transportes modernos, antes centrípetos en su planteamiento económico, parecen tender ahora más a ser centrífugos, mientras la mayor extensión de la cultura está contribuyendo, y puede contribuir mucho más, a que se produzca una rebelión estética y moral contra la forma de vida y el sistema de trabajo de las ciudades. Un plan cuidadoso y drástico de reforma agraria, cuya finalidad debe ser hacer explotaciones individuales rentables y fomentar las cooperativas en el campo, es, por supuesto, en Gran Bretaña el primer requisito para todo progreso rápido y auténtico. Cumplir todos estos requisitos es perfectamente posible, y está al alcance de la mano si se pone en práctica una política racional. Una vez se cumplan, es muy probable que, tras haber creado incentivos para atraer talento y capital al campo, esta nación nuestra, o cualquier otro país industrial, podría registrar un aumento tan enorme de la productividad del suelo que quedaría destruido el argumento especioso sobre la necesidad de la expansión territorial para asegurar el suministro de alimentos.

No nos proponemos analizar aquí el papel desempeñado por el Estado y por la iniciativa privada, respectivamente, en la puesta en práctica de esta política de cultivo intensivo. Bástenos con insistir en que nos brinda la mitad de la solución a la presunta necesidad de expansión territorial. La otra mitad de la respuesta a este problema hay que buscarla en un control racional del crecimiento de la población, que debe hacerse de manera que se evite, en beneficio de una sana economía nacional, el cruel derroche de vidas que la naturaleza, no dirigida por la razón, nos muestra aquí y en todas las partes. Por difícil que sea, el control racional de la cantidad y la cualidad de la población es absolutamente esencial para el progreso físico y moral de una especie de seres que ha logrado interrumpir o poner fin a las crueles y despilfarradoras restricciones y frenos que suponían la enfermedad, el hambre, la peste, las guerras aniquiladoras o las primitivas costumbres de los pueblos salvajes, en la lucha por la existencia. Mantener los frenos «naturales» y no querer cambiarlos por controles «racionales» es fomentar, no sólo el crecimiento desbocado de la población, sino la supervivencia y propagación de los tarados física y mentalmente, es decir, el grupo menos eficiente de la población que seguirá naciendo, creciendo y multiplicándose. No vamos a examinar aquí hasta qué punto la puesta en práctica de la gran campaña de impedir la propagación de ciertas taras, perfectamente identificadas, ha de dejarse al libre juego de las necesidades y el buen juicio del individuo, ayudado por los crecientes descubrimientos de la biología, o en qué medida las decisiones de los ciudadanos deben ser reforzadas por las presiones del Estado.

Pero todo induce a pensar que, en las modernas naciones civilizadas, funcionan ya frenos, tanto cuantitativos como cualificativos, al crecimiento «natural» de la población, que ya están afectando de forma apreciable al crecimiento general de la población, y que es probable que su influjo continúe en el futuro. Es de esperar que, a medida que se vayan difundiendo los conocimientos de la biología y los principios morales, los métodos de moderar el crecimiento de la población se harán más auténticamente «racionales», y en concreto, la creciente libertad económica, y la mayor cultura de las mujeres contribuirán a la eficacia de esta razonable autolimitación. Esta segunda forma de contrarrestar la supuesta inevitabilidad que se atribuye a la ley de los rendimientos decrecientes no deja de estar relacionada con la primera. Es, en realidad, su verdadero complemento. La mejora en los métodos de producir alimentos por sí sola puede no ser suficiente más que para retardar o neutralizar temporalmente la ley que limita la producción de alimentos a partir de un área nacional determinada. Pero si las mismas fuerzas de la razón humana que han decidido cambiar el cultivo extensivo de la tierra por el intensivo actúan también en este caso e imponen un cambio semejante en el cultivo de la especie, impidiendo el crecimiento meramente cuantitativo con vistas a obtener individuos de más alta calidad, los efectos de ambas decisiones se reforzarán recíprocamente y las actitudes racionales podrán triunfar sobre las fuerzas ciegas de la historia natural.

Me he extendido un tanto en la exposición de este tema porque era necesario para que se vea con claridad la índole racional de las decisiones de política nacional que he comentado, contra las que tan fatalmente peca el imperialismo. No hay una necesidad inevitable y natural que obligue a las naciones civilizadas a expandir el área de su territorio con el fin de aumentar su producción de alimentos y de otros tipos de riqueza material, o de encontrar mercados para su creciente número de mercancías. El progreso, lo mismo para los países que para las personas, consiste en reemplazar en todas partes una economía extensiva y cuantitativa por otra intensiva y cualitativa. El agricultor con poco conocimiento de su oficio tenderá a diseminar su capital y su trabajo en una gran ex-

tensión de tierra deficientemente cultivada, cuando tenga a su disposición una gran cantidad de tierra barata o gratuita; en cambio, el labrador competente y conocedor de su profesión conseguirá mayores beneficios concentrando su energía productora en un área relativamente pequeña y científicamente cultivada porque sabe que el mejor uso de sus recursos productivos impone un límite a las dimensiones de su granja. Lo mismo ocurre con el rendimiento de los recursos nacionales: la avaricia y el ansia incontrolable de expansión son signos de barbarie. A medida que la civilización avanza y los métodos industriales se vuelven más eficaces y especializados, va siendo menor la necesidad de expansión territorial, y la nación cifra su progreso en aplicarse cada vez más al desarrollo intensivo o cualificativo de los recursos nacionales. Las dimensiones de un territorio nunca dejan de influir en su progreso, pero van contando cada vez menos a medida que la población pasa de la barbarie a la civilización, y la idea de que la expansión es buena o necesaria se opone a la razón y a una política sensata. Así lo entendió el más profundo de los pensadores antiguos: «Hay un cierto tamaño —escribió Aristóteles— que resulta el adecuado para los Estados como para todas las demás cosas, animales, plantas, instrumentos, porque todas las cosas pueden ejercer mejor sus virtudes y funciones cuando no son ni muy pequeñas ni excesivamente grandes»[14]. Es un lugar común de la historia la tendencia que siempre ha habido hacia lo excesivo. Sin embargo, la verdadera grandeza de los pueblos se ha forjado acumulando saber y destreza para el desarrollo minucioso y concienzudo de los limitados recursos nacionales de que podían disponer dentro del área reducido del Estado. «Los logros más destacados en las cosas que hacen la vida más digna de vivirse se los debemos a la apasionada vitalidad de pequeñas naciones libres, pequeñas de extensión pero grandes de espíritu, a Judea y a Atenas, a la república de Roma, a las ciudades libres de Italia, Alemania y Flandes, a Francia, a Holanda y a la isla de Inglaterra»[15].

Si la expansión imperialista no fuera, en verdad, más que una fase de la historia natural de una nación, resultaría tan ocioso protestar contra ella como lo sería quejarse de un terremoto. Pero la política de los Estados civilizados difiere de la de aquellos que no lo están en que se basa más en decisiones pensadas y bien deliberadas, y en principios morales. La misma evolución de la razón colectiva, que posibilita la supervivencia y el progreso de una nación, reemplazando la explotación extensiva de los recursos nacionales por la intensiva, le permite, mediante el ejercicio

[14] Política, VII, 4.

[15] Bernard Holland, *Imperium et Libertas*, p. 12.

deliberado de la voluntad, oponerse al deseo del viejo «destino» que antes obligaba a las naciones que alcanzaban un cierto nivel de desarrollo a seguir el debilitante camino del imperialismo hasta llegar al colapso final.

VI

Cuando se responde de la forma que nosotros lo hemos hecho a los argumentos biológicos, éstos suelen cambiar las bases de razonamiento. «Si estas naciones —dicen— no tienen ya que combatir por la comida, y restringen el crecimiento de la población al tiempo que mejoran sus posibilidades de satisfacer las necesidades materiales de los miembros del grupo, el resultado será que éstos tenderán a afeminarse y perderán el vigor necesario para la lucha física. Se entregarán a la vida muelle y regalada, serán atacados por otras razas inferiores que habrán seguido multiplicándose sin restricciones y manteniendo su vigor militar, y sucumbirán en el conflicto.» De este peligro advierte Mr. C. H. Pearson en su interesante libro *National Life and Character*. Pero toda su argumentación descansa en una serie de errores en la apreciación de los hechos y las tendencias reales.

No es cierto, por ejemplo, que el único objeto y resultado de haber puesto fin a las guerras intestinas de unos individuos contra otros dentro del mismo grupo haya sido la mejora de la eficiencia de la nación para el combate físico con otras naciones. A medida que el hombre ha ido dejando atrás la barbarie y acercándose a la civilización, su pugna por controlar y adaptar su medio natural y social con vistas a obtener más fácilmente los medios de subsistencia y a vivir mejor, ha tendido siempre a reemplazar las contiendas con otras naciones por apropiarse sus tierras y alimentos. Aquí radica, precisamente, el triunfo del cultivo intensivo sobre el extensivo: crea cada vez más las condiciones propicias para que la energía que antes se dedicaba a la guerra se dedique ahora a las artes y a la industria, y contribuye cada vez más al éxito de las nuevas tareas. No son ya las exigencias de la guerra, sino justamente la necesidad que existe de cooperación pacífica, estable y ordenada para llevar a cabo esta nueva labor la que representa el móvil inicial para que se ponga fin a las luchas aniquiladoras en la mayoría, si no en todas las sociedades. Este hecho tiene una importancia fundamental para comprender la evolución social. Si la única o principal finalidad de acabar con el conflicto interno fuera vigorizar la capacidad puramente militar de una tribu o nación, y la evolución posterior de la sociedad se dirigiera a este tipo de eficacia so-

cial, podría lograrse mediante la disminución de la libertad e iniciativa individuales, por el sacrificio del individuo a la sociedad. El hecho de que este resultado no se haya producido, el que en las naciones civilizadas modernas tenga el individuo mucha mayor libertad, energía e iniciativa que en las sociedades más primitivas, nos demuestra que la eficacia militar no era el primer y único objetivo de la organización social. Dicho con otras palabras, al desarrollarse la civilización a escala nacional, se ha producido un movimiento que tiende cada vez más a que la lucha por la vida no se libre contra otras naciones, sino contra la hostilidad del medio, y a que la razón sea utilizada para dedicar cada vez mayor vigor y energía a la pugna por conseguir objetivos intelectuales, morales y estéticos, y no metas que agoten la fertilidad de la tierra y que, como resultado de la ley de rendimientos decrecientes, puedan crear fácilmente conflictos con otras naciones.

A medida que las naciones avanzan por el camino de la civilización, les resulta cada vez menos necesario combatir con otros países para conseguir tierra y alimentos con que mantener a su creciente población, porque su mayor capacidad industrial les permite producir lo que desean sojuzgando a la naturaleza, en lugar de sojuzgar a otros pueblos.

Esta verdad no resulta fácilmente perceptible para las modernas naciones civilizadas, cuyos afanes por la riqueza y las tierras de los pueblos extranjeros parece una causa de guerra tan fructífera como en los tiempos más primitivos. Tarda en disiparse la ilusión de que es necesario y provechoso combatir por nuevos territorios y por mercados remotos, mientras las tierras y los mercados de la propia nación no se explotan suficientemente. Ya hemos explorado los orígenes de esta actitud; los hemos descubierto en el poder predominante de los intereses privados en la política nacional. Sólo la verdadera democracia, si es que llega algún día, convencerá a las naciones de las muchas ventajas que tiene el reemplazar la lucha internacional con otros países por la contienda nacional con el medio natural del propio país.

Si, como parece posible, las naciones blancas civilizadas, que van sacudiéndose poco a poco el yugo de los gobiernos oligárquicos cuyos intereses se ven favorecidos por la guerra y la expansión territorial, limitan el crecimiento de la población, impidiendo que se reproduzcan los mal dotados, y dedican sus energías a la explotación de sus recursos naturales, desaparecerán los motivos de los conflictos internacionales y la buena disposición de unas naciones hacia otras fomentada por el comercio y la intercomunicación amistosa, hará que la paz se mantenga como fruto de la solidaridad internacional.

Este enfoque de la economía nacional no sólo acabaría con las principales causas de la guerra, sino que modificaría profundamente el antagonismo económico de los diversos gobiernos. Las nuevas naciones democráticas, dedicadas primordialmente a desarrollar sus propios mercados, no necesitarían dedicar hombres y dinero a combatir por las ganancias que pudieran ofrecerles mercados extranjeros peores y menos estables. Las rivalidades que perdurarían no serían las de unas naciones contra otras, sino las de unos fabricantes y comerciantes contra otros, dentro de su propio país; la dimensión nacional de la pugna industrial, concretada en las tarifas aduaneras, subvenciones y tratados comerciales, desaparecería. Porque, como hemos visto, los peligros y enemistades que provocan las políticas comerciales de las diversas naciones se deben, casi en su totalidad, a la usurpación de la autoridad y del aparato político de las naciones por determinados círculos de intereses comerciales y financieros. Que estos poderosos círculos queden privados de su poder y aparecerá la auténtica y profunda comunidad latente de intereses que existe entre los pueblos, que los profetas del librecambismo llegaron a columbrar. Parecerá entonces que la necesidad de la guerra económica permanente entre las naciones es un espejismo semejante, por su origen y naturaleza, a la ilusión de la necesidad biológica de la guerra.

La lucha por la vida es, ciertamente, un factor permanente de progreso social, y la selección de los mejor dotados físicamente es una necesidad; pero, a medida que la humanidad se vuelve más racional, racionaliza también la citada lucha sustituyendo los métodos destructivos por medidas preventivas de selección, y elevando el nivel de habilidad desde la buena forma puramente física a otras categorías que consideran la resistencia física como una especie de materia prima para actividades psíquicas de más alto significado. De este modo, aunque el hombre ya no contienda por el alimento, se sigue manteniendo su buena forma, y lo mismo la lucha que la buena forma son transferidas a un plano más alto. Si esto puede ocurrir en el antagonismo entre los individuos, puede acontecer también en la lucha entre las naciones. La dinámica económica del internacionalismo es la misma que la del nacionalismo. De igual manera que la personalidad del individuo no desaparece sino que es elevada y potenciada por un buen gobierno nacional, la nacionalidad no se destruye sino que es elevada y potenciada por el internacionalismo.

La guerra y las tarifas aduaneras son los modos más rudimentarios y más derrochadores de librar contiendas entre las naciones, que sólo sirven para medir los niveles más bajos de la valía nacional. Que un gobierno a escala mundial ponga fin a las guerras e instaure el libre comercio, y empezarán las luchas verdaderamente vitales de las naciones por su autoexpresión. Como hemos visto que ocurre con las personas, los países riva-

lizan más duramente en los niveles más altos. Al dejar de competir con las tarifas aduaneras y con los cañones, las naciones competirán en el terreno de los sentimientos y de las ideas.

La capacidad creadora y los intereses que, de verdad, puedan tener las razas celta, teutónica, las diversas mezclas de la latina o de la eslava, sólo pueden dar sus frutos en tiempos de paz.

Toda la personalidad distintiva y el valor que puedan tener la nacionalidad o la raza para sí mismas y para el mundo se expresa en el trabajo y mediante el trabajo. Hasta ahora, la absorción de gran parte de la energía nacional por las actividades militares y, en los últimos tiempos, por las tareas industriales de tipo poco evolucionado ha impedido las formas más elevadas de la autoexpresión nacional. El clima de permanente hostilidad que ha caracterizado a las relaciones internacionales ha congelado la intercomunicación en cuestiones importantes y ha impedido que lo mejor y lo más típico de las realizaciones nacionales en el campo del arte, la literatura y el pensamiento penetrara en otros países para, mediante un sutil proceso educativo, poner los cimientos de unos auténticos sentimientos humanos, que se basarán, como deben, no en vagos sentimientos e identificaciones imaginarios, sino en formas comunes de entender las cosas y de vivir la vida. Por consiguiente, la interación pacífica de las naciones no es meramente condición, sino poderoso estímulo para potenciar la energía y la realización de las naciones en las artes superiores de la vida; ya que la autovaloración basada en el orgullo nacional nunca podrá proporcionar un incentivo tan sano y un criterio tan objetivo para determinar cuándo se alcanza un auténtico logro humano como el juicio imparcial de la humanidad civilizada, no deformada por vastos prejuicios patrióticos, sino valorando lo que se somete a su consideración de acuerdo con normas imparciales y universales válidas para toda la humanidad. Ha habido unos pocos hombres insólitos y geniales en el campo del arte y la literatura que, junto con otros pocos gigantes de la ciencia y la religión, han roto las barreras de la nacionalidad para estimular la creatividad y la sensibilidad humanas de otros países: hombres como Jesús, Buda, Mahoma, Homero, Shakespeare, Platón, Aristóteles, Kant, Copérnico, Newton, Darwin. Un grupo algo más numeroso de grandes hombres ha ejercido verdadera y duradera influencia en esferas menos excelsas del mundo de la ciencia y las letras, que en la Edad Media había alcanzado un internacionalismo que luego se perdió al aparecer el nacionalismo militante, y que está siendo redescubierto lentamente en nuestra época.

Pero, aparte de estas conquistas de unos hombres geniales, los poderosos torrentes de las diversas culturas nacionales, con sus logros y su capacidad de influir, que podían haber fertilizado las anchas llanuras del mundo intelectual, se han quedado dentro de los estrechos límites de los respectivos países. El nacionalismo, como fuerza excluyente y restrictiva que fomenta los antagonismos políticos y comerciales, y que rebaja la competencia entre las naciones y las razas hasta el bajo nivel de la lucha militar, ha obstaculizado en todas partes la libre interacción requerida para las competiciones de un más alto nivel, para la pugna entre las lenguas, las literaturas, las teorías científicas, las instituciones religiosas, políticas y sociales, y entre todas las artes y artesanías que representan las expresiones más altas y más importantes de la vida de los individuos y de las naciones.

VII

Este pensamiento nos pone al descubierto el más escondido sofisma de esa burda sociología biológica, la suposición de que sólo hay una forma de eficiencia nacional que las pugnas militares o comerciales ponen a prueba. El único significado que pueda darse a la «eficiencia social» de una nación se refiere a la capacidad que demuestra para adaptarse a su medio físico y para modificarlo con vistas a facilitar esa adaptación; sus realizaciones en el campo religioso, jurídico, político, intelectual, industrial, etc., son las manifestaciones de dicha eficiencia social. Partiendo de esa base, es evidente que, a efectos comparativos, hay muchas clases de eficiencia social, y que la idea de que la civilización es un único camino mostrenco por el que deben marchar todas las naciones, y que la eficiencia social, o el grado de civilización, puede medirse por la distancia que cada nación ha recorrido a lo largo de él, es un dañoso error.

La verdadera eficiencia social, la civilización, de una nación sólo se ve en sus más complejos logros y actividades. El biólogo que entienda su ciencia admitirá que la verdadera prueba de la eficiencia de las naciones exige que las rivalidades de las naciones se diriman, no con las formas más primitivas de lucha y con las armas más elementales, con respecto a las cuales las naciones están menos diferenciadas sino con las formas más elevadas de lucha y las armas morales e intelectuales más complejas, que reflejan el grado más alto de la diferenciación nacional. Esta pugna más elevada, realizada siguiendo las indicaciones de la razón, es, sin embargo, una lucha nacional por la existencia, porque en ella mueren las ideas y las instituciones que están periclitadas, aunque no las personas. La civilización del mundo sólo podrá alcanzar cotas más altas si la competición entre las instituciones e ideales de los diferentes países la llevan

a cabo rivales libres, y esta rivalidad no podrá mantenerse eficazmente a menos que cesen las luchas militares y comerciales de carácter más rudimentario.

La biología exige siempre, como condición del progreso, la competencia entre los individuos, pero a medida que la nación va racionalizando más sus formas de vida, la biología, cerrando el círculo, impone leyes, no para detener la lucha, sino para hacer de ella un medio más justo de hallar un exponente más completo de la valía de las personas. La biología nos dice que sólo habrá progreso en el mundo si se mantiene la batalla entre las razas y las naciones; pero a medida, que el mundo se va haciendo más racional, también se racionalizarán más las reglas de esa contienda, y se harán más equitativas las pruebas que contrastan la buena forma de las naciones.

El imaginar el mundo como un reñidero de naciones, en el que, asalto tras asalto, van siendo eliminados los combatientes más débiles para, al final, quedar vencedora una sola nación, la más eficiente, que regirá despóticamente en el estercolero final, carece de validez científica. Esta teoría, que se utiliza para apoyar las peticiones de un nacionalismo militante, empieza por no tener en cuenta la verdadera índole y finalidad de la vida nacional, asumiendo una uniformidad de personalidad y de entorno que es la negación del nacionalismo.

La creencia de que si se terminara con las guerras, si es que esto es posible, decaería el vigor nacional, está basada en que no se ha tenido en cuenta para nada que el poner fin a los tipos más elementales de lucha tiene la finalidad expresa y el efecto inevitable de que resulten posibles variantes más elevadas de lucha. Al cesar la guerra, no perece todo lo que es realmente vital y valioso en las nacionalidades; por el contrario, crece y florece como nunca había podido hacerlo antes, cuando el espíritu nacional del que surge estaba acaparado por contiendas de tipo más rudimentario.

El internacionalismo no es más contrario a los verdaderos fines del nacionalismo de lo que el socialismo, dentro de la nación y debidamente llevado, es hostil al individualismo. El problema y su solución son los mismos. Socializamos para poder individualizar; dejamos de luchar con balas para poder luchar con ideas.

Se siguen conservando todas las características esenciales de la lucha por la vida, el estímulo al vigor del individuo, la intensidad de la «batalla», la eliminación de los incapaces, la supervivencia de los mejor dotados.

La pugna se ha hecho más racional, lo mismo en sus medios que en sus fines, y la razón es sólo una forma superior de la naturaleza.

VIII

En ninguna cuestión es más sorprendentemente visible la miopía de esta escuela de sociólogos biólogos que en la atención exclusiva que presta a las variantes más elementales de lucha, los conflictos directos entre los individuos y las especies, sin atender para nada al fundamental papel que desempeñan los «cruces», como instrumento de progreso en toda la vida orgánica.

La ley de la fertilidad de los «cruces», en su aplicación a la civilización o a la «eficiencia social», lo mismo en el plano físico que en el psíquico, exige, como condición para su eficaz funcionamiento, el internacionalismo. Es cierto, desde luego, que, a lo largo de la historia, los «cruces» de culturas nacionales se han realizado, en gran parte, mediante la guerra, la conquista, la sojuzgación. No obstante, aunque a la larga se ha registrado progreso, este sistema ha sido derrochador, indirecto, problemático, toda vez que la selección se ha hecho sin tener una visión clara del futuro ni de ningún fin elevado de eficacia social. Justamente en la medida en que el internacionalismo promueva la libre interacción de las naciones para los más altos fines de la cooperación pacífica internacional, las mezclas de razas, por matrimonios mixtos, se basarán más en razones de afinidad, y serán más fructíferas para la eficiencia de las razas. Las nuevas modificaciones, más numerosas y más originales, de la especie competirán entre sí para dinamizar la civilización del mundo, lo que hará mejorar la índole y la intensidad de la competición, y acelerará el ritmo del progreso humano.

Más aún, podemos llevar todavía más lejos la analogía biológica, de acuerdo con la insistencia del profesor Pearson sobre la necesidad de realizar una presión social directa, de la opinión pública o de la ley, para impedir el proceso fatal de procreación de la «mala raza». Si el proceso habitual de degeneración física no es suficiente para eliminar, dentro de una misma nación, a la «mala raza» y hay que completarlo con prohibiciones que impidan procrear a los mal dotados, podría ser necesario, en interés de toda la humanidad, que una organización universal pusiera en vigor tales medidas de forma general. De la misma manera que los seres inferiores de una sociedad perecen al ponerse en contacto con una civilización a la que no pueden adaptarse, las «razas inferiores» desaparecen, en algunos casos, al establecer contacto con razas superiores, cuyas enfermedades y vicios físicos resultan excesivamente fuertes para ellos. No obstante, una eugenesia racional podría exigir, en beneficio del conjunto de la sociedad universal, que se prohibiera la propagación de razas degeneradas o incapaces de progreso, de igual manera que una nación

podría restringir la procreación de individuos mal dotados. No necesitamos debatir aquí los problemas de índole práctica, o de carácter moral, que implicaría la puesta en práctica de estas ideas; desde una perspectiva exclusivamente biológica, la política mencionada sería la que procedería aplicar, a menor escala, en una nación concreta que quisiera hacer desaparecer a la «mala raza». La importancia de esta consideración radica en que la exclusión de las razas mal dotadas exige la existencia de una organización política internacional, que haya terminado con las guerras y que haya reemplazado los sistemas más primitivos de selección y de rechazo de las razas inferiores por otros más racionales.

Resulta muy problemático predecir si una nación o una sociedad de naciones llevarán alguna vez las cosas hasta este punto o, yendo incluso más lejos, tratarán de poner en práctica una eugenesia más completa, estimulando «cruces» útiles de familias y razas; pero si alguna vez estuvieron justificados esos experimentos por el deseo de mantener y mejorar la raza de un país, estamos en nuestro derecho al insistir en que, en buena lógica, los mismos principios podrían aplicarse al conjunto de las naciones.

Por otra parte, y aunque también es problemático determinar en qué grado es transferible de forma liberal la ley de la utilidad de los «cruces» desde el plano de los organismos físicos al reino de lo psicológico, no cabe duda de que, en términos generales, sí es aplicable. Es ya un tópico de la vida intelectual que las teorías científicas, las instituciones y usos religiosos, sociales y políticos ganan con el intercambio libre, amistoso y vital con otras teorías, instituciones y usos al experimentar útiles adiciones, disminuciones y modificaciones. Por consiguiente, tanto si consideramos el contacto de las ideas y sentimientos, junto con las artes que crean y animan, como una lucha directa por la existencia, en la cual perece lo peor y lo más falso, mientras sobrevive lo mejor y lo más verdadero, o como un intercambio amistoso, en el cual cada uno de los participantes selecciona y asimila alguna de las cosas de los otros, el internacionalismo es tan esencial como el propio nacionalismo para la eficacia de estos procesos.

Sólo cuando comprendemos la verdadera índole de esta propagación y fertilización de ideas, usos e instituciones que son el fruto más excelso del espíritu de una nación, aprendemos a distinguir la expansión legítima de la expansión ilegítima, comprendemos el aspecto positivo del imperio. Cuando las naciones se combaten para arrebatarse la vida, la tierra o el comercio unas a otras, las posesiones que el vencedor establece no tienen base alguna de permanencia; viene un cambio de fortuna militar o comercial, y la victoria desaparece y apenas si deja huella

en la arena. Sin embargo, la influencia que ejercen los actos de paz es más duradera, más penetrante y más gloriosa. Shakespeare, Byron, Darwin y Stevenson han hecho incomparablemente más en favor de la influencia de Inglaterra en la historia del mundo que todos los estadistas y soldados que han ganado victorias o se han anexionado nuevas provincias. Macaulay ha expresado bien esta idea al escribir: «Hay un imperio al que no pueden afectar ninguna de las causas naturales de deterioro, y ese imperio es el imperecedero imperio de nuestro arte y nuestra moral, de nuestra literatura y de nuestro sistema legal.» Este antagonismo entre el aspecto cuantitativo y el cualitativo del imperio no es mera filigrana retórica, sino que está basado en exigencias biológicas.

Las circunstancias esenciales de la lucha rudimentaria por la vida, la tierra y el comercio de otros imposibilita la más provechosa y más evolucionada competición por las ideas, que es la que sirve para expandir el imperio del pensamiento nacional. No se trata sólo de que la economía de energías determine que el vigor nacional no puede participar de modo eficaz en ambas pugnas al mismo tiempo; porque mucho más importante es el hecho de que la misma naturaleza de la lucha rudimentaria empuja a cada nacionalidad a nutrirse de sí misma, con un orgullo insolente y exclusivista, que inhibe la posibilidad de aprender de otras naciones.

El internacionalismo auténtico es la única base sólida para la competición y la selección racional entre las naciones. En el nivel más rudimentario de la lucha humana, un accidente, la superioridad numérica, alguna fuerza o astucia primitivas, puede dar el éxito a un pueblo cuya «eficiencia social» es poco estable, improductiva, de bajo nivel, mientras que anula o dificulta el crecimiento de un pueblo cuya capacidad latente de éxito y cuyas posibilidades de progreso son mucho mejores. Sólo en la medida en que la selección racial y nacional se orienta y decide racionalmente consigue el mundo protegerse de esos despilfarros y desgracias. Solamente un gobierno internacional puede brindar la adecuada protección a naciones valiosas, pero débiles, y neutralizar la insolente brutalidad de los agresores poderosos, conservando la igualdad de oportunidades para la autoexpresión nacional que es tan esencial para el bienestar común de las naciones como para cada una de ellas en particular.

La lucha por la vida sólo puede llegar a las condiciones óptimas y a seleccionar las formas más perfectas de eficiencia social haciendo del rudimentario, fragmentario, informal y, con frecuencia, insincero comienzo del gobierno internacional una autoridad más poderosa, más coherente y más compleja.

Una objeción adicional a la eficacia de una federación de naciones ci-

vilizadas merece que nos detengamos a comentarla. Supongamos que fuera posible la creación de un gobierno federal de todas las naciones occidentales junto con sus respectivas colonias, y que este gobierno pusiera fin a los conflictos dentro de la federación. Esta paz de la cristiandad se vería constantemente amenazada por las «razas inferiores», negras y amarillas, que, adoptando las armas y las tácticas militares que las «razas civilizadas» habían desechado aplastarían a éstas con sus incursiones y su barbarie, como las razas europeas y asiáticas, más primitivas, aplastaron el Imperio romano. No podemos hacer que la totalidad del mundo alcance el nivel de civilización que le sería necesario para participar en la alianza antes dicha; y las potencias que quedaran al margen de ella serían una amenaza constante. Y como la principal finalidad de esa federación sería eliminar el militarismo de la economía de la vida nacional, la consecución de ese objetivo significaría que los países federados no podrían hacer frente eficazmente a los invasores. Este ha sido el destino de todos los imperios del pasado; ¿qué talismán poseería este imperio federal de nuestros días para poder escapar a ese hado? A este objeción contestaremos, en principio, de esta forma: Dos factores contribuyeron fundamentalmente a debilitar la capacidad de resistencia de los antiguos imperios frente a las invasiones de los «bárbaros», y a fortalecer y estimular el ardor de éstos. Uno fue el hábito del parasitismo económico, por el que el Estado hegemónico utilizaba sus provincias, colonias y dependencias para enriquecer a sus clases dominantes, y para corromper a las clases dominadas a fin de que fueran sumisas. Esta explotación de los territorios periféricos, a la vez que debilita y atrofia las energías de la población imperial, irrita y finalmente provoca la rebelión de las razas sometidas más vigorosas y menos dóciles. Cada acto represivo contra los que se rebelan va acumulándose en la sangre y, poco a poco, va aumentando el descontento que, finalmente, descarga contra el poder gobernante.

El segundo factor, relacionado con el primero, se refiere a esa forma de «parasitismo» que es el empleo de tropas mercenarias. Este es un síntoma mortal de insensatez imperial, porque con esa medida el opresor se priva a sí mismo de los instrumentos y los hábitos necesarios para protegerse eficazmente y los transfiere a los más enérgicos y capaces de sus enemigos.

Esta fatal conjunción de insensatez y vicio ha contribuido siempre a la destrucción de los imperios del pasado. ¿Será también mortal para la federación de los Estados occidentales? Desde luego que sí, siempre que la fuerza derivada de la unión la utilicen para los mismos fines parasitarios, y las razas blancas se nieguen a realizar los trabajos más arduos, vivan como una especie de aristocracia mundial de la explotación de las «razas inferiores» y encarguen cada vez más a miembros de esas mismas razas la tarea de vigilar y custodiar el mundo. Los citados peligros se presentarían, sin duda, si la hipotética federación de Estados europeos fuera, sencillamente, una variante de los viejos imperios, que utilizara la *pax europea* para los mismos fines que la llamada *pax romana,* y que tratara de conservarla sirviéndose de los mismos métodos que utilizó ésta. La cuestión es vital, ya que ella nos proporcionará la prueba suprema de la calidad de la civilización moderna.

¿Puede una federación de estados civilizados contar con la fuerza necesaria para mantener la paz en el mundo sin abusar de su poder con parasitismos políticos o económicos?

Capítulo 10
FACTORES MORALES Y SENTIMENTALES

I

El análisis de la dinámica real del imperialismo moderno nos ha puesto ante los ojos la asociación de fuerzas políticas y económicas que lo conforman. Estas fuerzas tienen su origen, como hemos visto, en los intereses egoístas de determinados círculos industriales, financieros, y de algunas profesiones, que buscan su lucro personal valiéndose de una política de expansión imperialista, y que utilizan esta misma política para proteger sus privilegios económicos, políticos y sociales frente a las presiones democráticas. Pero nos falta contestar a esta pregunta: «¿Qué es lo que hace que el imperialismo no aparezca ante la opinión general con toda su ruindad y sordidez?» Cuando una nación contempla desde fuera el imperialismo de sus vecinas, no se engaña: ve perfectamente cómo el egoísmo de las clases políticas y comerciales es el factor predominante en esa política. Así, por ejemplo, todas las naciones europeas se dan cuenta del verdadero cariz del imperialismo británico, y nos acusan de hipócritas porque no vemos lo que no queremos ver. Sin embargo, esta acusación no es justa, porque ninguna nación ve sus propias deficiencias; pocas veces está justificado acusar de hipócrita a una persona, y nunca a una nación. Los franceses y los alemanes creen que el ardor con

que promovemos las obras misionales, acabamos con la esclavitud y propagamos los logros de la civilización no es más que una careta que asumimos para ocultar nuestros desnudos intereses nacionalistas. La realidad es un poco diferente.

En un porcentaje considerable, aunque no grande, de la población británica existe el sincero deseo de difundir las doctrinas cristianas entre los paganos, de mitigar las crueldades y los sufrimientos que, en su opinión, existen en otros países menos afortunados que el propio, y de hacer buenas obras en todo el mundo en beneficio de la humanidad. La mayor parte de las iglesias cuentan con un pequeño grupo de hombres y mujeres que se interesan profunda, e incluso apasionadamente, por esa labor, y con un grupo mucho mayor de personas cuyas simpatías en este sentido, aunque menos pronunciadas, no son menos auténticas. Son gentes con escasos conocimientos, por lo general, de psicología e historia, que piensan que la religión y los demás aspectos de la civilización son bienes muebles que tenemos la obligación de llevar a las naciones atrasadas, a las que moralmente está justificado que coaccionemos en cierta medida para que sus habitantes, demasiado ignorantes para percibirlos de inmediato, se den cuenta de los beneficios que dichos bienes entrañan.

¿Se extrañará alguien de que las fuerzas egoístas que dirigen al imperialismo utilicen el manto protector de estos movimientos desinteresados? Los políticos, militares o directores de compañías imperialistas que promueven políticas expansionistas describiendo las crueldades del comercio de esclavos en Africa, o las tiranías infames de un Prempeh o un Theebaw, o que facilitan la creación de nuevas actividades misioneras en China o en el Sudán, no preparan deliberada y conscientemente estas motivaciones para poner al público británico a favor de sus intereses personales. Sencillamente se apropian de una manera instintiva de todos los sentimientos e ideas elevados y vigorosos que puedan ayudarlos, los difunden y alimentan hasta que enfervorizan a la población, y en ese momento los utilizan para sus fines. El político siempre, y no pocas veces el hombre de negocios, cree que las causas elevadas tiñen con su excelsitud los beneficios políticos o financieros que obtiene: es verdad, por ejemplo, que lord Salisbury creía sinceramente que la guerra de Sudáfrica, cuya responsabilidad correspondía a su gobierno, había sido declarada para beneficiar a la población de Sudáfrica, y reportaría un incremento de libertad y felicidad: es muy probable que el conde Grey pensara que la Compañía con Carta de Privilegio que dirigía estaba animada por el deseo de mejorar las condiciones materiales y morales de los nativos de Rodesia, y que estaba consiguiendo su objetivo.

El rey Leopoldo de Bélgica decía a este propósito de su dominio del Congo: «Todo lo que buscamos es la regeneración moral y material del país.» La capacidad que tiene el hombre de engañarse respecto al valor y la fuerza de los móviles de sus acciones es prácticamente ilimitada; los políticos, en concreto, llegan a adquirir un hábito tan fuerte de ver sus proyectos y planes sólo desde la perspectiva más favorable, que pronto se convencen de que el mejor resultado que, en su opinión, quepa esperar de cualquiera de sus medidas políticas es el móvil real de dicha política. En cuanto al público, es natural que resulte engañado. Las organizaciones religiosas y filantrópicas tienden siempre a airear preferentemente los aspectos más nobles y más elevados del imperialismo: el patriotismo estimula el ansia general de poder de la nación poniendo ante las gentes imágenes de hazañas magnánimas, y presentando como autosacrificio lo que es pasión de mandar y afán de aventuras. De acuerdo con esto, la cristiandad se convierte en «imperialista» a los ojos del arzobispo de Canterbury, en virtud de la máxima «ir por todo el mundo predicando el evangelio»; y el comercio se convierte en «imperialista» a los ojos de los hombres de negocios que buscan un mercado mundial.

Es precisamente esta falsificación de los móviles y el significado verdadero del imperialismo la que representa su más grave defecto y su mayor peligro. Cuando de un montón de motivaciones mezcladas se escoge la menos importante para que simbolice a las demás ante el público, porque es la más atractiva, cuando se presentan como objetivos y móviles de una política cuestiones que nunca pasaron por la mente de las personas que la decidieron, la dignidad de la nación queda envilecida. Toda política imperialista está cubierta por este engaño. Aunque ningún historiador, por ingenuo que sea, se atreverá a afirmar que los ingleses fueron a la India y tomaron las medidas conducentes a la creación del actual Imperio británico buscando otra cosa que nuestro engrandecimiento político y comercial, se oye hablar continuamente de los beneficios que ha reportado a los indígenas la presencia británica, con lo cual se quiere justificar moralmente nuestro imperio de la India. El caso de Egipto es aún más llamativo. Aunque las razones que se dieron para la ocupación británica de Egipto hablaban claramente de motivos militares y financieros relativos a nuestros intereses, ahora suele afirmarse que fuimos a dicho país para conceder a los egipcios justamente los beneficios que han recibido durante nuestro mandato, y que seríamos unos malvados si mantuviéramos la palabra que empeñamos de retirarnos de allí al cabo de unos pocos años. Cuando el inglés corriente lee que «los campesinos egipcios no han tenido en toda su historia un gobierno que se preocupara tanto de promover sus intereses o de preservar sus derechos»[1], exclama instintivamente: «Exacto, para eso fuimos a Egipto», aunque la verdad es que la jugada imperialista que nos llevó allí estaba determinada por consideraciones muy diferentes. Aun admitiendo que el evidente mal gobierno de Egipto, en relación con la vida de sus habitantes, diera a nuestra presencia y a nuestra conducta allí un cierto aspecto de altruismo, nadie pretenderá que nuestra política imperialista haya estado condicionada por semejantes motivos[2]. Nadie, ni siquiera el más exaltado imperialista sostendrá que Inglaterra es una especie de caballero andante, que va de un sitio para otro en busca de pueblos oprimidos para librarlos de sus gobiernos opresores, sin tener en cuenta los intereses y peligros de la propia Inglaterra. Aunque quizá no fuera tan incompetente, la tiranía rusa era tan opresora y más perjudicial para la causa de la civilización que el gobierno de los khedives*; pero a nadie se le ocurrió proponer que paráramos los pies a Rusia ni que rescatáramos a Finlandia de sus garras. El caso de Armenia nos vuelve a demostrar la extrema debilidad de las causas elevadas. Tanto el gobierno como el pueblo de Gran Bretaña estaban absolutamente convencidos de las atroces crueldades cometidas por Turquía, la opinión pública estaba bien informada y completamente indignada, Gran Bretaña estaba comprometida expresamente por la Convención de Chipre a proteger a Armenia; y sin embargo, la «causa de la humanidad» y la «misión civilizadora» no tuvieron fuerza suficiente para movernos a intervenir ni a protestar de modo eficaz.

[1] *England in Egypt*, pág. 97.

[2] La fuerza que tiene la falsificación de móviles para influir incluso en las ideas y las decisiones políticas de prestigiosos pensadores puede ser ejemplificada con la asombrosa argumentación del profesor Giddings, quien al analizar el tema del «consentimiento de los gobernados» como condición de gobierno, indica que «si un pueblo bárbaro se ve obligado a aceptar la autoridad de un Estado más avanzado en civilización, lo que decide si esta imposición de autoridad es justa o injusta, no es, en absoluto, la aceptación o rechazo de dicha autoridad por parte de los sometidos a ella, cuando ésta comienza a gobernar, sino *el grado de probabilidad* de que, una vez se haya visto plenamente lo que puede hacer el gobierno para elevar el nivel de vida de sus súbditos, *cuente con el consentimiento libre y racionalmente* dado por la población, que habrá llegado a comprender todo lo que se ha hecho por su bien». (*Empire and Democracy*, pág. 265). El profesor Giddings no parece darse cuenta de que toda la validez ética de esta curiosa doctrina del consentimiento retrospectivo se basa en el acto de apreciar *el grado de probabilidad de que se dará el consentimiento libre y racional;* que esta doctrina no nos brinda garantía alguna de que dicha apreciación será competente y no estará deformada por prejuicio alguno; y que de hecho autoriza a cualquier nación a apoderarse del territorio de cualquier otra, y a administrarlo alegando una superioridad y unas aptitudes que ella misma se ha atribuido para llevar a cabo la tarea civilizadora.

* *Khedive*, título que recibía el virrey de Egipto entre 1867 y 1914. *(N. del T.)*

Como hemos visto a lo largo de este trabajo, el imperialismo agresivo consiste, simplemente en que las naciones más fuertes o mejor armadas someten a las que son, o parecen ser, más débiles y no tienen medios de defensa; el agresor imperialista va siempre en busca de algún claro beneficio político o económico. El caballeresco espíritu del imperialismo no incita ni a Gran Bretaña ni a ninguna otra nación de Occidente a atacar a un Estado poderoso, por tiránico que sea, ni a ayudar a un Estado débil, considerado pobre.

Esta mezcolanza de fuertes motivos interesados y débiles desinteresados es característica de nuestra época. Es el homenaje que el imperialismo hace a la humanidad. Pero, de la misma manera que la mezcla conocida como «filantropía más cinco por ciento» es mirada con recelo por los círculos financieros, también en la política internacional se considera sospechosa con razón esta misma combinación. Cuando los negocios se adornan de buena voluntad, aquéllos son normalmente quienes determinan la dirección y el ritmo. Habla, sin duda, bien de la sensibilidad de una nación, que se quieran hacer más atractivas las actividades lucrativas dándoles un tinte de desinterés. Ahora bien, como la teoría y la práctica bordean tan frecuentemente la hipocresía en la historia contemporánea, no debemos extrañarnos de que países extranjeros hostiles nos llamen hipócritas. ¿Qué podríamos decir, por ejemplo, de la franca descripción que sir George, ahora lord Baden-Powell, hace del imperialismo? «El que en último término cuenta más, el contribuyente, sea metropolitano o colonial, desea que se le recompense con dos cosas: por una parte, quiere que la civilización y la cristiandad se expandan *pro tanto,* y por la otra, que la industria y el comercio se vean compensadas con algunos logros positivos. A menos que él o 'su servidor' el gobierno consigan uno o los dos resultados mencionados, la pregunta parece inevitable: ¿tiene derecho y razón para hacer guerras de ese tipo?»[3].

¿De qué modo pueden compararse los grupos de resultados? ¿Qué volumen de cristiandad y civilización se precisa para igualar a qué cantidad de industria y comercio? Son preguntas que parecen necesitar una respuesta. ¿No es probable que quien en último término tiene la palabra, el contribuyente, está más interesado en conseguir beneficios susceptibles de cuantificación monetaria que en obtener éxitos menos fáciles de calcular con operaciones aritméticas?

«Conjuntar lo comercial con lo imaginativo» era el propósito que míster Rhodes se fijó como clave de su política. A esa combinación de

[3] Adición a *The Downfall of Prempeh.*

factores suele llamársela «especulación», palabra cuyo significado resulta más siniestro en los casos en que la política y los negocios privados están tan estrechamente entretejidos como en la carrera de Mr. Rhodes, quien utilizó la asamblea legislativa de la Colonia de El Cabo para apoyar y fortalecer el monopolio de diamantes de De Beers, al paso que De Beers le servía para financiar la *incursión* *; que corrompió los distritos electorales de la Colonia de El Cabo y compró la prensa para planear y provocar la guerra que habría de proporcionarle la posesión completa de su «sueño» dorado, el Norte[4].

II

Puede asegurarse sin temor a error que siempre que se combina «lo comercial» con «lo imaginativo», de cualquier forma que sea, lo segundo es explotado por lo primero. Existe un tipo de «imperialista cristiano» muy alabado en ciertos círculos, el llamado «misionero industrial», cuya función es hacer navegar las doctrinas cristianas por un mar de lucrativos negocios e inculcar dogmas teológicos en los intervalos de las enseñanzas de las artes y los oficios útiles. «Para los escépticos chinos, el interés del misionero por los asuntos financieros será un importante dato para aclarar sus dudas respecto al sentido de la presencia en su sociedad de hombres cuyos móviles no pueden comprender y que, por consiguiente, condenan como impíos.» «Con que los miembros de las diferentes obras misionales de China cooperasen con nuestros cónsules en la explotación del país y en la introducción en la mente de los chinos no sólo de ideas puramente teológicas, sino también comerciales, prestarían un inmenso servicio a nuestros intereses financieros»[5]. Estas declaraciones de un cónsul británico respecto a la utilidad mercantil del cristianismo no pueden ser más francas. Sin embargo, como realmente se llega a comprender todo su significado es complementándolas con la ingenua confesión de lord Hugh Cecil: «Había muchas personas llenas de entusiasmo por respaldar sin reservas lo que podríamos llamar movimiento imperialista de la época, pero que sentían ciertos escrúpulos de conciencia, por así decirlo, ante la idea de que quizá ese movimiento no estuviera después de todo tan exento de consideraciones materiales y terrenales como ellos

* Se refiere a la incursión de Jameson, de la que hemos hablado antes. Ver nota del traductor, página 75 (72 de la traducción).

[4] «El Norte es mi sueño» (*Cecil Rhodes: His Political Life and Speeches,* pág. 613).

[5] Palabras de un reciente informe del cónsul británico en Cantón.

habían deseado. El pensó que insistiendo en la importancia de la labor del misionero, santificaríamos en cierta medida el espíritu del imperialismo»[6].

Todos sabemos muy bien que la mayoría de los misioneros británicos no están infectados por mácula alguna de motivaciones políticas o comerciales, que realizan su tarea con espíritu de autosacrificio, ansiosos de salvar las almas de los paganos, y sin preocuparse en absoluto por fomentar el comercio británico o «santificar el espíritu del imperialismo». Además, es evidente que en la medida en que se sospecha que existen motivaciones mundanas en las actividades misioneras, pierden éstas su influencia auténticamente espiritual. Toda la historia de la labor misionera en China es un largo comentario a lo que acabamos de decir. Los primeros misioneros católicos, que no tenían otras credenciales que la santidad de sus vidas y de sus enseñanzas, consiguieron no sólo seguridad, sino una gran influencia tanto entre las masas como en los círculos de gobierno, e introdujeron el cristianismo y, con él, los rudimentos de las ciencias occidentales. Aunque no lograron un gran número de conversos, contribuyeron en gran medida a la civilización del gran Imperio de Oriente. Pero al comenzar en el siglo XIX las rivalidades nacionales y sectarias en el campo misional, las diversas misiones utilizaron con toda libertad los recursos diplomáticos y hasta militares de algunos Estados europeos para su defensa y su labor de proselitismo; como consecuencia de ello, el influjo de las fuerzas espirituales se ha inhibido y han surgido suspicacias, bien justificadas por cierto, que han servido para transformar la anterior actitud receptiva de los pueblos en una hostilidad fanática y airada.

«Debe ser muy difícil para los mandarines —escribe un chino culto— disociar a los misioneros del poder temporal, ya que sus cañoneras parecen estar siempre listas para hacer acto de presencia en favor de sus respectivos gobiernos. Los chinos han ido constatando con creciente preocupación la secuencia de los acontecimientos: primero aparece el misionero, después el cónsul y, por último, el ejército invasor. Apenas si habían olvidado la pérdida de Annam, que aconteció de acuerdo con dicha pauta, cuando la acción de los alemanes en Shan-tung conmocionó a las clases intelectuales del país.» «No debe extrañarnos que los funcionarios chinos detesten a los misioneros. La iglesia de éstos es un *imperium in imperio,* que propaga una fe religiosa extraña y aliena a la gente de la fe de sus mayores. Los misioneros no son responsables ante las leyes chinas, y en ciertos casos han actuado de manera despótica para proteger a sus conversos. Aquí radica uno de los secretos del misterioso odio que existe contra los amigos de China, como se autodenominan los misioneros»[7].

[6] Discurso pronunciado en la reunión anual de la Sociedad para la Propagación del Evangelio, 4 de mayo de 1900.

La cuestión es tan obvia que no hay necesidad de insistir en lo nociva que esta alianza con la política y los armamentos resulta para una causa «cuyo reino no es de este mundo». Sin embargo, es evidente que existen personas sinceras dispuestas a apoyar el uso de la fuerza militar y política para abrir nuevos campos a la labor misionera, y que el misionero, que unas veces es comerciante, otras militar y otras político, parece un admirable instrumento de civilización.

La historia del Sudán nos muestra la estrecha alianza existente entre lo militar, lo político y lo religioso: «Para tomar parte en las honras fúnebres de Gordon, y para presenciar cómo se izaba la bandera británica sobre las ruinas de Jartum, fueron transportados, en cañoneras, de un lado al otro del Nilo, destacamentos de oficiales y soldados de todos los regimientos británicos y egipcios... Rodeado de los soldados a los que había dirigido con tan terrible y glorioso efecto, el triunfante general ordenó que se izaran las banderas... Los oficiales saludaron, los soldados presentaron armas y la banda tocó el himno nacional egipcio y el nuestro. A continuación, el comandante en jefe vitoreó tres veces a Su Majestad... Luego siguió la ceremonia fúnebre y el Libro Inglés de las Plegarias fue leído en aquel remoto jardín... Las bandas interpretaron su endecha, y el himno religioso favorito de Gordon: 'Permanece conmigo'. Un cañonero disparó las salvas de ordenanza desde el río... Los gaiteros escoceses tocaron un largo lamento, y con eso quedó terminada la ceremonia. Nueve mil de los hombres que hubieran podido impedirla yacían muertos en la llanura de Omdurman. Otros cuantos miles estaban esparcidos por el yermo o iban arrastrándose hasta el río, heridos, en busca de agua»[8]. Aunque el autor de este pasaje omite el detalle final, la ejecución por tropas bajo las órdenes de jefes británicos de los heridos que se arrastraban, el cuadro es profundamente sugestivo, con su extraña amalgama de la bandera británica con el «Permanece conmigo» y con la venganza de Gordon.

Sí, es evidente que los que ascienden hasta las nebulosas cumbres del imperialismo son capaces de unir estos elementos contradictorios en «una síntesis superior», y aunque deploran, a veces con toda seriedad, que se necesiten la ametralladora y el barco cañonero, pronto en-

[7] Wen Ching, *The Chinese Crisis from Within,* pp. 10, 12, 14 (Grant Richards).

[8] Winston Churchill, *The River War,* vol. II, pp. 204-206.

cuentran una justificación gloriosa, pensando que son medios necesarios para conseguir un fin tan excelso como es la civilización. De acuerdo con este nuevo evangelio, las naciones occidentales están haciéndose rápidamente con un control benéfico de la tierra, que asegurará en un futuro próximo la paz universal, y la supremacía industrial, científica y moral de las técnicas occidentales.

«Volad, venturosas, felices velas, y llevad la prensa,
Volad, felices con el mensaje de la cruz,
Unid tierras a tierras, y, volando hacia el cielo,
Enriqueced los mercados del año dorado.»

Esta es la teoría del socorro a los países que lo necesitan. Que las estimaciones de sir Charles Dilke respecto a nuestras adquisiciones en el Africa tropical, sirvan de comentario al respecto.

«Si no podemos conseguir que la más fértil de las islas de la India occidental produzca beneficios, ¿cómo vamos a conseguirlo en países situados en el mismo corazón de Africa, que son mucho menos sanos y fértiles? Nuestro pueblo se ha interesado por Africa debido a su tradicional deseo de acabar con los males de la trata de esclavos, y para compensar ahora con dinero los pecados que, en otro tiempo, cometieron sus antepasados en relación con esa trata. Pero es probable que hayamos causado más perjuicios fomentando la partición de Africa y la creación, en nombre de la libertad, de gobiernos como el del Estado Libre del Congo, que los que ocasionaron nuestros abuelos en ese continente con su participación en el fenómeno de la esclavitud africana y el comercio de esclavos»[9].

III

El problema psicológico que nos encontramos en los que defienden la misión civilizadora del imperialismo no tiene nada que ver con la hipocresía, ni con un engaño deliberado a sí mismos, inventando motivos que no existen. Es consecuencia, en parte, de ideas no asimiladas plenamente y, en parte, de una compartimentalización psíquica. El imperialismo ha estado flotando en un mar de frases vagas, tramposas, altisonantes, cuya veracidad pocas veces se comprueba contrastándola con los hechos. «El Imperio británico no es sólo excepcional debido a sus dimensiones y a su variedad. Su mayor gloria es su libertad»[10], escribe míster Henly, creyéndose, sin duda alguna, lo que dice. Estas palabras parecen querer decir que la «libertad» de que disfrutamos en estas islas es compartida por nuestros súbditos de todas las partes del Imperio británico, y esa insinuación es falsa, como hemos visto. Sin embargo, el imperialismo retórico y palabrero no reconoce su falsedad. Por lo común, los mayores y más esenciales hechos políticos, económicos y morales del imperialismo son desconocidos para el británico «culto». En opinión de éste, nuestro Imperio está compuesto de una serie de Estados libres, autogobernados, que mantienen relaciones industriales, estrechas y cada vez más importantes con nosotros; en todos sus territorios prevalecen la libertad personal y racial y la justicia; y el cristianismo y la moral británica están ganando rápidamente la voluntad de la población de las razas inferiores, que admiten, con satisfacción, la superioridad de nuestras ideas y de nuestra forma de ser y reconocen los beneficios que les proporciona el mandato británico. Estas difusas y apresuradas nociones no son moderadas mediante el estudio detallado de los hechos y las cifras. Su única base real suelen ser los comentarios o afirmaciones de algún amigo o pariente que vive «allí», en alguna posesión británica, y cuyo solo testimonio es utilizado para fundamentar un montón de juicios imperialistas. ¡Cuántas personas, durante la guerra de Sudáfrica, basaban sus convicciones respecto a las «quejas de los extranjeros», y a la índole y motivos del gobierno boer, en las afirmaciones exaltadas de un único habitante de Johanesburgo, que no tenía, prácticamente, contacto alguno con los boers, y que no sabía nada de sus quejas, como no fuera a través de la prensa rodesiana, que daba de ellas la versión que le convenía!

[9] *The British Empire*, pág. 114.
[10] *Imperialism*, p. 7.

Es difícil darse cuenta del grado en que el imperialismo vive de «palabras enmascaradas»[11], como no acudamos al lenguaje de la diplomacia, que es la armadura verbal del imperialismo. Poder supremo, autonomía efectiva, emisario de la civilización, rectificación de fronteras, y toda una ambigua y elástica serie de palabras, desde «hinterland» y «esfera de influencia», hasta «ocupación efectiva» y «anexión», son unos

[11] «Hay a nuestro alrededor palabras enmascaradas que nos zumban en los oídos monótonamente y que nos acechan ahora mismo, en Europa, que nadie entiende pero que todo el mundo usa y por las cuales lucharía, viviría y hasta moriría la mayoría de la gente, imaginándose caprichosamente que significan ésto o aquéllo o lo de más allá, cosas todas queridas para ella. Nunca hubo animales de presa tan dañinos, ni diplomáticos tan astutos, ni venenos tan mortales como estas palabras enmascaradas. Son los malos mayordomos de todas las ideas de los hombres. Cualquier capricho o simpatía instintiva que una persona mantenga es confiado a sus palabras enmascaradas favoritas para que se lo guarde. La palabra enmascarada termina por poseer un poder infinito sobre ella, y no se puede llegar a esa persona más que por mediación suya». Ruskin, *Sesame and Lilies*, p. 29.

cuantos ejemplos ilustrativos de una fraseología inventada para ocultar hechos y usurpaciones. El imperialista que ve la historia contemporánea a través de estas máscaras, nunca aprende los hechos «en bruto», sino que los percibe a través de metáforas, deformados, interpretados y coloreados por versiones partidistas adaptadas a los intereses del que habla. De todas formas, es responsable, en cierta medida, de su ignorancia, porque con frecuencia tiene que darse cuenta de que no se le dice toda la verdad, y de que no quiere ver debajo de los disfraces. Este persistente evadirse de la verdad desnuda llega, a veces, a dotarle de una capacidad casi extraordinaria de autoengaño. Mr. Lecky escribe a este respecto: «De todas las formas de prestigio, el prestigio moral es el más valioso, y ningún estadista debe olvidar que uno de los principales elementos del poder británico es la fuerza moral que lo respalda»[12]. La gran mayoría de los ingleses «cultos» cree sinceramente que el mayor logro de Inglaterra en la guerra de los boers es... el acrecentamiento de su «prestigio moral».

Un error tan monstruoso no puede entenderse más que a partir de otro curioso factor psíquico. No hay sitio alguno en el que la palabra «lógica», aplicada a la dirección de la política, suscite suspicacias más profundamente enraizadas que en Inglaterra: una línea de conducta que destaque claramente por «lógica» es, en sí, sospechosa. Ha sido tan corriente que el gobierno «de los partidos» hiciera de «los compromisos» una necesidad, que hemos terminado por creer que nuestro progreso nacional se debe a esta necesidad y que, si hubiera sido factible, la aplicación más rápida y abstracta de «ideas» nos hubiera llevado a seguir caminos equivocados, con el consiguiente trabajo de tener que volver penosamente sobre nuestros pasos para encontrar nuevamente la senda acertada, o nos hubiera llevado al borde del peligro revolucionario. Aunque el «compromiso» sensato no es, en absoluto, ilógico, sino simple lógica aplicada dentro de determinados márgenes de tiempo y espacio, puede degenerar fácilmente en oportunismo y en una política infecunda de provecho a corto plazo. La complejidad de la política moderna en un país como Gran Bretaña, que ha de responder a las exigencias y las tentaciones de un sistema de partidos, ha llevado el hábito del «compromiso» a tan insensatos extremos, que puede corromper la inteligencia política de la nación. Esta tendencia se ha dado también en otros lugares, pero ha sido frenada o moderada por la política más estricta y más conscientemente precisa de un monarca o de una clase rectora, o por las exigencias de una constitución escrita y, en algunos países latinos, por una in-

[12] *The Map of Life.*

nata y difundida creencia en el valor de las ideas como elementos dinámicos de la política. En Inglaterra y, desde luego, en los demás países anglosajones, las funciones de una dirección inteligente han sido usurpadas, generalmente, por una especie de jovial optimismo, una fe general en el «destino nacional», que nos permite «salir del paso sin saber muy bien cómo», y que nos aconseja «hacer todo lo que podamos para no fijar la vista muy adelante».

No me interesa aquí tanto insistir en el desdén por la historia y en el desprecio por las leyes psicológicas que esta actitud implica, como en el nocivo efecto que esta forma de pensar ha de tener en la mente del ciudadano que se ve ante algún acontecimiento nuevo que desafía su capacidad de juicio. Nuestra burda política del «arrambla con lo que puedas», válida para ir tirando y para vivir al día, ha paralizado el juicio intelectual por haber lisiado la función lógica de la comparación. Como no se nos pide que expliquemos, de modo claro y coherente, ni a nosotros mismos ni a nadie, las medidas políticas de escasa calidad y de cortos vuelos que aplicamos a nuestra sociedad, hemos perdido por completo el hábito de pensar coherentemente o, para decirlo de manera inversa, hemos ido creándonos una extraña y peligrosísima capacidad de albergar ideas y motivaciones incompatibles y, con frecuencia, contradictorias.

Un par de ejemplos extremos puede servir para ilustrar el perjuicio hecho a la forma de discurrir pública por la falta de todo sentido de lógica clara en la manera de llevar los asuntos de la nación. Al comienzo de la guerra de Sudáfrica, la insignificancia numérica de los boers era considerada como una agravante de su insolencia al entrar en batalla con el mayor imperio del mundo. Sin embargo, la pequeñez numérica no fue obstáculo alguno para que, con la misma sinceridad, creyéramos que estábamos combatiendo con una potencia tan grande como la nuestra en punto a población, porque esta creencia resultaba necesaria para que nuestras victorias sonaran a auténticos triunfos, y para que la vergüenza no fuera tan grande cuando nuestro diminuto adversario nos infringía una derrota. La manera en que el curso de la guerra nos obligó a cambiar alternativamente el sentido de las mentiras detalladas que se dijeron, y a imaginar curiosas invenciones para mantener esta doble y contradictoria creencia, atraerá, sin duda, la atención del historiador interesado por las cuestiones psicológicas; cómo las cifras se hinchaban o deshinchaban alternativa y automáticamente según se tratara de convencer al país de la necesidad de votar grandes abastecimientos de tropas o dinero, o de presentar la guerra como «prácticamente terminada» y reducida ya a una lucha de guerrillas sin importancia. Otro ejemplo. Podía verse a políticos

bien informados sostener que el proporcionar alimentos y alojamiento a las familias cuyas propiedades habíamos destruido en la guerra de Sudáfrica era un acto de generosidad sin precedentes por nuestra parte, y, a la vez, que era justo vender en pública subasta las granjas de esas familias para sufragar los mismísimos costos de la guerra, que constituía la base para considerar generosa nuestra conducta y autoalabarnos por ella. Ambas posturas podían ser mantenidas en la Cámara de los Comunes por el mismo ministro, y ser aceptadas por la nación sin que nadie pusiera de manifiesto su inconsecuencia. ¿Por qué? Sencillamente porque estaba inhibida la capacidad de cotejar hechos. Se sigue una determinada línea política porque hay razones para ello y es útil seguirla para salir del apuro. Después hay que buscar «razones» que justifiquen lo hecho. No se procura, en absoluto, ni antes ni después, ver todo el proceso en conjunto, con sus causas y sus efectos, y, por consiguiente, no se comparan claramente los móviles con los resultados reales. Esta maravillosa inconsecuencia, esta capacidad para tener simultáneamente en la cabeza ideas y sentimientos contradictorios, en compartimientos estancos, quizá es peculiar de los británicos. No es, lo repito, hipocresía. Si existiera conciencia de su inconsciencia, el juego se estropearía; es, por consiguiente, imprescindible para su éxito que se desarrolle de forma inconsciente. Esa inconsecuencia no deja de ser útil. Sin esa capacidad, sería imposible gran parte de la brutalidad y de las injusticias que supone el «imperialismo». Si, por ejemplo, la mentalidad británica hubiera sido lo suficientemente consecuente para tener clara conciencia de que 400 millones de personas estaban luchando contra una población de menos de un cuarto de millón, cualesquiera que fueran las opiniones que se tuvieran respecto a la necesidad y la justicia de la guerra, hubieran sido imposibles muchas de las atrocidades que se cometieron y el júbilo triunfalista con que se acogió la victoria.

Por supuesto, la psicología del imperialismo es mucho más compleja, pero presenta dos hechos fundamentales: uno, el hábito y la capacidad de cambiar los hechos desnudos por ideas vagas y decorativas, envueltas en «palabras enmascaradas». El otro, el genio, innato o adquirido, para la falta de coherencia. Gran Bretaña no podría adoptar este estilo de política si fuera plenamente consciente de la interacción de las causas y efectos verdaderos. Muchos de los hombres que la han engañado han tenido que engañarse primero a sí mismos. La hipocresía no genera entusiasmo y hasta la misma codicia descarada es incapaz de proporcionar estímulos adecuados para una política a largo plazo. El imperialismo se basa en la tergiversación persistente de los hechos y las causas, principalmente mediante un refinadísimo proceso de selección, exageración y atenuación, dirigido por grupos y personas con intereses imperialistas, con vistas a falsear el rostro de la historia.

El peligro más grave del imperialismo yace en la mentalidad de una nación que se ha acostumbrado a este engaño y que se ha vuelto incapaz de autocrítica.

En esto consiste para Platón «la mentira del alma», una mentira que no sabe que lo es. Uno de los síntomas de esta enfermedad es una autocomplacencia fatal. Cuando una nación sucumbe a este mal, rechaza instintivamente y sin ninguna dificultad todas las críticas que le hagan otras naciones como producto de la envidia o la malevolencia; y cualquier crítica doméstica es atribuida al antipatriotismo. En las naciones más primitivas, el ansia de dominio y de riquezas, que subyace al fenómeno imperialista, se manifiesta abierta e inconscientemente: es escasa su autocomplacencia, porque también es escasa su autoconsciencia. Sin embargo, los países que tienen una autoconsciencia tan desarrollada como los del occidente europeo procuran estimular y alimentar sus ansias instintivas mediante la reflexión consciente. De ahí la elaborada estructura de defensas intelectuales y morales, la ética y la sociología del imperio, que hemos examinado. El agente que controla y dirige todo el proceso es, como hemos visto, un conjunto de intereses financieros e industriales manejados para el beneficio material directo y a corto plazo de los pequeños grupos competentes y bien organizados de una nación. Estos grupos se aseguran la cooperación activa de los hombres de Estado y de las camarillas políticas que manejan el poder de los partidos, dándoles participación en sus negocios, por una parte, y apelando, por la otra, a las tendencias conservadoras de los que pertenecen a las clases acaudaladas, cuyos intereses creados y dominio de clase se verán afianzados desviando las corrientes de energía política de los problemas nacionales al campo de la política internacional. El asenso, y hasta el apoyo activo y entusiasta de la mayoría de la nación a una política que es fatal para sus propios intereses, se consigue, en parte, invocando la misión civilizadora, pero, sobre todo, manipulando los instintos primitivos de la especie humana. No es sencillo explorar la psicología de estos instintos, pero hay ciertos aspectos fundamentales que son fácilmente visibles. El ansia que un escritor francés llama *kilometritis*[13], el deseo instintivo de dominar terreno, nos retrotrae a los tiempos primitivos en que eran necesarias grandes extensiones para alimentar a las personas y las bestias, y está ligado al hábito de los largos viajes, que sobrevive, con más fuerza de lo

[13] M. Novicov, *La Fédération de l'Europe*, p. 158.

que comúnmente se supone, entre los pueblos civilizados. Las costumbres «nómadas», producto de la necesidad, sobreviven aún y son el principal ingrediente de la afición a viajar; y se transforman en «espíritu de aventura» cuando se mezclan con otras tendencias igualmente primitivas. Especialmente entre los anglosajones, la versión moderna de este «espíritu de aventura» es el «deporte» que, en sus variantes más enérgicas o «más aventureras», contiene un llamamiento directo al deseo de matanza, y a la elemental lucha por la vida que se ve en la persecución. El ansia animal de combate, que en tiempos fue una necesidad, sobrevive en la sangre y, justamente en la medida en que las actividades de las industrias en tiempo de paz dejan energía y tiempo libre sobrantes a las clases sociales, o a las naciones, ese ansia busca satisfacción en los «deportes», en los que la caza y la satisfacción física de descargar un golpe son ingredientes esenciales. En Gran Bretaña, como las clases ociosas no necesitan emplear casi nada de su energía en el trabajo, se dedican naturalmente a los deportes, que son necesarios para la salud como sustitutos del trabajo, y que contribuyen a mantener vivos los instintos salvajes. Como en las batallas fingidas o artificiales de los deportes solamente se permite la manifestación de las formas más suaves de esos instintos, y los juegos salvajes desaparecen y se prohíben los enfrentamientos que suponen más peligro de muerte que el fútbol, hay cada vez más presiones para que los límites impuestos por la civilización se amplíen y dejen expansionarse, con mayor fuerza y libertad, el frustrado «espíritu de aventura». Hay gran cantidad de libros de viajes y de literatura de imaginación que alimentan estos sentimientos y, por otra parte, la monotonía y la seguridad de la vida civilizada hacen que cada vez resulten más fascinantes las regiones salvajes de la tierra. Las modestas satisfacciones que, en su abundante tiempo libre, proporciona el deporte a las clases altas, tratan también de conseguirlas las masas trabajadoras de las industrias, que cada vez disponen de más tiempo y energías para las diversiones y que, al pasar de la vida rural a la vida urbana, no han abandonado los humildes deportes que practicaban en la Edad Media en el campo, y a los que han tenido gran afición desde tiempo inmemorial. «El fútbol es un buen juego, pero mejor que él, mejor que ningún otro juego, es el de la caza del hombre»[14].

Los aspectos militar y deportivo del imperialismo constituyen, por consiguiente, poderosos motivos de atracción para las masas. El deseo de perseguir y matar o caza mayor, o a otros hombres, no puede satisfacerse

[14] Baden-Powell, *Aids to Scouting*, pág. 124.

más que con la expansión y el militarismo. Existen por lo demás sólidas bases para afirmar que, si los oficiales de nuestro ejército son tan incompetentes comparados con sus tropas, ello se debe a que, en una época en que se necesitan una rigurosa preparación y selección científicas para las profesiones intelectuales, la mayoría de los oficiales británicos se deciden por el ejército y hacen su trabajo en plan de «deporte». Es posible que el «quinto» esté motivado por las mismas razones, fundamentalmente, pero el «saber científico» es menos importante en su caso, y aunque le falte sentido de la finalidad de su profesión, ello está mucho mejor compensado por la disciplina a la que se le somete.

Más importante aún que las citadas motivaciones militaristas del ejército es el papel desempeñado por la «guerra» para poner de parte del imperialismo a la población civil de la nación. Aunque los deportes siguen teniendo mucho atractivo, incluso para los que viven en medios urbanos, hay síntomas claros de que va perdiendo interés el participar en ellos, en beneficio de las emociones pasivas del espectador. El grado en que los profesionales están sustituyendo a los meros aficionados puede darnos una idea de la medida en que ha degenerado el deporte, como también nos lo indica la afición, cada vez mayor, que hay a las apuestas, la peor variante de la emoción deportiva, puesto que hace perder todas las simpatías desinteresadas por los méritos de la competición para concentrarlas en el factor irracional de la suerte, aliado a la codicia y la astucia. El equivalente a esta degradación del interés por el deporte es el patrioterismo en relación con la guerra. El patrioterismo es, simplemente, la voluptuosidad del espectador, sin elemento alguno de esfuerzo personal, riesgo o sacrificio, que se refocila con los peligros, sufrimientos y matanza de sus congéneres, a los que no conoce, pero cuya destrucción desea, movido por un odio y un deseo de venganza ciegos y artificialmente provocados. En el patriotero lo único que importa es el azar y la ciega furia de la pelea. La ardua y cansada monotonía de la marcha, los largos períodos de espera, las duras privaciones, el terrible tedio de una campaña prolongada no estimulan para nada su imaginación. Los aspectos nobles de la guerra: el profundo sentido de camaradería que se aprende cuando se está amenazado por los mismos peligros, lo que enseña la disciplina y la automoderación, el respeto por la personalidad del enemigo, cuyo valor ha de admitirse y al que termina por verse como prójimo, todos estos elementos moderadores que existen en la guerra no actúan en la pasión del patriotero. Precisamente por estas razones algunos amigos de la paz mantienen que las dos cosas que podrían frenar más el militarismo y la guerra son que todos los ciudadanos hagan el servicio militar, y que pasen por la experiencia de tener que sufrir una invasión.

No tenemos que decidir aquí si estos remedios tan caros serían realmente efectivos o necesarios, pero es evidente que la vehemencia del patriotero, sólo espectador, es un factor de suma importancia en el imperialismo. La sensacional falsificación tanto de la guerra como de toda la política expansionista del imperialismo, necesaria para alimentar las pasiones del pueblo, no es la parte menos importante de la técnica de los organizadores reales de las hazañas imperialistas, ese pequeño grupo de políticos y hombres de negocios que saben lo que quieren y cómo conseguirlo.

Ataviado con las glorias, auténticas o postizas, del heroísmo militar y las grandilocuentes pretensiones de formar un imperio, el patrioterismo se transforma en el núcleo de una variante de patriotismo, que puede incitar a cometer cualquier locura o cualquier crimen.

IV

Cuando este ansia de dominio brutal necesita adecentarse algo más para presentarse ante las clases cultas de la nación, se preparan los necesarios atavíos morales e intelectuales. Para este cometido se echa mano de la Iglesia, la prensa, los colegios y universidades y del aparato político, que son los cuatro principales instrumentos educativos del pueblo. Del forzudo cristianismo de la última generación al cristianismo imperial de nuestros días no hay más que un paso. El talante del creciente clericalismo y la doctrina autoritaria de las iglesias establecidas riman perfectamente con el militarismo y la autocracia política. Mr. Goldwin Smith ha observado correctamente que «la fuerza es el aliado natural de la superstición, y la superstición lo sabe»[15]. En cuanto a los medios más influyentes de la comunicación escrita, los periódicos, si no son propiedad de financieros que los utilizan para fines económicos (como suele ocurrir en todos los grandes núcleos industriales y financieros), están influidos siempre, y con frecuencia dominados, por los intereses de los grupos que pagan la publicidad, de la que depende su supervivencia. A medida que el conjunto de intereses que forman el núcleo económico del imperialismo se consolida y deviene más consciente de su política, es cada vez más raro y difícil que existan y puedan mantenerse periódicos con ventas suficientemente amplias y estables para poder conservar su independencia, «imponer sus decisiones», y retener la publicidad a despecho del desagrado que los anunciantes puedan sentir por una particular línea editorial. «La máquina política es «mercenaria» precisamente por ser una máquina, y necesita ser preparada y lubricada constantemente por los miembros opulentos del partido; el operador de la máquina sabe quién le paga, y no puede oponerse al deseo de aquellos que son, de hecho, los patronos del partido y que pararían automáticamente la máquina si cerraran su monedero». El imperialismo de nuestra época, lo mismo en Gran Bretaña que en América, ha sido ayudado materialmente por hombres como Rockefeller, Hanna, Rhodes, Beit, que han aportado generosos subsidios a los fondos de los partidos con vistas a que resulten elegidos representantes «imperialistas», y a que se instruya políticamente al pueblo.

[15] Carta aparecida en *The Manchester Guardian*, el 14 de octubre de 1900.

Pero lo más grave de todo son los persistentes esfuerzos para controlar el sistema de enseñanza y condicionarlo a los intereses del imperialismo disfrazado de patriotismo. Aprisionar a la infancia de un país, manipular sus juegos hasta transformarlos en la rutina de una instrucción militar, fomentar las tendencias primitivas a la belicosidad y envenenar su tierna concepción de la historia con falsos ideales y seudohéroes; denigrar y despreciar las lecciones verdaderamente vitales y educativas del pasado para infundirles una visión «patriotera» del universo en la que los intereses de la humanidad se subordinan sistemáticamente a los del propio país y, siguiendo un procedimiento análogo, los del país a los del propio «yo»; provocar el orgullo siempre arrogante de la raza en una etapa de la existencia en la que, por lo general, predomina la confianza en uno mismo e incitar, de rechazo, al menosprecio de otras naciones, iniciando así a los niños en el mundo llenos de falsos valores y sin deseo alguno de aprender nada que proceda del extranjero: lastrar a la infancia de una nación con esta degrada de insularidad en el pensar y en las costumbres, llamar a todo esto patriotismo, es el más sórdido abuso de la enseñanza y la educación que pueda imaginarse. Sin embargo, la Iglesia y el Estado están orientando sistemáticamente en este sentido su poder e influencia sobre la enseñanza primaria; y, por otra parte, la mezcla de clericalismo y academicismo autocrático que domina la enseñanza secundaria de este país ponen también todo su entusiasmo en esta perniciosa empresa[16]. Finalmente, nuestros centros de cultura superior, las universidades, corren el peligro de que se pervierta su vocación de libertad de investigación y expresión, que es la verdadera labor de la vida intelec-

[16] Ver sorprendentes ejemplos de lo que decimos en *Facts and Comments*, de Spencer, pp. 126-7.

tual. Una nueva especie de «obra piadosa» amenaza la libertad intelectual. Nuestras universidades ya no serán las sumisas defensoras de la ortodoxia religiosa, o de la ciencia represora, ni tendrán que deformar la historia ni conformar la filosofía a la medida de los intereses de la Iglesia y el rey. Los estudios académicos y sus profesores habrán de emplear los mismos métodos del pasado, aunque dirigidos ahora a un fin diferente. La filosofía, las ciencias naturales, la historia, la economía, la sociología, se utilizarán para levantar nuevas defensas que protejan los intereses creados de la plutocracia de los ataques de las masas desheredadas. Naturalmente, no creo que esta perversión vaya a destruir la labor educativa de las universidades, ya que los servicios que éstas prestan al «conservadurismo» pueden considerarse accidentales en la mayoría de los casos. Sólo en filosofía y en economía, si acaso, será pronunciada y penetrante la deformación, e incluso en esas especialidades pueden darse personalidades enérgicas e independientes que lo corrijan. Es, además, innecesario acusar de falta de honradez a los profesores que, por lo general, piensan y enseñan lo mejor que pueden. Sin embargo, no por eso deja de estar lo que se enseña controlado y dirigido cuando esa dirección y ese control son útiles para los círculos financieros que juegan con los intereses creados de la vida académica. Nadie que estudie la historia de la teoría política y económica a lo largo del siglo pasado dejará de ver que la selección o el repudio de ciertas ideas, hipótesis y fórmulas, su concreción en determinadas escuelas y tendencias de pensamiento y su propagación por el mundo intelectual han sido, claramente, obra de las presiones de los círculos clasistas. La muestra más evidente de lo que decimos la encontramos en la economía política, como podía esperarse a la vista de su estrecha relación con los negocios y la política. La economía «clásica» fue, en Inglaterra, la fórmula con que quiso protegerse, sin apenas disimulo, lo que convenía a las clases mercantiles y manufactureras frente a los intereses de los terratenientes, por un lado, y de los trabajadores, por el otro. Esta fórmula dio origen, en años posteriores, a otras teorías económicas «proteccionistas» o «socialistas» que, igualmente, tenían su origen en intereses seccionarios.

Las tres preguntas claves para descubrir la realidad de un sistema educativo son las siguientes: «¿quiénes enseñan?, ¿qué enseñan?, ¿cómo enseñan?» Cuando la creación y el sostenimiento de las universidades dependen del favor de los ricos, de la caridad de los millonarios, la respuesta a esas tres preguntas tiene que ser, necesariamente, la siguiente: «profesores moralmente sanos que, imparten doctrinas sanas, con métodos sanos (es decir, ortodoxos)». El poco fino proverbio de que «el que paga manda», tiene tanta aplicación en este terreno como en los demás, y no debemos dejarnos convencer por frases altisonantes respecto a la dignidad de la vida académica o a la honestidad intelectual.

Muy pocas veces se ataca directamente la libertad intelectual, aunque lo mismo en Estados Unidos que en Canadá se han dado casos de la más brutal caza de brujas. El verdadero peligro está en el nombramiento más que en la expulsión de profesores, en la selección de las asignaturas que habrán de impartirse, en la importancia relativa que tendrá que darse a cada una de ellas, y en qué libros de texto y demás instrumentos didácticos deberán usarse. La sumisión, incluso de nuestras más antiguas universidades, a la jerarquía social y al dinero ha sido tan evidente, y la necesidad de ayuda económica para crear nuevas facultades está siempre tan presente en la mente de los responsables de la vida académica, que el peligro antes señalado se agranda sin cesar. Al que hay que temer más no es al conformista, sino al inconformista: una universidad que tenga la mala suerte de que entre sus profesores haya uno que, al explicar cuestiones vitales de economía política, enseñe verdades clara y profundamente hostiles a los intereses de los grupos a los que suele recurrirse en busca de ayuda económica, está perdida sin remedio. La enseñanza superior nunca ha podido autofinanciarse. Casi nunca se ha organizado totalmente con fondos estatales. En todas partes ha vivido parasitariamente de la munificencia de los ricos. El peligro que la amenaza es tan obvio que no necesita más aclaraciones: la mano que puede brindar ayuda y protección es también la que pone grilletes a la libertad intelectual de nuestras universidades, y lo hará, cada vez más, mientras no nos demos cuenta de que la enseñanza superior debe financiarse con fondos públicos.

El espectro del peligro que nos amenaza es mucho más amplio que el del mero imperialismo, porque ocupa todo el campo de los intereses creados. No obstante, si el análisis que hemos realizado en los capítulos anteriores es acertado, el imperialismo constituye la vanguardia defensora de esos intereses. Para los círculos financieros y especuladores, el imperialismo es un medio de fomentar sus negocios privados con el dinero del contribuyente; para los fabricantes y exportadores, una manera de ampliar, por la fuerza, los mercados extranjeros, con la correspondiente política proteccionista; para los funcionarios y las profesiones liberales, grandes oportunidades de conseguir prestigiosos y lucrativos cargos; para la Iglesia, una forma de ejercer su autoridad y su control espiritual sobre una gran multitud de pueblos inferiores; para la oligarquía política, la única manera eficaz de desviar la energía del movimiento democrático y, asimismo, la posibilidad de hacer una gran carrera política en la ostentosa y espectacular empresa que es la creación de imperios.

A la vista de lo que antecede es inevitable que el imperialismo se afane por buscar apoyo intelectual en nuestras sedes del saber, y que utilice los elementos vitales del sistema educativo para sus propios fines. El millonario que hace una fundación en Oxford no compra a sus sabios de forma directa, y ni siquiera tiene que indicar lo que debe enseñarse. Las presiones del imperialismo son tan eficaces que, en la práctica, cada vez es más difícil que a especialistas con la orientación intelectual de un John Morley, un Frederick Harrison o un Goldwin Smith se les dé una plaza de catedráticos de historia, o que un especialista en economía política que esté firmemente convencido de la necesidad de establecer ciertos controles para regular el capital, consiga una cátedra de economía. No se necesitan exámenes o pruebas formales para seleccionar a los candidatos; con el instinto de autoconservación financiera es suficiente. El precio que pagan las universidades por preferir el dinero y la posición social a la prestancia intelectual, a la hora de elegir a sus rectores, y por andar solicitando a los millonarios que les regalen equipo para las nuevas facultades de ciencias, es este sometimiento a los intereses políticos y financieros de sus protectores. La filosofía, la historia, la economía, y hasta la biología tienen que reflejar, tanto en sus teorías como en sus métodos, el natural respeto al mecenazgo; y el que esta deferencia hacia sus protectores sea inconsciente no hace más que agravar el mal que se infringe a la causa de la libertad intelectual.

De esta forma, las fuerzas industriales y financieras del imperialismo, utilizando a los partidos políticos, a la prensa, a la Iglesia y al sistema educativo, moldean la opinión pública y la política mediante la idealización de esas tendencias primitivas que empujan al hombre a la lucha, a dominar a los demás y a acumular riquezas, tendencias que han sobrevivido a lo largo de los muchos años de orden y paz que ya dura la era industrial, y que necesitan ser reavivadas para que el imperialismo pueda realizar su empresa de agresión, expansión y explotación violenta de las «razas inferiores». Para los hombres de negocios y los políticos, la biología y la sociología brindan teorías apropiadas de luchas raciales que sirven para justificar el sometimiento de los «pueblos inferiores», de manera que nosotros, los anglosajones, podamos apropiarnos de sus tierras y vivamos de su trabajo. La teoría económica viene a confirmar la validez de nuestra postura, presentando nuestras actividades para vencerlos y gobernarlos como la parte que nos corresponde dentro del plan de división del trabajo entre las naciones. Y la historia inventa razones para demostrarnos que las enseñanzas que pueden desprenderse de los imperios del pasado no son aplicables al nuestro, y la ética social nos pinta las motivaciones del «imperialismo» como el deseo de poner sobre nuestros

hombros «la carga» de educar y civilizar a esas razas «infantiles». Estos son los argumentos con que las clases «cultas» o semicultas se imbuyen de la sublimidad intelectual y moral del imperialismo. A las masas se las encandila de una forma algo más vasta, con el culto al héroe y a la gloria teatral, el espíritu de aventura y de deporte. La historia contemporánea se falsifica y maquilla con burdos afeites para suscitar en el pueblo instintos belicosos. De todos modos, aunque se utilizan diversos métodos, unos sutiles e indirectos, otros burdos y llamativos, de lo que se trata siempre es de provocar y manipular las brutales ansias de dominio que están siempre latentes en la humanidad civilizada, con vistas a poner en práctica una política que acarrea beneficios monetarios para una minoría de intereses creados en comandita, que usurpa la denominación de bien común para sí.

Capítulo 11
EL IMPERIALISMO Y LAS RAZAS INFERIORES

I

Con frecuencia suele decirse que la labor expansionista del imperialismo está prácticamente terminada, pero ello no corresponde a la realidad. Es cierto que la mayoría de las razas «atrasadas» están sometidas de un modo u otro a las potencias civilizadas, sea a título de colonias, protectorados, «hinterlands» o esferas de influencia. En la mayor parte de los casos, este hecho es, más bien, el comienzo de un proceso de «imperialización» que la consolidación definitiva de un imperio. El crecimiento intensivo del imperio, en el que tiene lugar un mayor y más estrecho control gubernamental sobre las esferas de influencia y los protectores, es una fase tan peligrosa del imperialismo como el crecimiento extensivo, que consiste en el sometimiento de nuevas áreas de territorio y nuevos pueblos.

La famosa frase, atribuida a Napoleón, de que «los grandes imperios mueren de indigestión» sirve para recordarnos la importancia de la etapa imperialista que aun queda por cubrir tras haberse completado el proceso preliminar de «expansión». Durante los últimos veinte años del siglo XIX, Gran Bretaña, Alemania, Francia y Rusia se han medio atragan-

tando con grandes bocados de Africa y Asia que aún no han podido ni masticar, ni digerir ni asimilar. Por lo demás siguen existiendo grandes zonas cuya independencia, si bien amenazada, se mantiene incólume [1].

Hay en Asia extensos países que, como Persia, el Tibet, Siam y Afghanistan, están apareciendo en el primer plano del horizonte político, cada vez con mayor probabilidad de generar un conflicto armado entre las potencias europeas que aspiran a sojuzgarlos. A los dominios turcos de Asia Menor, y quizá de Europa, les aguarda un lento e inestable proceso de absorción. El reparto que, en el papel, se ha hecho del Africa Central está infestado de posibilidades de conflicto. La entrada de Estados Unidos en la palestra imperial supone que también entra en ella prácticamente toda la América Latina, porque no es razonable suponer que las naciones europeas que están instaladas y poseen formidables intereses económicos en América del Sur vayan a cruzarse de brazos y a dejar que todo ese territorio quede bajo la protección especial o la absorción definitiva de Estados Unidos que, por otra parte, ha abandonado su coherente aislacionismo y se ha lanzado a la lucha por el imperio en el Pacífico.

Además, y por debajo de todo esto, va apareciendo China. No es probable que la tregua y la indecisión de las potencias continúe, ni que los gigantescos y evidentes riesgos que supone perturbar al enorme continente chino, que alberga fuerzas incalculables, sean suficientes para disuadir durante mucho tiempo a los grupos de logreros de empujar a sus respectivos gobiernos por la resbaladiza senda de los tratados comerciales, los arriendos, las concesiones mineras y de ferrocarriles, cosas que entrañarán una intervención política cada vez mayor.

No es mi propósito examinar aquí la maraña de problemas políticos y económicos que cada uno de los casos mencionados presenta, sino simplemente mostrar que la política del imperialismo moderno no está ultimada, no ha hecho más que empezar, y que no consiste prácticamente en otra cosa que en las rivalidades de los imperios por dominar a las «razas inferiores» que habitan en territorios tropicales y subtropicales, o a otros países ocupados por razas manifiestamente inasimilables.

Al preguntarnos por los sanos principios que han de inspirar a la política nacional en este terreno, puede que, al principio, pasemos por alto las importantes diferencias que deben condicionar nuestra conducta respecto a países habitados por lo que parecen ser razas claramente mal

[1] Me permito recordar al lector que esta afirmación y las que siguen correspondían a la situación existente a principios de siglo.

dotadas y atrasadas, países cuya población muestra capacidad para superar rápidamente su bajo nivel actual, y países como India y China, en los que existe una vieja civilización muy elevada, y que difiere en gran medida de la que caracteriza a las naciones europeas.

Antes de preguntarnos por la política que sería conveniente emplear en cada uno de estos casos, vamos a intentar ver si existen principios generales que puedan orientar nuestras relaciones con los países ocupados por pueblos «inferiores» o atrasados.

Sería perder el tiempo considerar como principio general el mero *laissez faire.* Además de no ser viable dadas las fuerzas que hoy actúan en la vida política, tampoco puede mantenerse, en último término, por razones puramente éticas.

Promulgar como ley absoluta el principio de que «la autonomía de todas las naciones es inviolable» no nos sirve para mucho. El nacionalismo absoluto no es hoy más viable dentro del concierto de las naciones que el individualismo absoluto dentro de una determinada nación. Hoy se admite casi universalmente que existe un cierto grado de internacionalismo práctico, lo que supone una cierta «cortesía entre las naciones» y un cierto sentido del «deber» y del «derecho» en sus relaciones. El derecho al autogobierno, que la doctrina de la autonomía implica, no podrá tener validez ética o legal ante las otras naciones más que si existe alguna organización internacional real, por rudimentaria que sea.

Hasta a los más acérrimos defensores de los derechos nacionales les será difícil afirmar que las personas que ocupan de hecho una determinada zona de la tierra, o poseen control político sobre ella, están autorizadas para hacer lo que les venga en gana con lo que es «suyo», sin tener para nada en cuenta las consecuencias que directa o indirectamente puedan producir sus acciones en el resto del mundo.

Hay casos que podríamos llamar extremos, en los que una política nacional determinada incide directamente en el bienestar de un Estado vecino, como ocurriría, por ejemplo, si un pueblo situado en la parte alta del cauce de un río, como el Nilo o el Níger, lo contaminara o desviara de forma que produjera peste o hambre en la parte baja del curso, perteneciente a otra nación. Muy pocos, por no decir nadie, serían los que, en este caso, negarían el derecho a intervenir desde fuera. Pongamos otro ejemplo, un caso en el que no se trata de acciones de un país que afectan a otro directamente. Supongamos que el hambre, una inundación o cualquier otra catástrofe priva a un pueblo de los medios de subsistencia que necesitaría para seguir viviendo en su propio territorio; al otro lado de sus fronteras existen abundantes terrenos de otra nación, que no se

utilizan, ¿pueden, en justicia, rehusar los gobernantes de ésta última que entren o se establezcan en ella, porque no tienen otra alternativa, sus vecinos? Se trate de individuos o de naciones, todo el mundo convendrá en que la necesidad no sabe de leyes; lo que, rectamente interpretado, significa que el derecho a la autoconservación está por encima de todos los demás derechos, puesto que es condición previa para que éstos aparezcan y puedan ejercerse.

Esto nos sitúa en una especie de plano inclinado de inferencias lógicas, tal y como, hábilmente, han hecho Mr. Kidd, el profesor Giddings y los imperialistas «fabianos», que nos lleva al punto central de la cuestión, porque justamente exagerando este argumento del derecho de los necesitados, se llega a encontrar justificado el que las naciones «civilizadas» controlen los trópicos. Las razas europeas se han desarrollado con un nivel de civilización material que está basado en gran parte en el consumo y uso de alimentos, materias primas y otros productos procedentes de los países tropicales. La industria y el comercio que trabajan con estos bienes son de vital importancia para que la civilización occidental se conserve y progrese. El importante papel que desempeñan en nuestras importaciones productos tan típicamente tropicales como el azúcar, el té, el café, el caucho, el arroz y el tabaco, indica hasta qué punto dependen de los trópicos países como Gran Bretaña. Y es más, en parte como consecuencia del mero crecimiento de la población en los países de clima templado, y en parte como consecuencia del aumento del nivel de vida, las naciones templadas dependerán cada vez más de las tropicales. Para atender a las crecientes necesidades de Occidente será preciso trabajar una extensión cada vez mayor de territorios tropicales; el cultivo ha de ser cada vez mejor y más regular, y las relaciones comerciales con los mismos, pacíficas y eficaces. Pero la facilidad de la vida en los trópicos engendra indolencia y apatía en sus habitantes, y por ello «no progresan». Ni desarrollan la industria a un ritmo que sea aceptable, ni se crean nuevas necesidades o apetencias cuya satisfacción les obligue a trabajar. Las motivaciones y métodos habituales del libre comercio no nos sirven para satisfacer la creciente demanda de mercancías tropicales. Los nativos de los trópicos no fomentarán por sí mismos y voluntariamente los recursos naturales de la zona.

«Si examinamos las estructuras sociales de los indígenas del Oriente tropical, el primitivismo del Africa Central, la situación de las islas de las Indias occidentales, a las que Gran Bretaña ha ayudado en el pasado a transformarse en Estados modernos, o lo que ocurre hoy en la república negra de Haití, o en la Liberia moderna en el futuro, la conclusión que sacamos parece ser la misma en todos los casos, a saber: que los recursos

de los trópicos no se desarrollarán mientras los indígenas sean regidos por sus propios gobiernos»[2].

No podemos permitir, se afirma, que esas tierras queden estériles. Tenemos el deber de hacerles desarrollados para bien de la humanidad. El blanco no puede «colonizar» dichas zonas, es decir, asentarse en ellas y desarrollar sus recursos naturales con el trabajo de sus propias manos. Lo único que puede hacer es organizar y supervisar el trabajo de los nativos. De esta manera podrá enseñar a los indígenas las técnicas industriales y fomentar en ellos el deseo de progreso material y moral, haciendo surgir en ellos esas nuevas «necesidades» que en todas las sociedades constituyen el fundamento de la civilización.

No cabe duda que los argumentos que hemos transcrito en defensa de este particular punto de vista tienen mucha fuerza, no sólo a nivel económico, sino también a nivel moral. Son argumentos, por otra parte, que no pueden desecharse aludiendo a los evidentes y tremendos abusos que esta política podría ocasionar. No obstante, esta postura implica dos tipos de intervención en la vida de otros pueblos, que requieren justificación. Llegar a un territorio y aprovechar los recursos naturales que allí permanecen sin explotar es una cosa, y otra muy distinta forzar a los indígenas a que los desarrollen. Lo primero es fácilmente justificable porque no supone otra cosa que aplicar —a mayor escala— un principio cuya justicia y utilidad se reconoce y aplica en la mayoría de las naciones civilizadas. Ahora bien, es mucho más difícil de justificar la intervención en la existencia de pueblos que prefieren un nivel de vida bajo pero no trabajar mucho, para obligarles a trabajar más intensa o continuadamente.

He puesto los factores económicos en primer término porque, históricamente, son la *causa causans* del imperialismo, al que acompañan o al que siguen.

Al analizar las circunstancias éticas o políticas de la injerencia mencionada no debemos dejarnos ni arrastrar ni cegar por los que se dedican a censurar la evidente mala fe del evangelio imperialista que pregona la «dignidad del trabajo» y predica la «misión civilizadora», porque el verdadero problema consiste en determinar las circunstancias en las que está justificado, si es que lo está, el que las naciones occidentales recurran a medios coactivos de gobierno para el control y la enseñanza de técnicas industriales y cultura política a los pueblos que habitan en zonas tropicales y a las demás razas llamadas «inferiores».

[2] Kidd, *The Control of the Tropics*, (Macmillan & Co.), p. 53.

Si los que poseen minas en Rodesia o plantaciones de azúcar en Cuba animan a los Gobiernos británico o americano a que adopten políticas imperialistas, y los empujan a ello apelando a motivos o resultados por los que, en realidad, no se preocupan, no quiere decir ello que esas motivaciones, debidamente orientadas no sean dignas, ni que los resultados en cuestión no sean deseables.

Nada tiene de malo, sino muy al contrario, que las naciones que, como consecuencia de estar situadas en un medio geográfico más estimulante, han progresado más en ciertos conocimientos industriales, políticos o morales, los transmitan a naciones que estén más atrasadas debido a sus circunstancias, para así ayudarlas a desarrollar tanto los recursos materiales de sus tierras como los recursos humanos de su población. Ni me atrevería a afirmar que sea absolutamente ilegítimo el utilizar en esta tarea algún tipo de «persuasión, de estímulo o de presión» (para citar una frase bien conocida) o, dicho más brevemente, alguna forma de «coacción». El hacer uso de la fuerza o la coacción no es, en sí mismo, educar, pero puede ser la condición previa para que se ponga en marcha el proceso educativo. En todo caso, los que aconsejan la utilización de algún modo de compulsión para educar o para gobernar a los miembros de una nación, no podrán encontrar fácilmente razones para oponerse al empleo del mismo sistema para que las naciones adelantadas civilicen a las atrasadas.

Si aceptamos que las técnicas del «progreso», o algunas de ellas, son comunicables, cosa que parece indiscutible, no pueden existir derechos innatos en un pueblo a negarse a recibir las enseñanzas obligatorias que precisa para pasar de la infancia a la madurez, dentro del concierto de las naciones. A primera vista parece que sería válido establecer una analogía con la forma en que se educa a los niños, sin que los peligrosos abusos que puedan cometerse en la práctica sean suficiente causa para invalidarla.

Lo que de verdad importan son los motivos, las salvaguardias y los métodos que se empleen. ¿En qué circunstancias puede una nación ayudar a otra a desarrollar sus recursos, o incluso utilizar algún tipo de coacción para forzarla a que los desarrolle? Esta pregunta, aunque pueda resultar un tanto abstracta, es la más importante de todas las cuestiones prácticas que tiene planteadas la actual generación, porque no hay duda alguna de que, a lo largo de este siglo y en muchas partes de nuestro planeta, el desarrollo mencionado tendrá lugar y que, legítima o ilegítimamente, se ejercerá cada vez más dicha coacción. El objetivo práctico más importante de nuestro país es explorar y desarrollar, por todos los métodos que la ciencia pueda hallar, los recursos naturales y humanos del globo que aún permanecen ocultos.

La posibilidad de que las naciones blancas de Occidente abandonen una empresa en la que ya llevan andado tanto camino es impensable y no nos pararemos a considerarla. El objetivo supremo de los hombres de Estado con espíritu científico y previsión del futuro ha de ser procurar que este proceso de desarrollo acontezca de tal forma que suponga un beneficio para la civilización mundial, y no una terrible *débâcle* en la que las razas esclavizadas se rebelen y aplasten a sus degenerados y parasitarios amos blancos.

II

A los que dicen que todo consiste en proclamar el «*laissez faire,* cada uno en su casa, que los pueblos no industrializados fomenten sus recursos con la ayuda que tengan a bien solicitar o contratar, sin verse perturbados por el importuno y arrogante control de naciones extranjeras», basta con responderles que lo que ellos proponen es, sencillamente, inviable.

Si los gobiernos legalmente constituidos de las potencias civilizadas renunciaran a esta tarea, surgirían enjambres de aventureros, de negreros, de comerciantes piráticos, de buscadores de tesoros y de usufructuarios de concesiones, que, impulsados por el mero ansia del oro o del poder, se dedicarían a una explotación sin control alguno gubernamental, y sin tener en cuenta para nada las consecuencias que sus actos tendrían en el futuro. Gentes que harían estragos en las instituciones morales, políticas y económicas de los pueblos no desarrollados, que llevarían a ellos los vicios y enfermedades de las naciones civilizadas, que les venderían bebidas alcohólicas y armas de fuego porque serían los artículos de más fácil aceptación, que fomentarían la guerra de aniquilación entre los nativos para conseguir sus propios fines políticos e industriales, y que hasta implantarían sus propios sistemas de gobierno despótico apoyándose en fuerzas armadas profesionales. No hace falta recordar los tiempos de los bucaneros del siglo XVI, en los que un «nuevo mundo» se ofrecía al saqueo de los viejos caballeros españoles o ingleses, que competían con sus respectivos gobiernos en la empresa espoliadora más gigantesca que recuerda la historia. Nos basta con mencionar el caso muy reciente de Samoa, de Hawai y de las varias decenas de islas del mar del Sur para ver que en estos momentos en que los mares son caminos abiertos a todos, no hay territorio, por remoto que sea, que pueda escapar a la invasión de las naciones «civilizadas» representadas precisamente por sus miembros más osados y degradados, atraídos por el olor de los frutos fáciles y rápidos de la rapiña. No puede evitarse el contacto

de las razas blancas con las «inferiores», y este contacto será tanto más peligroso y perjudicial para éstas cuanto menos controlados y autorizados estén los aventureros por sus respectivos gobiernos. Poco a poco se han ido conociendo todos los horrores cometidos en el Estado Libre del Congo por el más gigantesco caso moderno de explotación privada, llevada a cabo por aventureros. Por otra parte, al haberse entregado vastas zonas de Africa a las Compañías con Carta de Privilegio para que éstas las gobernasen prácticamente como quisieran, se ha puesto de manifiesto por todas partes los peligros que encierra basar en los negocios privados las relaciones entre razas[3].

Abandonar así a los pueblos atrasados a los riesgos de la explotación privada —se dice con razón— supone un bárbaro incumplimiento de nuestro deber colectivo ante la humanidad y ante la civilización. No sólo significa convertir a los trópicos en presa fácil de los que constituyen la escoria de las naciones civilizadas, sino que engendra graves peligros para el futuro, ya que, como consecuencia de las ambiciones políticas o militares de los gobernantes nativos, o importados, que manipulan el fanatismo religioso o los instintos belicosos de grandes hordas semisalvajes, podrían organizarlas militarmente de modo tan eficaz y disciplinado que la frase «peligro negro», o «peligro amarillo» cobrara un siniestro significado. El aislacionismo total no es hoy posible ni siquiera para la más remota de las islas. La autosuficiencia absoluta es ya tan inviable para una persona como para una nación. En ambos casos la sociedad tiene el derecho y la necesidad de salvaguardar sus intereses frente a las pretensiones nocivas del individualismo.

Por otra parte, aunque tiene alguna fuerza el argumento de que los pueblos atrasados podrían protegerse, y se protegerían, contra los abusos de los aventureros blancos si estuvieran seguros de que éstos no recurrirían a sus respectivos gobiernos en solicitud de ayuda o de venganza, la historia no nos da pie para creer que esta capacidad de autoprotección, por adecuada que resultara frente a las invasiones violentas, fuera a

[3] El gobierno de las Compañías con Carta de Privilegio no tiene por qué ser necesariamente malo en sus resultados directos. Es poco más que un despotismo privado que, por haber sido montado con vistas a conseguir beneficios económicos, resulta más inestable aún de lo que es habitual en aquél. Puede haber «directores-gerentes» escrupulosos y con visión de futuro, como sir G. T. Goldie, de la *Niger Company*, o carentes de escrúpulos y políticamente miopes, como Mr. Rhodes, de la *South African Chartered Company*. La tiranía incontrolada del director-gerente se ve con claridad en el testimonio del duque de Abercorn ante el Comité Sudafricano: «A. Mr. Rhodes se le ha conferido poder de decisión para hacer exactamente lo que le venga en gana sin consultar con el Consejo de Administración, al que sólo informa de lo que ya ha hecho.»

ser suficiente para acabar con los más insidiosos de los trucos mediante los cuales los comerciantes, los buscadores de tesoros y los aventureros políticos vierten su veneno en sociedades primitivas, como las de Samoa o Ashanti.

Hasta ahora hemos formulado dos principios; el primero, que no todas las intervenciones de las naciones blancas civilizadas en la vida de las «razas inferiores» son *prima facie* ilegítimas, y segundo, que dichas intervenciones no pueden confiarse sin peligro a las empresas privadas de los blancos. De la admisión de estos dos principios parece seguirse que los gobiernos civilizados *pueden* moralmente tomar a su cargo el control político y económico de las razas inferiores, o dicho en pocas palabras, que la forma característica del imperialismo moderno no siempre y en todas las circunstancias es ilegítimo.

Pero, ¿cuáles son las condiciones que lo hacen legítimo? Provisionalmente podríamos enunciarlas de la siguiente manera: la intervención en el gobierno de una «raza inferior» debe ir dirigida, primariamente, a promover la seguridad y el progreso de la civilización mundial, y no a servir los intereses particulares de la nación que comete la injerencia. La referida intervención debe ir acompañada de una mejora y elevación de los pueblos que son sometidos al control extranjero. Por último, la aplicación de estas dos condiciones que anteceden no debe dejarse al arbitrio o juicio de la nación que intervenga, sino que debe estar en manos de alguna organización que represente a la humanidad civilizada.

La primera de las condiciones mencionadas deriva directamente del principio de utilidad social, entendido en su sentido más amplio, es decir como sinónimo del «bien de la humanidad». Para enjuiciar la conducta de una nación con otra no podemos hallar una norma mejor. Aunque, como regla de política internacional, peque de imprecisión o tenga otros defectos, cualquier otra norma de menos amplitud sería, necesariamente, más imprecisa y más imperfecta. El que desde un punto de vista puramente legalístico se nos pueda objetar que aplicamos impropiamente el término «derecho» a las relaciones internacionales, puesto que no hablamos de forma alguna de «sanción» no invalida nuestro razonamiento. A menos que se esté dispuesto a volver a mantener a escala de las naciones la tesis, ya abandonada en casi todas partes a escala individual, de que el «egoísmo ilustrado» es la norma suprema de conducta, y a insistir en que cada nación debe hacer lo que en cada momento concreto convenga más a sus intereses particulares sin ninguna restricción —y que esta forma de actuar es la mejor garantía del progreso de la humanidad—, hemos de proponer como supremo ideal moral alguna concepción del bien del conjunto de la humanidad, considerada como un todo orgánico. No es necesario insistir en la analogía entre las relaciones mutuas de los individuos de una sociedad, y las de unas sociedades con otras dentro del concierto de las naciones, pues aunque ciertos cínicos estadistas de la moderna escuela de Maquiavelo puedan afirmar que los intereses concretos y tangibles de su nación representan su suprema guía de conducta, no han afirmado en serio que así se consiga el bien de la humanidad, sino sólo que este objetivo, más lejano, o no les interesa, o no significa nada para ellos. Cuando se adopta esta aptitud, carece de sentido cualquier estudio de principios generales capaces de «justificar» un tipo de conducta, dado que se descartan *ab initio* las ideas de «justicia» y de «justo». Con todo, las normas que aquí proponemos no serían rechazadas por ninguna escuela de pensadores políticos a los que se invitara a elaborar una ley general apropiada para las «razas inferiores». Nadie se atrevería a afirmar con el mismo convencimiento que tengamos derecho a sacrificar el bien de ninguna otra nación en particular, ni del mundo en general, para beneficiar los intereses de nuestro país.

En Inglaterra, desde luego, se aceptarían en todas partes como justificación fundamental del Imperio, las palabras de lord Rosebery de que el Imperio británico es «la más importante organización laica para hacer el bien que el mundo haya conocido». Lord Salisbury ratificó esta idea afirmando que «el curso de los acontecimientos, que yo preferiría llamar pasos de la Providencia, ha supuesto una llamada a nuestro país para que realice una labor en favor del bien y del progreso del mundo que ningún otro imperio ha hecho anteriormente». Por su parte, el arzobispo de Canterbury propuso una doctrina de la «cristiandad imperial» basada en los mismos supuestos. Puede, por consiguiente, deducirse en buena lógica, que todo acto de «imperialismo» consistente en la intervención por la fuerza en la vida de otros pueblos sólo puede justificarse si se demuestra que contribuye «a la civilización del mundo».

Asimismo, es cosa generalmente admitida a este respecto que los pueblos en cuya vida se interviene deben conseguir alguna ventaja como consecuencia de esa injerencia extranjera. A nivel puramente teórico, y si aceptáramos que la lucha biológica por la existencia, en su sentido más estricto y rudimentario, es el único o el principal instrumento de progreso, podría parecer permisible utilizar la represión e incluso la extinción de una nación atrasada y retrógrada para establecer en su lugar otra más eficiente, socialmente hablando, y más capaz de utilizar los recursos naturales de nuestro planeta para beneficio del conjunto de la humanidad. Por el contrario, si admitimos que en los niveles más altos del progreso humano se tiende constantemente a reemplazar la batalla aniquiladora

entre los individuos y las especies por la batalla por perfeccionar el medio natural y moral, y que, para dar con eficacia esta batalla, se requiere poner fin a antagonismos de tipo más primitivo, y que haya una creciente solidaridad en los sentimientos y las actitudes de toda la humanidad, descubriremos dos importantes verdades. Primera, que la «expansión» de las razas más «adelantadas» para apropiarse de una parte cada vez mayor del globo ya no es tan «necesaria» como antes parecía, porque el progreso se materializará en el plano cualitativo, y habrá un cultivo más intenso lo mismo de los recursos naturales que de los recursos humanos. La supuesta necesidad natural de discriminar a las «razas inferiores» es consecuencia de una concepción miope, estrecha y puramente cuantitativa del progreso humano.

La segunda verdad es que los servicios que al progreso humano presta la nacionalidad en cuanto medio de educación y autodesarrollo resultarán desde dicha perspectiva de tan suprema importancia que nada que no sea la pura e ineludible necesidad de autodefensa justificará la extinción de una nación. Dicho en pocas palabras, será preciso admitir que «le gran crime internationnel est de détruire une nationalité»[4]. Incluso los que no conceden tanta relevancia al factor de la nacionalidad convendrán en que una sana y prudente norma de conducta consiste en afirmar que la injerencia en la libertad de otra nación quedará justificada si de ella resulta alguna ventaja para la nación en que se interviene, y que, por ello, queda en situación de inferioridad. Y esto porque, por un lado, parece natural que al mejorar el nivel de vida y las circunstancias de la nación en que se interviene, resultará beneficiada la causa general de la civilización; y, por el otro, porque la máxima que ve a la persona humana como un fin en sí misma y exige que la gobernación del Estado se justifique demostrando que la coerción que ejerce sirve, en realidad, para ampliar la libertad de aquellos a los que gobierna, es también aplicable al grupo social más amplio que forman las naciones. Sin llevar más lejos de lo conveniente la analogía entre las personas y las naciones como organismos, hay buenas razones para afirmar que la intervención imperialista en la vida de una «raza inferior» debe justificarse mostrando que, de verdad, redunda en beneficio de la raza sometida. Esta afirmación de Mr. Chamberlain, que no es un sentimental, resulta un *locus classicus* al respecto: «Nuestro gobierno sobre países [indígenas] sólo estará justificado si podemos mostrar que aumenta el bienestar y la prosperidad de dichos pueblos.»

[4] M. Brunetière, citado en *Edinburgh Review,* abril de 1900.

La defensa moral del imperialismo se basa normalmente en la afirmación de que efectivamente se cumplen las dos condiciones descritas, es decir, que, como consecuencia del control político y económico que las «razas superiores» imponen a las «inferiores», se favorece la civilización del mundo en general, y el bienestar de las razas sometidas en particular. Lo que nunca dejan de hacer los imperialistas británicos para defender la expansión territorial es citar los servicios que se han prestado a la India, a Egipto, a Uganda, etc., y añaden que las posesiones o dependencias en las que la presencia británica no produce resultados tan beneficiosos, hubieran ido mucho peor si se las hubiera dejado a su suerte, o se las hubiera confiado a alguna otra potencia europea.

Antes de analizar la validez práctica de esta postura y los hechos especiales que determinan y cualifican la tarea de «civilizar» a otras razas, hemos de señalar la pega fundamental que presenta esta teoría del «imperialismo»: que no se cumple la tercera de las condiciones comentadas anteriormente. En efecto, ¿podemos confiar en que el honor, el espíritu cívico y la intuición de las razas rivales en la competición imperial las harán subordinar sus particulares intereses y fines a los objetivos más amplios y generales de humanidad, y al bienestar de todas y cada una de las razas que tienen sometidas a su control?

Nadie sostiene la existencia de una armonía natural tan perfecta que haga que cualquier nación, al perseguir la consecución de lo que a ella, en particular, le importa, sea «conducida» como «por una mano invisible» para que adopte una línea de conducta que, necesariamente, favorezca los intereses de todos y, concretamente, de las razas sometidas a su autoridad. ¿Qué garantías pueden, por consiguiente, existir en la práctica de que se cumplen las condiciones necesarias para un imperialismo sano? ¿Habrá alguien que sostenga que el interés particular de la nación que se expande anexionando otros territorios no es el móvil principal, por no decir el único del imperialismo? Parece razonable suponer, en principio, que habrá muchos casos en que los intereses concretos de una nación en expansión estarán en conflicto con los de la civilización mundial, y que en esa situación se preferirá hacer lo que convenga a dicha nación. Lo que no resulta razonable, desde luego, es tomar como prueba de la realización de las condiciones que debe reunir un imperialismo sano el *ipse dixit,* no comprobado ni investigado, de una parte interesada.

III

Aunque es cosa admitida que el progreso de la civilización mundial es la única razón moral que puede justificar la injerencia en la vida política de las «razas inferiores», y que la única evidencia válida de que se da ese progreso está en la educación política industrial y moral de la raza sujeta a esta injerencia, resulta que no se conocen nunca las condiciones verdaderas en las que se lleva a cabo dicha «misión».

En la actualidad hay una serie de incoherencias en este campo. Cada nación imperialista reclama el decidir por su cuenta cuáles son las razas inferiores a las que tomará bajo su protección, o acuerda con dos o tres potencias vecinas el reparto, de una inmensa zona de suelo africano en esferas de influencia. Por otra parte, la civilización impuesta nunca es resultado de un verdadero esfuerzo por entender, para potenciarlas y dirigirlas, las fuerzas que, de modo abierto o latente, empujan el progreso de esa raza, sino que es una civilización importada de Europa en forma de técnicas industriales, de instituciones políticas concretas y de dogmas religiosos no pensados ni creados para la raza en cuestión, y que, por tanto, le son extraños, y en la que, sin embargo, se implantan. Es bien sabido que, en cuestiones políticas, se sacrifica el progreso al orden, y ambas cosas al rápido crecimiento de empresas comerciales lucrativas o a la mera ansia de expansión territorial. Los repetidos enfrentamientos armados de las naciones blancas por el derecho a hacerse cargo de la «responsabilidad civilizadora» del hombre blanco en alguna nueva zona del mundo, las empresas comerciales, que procuran arrebatarse unas a otras un nuevo mercado, y hasta los misioneros, que compiten, según sus sectas y nacionalidades, por «nuevos campos de misión» y utilizan la intriga política y la fuerza armada para respaldar sus pretensiones concretas, son interpretaciones curiosas de la teoría sobre la «labor en pro de la civilización»[5].

Es evidente que esta política egoísta carece de lo que es esencial en toda labor benéfica, es decir, que el «benefactor» represente con honradez a todas las partes interesadas y que sea responsable ante algún organismo judicial del fiel cumplimiento de los términos de esa labor. De otro modo, ¿cómo podría garantizarse que el encargado de ello no va a abusar

[5] De *The Times*, del 24 de febrero de 1902: «Hong-Kong, 22 de febrero». «Han regresado los misioneros alemanes que escaparon tras haber sido destruida por los chinos la casa misional de Frayuen. Se informa desde Cantón que el obispo francés tiene la intención de proteger a los nativos que destruyeron el centro misional alemán. Las primeras noticias decían que los católicos sentían hostilidad contra los nativos protestantes, pero parece que los agresores utilizaron la denominación de católicos como un subterfugio. Si el obispo sale en su defensa, va a complicarse bastante la situación de las misiones de Kwang-tung.»

de su poder? El conocido hecho de que la mitad de las fricciones existentes entre las naciones europeas son consecuencia de que todas quieren dirigir «la labor en pro de la civilización» y gobernar a las «razas inferiores» y sus posesiones, es un mal indicio tanto de la sinceridad que profesan como de su capacidad moral para cumplirla. No tiene por qué parecer cinismo el que desconfiemos grandemente de este enorme interés que todos los países parecen tener en cargar con la responsabilidad de los demás.

El apelar al deber o a la misión civilizadora para justificar la agresión, la anexión o la imposición de un gobierno por la fuerza sólo podrá aceptarse probando que el que así habla está autorizado por un organismo que represente auténticamente a la civilización mundial, ante el cual es responsable, y, además, que tiene capacidad para realizar tal empresa.

Dicho en pocas palabras, mientras no exista un consejo internacional genuino que encargue a una determinada nación civilizada la tarea y el deber de educar a una «raza inferior», el reclamar esa labor es un descarado acto de autoafirmación. Se puede dudar de que tal consejo sea viable en el futuro inmediato, pero, hasta que se cree, es mucho más honrado que las naciones expansionistas confiesen que sus ambiciones políticas o sus necesidades comerciales, y no «empresa» civilizadora alguna, son la verdadera causa de que quieran proteger a las razas inferiores. Aunque las relaciones internacionales hubieran alcanzado un mayor desarrollo, y aunque el movimiento comenzado en la Conferencia de La Haya se hubiera concretado en la formación de un organismo rector permanente, que representara a todas las potencias y al que pudieran referirse no sólo las diferencias que se produjeran entre las naciones, sino también la asignación de esta labor «civilizadora», toda esta cuestión seguiría siendo muy vidriosa. Seguiría existiendo el grave peligro de que hubiera «potencias» que, autoatribuyéndose la posesión exclusiva de la «civilización», condenaran a un sometimiento nocivo e injusto a pueblos que precisaran la libertad para progresar, causando desajustes en el mundo, tales como un desarrollo lento, la aparición de disturbios o la creación de instituciones odiosas. Dejando a un lado estos fundados temores, existiría también el riesgo de que ciertas naciones decidieran establecer una oligarquía y que, so pretexto de luchar por la civilización, terminaran por vivir parasitariamente de las «razas inferiores», encargándolas, «para su propio bien», las labores más duras y serviles de la industria, y asignándose las naciones oligárquicas los honores y los emolumentos del gobierno y de la superintendencia.

El análisis diáfano de las tendencias actuales[6] indica, ciertamente,

[6] Se refiere al período en que se estaba escribiendo este libro, es decir, a 1903.

que el peligro más grande y más grave del futuro inmediato es que se llegue a una convivencia del tipo indicada entre las naciones más poderosas. La serie de tratados y acuerdos entre las principales potencias europeas empezando por la Conferencia Africana de Berlín de 1885, que estableció las normas para una «división amistosa» del territorio de Africa occidental, y el tratado similar de 1890, que fijó los límites de la usurpación del Africa oriental por parte de Inglaterra, Alemania e Italia, reflejan sin duda una auténtica mejoría de las relaciones existentes entre las potencias europeas, pero sus objetivos y métodos dejan muy mal parada la teoría de la empresa civilizadora. Si a la atención prestada a Africa se añade la dispensada a China, donde las potencias europeas actuaron conjuntamente en «interés de la civilización», el futuro se presentará aun más amenazador. Si bien la protección de los europeos fue la finalidad que se colocó en primer término, y obligó a las diversas naciones que intervinieron a adoptar una verdadera política común durante un breve lapso de tiempo, en cuanto esta meta inicial fue alcanzada aparecieron claramente las motivaciones divergentes y más profundas de los distintos países. Toda la historia de las relaciones europeas con China en la época contemporánea es poco más que una burla de la teoría de que estamos comprometidos en la civilización del Lejano Oriente. Las expediciones piratas para imponer intercambios comerciales a una nación cuyo único principio de política exterior era librarse de los extranjeros, y que culminaron en una guerra cuyo propósito era obligar a que se aceptara el opio de la India; la forma en que se ha correspondido a la generosa hospitalidad que durante siglos se ha concedido a los misioneros pacíficos, es decir, con insultos sin motivo a las instituciones políticas y religiosas de aquellas gentes; el haberles obligado a hacer «concesiones» políticas y comerciales como castigo a algunos actos espasmódicos de represalia; el permutar deliberadamente el asesinato de misioneros por la apertura de nuevos puertos para el comercio, por territorios en Kiao Chow o por nuevas zonas del Yang-Tse para los barcos mercantes británicos; la mezcla de amenazas, halagos y sobornos que Inglaterra, Rusia, Alemania, Francia y el Japón pusieron en práctica para lograr concesiones ferroviarias o mineras especiales, de acuerdo con estipulaciones que excluían o perjudicaban los intereses de los demás; el que los obispos y los misioneros católicos se hayan arrogado autoridad política, y el altanero y extendido uso por su parte del llamado derecho de «extraterritoriedad», en virtud del cual reclaman inmunidad ante las leyes del país no sólo para sí mismos, sino para los que llaman sus conversos y protegidos, son hechos todos que ponen claramente de manifiesto la falta de base histórica para pretender que la política exterior de la cristiandad, o de las naciones que la componen, está inspirada y regulada por ideas y principios de una empresa civilizadora común. Lo que la historia contemporánea nos muestra continuamente es la rivalidad egoísta, materialista y miope de las naciones europeas, alternando, a veces, con la confabulación. En las ocasiones en que se ha adoptado una política internacional común a llevar a cabo con las «razas inferiores», ésta ha tenido más de «transacción» financiera que de empresa moral.

Es muy probable que esta pauta de las «transacciones» financieras se convierta en algo tan frecuente y sistemático en el mundo de la política como en el del comercio, y que los tratados y las alianzas que tengan por objeto el gobierno y la explotación industrial de los países ocupados por las razas inferiores constituyan en el futuro inmediato un internacionalismo burdo y eficaz.

Ahora bien, esta forma de actuación política deja de cumplir dos aspectos importantes de esa genuina empresa civilizadora, que sería la única cosa que podría justificar moralmente el que las «razas inferiores» estén sometidas al control de las naciones «civilizadas». En primer lugar, la asignación de una esfera de interés o un protectorado a Inglaterra, Alemania o Rusia obedece, fundamentalmente, a razones de conveniencia de esos países, ya sea por motivos de contigüidad y por otras ventajas, y no a que se hayan sopesado imparcialmente sus aptitudes específicas para la labor civilizadora. Si, por ejemplo, las potencias europeas hubieran tenido auténtico deseo de llevar la civilización occidental a China para el bien de ésta y del mundo en general, hubieran fomentado la influencia del Japón en aquel continente, en lugar de imponer su propio occidentalismo, ajeno a aquellos pueblos. Pero no hay cuidado de que nadie confíe al Japón este cometido, porque lo que preocupa a todas las naciones son sus intereses comerciales del momento y su prestigio político.

En segundo lugar, ningún gobierno persigue como verdadera meta de su política la civilización de las «razas inferiores», ni siquiera entendida ésta de acuerdo con las corrientes aceptadas en Occidente. Hasta en los lugares en que el buen orden político está establecido y asegurado, como Egipto y la India, la meta confesada y la fórmula universalmente aceptada del éxito son los beneficios económicos inmediatos. Lo que se persigue primordialmente con el gobierno político del país sometido es el desarrollo rápido, seguro y eficaz de sus recursos naturales, explotados con mano de obra nativa y bajo dirección blanca. Se afirma y se cree que este sistema es beneficioso tanto para los nativos como para el comercio de la potencia explotadora y del mundo en general. Puede que sea cierto que los indios y los egipcios están hoy mejor, y no sólo en términos económicos sino también de justicia, que antes de estar sometidos a nuestro

régimen autocrático. Hasta puede ponerse en nuestro haber que muchos de nuestros gobernadores y funcionarios hayan mostrado cierta preocupación desinteresada por el bienestar de las razas confiadas (por nosotros mismos) a nuestra protección. Pero nadie podrá defender sinceramente que nosotros, ni ninguna otra nación cristiana, gobernemos a esas «razas inferiores» de acuerdo con los mismos nobles principios que profesamos y que a veces aplicamos al gobernarnos. Me estoy refiriendo no a métodos, sino a fines de gobierno. Por otra parte, aunque en los Estados europeos más progresivos y en sus propias colonias las consideraciones económicas ocupan un lugar muy destacado, no agotan el presente y el futuro de la vida política; también se tienen en cuenta allí los factores no-económicos, las cosas que contribuyen a ampliar los horizontes educativos y culturales de la vida humana y la dinámica del autogobierno, mediante el cual se genera el progreso tanto en el desarrollo del individuo como del grupo social. Todos estos aspectos son considerados esenciales para el crecimiento sano de una nación. Y no son menos esenciales en el caso de las razas inferiores, por lo que exigen más atención y más práctica. La principal acusación que puede hacerse contra el imperialismo en relación con las razas inferiores es que ni siquiera aparenta aplicar a éstas los principios de educación y progreso que pone en práctica en su propio país.

IV

Si nosotros o cualquier otra nación considerara, de verdad, como un deber suyo el cuidado y la educación de una «raza inferior», ¿cómo deberían hacerlo? Habría que procurar situar a dicha raza en el lugar que le correspondiera dentro de la historia natural del hombre, y para ello sería preciso estudiar su religión, sus instituciones y hábitos políticos y sociales, aprender su lengua y su historia, y esforzarse por comprender su mentalidad actual y su capacidad de adaptación. De forma análoga, mediante el estudio detallado del país en que viviera, y no sólo de sus recursos agrícolas y mineros, se podría establecer una idea objetiva de su entorno. En una segunda fase, mostrando una actitud amistosa hacia los nativos, procurando merecer su confianza, y no permitiendo que las empresas privadas intentaran explotar prematuramente las minas, conseguir concesiones o menoscabar de alguna otra forma dicha actitud desinteresada, deberíamos esforzarnos por ser sus asesores. Aun en el caso de que fuera necesario imponer la autoridad en alguna medida, sólo en último término debería recurrirse al uso de la fuerza, y el primer objetivo tendría que ser entender y promover el libre juego de todas las fuerzas internas conducentes al progreso que descubriéramos.

La finalidad que perseguiría una política progresista de ayuda civilizada sería, por consiguiente, fomentar el desarrollo natural del autogobierno y de la industria, de acuerdo con las circunstancias tropicales.

Y una vez expuesto lo que debería hacerse tenemos que preguntarnos qué es lo que se ha hecho. Nadie, ni siquiera Gran Bretaña, que es la nación que, con gran diferencia, posee más extensos territorios imperiales, ha intentado adoptar en ninguna parte esta actitud científica y desinteresada de procurar conocer sistemáticamente a las razas que gobierna[7]. Las publicaciones de la Sociedad de Protección de los Aborígenes, y el informe del Comité de las Razas Indígenas, referentes a Africa del Sur, ponen de manifiesto la enorme cantidad de cosas que faltan por conocer y la necesidad de emprender estudios sistemáticos de investigación que reemplacen a los trabajos desordenados y de escasa calidad que se han hecho hasta ahora[8]. Es natural que se hayan producido estas deficiencias. Los pioneros blancos de esos países pocas veces están cualificados para realizar el trabajo preciso. Por otra parte, la actitud del comerciante, del soldado o del viajero profesional suele ser fatal para el estudio sobrio y desinteresado de la vida humana, y el misionero, que ha hecho mayores aportaciones a este respecto que el resto, no suele poseer la dosis de espíritu científico o de estudios científicos que se precisan.

Incluso los conocimientos que ya poseemos se utilizan escasas veces para orientar y dirigir la forma en que gobernamos a las razas nativas. Ha habido, es cierto, síntomas de una nueva actitud inteligente en algunos lugares de nuestro imperio. Administradores como sir George Grey, lord Ripon y sir Marshall Clarke han mostrado intuición y saber en la puesta en marcha de experimentos esmerados de autogobierno. Los tipos de protectorado que se han utilizado en Basutolandia y el país de Khama, en Africa del Sur, la restauración del gobierno indígena en la provincia de Mysore, y el cuidado con que hemos procurado abstenernos de intervenir en la política interna de los Estados feudatarios de la India, constituyeron otros tantos signos de una política más progresista e inteligente.

[7] La creación, en memoria de miss Mary Kingsley, de una Sociedad Africana para el estudio de las razas de aquel continente fue un paso en la dirección apropiada.

[8] No es nuestra intención menospreciar la excelente labor realizada por la Sociedad y el Comité mencionados. Han manejado bien y con exactitud los materiales que poseían. Lo que echamos tanto de menos son trabajos de investigación.

En particular, el rumbo de las teorías liberales respecto al gobierno de la «razas inferiores» estaba sufriendo un cambio notable. La tesis de que no existe más que un único sistema racional, justo y sano de gobierno adecuado para todos los hombres de todas las clases y circunstancias, es decir, representado por electivas las instituciones representativas de Gran Bretaña, y de que nuestro deber era imponer esta sistema tan pronto como fuera posible y con el menor número posible de modificaciones a las «razas inferiores», sin tener para nada en cuenta su historia pasada y sus aptitudes y sentimientos presentes, ha tendido a desaparecer en nuestro país. Sin embargo, se ha seguido atacando al impetuoso imperialismo norteamericano, pueblo del que se ha dicho burlonamente que «creen que Estados Unidos tiene la misión de mandar civilización 'en latas' a los paganos». Empieza a admitirse que hay muchos caminos que conducen a la civilización y que, por causa de las grandes diferencias ambientales y raciales, no se pueden trasplantar apresuradamente instituciones extrañas a las sociedades nativas sin tener antes en cuenta la continuidad y la vigencia de las organizaciones y estructuras que existen en ellas. Estas nuevas ideas auténticamente científicas y humanas están empezando a concretarse en la petición de que las razas inferiores de nuestro Imperio tengan mayor libertad para su autodesarrollo, y de que el gobierno imperial se limite a intervenir para proteger a dichas razas de sus enemigos exteriores, y para mantener el buen orden interno.

Una verdadera política «imperial» se encuentra bien reflejada en el caso de Basutolandia, a la que se protegió en 1884 de los planes agresivos de la Colonia de El Cabo que obedecían a las demandas de los empresarios privados.

Ejercían el gobierno imperial británico, en esta ocasión, un comisionado y varios magistrados británicos que se ocupaban de los hechos que perturbaban gravemente el orden, y un pequeño cuerpo de policía nativa al mando de oficiales británicos. Para todo lo demás se conservaban las viejas instituciones económicas y políticas: el gobierno estaba en manos de jefes o caciques que dependían de un jefe supremo, sometido al control informal o a la influencia de la opinión pública mediante una asamblea nacional; la administración ordinaria, que consistía principalmente en la asignación de tierras y la jurisdicción ordinaria estaban en manos de los jefes locales.

«Ya en 1855 Moshesh prohibió hasta el 'olor' de los hechiceros y ahora las autoridades británicas han acabado con las más nocivas y repugnantes de las ceremonias practicadas por los cafres. Por lo demás, intervienen lo menos posible en la vida de los nativos y dejan al tiempo, a la paz y a los misioneros la labor de ir civilizando gradualmente a aquellas gentes.»

«Los europeos no pueden tener tierras y se necesita permiso hasta para abrir una tienda. No se explotan minas. No se permite la entrada de europeos que vayan en busca de minerales, pues la política de las autoridades ha sido que el país sea para los nativos, y nada alarma más a los jefes que ver a esos personajes especuladores que pronto les dejarían sin nada, si se les autorizara a quedarse»[9].

Estas frases indican cuál ha sido el camino por el cual la mayor parte de nuestras actividades imperialistas se han alejado del ideal de «la empresa civilizadora».

El mayor y, en último término, el más importante de los conflictos de Africa del Sur es el originado por las discrepancias entre la política de Basutolandia y las de Johannesburgo y Rodesia, porque es justamente allí donde nos encontramos con la diferencia que existe entre un imperialismo «sano», dedicado a la protección, la educación y el autodesarrollo de una «raza inferior», y el imperialismo «insano», que pone a estas razas en manos de colonialistas blancos, quienes las explotan económicamente, las utilizan como «herramientas vivientes», y a sus tierras como lugares donde puede haber minas u otros tesoros.

V

No podemos ignorar el hecho de que el imperialismo «más sano» apareció viciado, en sus orígenes históricos, en la mayor parte de nuestro planeta. Las dos principales motivaciones del imperialismo temprano fueron el ansia de «tesoros» y el comercio de esclavos.

El oro, la plata, los diamantes, los rubíes, las perlas y otras joyas, que son las formas más duraderas y portátiles de riqueza y con las cuales los hombres, en una única y azarosa aventura y gracias a la fortuna, al fraude o a la violencia podían enriquecerse súbitamente, han sido la causa que, desde los días de Tiro y Cartago, han puesto en marcha las principales empresas exploradoras, tanto privadas como nacionales, y han sentado las bases del sojuzgamiento de las razas de color por la raza blanca. Desde Ofir, Golconda y el Orinoco hasta Ashanti, Kemberley, Klondike, el Transvaal y Mashonalandia se repite siempre la misma historia: a los metales preciosos se añadieron pronto el estaño y el cobre como origen de otras aventuras comerciales, más próximas y menos azarosas. Por su parte, la mecanización de la industria que han presenciado las últimas

[9] Mr. Bryce, *Impressions of South Africa*, p. 422.

generaciones ha hecho ascender las minas de carbón y hierro a la categoría de tesoros dignos de captura y explotación por parte de las naciones civilizadas. No obstante, el oro sigue siendo el dramático centro de gravitación del imperialismo.

Pero junto a las citadas motivaciones, e incluso con mayor amplitud, aparece el deseo de conseguir suministros de esclavos o siervos como mano de obra. El primer tráfico en el tiempo, el que ha prevalecido en más lugares y el más lucrativo de toda la historia de la humanidad, ha sido el tráfico de esclavos. Las formas tempranas de expansión imperial se proponían menos la ocupación permanente y el gobierno de países extranjeros que la captura de grandes sumas de esclavos para mano de obra, que eran luego enviados al país de los vencedores. El primitivo imperialismo de los Estados griegos y de Roma estuvo dirigido en gran parte por este mismo motivo. Ni los griegos ni los romanos solían establecerse permanentemente en los países bárbaros que conquistaban, sino que se contentaban con tener sobre ellos el control militar y jurídico necesarios para garantizar el orden y el pago de tributos y, una vez conseguido esto, se dedicaban a llevarse a sus países gran número de esclavos para utilizarlos como mano de obra. Las ciudades griegas se dedicaban principalmente a actividades marítimas, a la industria y al comercio. A los esclavos que adquirían con sus transacciones con el Este o en el interior de Escitia y Tracia los ponían a trabajar en los barcos o en los muelles, en las minas y en las ciudades, como artesanos o peones. Roma, capital de un Estado agrícola, utilizaba sus esclavos según «el modelo de las plantaciones». Como consecuencia de los trabajos forzados de esta mano de obra barata, los campesinos eran desalojados del campo y llevados a Roma, donde subsistían gracias principalmente a las instituciones de caridad pública, que eran sufragadas con los tributos procedentes de la conquista de países extranjeros[10].

Y bien, en su relación con las «razas inferiores», el imperialismo moderno continúa aplicando, en esencia, el mismo modelo. Los métodos utilizados son distintos, la avaricia está ahora atemperada por motivos diferentes y más humanos, pero, en el fondo, se trata del mismo fenómeno. Siempre que los blancos de «razas superiores» se han encontrado con salvajes de las características físicas adecuadas, o con razas inferiores dueñas de tierras que contenían riquezas minerales o recursos agrícolas, les han obligado, cuando han tenido suficiente poder para ello, a trabajar para beneficio de los nuevos amos, fuera aplicando el esfuerzo de las

[10] Cf. Mr. Gilbert Murray, en *Liberalism and the Empire*, páginas 126-129 (Brimley Johnson).

razas inferiores a sus propias tierras, fuera induciéndolas a trabajar por una exigua recompensa o, en otros casos, llevándolas para utilizarlas como esclavos o criados a otros países donde su trabajo pudiera ser utilizado de modo más provechoso. La primera etapa del imperialismo suele consistir en recurrir a la fuerza imperial para obligar a «las razas inferiores» a realizar operaciones comerciales. China nos ofrece el ejemplo clásico de los tiempos modernos a este respecto. En ella podemos ver toda la secuencia de acontecimientos que, pasando por los «tratados», los puertos de tratado, el control de las aduanas, los derechos de comercio interior, las concesiones de minas y ferrocarriles, lleva a la anexión y la explotación total de sus recursos naturales y humanos.

El tráfico de esclavos, es decir, capturar y llevarse a la fuerza a los indígenas de una tierra a otro país extranjero, casi ha desaparecido, en su forma más brutal, en las naciones occidentales (exceptuando el caso de Bélgica en el Congo), como tampoco se obliga ya a trabajar sus propias tierras, como esclavos, a las razas vencidas.

La orientación económica de la explotación industrial de las razas inferiores ha cambiado completamente, a causa de las circunstancias nuevas de la vida y la industria modernas. El cambio presenta dos hechos fundamentales. Por una parte, la situación legal de los esclavos ha cedido el puesto a la del trabajador asalariado[11]. Por la otra, lo más lucrativo que hoy puede hacerse con la mano de obra alquilada de las «razas inferiores» es dedicarla a la explotación y desarrollo de los recursos de sus propias tierras, bajo control y para beneficio de los blancos.

«En los tiempos antiguos el amo no se hubiera ido aunque hubiera podido de su propio país para poner a trabajar a libios o escitas en su tierra natal. Si salía de su nación no le era fácil volver. Prácticamente se convertía en un exiliado. En segundo lugar, no tenía suficiente potestad sobre los esclavos en el país de éstos. Si todos pertenecían al mismo grupo étnico y estaban todos en su territorio, podían rebelarse o escaparse. Y aunque ello pudiera evitarse si existía un gobierno fuerte, era mucho más fácil, en cualquier caso, que algunos esclavos huyeran, y esta posibi-

[11] En el protectorado británico de Zanzíbar y Pemba, sin embargo, la esclavitud existe todavía (en 1902) (a pesar del decreto de emancipación, del sultán, de 1897), y los tribunales británicos de justicia reconocen esa condición. Miss Emily Hutchinson, que colaboraba con la Friends' Industrial Mission, de Pemba, manifestó que la condición legal de esclavo había sido abolida en Zanzíbar y Pemba desde hacía cinco años. Todo el mundo, hasta los más interesados en que la liberación se llevara a cabo lentamente, estaba disgustado con la situación. De una población de esclavos estimada en 25.000 individuos en Pemba, menos de 5.000 habían sido liberados en aplicación del decreto. (Reunión Anual de la Sociedad contra la Esclavitud, 4 de abril de 1902.)

lidad era siempre muy tenida en cuenta. En la época moderna, la facilidad creciente de las comunicaciones ha permitido a los blancos marcharse a cualquier parte del extranjero sin sufrir realmente un verdadero exilio, y sin perder la posibilidad de volver a la patria cuando lo deseen. Comparados con lo que solía ser habitual en los tiempos antiguos, nuestros gobiernos son milagrosamente fuertes. Nuestras armas, de mayor eficacia, imposibilitan casi la rebelión. Consiguientemente, no se nos ocurre importar negros, culíes o polinesios a Gran Bretaña. Los trabajadores de nuestro país se opondrían furiosamente; pero, incluso en el caso de que este obstáculo pudiera salvarse, la gente de color perecería pronto en nuestro clima. Todas las circunstancias económicas aconsejan la explotación de la gente de color en su propio país»[12].

No obstante, hay que hacer importantes salvedades a esta conclusión en el caso de las colonias europeas. Si bien las naciones «imperiales» no llevan a las razas sometidas al mercado de mano de obra de la metrópoli, sí fomentan cada vez más el flujo de trabajadores de unas a otras de las tierras sojuzgadas a sus imperios. Está muy de moda la emigración con contrato de aprendizaje. La colonia británica de Queensland y la Nueva Caledonia francesa han recibido mano de obra de Polinesia; el comercio y la agricultura de Natal están, en gran parte, atendidos por «culíes» indios; trabajadores de China, con contrato de aprendizaje o sin él, se han ido desplazando hacia los establecimientos del estrecho de Malaca, hacia Birmania, Borneo, Nueva Guinea, hacia ciertas regiones de Australia, de América, de Oceanía y hacia el Africa tropical, lo cual nos ofrece un ejemplo sorprendente de la movilidad que proporciona el sistema chino de mano de obra con contrato de aprendizaje, que fue adoptado para la explotación de las minas del Transvaal. Es cierto, sin embargo, que la tendencia moderna predominante es que la gente de color trabaje en sus propios territorios o en alguna otra tierra vecina a cuyo clima y demás características naturales pueda adaptarse fácilmente.

De todas formas, la principal razón económica que aconseja seguir esta línea no es que los blancos estén más dispuestos ahora a permanecer en el extranjero durante algún tiempo, sino la creciente demanda de mercancías tropicales y el abundante excedente de capital que, procedente de los modernos países industriales, necesita ser invertido en cualquier lugar del mundo en que haya mano de obra barata y recursos naturales ricos en que ponerla a trabajar.

[12] Murray, *Liberalism and the Empire*, pág. 141.

Los antiguos se llevaban a su país a las «razas inferiores» porque podían beneficiarse mucho de su trabajo pero poco de sus tierras. A nosotros, los modernos, nos parece mejor que las «razas inferiores» exploten sus propias tierras para beneficio nuestro. La demanda de productos agrícolas tropicales, como arroz, té, azúcar, café, caucho, etc., iniciada como consecuencia de las transacciones comerciales, ha crecido tanto y tan rápidamente que ahora precisamos suministros mayores y más seguros de esas mercancías que los que puede proporcionarnos el comercio con razas poco disciplinadas. Tenemos que organizar la industria con técnica y capital occidentales, y crear nuevas fuentes de suministros. Igual ocurre con los enormes recursos minerales que contienen las tierras pertenecientes a las «razas inferiores»; el capital y la capacidad de explotar riquezas de Occidente exigen el derecho a descubrirlos y desarrollarlos. Esta es la actitud que se nos manifiesta con claridad en la historia del imperialismo, por oposición al fenómeno de la colonización. Las compañías comerciales fueron las primeras que establecieron relaciones organizadas con las «razas inferiores». Dichas compañías obtuvieron mediante carta de privilegio ciertos derechos a establecerse y a gobernar, pero como cosa secundaria respecto a su principal finalidad, que era la de realizar transacciones comerciales con los indígenas. Los pequeños asentamientos que se realizaron al principio se proponían fomentar el comercio, y no perseguían ni la expansión política ni la verdadera colonización del nuevo país. Esto es lo que ocurrió, incluso en el caso de América, con compañías como la *London Company*, la *Plymouth Company*, la *Massachusetts Bay Company* y la *Hudson's Bay Company*, si bien es cierto que pronto aparecieron otros motivos colonizadores. Los británicos entramos por primera vez en las Indias occidentales al establecer la *London Company* un centro comercial en Barbados. Los cimientos de nuestro gran imperio de Oriente los estableció la *East India Company* con sus operaciones comerciales, y Costa de Oro fue alcanzada por primera vez por la *Royal Africa Company*, en 1692. Las mismas finalidades movieron a Holanda y Francia; y los asentamientos tropicales y subtropicales que de sus manos pasaron a las nuestras posteriormente, estaban inspirados en su mayor parte por principios comerciales y regidos por un gobierno que declaraba abiertamente basarse en la explotación comercial[13].

A medida que nos aproximamos a los tiempos más recientes, nos encontramos con que la inversión de capital y la organización del trabajo

[13] Cf. Morris, *The History of Colonization*, vol. II, pág. 60, etc.

de los indígenas en sus tierras, técnica conocida con el nombre de «sistema de plantación», desempeñan un papel más importante en la política de las nuevas compañías. La *British North Borneo Company,* la *Sierra Leona Company,* la *Royal Niger Company,* la *East Africa Company* y la *British South Africa Company* ya no son fundamentalmente empresas mercantiles, sino que se dedican cada vez más al desarrollo y control de recursos agrícolas y mineros, utilizando mano de obra indígena bajo dirección de los blancos con vistas al suministro de los mercados occidentales. En la mayor parte del mundo, las motivaciones y actividades pura o claramente comerciales han constituido el núcleo del que ha surgido y crecido el imperialismo. Los primitivos asentamientos mercantiles se iban transformando en centros industriales, en torno a los cuales iban aumentado las concesiones de tierras y de explotaciones mineras, con lo que llegaban a ser asentamientos industriales importantes y fuertes que utilizaban su poder para conseguir más concesiones y para impedir o castigar que se infringieran los contratos o que se quebrantara el orden. Posteriormente cobraban mayor importancia los factores políticos y religiosos. El asentamiento mercantil originario adquiría un mayor carácter político y militar, el Estado tomaba, por lo general, las riendas del gobierno, desplazando a la compañía en este cometido, y lo que era un protectorado vagamente definido iba adoptando poco a poco la forma de una colonia. Este proceso evolutivo lo hemos visto ejemplificado en los casos recientes de Sierra Leona, de Uganda, y dentro de poco lo veremos en Rodesia.

VI

La historia real de las relaciones occidentales con las «razas inferiores» que ocupan las tierras en las que nosotros nos hemos establecido aporta, pues, curiosas ilustraciones a la teoría de la «empresa civilizadora». Cuando este establecimiento ha revestido las características de una colonización genuina ha solido llevar aparejado el exterminio de las «razas inferiores», fuera a consecuencia de la guerra o de las matanzas privadas, como en el caso de los bosquimanos australianos, los bosquimanos y hotentotes africanos, los pieles rojas y los maoríes, o como resultado de haberles obligado a aceptar los hábitos de una civilización igualmente destructiva para ellos [14]. Esto es lo que quiere significarse al decir que «las razas inferiores» tienden a desaparecer de modo natural cuando viven en contacto con «las razas superiores». Lo que hay de «natural» o «inevitable» en este fenómeno puede colegirse de la circunstancia de que sólo tienden a desaparecer aquellas «razas inferiores» que no pueden ser explotadas lucrativamente por los colonos blancos, sea porque son demasiado «salvajes» para trabajar en la industria o porque la demanda de mano de obra no las necesita.

Cuando las razas superiores se asientan en tierras en las que es lucrativo utilizar a las razas inferiores para los trabajos manuales de la agricultura, de las minas o de las labores domésticas, éstas no tienden a extinguirse sino a formar una clase servil. Esto no sólo ocurre en los países tropicales, en los que los blancos no pueden establecer verdaderas colonias, trabajar o criar a sus familias con seguridad y a satisfacción, y en los que los trabajos manuales duros, si es que existen, los tienen que hacer la «gente de color», sino incluso en aquellos países en que los blancos pueden establecerse, como en algunas zonas de Sudáfrica y en las regiones del sur de los Estados Unidos.

Comenzamos entrando en estos países por asuntos comerciales, y luego nos quedamos allí para explotarlos industrialmente, dirigiendo hacia nuestros lucrativos propósitos los trabajos forzados de las razas inferiores. Esta es la clase del imperialismo en lo relativo al control de estas razas: cuando no son exterminadas, se las obliga a cumplir los fines de sus superiores blancos.

La abolición legal de la esclavitud no quiere decir que hayan desaparecido las razones económicas que la hicieron surgir. Con esto no me refiero al problema general de en qué medida siguen presentes ciertos rasgos de esclavitud en el trabajo de los asalariados, sino a que el imperialismo fomenta y se funda en los «trabajos forzados», es decir, en un trabajo que los indígenas no realizarían si sus amos blancos no los obligaran a hacerlo personalmente, de forma directa o indirecta.

Hay muchos modos de «forzar» a trabajar.

Donde quiera que se plantee la cuestión de cómo desarrollar las tierras tropicales o subtropicales para fines agrícolas o mineros, se les presenta a los amos blancos la misma dificultad. El Informe del Comité Selecto de la Cámara de los Comunes, de 1842, relativo a la situación de

[14] Mr. Bryce (*Romances Lecture,* 1902, p. 32) dice: «En Hawai me dijeron que el descenso de la población nativa, de unas 300.000 personas en tiempos del capitán Cook a unas 30.000, aproximadamente, en 1883, había sido consecuencia, en gran parte, de haber reemplazado por casas de madera las antiguas tiendas de los indígenas, que, por estar recubiertas con hierba larga entretejida por los lados, tenían ventilación natural, y también del empleo de ropas, ya que los nativos, acostumbrados a no llevar más que un taparrabos, no veían la necesidad de cambiarlas o secarlas cuando las empapaba la lluvia.»

las Indias occidentales tras la emancipación de los esclavos, describe el problema de manera muy sucinta: «Los peones disfrutan de una situación que les permite vivir con comodidad y alcanzar la prosperidad sin que, en la mayoría de los casos, trabajen en las haciendas de los colonos durante más de tres o cuatro días a la semana, ni más de cinco a siete horas al día y, por tanto, no tienen estímulos suficientes para realizar una cantidad adecuada de trabajo.» La razón de que la cantidad de trabajo de los indígenas sea insuficiente (¿cuántos blancos hacen una jornada laboral diaria de cinco a siete horas en las Indias occidentales?) está en que consiguen salarios altos, y ello se atribuye «a las ventajosas condiciones en que los negros han obtenido el uso de las tierras». Dicho en pocas palabras, el Comité consideró que «la principal causa de las dificultades que ha habido ha sido la baratura de la tierra, y esta baratura es consecuencia natural del exceso de terrenos fértiles en relación con las necesidades de la población actual».

Los negros no trabajaban más que de cinco a siete horas al día, y bien pagadas, porque tenían la posibilidad de ganar lo que precisaban para vivir en fincas fértiles de su propiedad. Los amos blancos tropiezan con el mismo inconveniente en todos los sitios en que las razas inferiores poseen terrenos agrícolas suficientes para mantener su bajo e inalterable nivel de vida. Estas, o no quieren trabajar por salario alguno, o no realizan una jornada cuya duración se estime aceptable, o no están dispuestas a conformarse con salarios bajos.

«Dicho brevemente», escribe el profesor Ireland, «el problema es éste: ¿qué medios pueden utilizarse para inducir a los habitantes de los trópicos a trabajar de manera continua y regular, cuando la naturaleza es tan generosa en sus países que todas las ambiciones de aquellas gentes pueden satisfacerse sin trabajar muchas horas?» [15]

Sólo hay dos factores auténticamente económicos que pueden estimular una mayor afluencia de mano de obra al mercado del trabajo: uno es el aumento de la población, que haría más difícil obtener del suelo lo necesario para vivir. Otro, el acuciamiento de necesidades nuevas y la elevación del nivel de consumo.

Los dos factores citados pueden considerarse estímulos naturales y legítimos del asalariado, e incluso ejercen algún influjo en la mayor parte de los países tropicales, especialmente donde los colonos blancos se han apropiado gran parte de las mejores tierras. No tienen mucho efecto entre las razas «más inferiores», porque su población es siempre baja debido al elevado índice de mortalidad, agravada por las guerras y los infanticidios, y en ellas tardan mucho en aparecer necesidades nuevas. Sin embargo, en pueblos más progresivos, suelen ser bastante eficaces. Desgraciadamente, estas fuerzas naturales actúan lentamente y no pueden acelerarse mucho. Los empresarios blancos tienen prisa por explotar las riquezas del país para luego marcharse llevándose grandes y rápidos beneficios. El caso de Sudáfrica es prototípico. Allí, muchas razas bantús son susceptibles de aprender nuevas necesidades y están dispuestas a trabajar a jornal para satisfacerlas. Muchas de ellas, especialmente los basutos, tienen ya una excesiva densidad de población en las tierras que tienen reservadas y no ven inconveniente en marcharse lejos si el salario es alto. De todos modos, las exigencias de la enorme industria minera que, dentro de unos años, alcanzará proporciones gigantescas, no pueden esperar a que estos estímulos naturales dén sus frutos. Los propietarios de las minas quieren que la afluencia de mano de obra al mercado de trabajo aumente de una manera no natural. En consecuencia, se hacen esfuerzos frenéticos por registrar los continentes de Africa y Asia en busca de masas de trabajadores de Zanzíbar, árabes, culíes indios o chinos y, si ello no da resultado, por reemplazar los estímulos económicos naturales por varias formas veladas de coacción pública o privada.

[15] *Tropical Colonization*, p. 155 (The Macmillan Co.).

La modalidad más simple de dicha coacción consiste en que fuerzas armadas se dirijan a cada uno de los indígenas para «obligarles a que vengan», tal como podemos ver en los métodos de la *South Africa Chartered Company* antes de 1897, la cual, cuando los caciques no podían conseguir mano de obra, enviaba a la policía indígena para que fuera ella la que se encargara de «reclutar a los trabajadores»[16]. Prescindiendo de su carácter ilegal, nada hay que distinga a este sistema de la *corvée*, o trabajo forzado que, de manera legal, se impuso a los nativos de Natal, ni de la Ordenanza Obligatoria del Trabajo, aprobada por la Legislatura de la Costa de Oro en diciembre de 1895, que volvía a poner en vigor la antigua costumbre de que fuera «obligatorio para las personas pertenecien-

[16] Sir Richard Martin manifiesta en su informe su convicción de que «los comisarios nativos procuran, en primer lugar, obtener los obreros que necesitan por mediación de los consejeros tribales, o indunas, pero, si éstos no lo consiguen, recurren a la fuerza».

Howard Hensman, al defender la administración de la compañía en su *History of Rhodesia* (Blackwood & Sons), admite el hecho mencionado, y lo describe así: «En Rodesia, el indígena que se negara a trabajar» (p. e., por su salario) «era llevado ante los comisarios nativos y luego enviado a alguna mina o a alguna obra pública próxima. Se le pagaba un jornal que para él era muy elevado, se le proporcionaba comida y alojamiento y, al cabo de tres meses, se le permitía volver a su aldea o kraal, donde podía pasar el resto del año» (página 257).

tes a la clase obrera prestar sus servicios para la realización de obras de interés público, cuando fueran convocadas a ello por sus caciques u otros jefes nativos», y que facultaba al gobierno para obligar a los caciques a proporcionar todos los cargadores que resultaran necesarios para la proyectada expedición a Kumasi[17].

Cuando las motivaciones económicas normales fallan, se utiliza el sistema del servicio militar bajo una apariencia «civilizada» que le haga parecerse al método europeo de reclutamiento forzoso, y no sólo en las emergencias, como por ejemplo, en la expedición de Kumasi o en nuestra campaña de Sudáfrica, en las que se «procuró por todos los medios» conseguir mano de obra nativa en cualquier parte, sino incluso para reclutar trabajadores para las necesidades normales de la industria. El caso más claro a este respecto es el del Estado Libre del Congo, donde se procedió al reclutamiento forzoso de la población, teóricamente para fines de defensa pero, en realidad, para que trabajase para la *State and Chartered Company* en la industria del «caucho» y otras.

Como existen decretos vigentes que acuerdan «une protection spéciale aux noirs», y que precisan que «l'esclavage, même domestique, ne saurait être reconnu officialement», se ha creado un sistema de levas «voluntarias» y de «milicia» con el fin de reclutar obreros para «la creación de plantaciones y la realización de obras de utilidad pública». Existen numerosos testigos que han afirmado la exactitud de las palabras de míster Fox Bourne. «La 'force publique', con sus «agriculteurs soldats» y otras personas subordinadas a ella, se utiliza, cuando no tienen que participar en expediciones militares, como capataces de lo que en la práctica no son otra cosa que cuadrillas de esclavos, o como recaudadores de «tributos» que han de ser pagados por aquellos desafortunados aborígenes, a los que se les niega el derecho a vivir en su propio país sin pagar a alto precio este privilegio»[18].

En la medida en que «el trabajo forzoso» tiene el propósito de ser una forma de proporcionar ingresos al Estado, una especie de «impuesto en especie», no puede ser rechazado como esencialmente injusto u opresivo, sean cuales fueren los abusos a los que pueda dar lugar en la práctica. El impuesto equivale siempre a «trabajo forzoso», ya se recaude en dinero, en bienes o en servicios. Cuando este «trabajo forzoso» se limita a satisfacer las necesidades de un gobierno bien organizado y se impone de una manera justa y considerada, no implica una grave opresión. La

[17] Cf. H. R. Fox Bourne, *Whites and Blacks in South Africa*, p. 63.

[18] *Slavery and its Substitutes in Africa*, p. 11.

«servidumbre» que supone es la misma que encontramos latente en todas las formas de gobierno.

Pero el problema es muy diferente en aquellos casos en que el sistema fiscal y las regulaciones gubernamentales son prostituidas con objeto de que proporcionen beneficios comerciales, cuando las leyes que se aprueban, los impuestos que se cobran, y toda la maquinaria de la administración pública, se utilizan para obtener mano de obra abundante, barata, continua, eficaz y sumisa que luego explotan las compañías privadas o empresarios particulares que se dedican a la industria minera, agrícola, etc., para su propio beneficio.

Cuando los inmigrantes blancos llegan a un sitio en que «las razas inferiores» están en posesión de tierras ricas en recursos agrícolas, mineros, etcétera, sienten dos tentaciones. Ansían que las tierras sean de su propiedad y disponer de mano de obra nativa barata que las trabaje bajo su dirección y para beneficio suyo. Si los «nativos» son de muy baja calidad o es imposible adiestrarlos para que trabajen como sus amos quieren, han de ser o expulsados o exterminados, como ha ocurrido en el caso de los «nómadas inferiores», los bosquimanos de Australia y Sudáfrica, los *negritos*, bororos, veddahs, etc., e incluso de los indios de Norteamérica. La guerra, el asesinato, las bebidas fuertes, la sífilis y otras enfermedades civilizadas, son los principales medios de una destrucción que suele ocultarse bajo el eufemismo de «relaciones con una civilización superior». Una vez las tierras se ven libres de nativos, pasan a manos de los blancos, quienes han de trabajarlas ellos mismos o importar otra raza inferior que se las trabaje, como ocurrió con los esclavos que llegaron a Estados Unidos y a las Indias occidentales, o con los trabajadores que, con un tipo de contrato laboral fueron llevados a Natal, a la Guayana Británica, etc.

Sin embargo, en aquellos países en que es posible y lucrativo hacer trabajar a las «razas inferiores» en sus propias tierras, sea en la agricultura, en las minas o en servicios domésticos, el egoísmo impele a los blancos a practicar algún sistema de «trabajo forzado» para sus fines particulares. En la mayoría de los países tropicales y subtropicales, los nativos pueden ganarse la vida con relativa facilidad trabajando ellos y sus familias sus propias tierras, cosa que debe terminar si en lo sucesivo han de dedicar su jornada a ser asalariados de los amos blancos. En consecuencia, se ejercerán presiones al gobierno para que los indígenas no sigan viviendo de la tierra como hasta entonces. Sus tierras y, cuando se dedican al pastoreo, sus ganados son objeto de ataques.

La Ley de Torrens, en virtud de la cual se aplicó en 1852 la doctrina del «dominio de eminente interés» al sur de Australia, de tal forma que todo el país pasó a ser prácticamente territorio de la corona, ha supuesto

un precedente funesto, aunque no era malintencionada, y no sólo para las usurpaciones de los colonos británicos, sino para los abusos, aún más escandalosos, de los aventureros belgas en el Congo. Los exploradores y colonos blancos, valiéndose a veces de medios legales, y a veces de la fuerza o el fraude usurpan continuamente las tierras de los nativos que son fértiles o ricas en minerales, empujan a éstos hacia terrenos menos favorecidos, los amontonan en reservas, obstaculizan sus hábitos nómadas y hacen, por una serie de razones, más difícil para los indígenas ganarse la vida de la única manera que saben.

Un objetivo importante y corriente de esta política es inducir u obligar a los nativos a cambiar total o parcialmente, su antigua forma de vida, tribal, basada en las labores del campo, para que trabajen como asalariados. Las personas que no están al tanto de lo que pasa en la práctica creen que los blancos, al hacerse cargo de las tierras o de los derechos de explotación minera, o al contratar mano de obra, actúan de acuerdo con los métodos habituales de libre negociación.

Sin embargo, la historia contemporánea de Africa nos ofrece multitud de ejemplos de lo contrario.

No se conocen todavía con todo detalle las circunstancias de delincuencia y bribonería con que se engañó y engatusó a Lobengula para que cediera formalmente «derechos» que ni poseía ni entendía a la Compañía con Carta de Privilegio, pero sí se conocen los hechos fundamentales, que son muy sencillos y aleccionadores.

En las negociaciones de las razas superiores con las inferiores apenas si se conoce el «contrato libre», que supone decisión libre, conocimiento completo de todas las circunstancias de la operación y beneficios aproximadamente iguales para las dos partes que la realizan. Quien nos puede decir cómo se obtienen las concesiones comerciales y los tratados políticos es el comandante Thruston[19], que, en 1893, fue enviado a Uganda para negociar tratados. He aquí sus palabras:

«El coronel Colvile me había dado instrucciones para que ultimara un acuerdo con Kavalli, en virtud del cual tendría que acogerse a la protección de Gran Bretaña. Lo que tenía yo, en realidad, era un montón de tratados impresos, que tenía que hacer firmar al mayor número posible de personas. La firma en cuestión es una simpática farsa, que ha de obligar a los gobiernos extranjeros, y equivale a imponer la ocupación. El *modus operandi* es, más o menos, el siguiente: de repente aparece en una aldea de indígenas un europeo sucio y andrajoso, que en cualquier país civilizado correría el riesgo de ser detenido por la policía por vagabundo. Los nativos echan a correr, asustados, el europeo les grita que vuelvan y les muestra al mismo tiempo unos cuantos abalorios, que no valdrían más de un chelín. Después de algún tiempo, un indígena más valiente que el resto se presenta ante el blanco. Este le regala un hilo con abalorios y le dice que si viene el cacique le dará muchos más. En último término, la avaricia puede más que el temor, y el cacique viene y recibe sus regalos. El intérprete hace como si explicara el tratado al jefe. Este no se entera ni de una palabra, pero se muestra complacido porque le acaban de dar otro regalo de abalorios. El cacique y el intérprete trazan sendas marcas en el tratado impreso, el vagabundo, que afirma ser representante de un gran imperio, firma con su nombre. El jefe se queda con el papel, pero muestra indecisión porque toda la ceremonia le parece una escena nueva y, por consiguiente, peligrosa de brujería. El barco se va, y el nuevo aliado y protegido de Inglaterra o Francia echa inmediatamente el tratado al fuego.»

[19] *Personal Experiences in Egypt and Unyoro* (Murray).

Esta muestra de humor cínico y realista describe con aceptable exactitud el proceso formal de «expansión imperial» tal y como ocurre entre las razas inferiores. Y si éstos son los métodos que emplean los agentes políticos, ya se comprenderá que los que utilizan los traficantes y beneficiarios de concesiones privados no pueden ser mucho más escrupulosos. Ciertamente, el «protectorado político» y la «concesión de terrenos» van estrechamente unidos en la mayoría de los casos en que un aventurero, que lleva algún cargo militar o semioficial, traspasa las fronteras de un país salvaje, en la confianza de que su gobierno respaldará cualquier operación lucrativa que él consiga realizar.

Pero como, por lo menos en el caso de Inglaterra, la expansión política está subordinada, por lo general, a la explotación económica, cualquier tratado o concesión que conceda derechos para la explotación de tierras o minas tiene un valor muy escaso si no se dispone de mano de obra a la que se pueda controlar. Cercar los terrenos no suele ser suficiente, aunque facilita la oferta de trabajadores al hacer disminuir la extensión de suelo que los indígenas pueden utilizar libremente para la agricultura o el pastoreo. Para obligar a los obreros a «contratarse» como asalariados se ponen en práctica varios sistemas. El más sencillo, si se prescinde de la coacción directa, consiste en sobornar a los caciques de forma que éstos hagan valer la «influencia» que tienen en los demás miembros de la tribu. Este fue el método inventado por el filantrópico conde Grey con vistas a obtener mano de obra para las minas de Rodesia[20].

[20] «Proponemos que se dé un salario de cinco libras esterlinas al mes, y casa, a los grandes jefes, cuando hayan demostrado que podemos confiar en ellos... Los consejeros tribales

Esta negociación, ya se realice con el «cabecilla» o con los miembros de la tribu personalmente, es dirigida generalmente por agentes profesionales, que utilizan todos los trucos y engaños imaginables para inducir a los ingenuos nativos a que firmen un contrato laboral. En el caso de las minas del Transvaal el abuso había llegado a ser tan monstruoso que «había destruido el mercado laboral», y obligaba a los propietarios de las minas a ir cada vez más lejos en busca de mano de obra, e incluso llegó a obligarles a solicitar ayuda al gobierno para que sustituyera a los agentes privados de contratación por funcionarios responsables y debidamente autorizados. Lo mismo en las Repúblicas de los Boers que en la Colonia de El Cabo, la captura de tierras y mano de obra ha sido el principal motivo de los incidentes bélicos fronterizos que se han venido repitiendo sin cesar en la historia de Sudáfrica. Las usurpaciones de los boers o de los colonos británicos en territorios o reservas de los indígenas, o la aprehensión por alguna de las dos partes de ganado en terrenos fronterizos, han dado lugar a expediciones de castigo que, a su vez, han ocasionado más confiscaciones de tierras y más capturas de prisioneros; éstos, en un principio, eran retenidos en calidad de esclavos, y ahora son considerados mano de obra, sea a título de «aprendices» o de obreros con contrato de aprendizaje. El caso de Bechuanalandia, en 1897, nos proporciona un ejemplo útil. Un pequeño disturbio local, provocado por un subcacique indígena borracho a causa de una ofensa de muy poca monta, y en el que hubo resistencia armada por parte de unos cuantos cientos de cafres, sofocada fácilmente por un pequeño cuerpo de voluntarios armados, fue exagerado hasta convertirlo en una «rebelión», en un pretexto para desalojar a unos 8.000 nativos de las tierras que de modo «inalienable» les garantizaba la ley de anexión de Bechuanalandia de 1895, y sirvió de motivo para la confiscación de dicho territorio que pasó a estar ocupado por los británicos; se dispuso que el resto de la población (unos 30.000) fuera trasladado gradualmente de su lugar de asentamiento para darle «una extensión de suelo equivalente» en algún otro distrito. En el discurso que para presentar esta medida de confiscación, pronunció sir Gordon Sprigg en el Parlamento de El Cabo, dijo que se trataba de «una tierra de gran calidad, que, probablemente, se dividiría en granjas muy pequeñas que se entregarían a europeos para que hubiera un número considerable de ellos establecidos en aquella parte del país».

serán, entonces, responsables ante el gobierno de la conducta de sus pueblos.» En opinión del conde de Grey, ésta «es la mejor forma de asegurarse considerables ingresos para el futuro, concretados en impuestos, y de lograr un alto suministro de mano de obra para las minas» (*Times*, 28 de noviembre de 1896).

Nadie pretendió que la mayor parte de los que de esta forma se vieron desposeídos de sus tierras, o deportados, hubieran participado de forma probada en la «rebelión». La secuela de estos acontecimientos es muy importante. ¿Qué se hizo de las gentes a las que se había arrojado de sus tierras? Se les dio la alternativa de o ser procesados, «acusados de sedición», o «trabajar para la colonia con las condiciones y los salarios que el gobierno decidiera durante un período de cinco años». El gobierno, al hacer esta especie de chantaje legal, era muy consciente de lo difícil que sería probar en juicio que había existido «sedición» y, de hecho, en dos casos que fueron llevados ante los tribunales, el fiscal renunció a someter la causa al veredicto del jurado. La amenaza de juicio tenía el propósito de obligar a que se aceptara el «trabajo con contrato de aprendizaje» y, en la práctica, resultó que 584 hombres y una cifra tres veces mayor de mujeres y niños fueron puestos al servicio de granjeros coloniales, con salarios que iban desde diez chelines al mes para los hombres robustos, a siete chelines y seis peniques para las mujeres.

Con esta medida, los codiciosos colonos mataban dos pájaros de un tiro, ya que, por una parte, conseguían las tierras de los «rebeldes de Bechuana» y, por la otra, sus servicios como mano de obra [21]. No es necesario creer que los incidentes de este tipo se preparen de forma deliberada, porque, donde el sometimiento imperial de las razas inferiores adopta la forma de protectorado y el gobierno queda en manos de los nativos, es inevitable que se produzcan delitos de vez en cuando, disturbios locales que, intensificándolos mediante la represión precipitada o

[21] Los detalles de este asunto, que constan en *Blue-book* C. 8.797, son muy instructivos en lo referente a los disturbios de los nativos para el estudioso del imperialismo.

El inspector de los poblados indígenas, en su informe al respecto, afirma sin ambages: «Está claro que aquello no fue un levantamiento del pueblo de los mashowing, porque no fueron más de cien los nativos que participaron en la lucha de Kobogo.» Sin embargo, se confiscó todo el territorio de los mashowing, y toda la población fue tratada como rebelde.

Sólo unos 450 hombres fueron hallados en posesión de armas, pero, sin embargo, el número de hombres, mujeres y niños detenidos y deportados ascendió a 3.793, y 1.871 de ellos fueron puestos luego a trabajar en la colonia, con «contrato de aprendizaje». Siete octavas partes de los prisioneros eran mujeres, niños u hombres sin armas. Pero incluso de los hombres que fueron detenidos con armas en la mano, en el Langeberg, escribía sir A. Milner (5 de enero de 1898): «Me inclino a pensar que, en muchos otros casos, si los prisioneros hubieran optado por mantener una postura fuerte, hubieran existido las mismas dificultades (como en los dos casos que se llevaron ante los tribunales) para probar, con la evidencia que las leyes exigen, que existió traición. Es probable que, de los hombres que se rindieron en el Langeberg, algunos no hubieran combatido nunca, en absoluto, contra el gobierno, y que muchos otros lo hubieran hecho en contra de su voluntad. Probar un delito de traición a muchos de ellos hubiera sido, a mi forma de ver, una cuestión difícil» (página 48).

brutal, pueden convertirse en «rebeliones» y constituir un pretexto para confiscar tierras y obligar a los rebeldes desposeídos de sus terrenos a servir como «mano de obra».

Entre las tribus africanas, el punto más vulnerble es el ganado, que forma su más importante, y con frecuencia, su única riqueza. Una forma segura de provocar su hostilidad es perjudicarles en este aspecto. Al parecer, el conflicto bechuana surgió como consecuencia de la forma poco sensata en que se administraron las precauciones necesarias para atajar la peste bovina. La segunda guerra de Matabele, con sus asesinatos de colonos blancos, y todas las matanzas que, como represalia, tuvieron lugar, tuvo su origen directo en la apropiación de cabezas de ganado que pertenecían a las tribus, bajo pretexto de que todas las cabezas pertenecían al rey y, de esta forma, pasaban a ser propiedad de la Compañía con Carta de Privilegio. Como secuela de la primera guerra de Matabele, los colonos blancos robaron una enorme cantidad de ganado para llevarlo a las granjas que acababan de acotar en los terrenos que se habían apropiado. Una posterior amenaza de incautación en masa del ganado, aunque no llegó a realizarse completamente, fue el origen de la subsiguiente rebelión[22].

Estos ataques generalizados que se registran contra las tierras y los ganados de las razas inferiores, que provocan represalias a las que se contesta con la confiscación y el quebrantamiento de la primitiva vida tribal, arraigada a la tierra tienen como finalidad complementaria y conexa la provisión de mano de obra barata a los nuevos amos blancos, que la destinarán a la agricultura, a las minas o al servicio militar.

Por lo general, este sistema de reclutamiento presenta la apariencia de una contratación libre, un compromiso «voluntario» que se contrae por un período determinado y con unos salarios convenidos. La cantidad

[22] Esto es lo que dice un escritor de Rodesia, defendiendo la política británica: «A la vista de que Lobengula no permitía a sus seguidores poseer ganado más que por pura tolerancia, por decirlo así, todos los rebaños del país podían ser considerados propiedad del fallecido rey, y ésta fue la opinión que prevaleció en la *British South Africa Company*. El número de cabezas de ganado que existía por entonces en el país no era inferior, según las estimaciones, a un cuarto de millón de cabezas, y se ordenó a los consejeros tribales que hicieran conducir todas las reses de los distritos sobre los que ellos tenían control a Buluwayo. Algunos de estos consejeros satisficieron puntualmente esta petición porque la encontraban natural como consecuencia del resultado de la guerra, pero otros, especialmente los que no habían tomado parte en la contienda, se negaron a hacerlo y escondieron el ganado en lugares a los que no tenían acceso los comisarios nativos. Como no llegó el número de reses que se pensaba debía llegar, el gobierno ordenó a los comisarios nativos que reuniesen y mandasen una cierta cantidad de cabezas cada mes... Esta determinación resultó muy impopular entre los nativos». (*History of Rhodesia*, por H. Hensman, página 165).

de libertad que exista depende, en parte, de las coacciones que haya hecho el cacique por medio del cual se ultima, normalmente, la operación, y, todavía más, de si hay opción o no, y en qué medida, de ganarse la vida con el cultivo de la tierra.

Este último punto es de vital importancia para entender el hecho del «trabajo forzado». En cierta medida todo trabajo es «forzado» o «no libre» en todos aquellos sitios en que el «proletariado» no tiene la opción de ganarse la subsistencia trabajando el campo, como no la tiene la inmensa mayoría de la gente de Gran Bretaña y de otros países blancos. Lo específico del sistema del «trabajo forzado», tal y como aquí lo entendemos, es la adopción por parte de la raza blanca dominante de ciertas medidas legales cuya finalidad expresa es obligar a los nativos, a los que van destinadas, a abandonar las tierras que ocupan y de las que viven, para que trabajen al servicio del amo blanco y para beneficio de éste. Cuando el blanco confisca o se apropia de algún otro modo, tierras antes ocupadas por indígenas, lo que normalmente se propone es crear, como segundo objetivo, una fuente de suministro de mano de obra con los indígenas desposeídos. Esta forma de «forzar» se hace sistemática cuando el gobierno idea medidas expresamente para «obligar» a trabajar como asalariado.

VII

El método más simple a este respecto, la «esclavitud», está abolida por todas las naciones europeas. La *corvée,* variante utilizada en el Congo y antes en Rodesia, pocas veces se defiende o se justifica públicamente. Sin embargo, la adopción de diversos sistemas de coacción gubernamental para obligar a los indígenas a trabajar al servicio de un amo particular es cosa generalmente admitida por los «colonialistas» y respaldada por los hombres de Estado imperialistas. Los impuestos son un instrumento clave para conseguir esta coacción indirecta. Nada tiene de arbitrario el que se imponga a los nativos algún tipo de impuesto o capitación para ayudar a sufragar los gastos del gobierno, siempre que se cuiden las valoraciones fiscales y la forma de cobrarlas, y se tengan debidamente en cuenta las fluctuantes circunstancias económicas de pueblos agrícolas que sólo disponen de mercados pequeños y utilizan poco el dinero. Sin embargo, no es raro que los impuestos se empleen para desposeer a los nativos de sus tierras, para forzarles a trabajar a jornal e, incluso, para empujarlos a la insurrección, a la que luego siguen numerosas medidas de confiscación.

Los levantamientos que se dieron en 1898 en Sierra Leona dejan ver claramente la índole de esta política nociva. El pasaje que citamos a continuación, del informe del comisario especial, sir David Chalmers, es interesante. Sus conclusiones en lo tocante a las causas de la insurrección se resumen de esta forma:

«Los impuestos y las medidas que se tomaron para su puesta en práctica fueron las causas iniciales de la insurrección. Las contribuciones iban en contra de las costumbres y sentimientos de los habitantes. Un gravamen que tiene carácter perentorio y se repite con regularidad carece de precedentes en sus costumbres y tradiciones. El Gobierno inglés no ha proporcionado hasta la fecha ventajas que hagan aceptar de buena gana una carga que resulta extraña y ominosa. Había la extendida creencia de que se trataba de una forma de quitarles su derecho a su país y a sus propiedades»[23]. «La magnitud del impuesto es más alta de lo que la población, tomada en su conjunto, puede pagar, y las disposiciones que responsabilizan primariamente a los caciques de que se cobren determinadas sumas tan pronto como se soliciten, no son viables.» «La forma que prevén las leyes de obligar a pagar los impuestos, probablemente no conseguirá sus fines si los contribuyentes no pueden o no quieren satisfacerlos.» «La repugnancia que inspiraba la contribución fue intensificada grandemente por el modo repentino, tajante y duro en que se procuró ponerla en práctica, y esto se refiere no sólo a los actos de los policías nativos, sino a todo el plan adoptado por las autoridades coloniales.»

Sir D. Chalmers sintetiza con esto todas las quejas, bien conocidas, contra los impuestos monetarios establecidos por gobiernos blancos, fuertes y caros de mantener, para gravar a las míseras razas «indígenas». Cuando el gobierno blanco es bueno, resulta costoso, y por eso la contribución tiende a ser elevada. Por otra parte, la correspondiente cantidad fija ha de ser satisfecha con los fondos que proporcionan industrias muy fluctuantes y, como han de pagarse en metálico, las familias o tribus que no alcanzan más ingresos que los puramente necesarios para la subsistencia, se ven obligadas a buscar mercados para sus bienes o su trabajo. Además, como tienen que ser las autoridades nativas las que recauden

[23] Miss Mary Kingsley entiende que esta «extendida creencia» estaba justificada: «Se ha dicho que la guerra de los impuestos de Sierra Leona fue un 'motín de la India en pequeño', pero los que inventaron la frase no parece que supieran la gran verdad que habían dicho. Estos ataques contra la propiedad que suponen los impuestos directos son para el africano una traición por parte de Inglaterra, ya que desde el principio ha asegurado repetidas veces a los nativos que no tenía intención alguna de quitarles sus territorios, y cuando se siente con fuerza suficiente para ello, quebranta sus promesas y empieza a hacerlo, o al menos así lo entienden los africanos». (*West African Studies*, p. 372; Macmillan & Co.)

las contribuciones, aparecen, de modo natural, las exacciones, la corrupción y la crueldad. Pero cuando sir D. Chalmers pone realmente el dedo en la llaga es cuando alude a «la extendida creencia de que se trataba de una forma de quitarles su derecho a su país y a sus propiedades»[24].

Esta idea de obligar a los nativos a pagar impuestos en metálico cobra una nueva importancia cuando la demanda de mano de obra indígena es grande y en aumento. No pueden ganar dinero más que como asalariados; por tanto, se crea un sistema de tributación directa, por choza, por cabeza, o por trabajo autónomo. Como hemos visto, en todos los lugares en que hay un gobierno libre y popular existe la tendencia a subordinar los impuestos directos a los indirectos. Sólo el «imperialismo» prefiere gravar con impuestos directos a la clase trabajadora. Pero, sin embargo, no es partidario de un sistema general de imposición directa aplicable por igual a blancos y negros. Los impuestos directos a que nos referimos aquí no gravan más que a las razas «sometidas».

En Sudáfrica, el fin que persiguen abiertamente las tributaciones no es recaudar fondos, sino obligar a los nativos a trabajar. Ni en la Colonia de El Cabo ni en Natal están muy desarrollados los impuestos por choza o trabajo autónomo, porque la destrucción de la primitiva vida tribal y su sustitución por la vida de familia individual, con su correspondiente economía, ha fomentado el trabajo asalariado y ha proporcionado, hasta ahora, suficientemente mano de obra a estos países, fundamentalmente agrícolas, escasamente poblados por colonos blancos, en los que hay sólo un distrito, el de Kimberley, que genere una demanda centralizada de mano de obra nativa considerable. Sólo cuando los campos de diamantes se encontraron con dificultades para contratar trabajadores nativos y los jornales subieron, sólo entonces utilizó Mr. Rhodes, uno de los principales propietarios, su cargo político de jefe de gobierno de El Cabo para promulgar una ley cuyo propósito era ayudar a De Beers a conseguir mano de obra barata. En cumplimiento de este texto legal, la ley de Glen Grey, todos los varones nativos que vivieran en los distritos en que se adoptó la ley tenían la obligación de pagar un «impuesto sobre el trabajo autónomo» de diez chelines al año, a menos que pudieran probar que durante tres meses al año «habían estado trabajando como asalariados

[24] Véase, a este respecto, la patética queja de los indígenas de Rodesia, tal y como la transcribe sir Richard Martin en su informe oficial: «Los nativos prácticamente dijeron: nuestras tierras y nuestros ganados ya no son nuestros; no tenemos ya nada que hacer en la vida. Nuestras mujeres nos abandonan; los blancos hacen lo que quieren con ellas. Somos esclavos de los blancos. No somos nada, y no tenemos derechos ni leyes de ningún tipo» (Cd. 8547).

fuera de los límites de su distrito». Se dijo abiertamente que esta medida no iba encaminada a recaudar fondos sino a obligar a los nativos a trabajar. «Si se consigue que sean asalariados de los blancos, estas gentes trabajarán menos en el campo», dijo Mr. Rhodes. En otro discurso que pronunció en el Parlamento, manifestó: «No está bien que haya un millón de nativos en aquel país y que se estén pagando una suma equivalente a una libra a la semana por su trabajo, cuando ese trabajo es absolutamente esencial para el adecuado desarrollo del país.»

De todas formas, el «impuesto sobre el trabajo autónomo» no ha funcionado opresivamente en la Colonia de El Cabo, porque como la industria del diamante no tiene un gran volumen de producción, no ha necesitado más trabajadores de los que podía atraerse fácilmente echando mano de los incentivos económicos normales.

Es en el Transvaal y en Rodesia donde los gravámenes que han de pagar los nativos son el fruto de un plan para obligar a los indígenas a trabajar. Los propietarios de minas del Transvaal están convencidos del derecho y la necesidad que tienen de forzar a los indígenas a experimentar lo digno que es el trabajo asalariado, y consideran los impuestos como una medida muy útil a este respecto. El testimonio de los testigos ante la Comisión Industrial de 1897 fue unánimemente favorable a tal coacción, y Mr. Rudd, de la firma *Consolidated Goldfields,* lo dijo con toda claridad en la junta anual de su compañía[25]: «Si pudiéramos conseguir sólo que la mitad de los nativos trabajaran tres meses al año, sería suficiente. Debemos ensayar alguna manera enérgica de estimular, o incluso obligar a los nativos, mediante gravámenes o con algún otro procedimiento, a que contribuyan al bien de la comunidad, entonces se verán en cierta medida obligados a trabajar.» La opinión general de los británicos que viven en el Transvaal está a favor del agobiante gravamen de dos libras esterlinas por choza, que la República estableció en 1895, y sólo se han quejado de que no se obligara suficientemente a su cumplimiento.

Análogamente, en Rodesia, dado que las minas precisan más mano de obra de la que puede obtenerse de los nativos con los incentivos económicos normales, la política de la administración es aumentar los gravámenes por choza y por trabajo autónomo. El conde de Grey, director y administrador en los últimos tiempos de la Compañía con Carta de Privilegio, dice al respecto: «Hay que encontrar medios para estimular a los nativos a buscar espontáneamente (*sic!*) empleo en las minas, y a que trabajen, por su propia voluntad, durante períodos largos de empleo

[25] 19 de noviembre de 1899.

más o menos continuo. Hay que crear estímulo a la mano de obra asalariada, y la única forma de hacerlo es establecer gravámenes. Mi deseo es que se decrete un impuesto de una libra por choza, de conformidad con la práctica que se sigue en Basutolandia. Abrigo también la esperanza de que, con el permiso de las autoridades imperiales, lleguemos a poner en vigor una carga sobre el trabajo autónomo que habrán de satisfacer todos los nativos que, sin tener impedimento corporal, no puedan demostrar con un certificado que han trabajado durante cuatro meses.»

Nos falta puntualizar a este respecto que una «autoridad imperial» de cierta importancia ha apoyado expresamente esta política de utilizar las regulaciones financieras públicas para que las empresas privadas logren mayores beneficios. En un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes[26], a propósito de la Compañía de Carta de Privilegio, míster Chamberlain manifestó: «Cuando se le dice a un pueblo salvaje que hasta ese momento ha tenido la guerra como principal ocupación: 'Se acabaron las guerras; las luchas tribales están prohibidas', hay que poner ante él nuevos medios de ganarse la vida, y hay que animarle a que adopte los medios normales de ganarse el pan con el sudor de la frente. Pero, cuando se trata de una raza como ésta, dudo mucho que la cosa pueda conseguirse simplemente predicando. En mi opinión, es absolutamente imprescindible utilizar incentivos, estímulos o coacciones para llegar a los resultados deseables para el bien de la humanidad y de la civilización.»

La política de hacer que los nativos dejen de vivir del campo y se conviertan en asalariados tiene una concreción mucho más cabal y lógica en la actuación de los propietarios de minas del Transvaal. Allí, el problema de los asalariados nativos es muy diferente que en Kimberley, donde no se precisan más que unos 12.000 nativos, estrictamente controlados, para satisfacer las necesidades de la industria de los diamantes. No se puede explotar con la máxima rapidez la riqueza aurífera del Rand más que si se dispone de un suministro muy grande, y cada vez mayor, de obreros nativos que vivan donde trabajan. En 1899 se lograron reunir, con grandes dificultades y a un costo muy alto, menos de 100.000 nativos para trabajar en las minas. Si ahora hay que encontrar un número dos o tres veces mayor de obreros y que no resulten tan caros, la única forma de resolver el problema será utilizar los gravámenes, la coacción y la persuasión que sean necesarios para inducir a grandes cantidades de cafres a que vayan y se instalen con sus familias en lugares situados en los

[26] 7 de mayo de 1898.

distritos mineros, en los que la tierra que se les proporcione no tenga la extensión necesaria para que puedan ganarse la vida con la agricultura, lo que les obligará naturalmente a trabajar a jornal en las minas; por otra parte, los hijos que tengan constituirán un suministro permanente de mano de obra local joven. Los salarios que se paguen no se fijarán de acuerdo con la competencia, sino por decisión de la Cámara de Minas. Las casas que ocupen serán propiedad de las minas, lo mismo que las tiendas, donde no tendrán más remedio que comprar. Esta ha sido la política que han recomendado los principales expertos en industrias mineras.

Destruir el sistema de vida tribal que presta solidaridad y cierta fuerza política y económica a los nativos; hacer que el cafre tenga que ganarse la vida individualmente, siendo él, personalmente, el que negocie sus condiciones económicas, cosa que desconoce totalmente; conseguir que se vaya de su poblado mediante gravámenes u otros «estímulos», y trasladarlo a otro lugar en que las circunstancias no le permitan otra alternativa que trabajar en las minas: he aquí el plan que proponen los dueños de las minas, y que los misioneros aprueban[27].

Este sistema de «centros de nativos», reforzado por gravámenes por choza y trabajo autónomo, y por leyes que regularan la residencia, impidieran la libertad de desplazamiento y crearan un grupo social de *ascripti glebae,* fue el método que inventaron los misioneros antes de la guerra para resolver el problema de mano de obra de las minas del Transvaal[28], y sigue siendo el método que recomendaba la Comisión Sudafricana de Asuntos Indígenas en su informe de 1905[29]. Restringir el acceso de la creciente población cafre a la tierra e imponer gravámenes con el objeto de hacerles trabajar como asalariados, sigue siendo el áncora de salvación de la política laboral sudafricana. Como complemento a la mencionada política, se cuenta con el reclutamiento de grandes cantidades de chinos para, por un lado, disponer de un mayor suministro de mano de obra y, por otro, proporcionar a los propietarios de las minas un contingente más seleccionado y a menor precio de trabajadores cafres.

[27] Esta ha sido la política de la ley de Glen Grey. El pasaje que transcribimos a continuación, tomado del informe oficial de un magistrado residente en el distrito de la Colonia de El Cabo (Mr. W. T. Brownlie de Butterworth), deja ver claramente su principal motivación económica: «Desde hace mucho vengo sosteniendo, y hoy lo sigo opinando, que la cuestión de la mano de obra y la cuestión de la tierra están indisolublemente unidas. A mi forma de ver, vale de muy poco idear decretos que obliguen a ir a trabajar a personas que no quieren hacerlo. Como dice el viejo proverbio que habla de llevar el caballo al agua, lo puedes guiar hasta ella, pero no puedes forzarle a que beba. De igual manera, puedes gravar con impuestos el trabajo autónomo, pero no podrás conseguir que trabaje el que no quiere hacerlo. Haz que tu caballo sienta una sed saludable y beberá con la rapidez necesaria. Análogamente, crea en los nativos la necesidad de trabajar y trabajarán mejor que nadie.»

«Hasta ahora, con la organización económica que hemos impuesto, los nativos jóvenes no han tenido en absoluto necesidad de salir de sus poblados para trabajar. La tierra les proporciona alimentos, con unos pocos chelines pueden comprar una manta, y en cuanto un joven se casa, tiene derecho a que le den una parcela de terreno de labranza. Ahora bien, una vez que esto se termine —y se terminará en cuanto el individuo tenga que abrirse camino por sí mismo y a título individual— los jóvenes tendrán que estar en situación de mantener a la esposa antes de casarse, y para ello tendrán que trabajar. Una vez casados, habrán de seguir como asalariados para que ambos puedan vivir, una vez creada la necesidad de trabajar, no faltarán hombres que puedan y quieran ser jornaleros» (*Blue-book on Native Affairs*, C. 31, p. 75).

VIII

La llegada de gran número de chinos a las minas del Transvaal en cumplimiento de la Ordenanza Laboral de 1904, ha dado una gran importancia al sistema de mano de obra con contrato laboral, que está siendo muy utilizado en todos nuestros dominios tropicales.

Por lo que se refiere a la situación real de los trabajadores, puede afirmarse que en aquellos lugares en que este sistema se ha puesto en práctica bajo control imperial, como ha ocurrido en el caso de los culíes indios, se han evitado los peores abusos del «trabajo forzoso». La Guayana británica, Mauricio y Trinidad son las posesiones de las Indias occidentales donde el sistema de importación de culíes indios como mano de obra se ha practicado con mayor frecuencia, y donde se le está sometiendo a prueba. La ley[30] relativa a la situación de la mano de obra con contrato laboral en la Guayana británica impedía la mayor parte de los abusos que se dan en las relaciones laborales de los patronos blancos con las «razas inferiores», y parece que está siendo bien aplicada. El Gobierno imperial de la India debe aprobar todos los contratos con emigrantes; en

[28] Cf. el informe de la Cámara de Minas de 1898 (citado en *Cd.* 9.345, p. 31) y el Informe de la Comisión de Empresarios, Johanesburgo, 1897, *passim*.

[29] Lo esencial de las recomendaciones «económicas» de esta Comisión es que se ponga fin al «asentamiento indebido» de nativos en tierras públicas desocupadas; que se delimiten los terrenos que los indígenas dedican ahora a la agricultura y que no se reserven más para uso de la creciente población nativa; que, fuera de estas zonas restringidas, los indígenas no pueden ni comprar ni aprender ni arrendar tierra; que se imponga un gravamen mínimo de una libra esterlina por cabeza a todos los varones nativos adultos que no sean asalariados o que no paguen contribución urbana en las poblaciones.

[30] Tal y como estaba vigente en 1903.

esos contratos no sólo están especificados el salario, las horas de trabajo y las demás condiciones de empleo y de vida del inmigrante y su familia, sino que provee a su vuelta, en caso necesario por cuenta del gobierno, al concluir el plazo. Durante el período que esté en la Guayana británica como obrero contratado se encuentra protegido por una organización oficial que sólo el gobernador nombra y controla. Existe un agente general de inmigración que, secundado por un cuerpo de colaboradores, visita todas las plantaciones en las que figuran trabajadores contratados por este sistema, recibe en privado todas las quejas que se le presenten y, si es preciso, las somete a los tribunales, actuando siempre por cuenta y a favor del inmigrante. Los patronos que emplean a trabajadores con contrato están obligados a llevar y presentar libros en los que figuren todos los datos contables completos y exactos, bajo pena de multas importantes. Por otra parte, no pueden pagar jornales por debajo de un mínimo ni someter a sus obreros a jornadas demasiado prolongadas. No pueden tampoco imponer castigo alguno sin recurrir a los tribunales. El profesor Ireland, que ha desempeñado durante mucho tiempo la labor de inspector, afirma que este sistema está teniendo mucho éxito, lo mismo económica que socialmente[31]. En Natal, aunque los «culíes» no están bien considerados por grandes sectores de la población, se encuentra vigente prácticamente la misma legislación protectora, y todo induce a pensar que los obreros con contrato laboral están bien protegidos en lo que se refiere a salarios y demás condiciones económicas.

De todas maneras, las mismas encendidas alabanzas que se dedican a este sistema de contratos laborales tan bien organizados nos ponen de manifiesto lo poco conscientes que somos de la índole y la gravedad de los problemas existentes en la administración de la mano de obra tropical.

Parece algo natural y sin importancia que grandes masas de hombres, con o sin sus familias, se vean empujados por necesidades económicas a abandonar su patria en nuestro imperio de la India, o en China, y tengan que emigrar durante diez años a alguna remota y desconocida colonia. Que los habitantes de países densamente poblados emigren a tierras con muy escasa densidad de población y las colonicen, es cosa natural y muy beneficiosa; pero que se destruya una forma de vida tradicional y estable porque sus miembros emigran durante largos períodos a otras naciones, no puede dejar de ocasionar graves perjuicios a

[31] El capítulo V, de *Tropical Colonization*, del profesor Ireland, nos ofrece una completa y detallada descripción de la teoría y la práctica de la mano de obra con contrato laboral en la Guayana británica.

las dos comunidades correspondientes. Un país cuyo desarrollo económico depende de la entrada continua de peones extranjeros que no van a quedarse en él, ve perjudicado su proceso natural de autodesarrollo industrial y político por esa masa de transeúntes no asimilados, y por otra parte, el país que aquéllos han abandonado experimenta perjuicios semejantes.

¿Por qué es necesario o deseable que grandes masas de nuestros súbditos indios abandonen su tierra natal y la priven de sus servicios durante mucho tiempo para contribuir al desarrollo de otra nación que no es la suya? Si la India está superpoblada, el remedio ha de ser, evidentemente, establecer colonias permanentes en otros lugares. Si no lo está, el sistema de «mano de obra con contrato laboral» que ha venido practicándose, es síntoma de desgobierno y mala administración de los recursos de la India. Desintegrar amplios sectores de la sociedad india, y privarla de sus hombres robustos durante diez años, para que luego, al final de su contrato, puedan volver con algunos «ahorros», parece ser, en el mejor de los casos, un sacrificio inútil de la estabilidad y el progreso normal de la sociedad de aquel país, que, desde criterios más bien miopes, se acepta a cambio de algunos beneficios monetarios. La historia nos enseña que un pueblo de campesinos que vive de una tierra que es propiedad suya, no consentirá abandonarla para lograr un escaso beneficio económico, como no le fuercen a ello gravámenes gubernamentales excesivos, o las exacciones de los prestamistas, que le arrebaten el fruto del trabajo de su tierra.

Por bien organizado que esté este sistema de contratación de mano de obra, tiene un vicio de origen, y es su carácter artificial y el daño que ocasiona al proceso normal de autodesarrollo. Supone, por otra parte, subordinar el bienestar general de la sociedad al logro de efímeros objetivos de explotación industrial. Lo que puede afirmarse de dicho sistema, tal como se aplica al trabajo agrícola en las Indias occidentales y en otras partes, puede decirse con más motivos del envío de mano de obra a las explotaciones mineras. El que los cafres «civilizados» decidan dejar sus tierras del Transkei, o de otro sitio, para ganar algún dinero extra trabajando tres meses en las minas, puede que les suponga un beneficio económico sin perjuicio alguno; pero cuando se utiliza a agentes de contratación para destruir la forma de vida tribal e inducir a los cafres «más primitivos» a dejar sus aldeas y las normas de vida comunitaria para meterse en el ambiente extraño y artificial que es la vida de las minas, la personalidad de estos indígenas se desmorona. Se convierten en víctimas de las bebidas, si pueden conseguirlas, y, con frecuencia, sucumben a los vicios de la forma de vida multitudinaria, penosa e insana a la que se

han vendido. Al mismo tiempo, las normas arbitrarias que regulan su vida y su trabajo, por justificadas que estén, degradan y dañan su personalidad. Según los datos que han recogido los investigadores con más competencia y experiencia, cuando el nativo vuelve a su poblado, llega «deteriorado», y su ejemplo perjudica, con frecuencia, a sus vecinos[32]. A poco que se reflexione sobre el tema se verán los peligros que necesariamente ha de producir trasladar espontáneamente a hombres que hasta entonces han llevado una vida semisalvaje, tribal y agrícola, a una gran industria moderna y compleja, como es la explotación minera de diamantes y oro.

Lo que hemos dicho de los poco civilizados cafres puede afirmarse también de los chinos, que están mucho más evolucionados. Estos hombres son llevados al Transvaal a título de meros instrumentos mecánicos de producción, y no como colonos que colaboren al desarrollo industrial y social de un país nuevo. Su presencia se ve como un peligro para la sociedad. Se les tiene en «lugares» cercados, se les niega el derecho a adquirir bienes de su propiedad, e incluso a que continúen en el país como residentes libres, una vez terminado su contrato. Forman una muchedumbre de hombres vigorosos, sin mujeres, que se amontonan en barracones, sometidos a estrecha vigilancia lo mismo durante la jornada laboral que durante las horas libres, se les tiene continuamente ocupados en trabajos manuales duros, carecen de todas las influencias educativas que para el desarrollo de la propia personalidad se dan en una sociedad libre y civilizada. Por bien alimentados que estén, por mucho que se les pague, la personalidad moral de estos hombres se verá degradada por el tipo de vida que llevan, y perjudicarán a su sociedad de origen cuando vuelvan a ella.

Pero no es esto todo. En el Transvaal, la evolución natural y gradual del país está siendo sustituida por un desarrollo anormalmente apresurado y artificial; los problemas económicos y raciales del país, que ya eran graves, se están complicando como consecuencia de la aparición de un nuevo factor de peligroso cariz y proporciones: la introducción de mano de obra barata con el fin expreso de hacer que disminuya la demanda de colonos blancos y de jornaleros negros. Es difícil exagerar las graves repercusiones que esto puede tener en el futuro de Sudáfrica.

La industria minera del Transvaal es, con mucho, la más importante del país. Por lo que respecta a los intereses británicos, todo su futuro depende de que se administren y desarrollen los mencionados recursos de

[32] Cf. *Cape Colony Blue-books on Native Affairs*, G. 31, 1899, pp. 5, 9, 72, 75, 91, etc.; G. 42, 1898, pp. 13, 14, 58, 82.

forma que pueda permanecer en aquellas tierras, con carácter permanente, un número grande y cada vez mayor de colonos británicos. Sin embargo, lo que exige la explotación más barata y más lucrativa de las minas es que se emplee a un mínimo de mano de obra blanca británica, durante un período corto y de gran intensidad. Aunque los propietarios de las minas tienen la intención, porque claramente les beneficia, de reemplazar la mayor parte de la mano de obra blanca que antes se precisaba en las minas, por obreros chinos especializados, a despecho de las disposiciones vigentes, es posible que, durante esta vida artificialmente acortada de las explotaciones mineras, se produzca una importante, aunque fluctuante, demanda de mano de obra británica para otras actividades industriales y comerciales. De todos modos, no se puede levantar una estructura sólida de civilización política e industrial sobre estas bases económicas. Tras una sola generación de febril búsqueda de oro, en la que la supremacía británica se habrá mantenido por obra de una mayoría formada por residentes temporales, domiciliada en las ciudades, y que se está renovando continuamente, la capacidad económica del país se irá deteriorando sistemática e inevitablemente. Pero ello no quiere decir que esta sociedad vuelva a su antigua forma de vida, más primitiva pero más sana, basada en la agricultura, que abandonó durante algún tiempo, sino que habrá una lucha prolongada y mezquina de empresarios y comerciantes, en un país sembrado de restos de minas abandonadas y de ciudades ruinosas. Los judíos que especulan con las minas, los ingenieros escoceses y americanos, los mineros chinos, los comerciantes alemanes, abandonarán el país que han saqueado, dejando tras sí a una población de boers, maleados en gran parte por sus relaciones con una civilización europea aventurera y con pocos escrúpulos, y a una muchedumbre de cafres desenraizados de su vida tradicional agrícola y que quedará rondando las ciudades de Sudáfrica, como una epidemia crónica de vagabundos y parados.

Estas son algunas de las secuelas que dejará en Sudáfrica el sistema de adquisición de mano de obra con contrato laboral. La manera legítima y sana de desarrollar un país es utilizando la capacidad de trabajo de sus habitantes, animándolos con los estímulos económicos habituales a establecerse en los lugares en que puedan encontrar empleos provechosos. Si dicho país está poco poblado, es razonable que se fomente la inmigración de tierras con mayor densidad de población. Pero los que lleguen han de ser auténticos colonos, personas que tengan la intención de convertirse en ciudadanos de su país de adopción, que sean elementos económicos. De este modo, mediante el libre movimiento de gentes de zonas menos favorecidas a otras más apetecibles se promueve el avance de

la civilización mundial, y se sirve los intereses de la armonía social y de la futura prosperidad de las naciones que empiezan a desarrollarse. Un sistema de adquisición de mano de obra por medio de un contrato laboral, por bien organizado que esté, contraviene las leyes fundamentales de la civilización, porque trata de los trabajadores fundamentalmente como herramientas de trabajo, y no como personas. Si no se lleva bien, y si no funcionan las garantías que son necesarias cuando las leyes son administradas con imparcialidad[33], genera graves perjuicios para la prosperidad política, social e industrial del país en que se pone en práctica.

Hay muchas y buenas razones para dudar que el aumento a este precio de la producción de oro y diamantes vaya a contribuir al progreso mundial.

IX

Hay personas para las que: «Cualesquiera sean los motivos que tengan los empresarios, es, sin duda, beneficioso para los nativos que los saquen, por la persuasión o incluso a la fuerza, de la vida de ociosidad que llevan y los habitúen al trabajo, que les hará ejercitar sus facultades, les pondrá en contacto con influencias civilizadoras y les meterá dinero en los bolsillos.»

Afirmar que si se deja a su aire a los cafres, a los nativos del Africa occidental y a otros indígenas tropicales o semitropicales llevarán una vida de ociosidad es, por lo general, una gruesa exageración, debida, en gran parte, a que su trabajo es más irregular y caprichoso que el de sus mujeres. Pero hay que admitir, de todas formas, que cuando se pone fin a las guerras tribales aniquiladoras y se restringen las actividades de la caza, queda disponible una gran cantidad de energía masculina que ciertamente es deseable utilizar para finalidades industriales. Pero, ¿para fines de quién? Desde luego, es mucho más recomendable que el «contacto con la civilización» conduzca a estos indígenas a establecer nuevos tipos de industria en sus propias tierras y en sus propias sociedades, que no a verse arrancados de sus comunidades de origen para formar cuadrillas de obreros que trabajen en las tierras o en las minas de extraños. Esto puede hacerse de dos formas: despertando en ellos necesidades nuevas y sanas

[33] El peor de los muchos males que encierra el sistema de importación de mano de obra china con contrato laboral para el Transvaal es que sólo en ese territorio, de entre todos los dominios de Gran Bretaña, hay un numeroso grupo de residentes privados del derecho a apelar a los tribunales ordinarios de justicia.

que los estimulen, y adiestrándolos también en el conocimiento de tecnologías que puedan utilizar para crear industrias propias. Esta saludable evolución ya está teniendo lugar en los sitios en que los pueblos indígenas están protegidos contra los propósitos agresivos de los especuladores blancos. En grandes zonas de Basutolandia y en determinadas regiones de Zululandia, la azada y el pico primitivos han sido sustituidos por el arado, y ello ha hecho que los hombres hayan empezado a trabajar en los campos[34]. Todo lo que sea fomentar la cría de ganado, las industrias lecheras o cualesquiera otras ligadas a los animales, aumenta la estima de los indígenas varones por los trabajos fijos. El establecimiento paulatino de nuevas industrias manufactureras dentro de la vida de la aldea da lugar a que los hombres vayan teniendo cada vez mayor participación en las industrias situadas en los poblados o cerca de ellos, en las que anteriormente sólo trabajaban mujeres.

Para que el imperialismo pueda justificarse alegando que contribuye a la civilización de las razas inferiores, deberá esforzarse por elevar el nivel moral y económico de éstas en sus propios territorios, conservando, en la medida de lo posible, los hábitos e instituciones de la vieja vida tribal, protegiendo a los indígenas contra la violencia y los fraudes de los que van en busca de riquezas, de los que quieren reclutar mano de obra barata, y contra todas aquellas personas que van en busca de quitarles sus tierras o llevarlos a trabajar a otros lugares. Si, como consecuencia del aprendizaje gradual de nuevas técnicas industriales y del proceso educativo general que ocasiona la influencia del protectorado blanco, se van perdiendo muchas de las viejas instituciones políticas, sociales y religiosas, esa pérdida constituirá un fenómeno evolutivo natural e irá acompañada de la aparición de nuevas formas de vida, que no serán impuestas a la fuerza, sino que brotarán de las pautas antiguas y estarán en armonía con las leyes de un crecimiento natural, necesario para la adaptación de la vida de los indígenas a un medio modificado.

Pero mientras se permita que los granjeros o propietarios de minas blancos impongan sus miopes intereses privados, sea mediante sus propias acciones, sea presionando a los gobiernos imperiales o coloniales, e invadan los territorios de las «razas inferiores» y exploten para su lucro personal las tierras o la mano de obra indígenas, no se dará la primera condición que ha de cumplir un imperialismo «sano». Por consiguiente, las frases que hablan de enseñar «la dignidad del trabajo» y de educar y convertir en adultos a esas razas de «niños», ya las pronuncien los direc-

[34] Cf. *Report of South African Native Races Commission*, p. 52 etc, y también miss A. Werner, «*The Labour Question in South Africa*». (*The Reformer*, diciembre de 1901.)

tores de las compañías mineras o los estadistas de la Cámara de los Comunes, serán poco más que manifestaciones imperdonables de hipocresía, porque estarán basadas en una falsificación de los hechos y en una tergiversación de los móviles que, a la hora de la verdad, impulsan la política imperial.

X

Al comentar la teoría que pretende justificar el imperialismo, en lo que tiene de control autoritario de las razas inferiores, diciendo que dicho control es necesario para la tarea de civilizar el mundo, señalamos las tres condiciones esenciales que ha de cumplir esa labor para que sea aceptable. En primer lugar, la finalidad que se persiga al imponer este control ha de ser el bien de todos, y no el bien particular de la nación «imperialista». En segundo lugar, el país sometido debe conseguir alguna ventaja por su sojuzgamiento. Y, en tercer lugar, debe existir una organización representativa de los intereses internacionales que dé su visto bueno a las actividades de la nación que domine a otra y desee asumir la mencionada responsabilidad civilizadora.

Vimos que la tercera condición, que es esencial para la validez de las otras dos, no se cumplía, dado que cada uno de los gobiernos que decía asumir la responsabilidad de gobernar a las razas inferiores lo hacía sin más autorización que la suya propia. La práctica del imperialismo, reflejada en una gran variedad de casos, nos muestra los defectos de esta teoría errónea. La motivación que prevalece cuando una nación «superior» somete a su control a los pueblos tropicales y a las razas inferiores en el beneficio exclusivo del país expansionista, tal y como lo entienden sus gobernantes en un momento dado, y no el bien de todo el mundo; el «interés nacional» significa normalmente el interés económico directo y egoísta de un pequeño grupo de comerciantes, de empresarios mineros o agrícolas, o de inversores que desean disponer, para su propia ganancia, de las tierras y la mano de obra de las razas inferiores. Existen determinadas motivaciones desinteresadas que se entretejen con la anterior y pueden servir para dar un aspecto más atractivo a cualquier actividad comercial en un momento dado, pero es imposible examinar las circunstancias históricas de cualquier episodio moderno importante sin que reconozcamos la supremacía de los factores económicos. En el mejor de los casos podrá afirmarse que, al gobernar a una raza inferior, se ha procurado tener en cuenta, en cierta medida, las exigencias de la justicia y la dignidad humana, y que el bienestar de la raza sometida está incidentalmente subordinado al juego de fuerzas políticas y económicas que no estaban destinados originalmente a cumplir este objetivo.

En la gobernación de las citadas razas por los blancos, lo que priva en todas partes son las necesidades del momento. La explotación de las tierras y de la mano de obra por las empresas privadas para su lucro inmediato es el factor primario que condiciona el funcionamiento de la comunidad sometida sin que en este aspecto exista control, al menos control eficaz, ni gubernamental ni imperial de ningún tipo. El progreso futuro de las razas inferiores, su aprendizaje gradual de las técnicas industriales o del autogobierno político no es cosa que preocupe, en la mayoría de los casos, al gobierno imperial, y en ninguna parte son fundamentales estas consideraciones relativas al bienestar de los indígenas.

La palabra que éstos asocian con los residentes blancos es la de «parásitos». No hay lugar en que las relaciones entre las gentes de color y los blancos sean sanas y puedan redundar en beneficio recíproco. El mejor servicio que la civilización occidental podría prestar que sería el de mostrar cómo funciona una comunidad blanca, normal y sana, que pone en práctica los adelantos más logrados de Occidente, no es posible porque las circunstancias geográficas, climatológicas, etc., impiden esa demostración virtualmente en todos los territorios imperiales. La presencia de unos cuantos funcionarios, misioneros, comerciantes y superintendentes blancos, que forman una casta dominante de varones con escasos conocimientos de las instituciones indígenas y pocas simpatías por ellas, dificulta grandemente que los pueblos sometidos reciban de la civilización occidental los beneficios que ésta podría darles.

Los blancos que gobiernan a las razas inferiores actúan claramente como parásitos; viven de los indígenas y su principal trabajo es organizar la mano de obra de éstos para su mantenimiento. Lo que normalmente ocurre en esos países es que las tierras más fértiles y los recursos minerales son propiedad de los extranjeros blancos, que la mano de obra es nativa, y que aquéllos dirigen y explotan a ésta. Los europeos no se identifican ni con los intereses del país ni con los de sus pobladores. Son una especie de grupo extraño de residentes temporales, «parásitos» que se alimentan del cádaver de sus «anfitriones», que no van allí más que a extraer riqueza del país extranjero para luego retirarse a consumirla en el propio. Todos los trabajos manuales duros y las demás labores penosas las hacen los nativos. La mayor parte del peso de la administración, o de las actividades opresoras, están a cargo de inspectores, policías y soldados indígenas. Hasta en aquellos lugares en que el clima y las demás circunstancias son adecuadas para los blancos, y éstos pueden procrear y trabajar, la labor física o mental que de verdad realizan, cuando tienen un

gran número de indígenas a su disposición que pueden reemplazarlos, es muy escasa. Incluso en las zonas de Sudáfrica en que los blancos se encuentran más a gusto, se ve que la vida que llevan, si se analiza detenidamente, es parasitaria. El colono blanco, holandés o británico, trabaja poco manual y mentalmente, y en todas partes tiende a ser perezoso y «apático». Lo mismo les ocurre a los grupos de comerciantes, profesionales o funcionarios de las ciudades, que muestran claros síntomas de la misma laxitud y abulia. Los espasmódicos episodios de furiosa energía que, provocados por las deslumbrantes posibilidades de ganar dinero que se les han presentado en algún momento determinado a grupos pequeños de especuladores y financieros, ciudades levantadas de la noche a la mañana, como Johannesburgo, no sirven más que para darnos una visión falsa y ocultarnos la realidad profunda de los hechos.

Si esto puede decirse de Sudáfrica, con mucha mayor razón podría aplicarse a territorios cuyo clima inhibe la permanencia y la energía de los blancos, y que representan la mayor parte de los países en los que se ha producido la expansión del imperialismo moderno.

En ningún lugar de ellos se verifica la teoría de que el gobierno de los blancos sea una empresa civilizadora. En ninguna parte se han tomado medidas para garantizar que los intereses de la humanidad en general, o de los pueblos sometidos en particular, prevalezcan frente a los de la nación usurpadora, o, dicho más concretamente, frente a los de una parte de esta nación. Las relaciones existentes entre las naciones superiores y las inferiores, que normalmente han sido impuestas por la fuerza y que siguen basándose en la fuerza, son tales que imposibilitan la auténtica compenetración, hecho esencial para que surtan efecto los mejores influjos civilizadores. Estas relaciones generalmente suelen referirse y limitarse a garantizar el orden público, de manera que se potencie la explotación lucrativa de determinados recursos de la tierra, con mano de obra nativa contratada «a la fuerza», para beneficio, en primer lugar, de los inversores y negociantes blancos y, en segundo lugar, de los consumidores del mundo blanco occidental.

Este fracaso a la hora de justificar con resultados el sojuzgamiento de pueblos extranjeros no es consecuencia de que la nación británica o los demás países desarrollados de Europa tengan algún defecto especial. El defecto es inherente a la naturaleza de dicho sojuzgamiento. «El gobierno de un pueblo por sí mismo tiene sentido y es algo real, pero el gobierno de un pueblo por otro no se da ni puede darse. Es posible que un pueblo tenga a otro como coto de caza o parque para su uso privado, que vea en él un lugar para hacer dinero o una especie de granja ganadera humana que ha de explotarse para beneficio de sus propios habitantes;

pero si el cometido de un gobierno consiste en procurar el bien de los gobernados, es totalmente imposible que un pueblo extraño se ocupe de esta tarea»[35].

[35] J. S. Mill, *Representative Government*, p. 326.

Capítulo 12
EL IMPERIALISMO EN ASIA

Asia constituye la gran prueba del imperialismo occidental, porque allí viven grandes muchedumbres de gentes que son herederas de civilizaciones tan complejas como la nuestra, y más antiguas y más firmemente enraizadas en la vida general por la fuerza de la costumbre. A los pobladores de Africa se les ha podido considerar salvajes o niños, «atrasados» en su marcha por el mismo camino de la civilización en que los anglosajones ocupan la vanguardia. Necesitan, por tanto, ayuda de las razas más adelantadas. No es tan fácil demostrar, a partir de los mismos motivos, que los pueblos de la India, de China y de otros países asiáticos necesiten estar gobernados por los occidentales. Si se prescinde de los adelantos más recientes de las ciencias físicas y de sus aplicaciones prácticas, no puede afirmarse que estas razas estén «atrasadas», y aun cuando a veces decimos que su civilización está «estancada» o que «no progresa», ese juicio puede demostrar o nuestra ignorancia del ritmo al que tienen que continuar avanzando civilizaciones mucho más viejas que la nuestra, o incluso ser un testimonio inconsciente de un progreso social que ha conseguido un ajuste casi completo de la vida humana a su entorno permanente.

La pretensión de Occidente de civilizar a Oriente mediante el sojuzgamiento político y militar no tiene más remedio que basarse, en último

término, en el supuesto de que las civilizaciones, por diferentes que parezcan en sus manifestaciones superficiales, son en el fondo una y la misma, y que su índole y su base son comunes. Dejándonos de metáforas, esto quiere decir que existen determinadas cualidades morales e intelectuales que se concretan en modelos generales de religión, leyes, costumbres y técnicas industriales, esenciales a todas las diversas civilizaciones de los distintos lugares del mundo, sean cuales fueren las circunstancias de raza, color, clima, etc.; y que las naciones occidentales, o algunas de ellas, tienen estas cualidades y estos modelos de civilización en grado eminente y pueden impartirlos a las naciones orientales, gobernándolas y transmitiéndoles, al hacerlo, los conocimientos religiosos, políticos e industriales correspondientes. Parece, ciertamente, que el concepto de «humanidad» implica esa comunidad de factores; que la ética del Decálogo es susceptible de una amplia aplicación, que existen ciertos derechos del individuo, ciertos elementos de justicia social corporeizados en la ley y las costumbres que resultan atrayentes universalmente, que hay determinadas formas de conocimiento y maneras de aplicarlo que son útiles a personas de todas las clases y condiciones. Si la civilización occidental es más rica en estas cosas fundamentales, parece razonable suponer que Occidente puede favorecer a Oriente enseñándoselas, y que podría estar justificado que impusiera su control político como medio para ello.

El Imperio británico de la India puede ser la prueba más útil a este respecto. Desde luego, no fuimos allí en un principio a ayudar a los indios, ni las diferentes ampliaciones de nuestro poder político han obedecido a motivaciones de este tipo; pero suele afirmarse que nuestra gobernación de la India ha transmitido, en la práctica, los beneficios dimanantes de nuestra civilización a aquellas gentes, y que transmitir esos beneficios ha sido, en los últimos años, una finalidad cada vez más importante de nuestra política. El experimento ha sido prolongado y variado, y nuestro éxito en la India suele presentarse como la prueba más convincente de las ventajas que las razas sometidas pueden conseguir del imperialismo.

Las preguntas esenciales a las que hay que contestar son éstas: «¿estamos civilizando la India?, ¿en qué consiste esa civilización?» Para ayudarnos a contestar esas preguntas existe un conjunto suficientemente amplio de hechos indiscutibles. Hemos creado una paz interna más amplia y más permanente que la que la India había conocido nunca desde la época de Alejandro Magno. Hemos elevado el nivel de la justicia administrando las leyes con honradez y equidad. Hemos regulado, y probablemente aliviado, la carga de los impuestos, poniendo freno a la

corrupción y la tiranía de los príncipes nativos y de sus recaudadores de contribuciones. Hemos ayudado a la instrucción de las gentes estableciendo un sistema público de escuelas y universidades, y abriendo numerosos centros misionales paraoficiales, en los que se enseña no sólo la religión cristiana, sino muchas técnicas industriales. Las carreteras, los ferrocarriles y una red de canales han facilitado las comunicaciones y los transportes; un importante plan científico de irrigación ha servido para mejorar la productividad de la tierra; se han potenciado en gran medida las minas de carbón, oro y otros minerales. En Bombay y en otros lugares se han instalado fábricas para trabajar el algodón con maquinaria moderna, y existen otras industrias mecanizadas que están contribuyendo a dar empleo a la población de las grandes ciudades. Se han introducido el té, el café, el añil, el yute, el tabaco y otros cultivos importantes en la agricultura india. Poco a poco hemos ido destruyendo muchas de las supersticiones religiosas y sociales que pecan contra la humanidad y retrasan el progreso, y hasta el sistema de castas, tan profundamente enraizado, experimenta modificaciones en todos aquellos lugares en que se deja sentir la influencia británica. No cabe duda de que mucha parte de la labor que realiza Inglaterra en la India está bien hecha. Nunca ha habido un Estado que contara con la colaboración de un grupo nutrido de hombres tan inteligentes, tan bien preparados y tan honorables para la administración de un gobierno imperial como el que representa el funcionario de la India. En ninguna otra parte de nuestro imperio se ha aplicado, de manera tan desinteresada y prudente, tanta energía a la tarea del gobierno. Lo mismo podría decirse de la serie de grandes estadistas que Inglaterra ha enviado para dirigir la gobernación de la India. El mejor historial que puede mostrar el imperialismo británico es el de su labor en la India. ¿Qué nos dice respecto a la capacidad de Occidente de transmitir las ventajas de su civilización a Oriente?

Examinemos en primer lugar lo que se refiere a la prosperidad económica. ¿Tiene la gran masa de la población más dinero con nuestro gobierno del que tenía antes, va teniendo cada vez más bajo nuestro dominio? Hay quienes sostienen que la administración británica está sangrando la energía económica de la India y haciendo a su población cada vez más desesperadamente pobre. Señalan que uno de los países más pobres del mundo se ve obligado a soportar los costos de un gobierno que, por muy honestamente administrado que esté, es muy caro; que una tercera parte del dinero que se recauda con las contribuciones sale del país para nunca más volver; que la India tiene que sufragar los gastos de un ejército que, reconocidamente, es excesivo para atender a la autodefensa, y que incluso ha de financiar las guerras que acontecen en otras partes del

Imperio, mientras que casi la totalidad de los beneficios que produce el capital invertido en la India se gasta fuera del país. Los datos estadísticos en que se basan estas afirmaciones son demasiado endebles para que creamos a pies juntillas en su exactitud. Probablemente no es cierto que los costos de la administración británica sean superiores a las cargas que imponían los príncipes nativos que, en gran parte[1], han sido suprimidas, aunque es, desde luego, cierto que los exorbitantes impuestos que existían con los gobernantes nativos se gastaban en trabajos productivos o en servicios no productivos para los nativos. No tenemos forma de precisar con exactitud, para el conjunto del país, si la salida creciente de trigo y de productos alimenticios de la India es más importante que los beneficios obtenidos como consecuencia de las mejoras en el sistema de regadío; ni si la renta real de los campesinos y demás trabajadores está aumentando o disminuyendo. De todos modos, es cosa generalmente admitida, incluso por funcionarios británicos firmes defensores de nuestra gobernación, que no hemos conseguido dar a la India un grado importante de prosperidad económica. Los párrafos que transcribo a continuación proceden de un trabajo muy favorable a nuestra administración de aquel país.

«Lo que nos sirve para medir la prosperidad de un pueblo no es el volumen de las exportaciones, ni que se multipliquen las fábricas y las industrias, ni la construcción de ciudades. No. Nación próspera en aquella en la que la gran masa de sus habitantes puede conseguir, con un esfuerzo razonable, lo que necesita para llevar una vida *humana* de confort frugal, pero estable. Si aplicamos estos criterios ¿puede llamarse próspera a la India?

»El confort, desde luego, es un concepto relativo... En un país tropical como la India, el nivel es muy bajo. No se necesita mucha ropa allí, y basta con poco de comer. Las necesidades artificiales son muy pocas y, en la mayoría de los casos, no son costosas. El Imperio indio es un imperio de campesinos. El noventa por ciento de la gente vive de la tierra... Un pozo de agua que no se seque, un pedazo de tierra y un poco de huerta; esto colmará los anhelos del corazón de un indio, sobre todo, si a ello añadimos los animales que necesita, «los hijos del campesino», como se llaman en muchas partes. Ese es el ideal del agricultor. Muy pocos lo consiguen. La cantidad de tierra que se precisa es alrededor de un acre, que es el *modus agri*. Un hombre por acre, o 640 hombres por milla cuadrada, es la máxima densidad de población que la India puede aguantar con alivio, excepto cerca de las poblaciones o en zonas de regadío. Pero en la India existen millones de campesinos que pugnan por vivir en medio acre. Su existencia es una lucha cons-

[1] Aproximadamente tres octavas partes del país están gobernadas por nativos, supervisados por los británicos.

tante contra el hambre, y con demasiada frecuencia termina en derrota. Su problema no es vivir una vida *humana* —dentro del bajo nivel de confort que los caracteriza—, sino, simplemente, vivir y no morir... Podemos decir con verdad que en la India, exceptuando los terrenos de regadío, el hambre es crónica, endémica»[2].

Por consiguiente, un siglo de dominación británica dirigida con habilidad y buena voluntad no había conseguido librar a la masa de la población de su enemigo crónico habitual: el hambre. Tampoco puede afirmarse que la industria moderna que hemos instalado en la India, con sus fábricas y máquinas, esté sirviendo para civilizar el país, ni siquiera que esté contribuyendo de modo importante a su prosperidad material. Es más, todos aquellos que aprecian la vida y el estilo de Oriente lamentan ahora la visible decadencia que están experimentando la arquitectura, los hilados, la artesanía del metal y la cerámica, actividades en las que la India había sido famosa desde tiempo inmemorial. «La arquitectura, la ingeniería y las artes literarias están desapareciendo, hasta tal punto que los anglo-indios dudan que los indios valgan para arquitectos, aunque construyeron Benarés; o para ingenieros, aunque excavaron los lagos artificiales de Tanjore; o para poetas, aunque las gentes se pasan sentadas horas y días escuchando los poemas que recitan los rapsodas y que las emocionan más que los poemas de Tennyson a nuestro pueblo»[3]. La decadencia o la anulación de las artes industriales nativas por la fuerza es tanto más deplorable cuanto que ellas constituyen siempre la poesía de la vida diaria, el libre juego de la capacidad imaginativa que una nación manifiesta en el trabajo habitual.

Sir George Birdwood, en su gran obra *The Industrial Arts of India,* escrita hace más de veinte años[4], expone una interesante opinión sobre el significado real de un fenómeno que, desde entonces, ha ido avanzando a ritmo acelerado: «Si, debido a la acción de determinados factores económicos, las máquinas modernas tenían que entrar poco a poco en la India para contribuir a la producción de sus manufacturas tradicionales, el resultado sería una revolución industrial que, de no estar orientada por una opinión pública instruida e inteligente, y por un gusto refinado en el conjunto de la población, ocasionaría en las artes tradicionales del país y en su aplicación práctica a los objetos de uso diario, la misma confusión de principios que durante tres generaciones ha estado destruyendo las artes decorativas y el gusto de las clases medias de Inglaterra, del noroeste de Europa y de Estados Unidos. Es probable que la introducción de las máquinas produzca en la India mayores males sociales y morales.» A continuación se describe detalladamente la artesanía imaginativa y pintoresca que puede verse en los pueblos de la India y el autor añade: «Pero estos artesanos cuyos productos han comprado incesantemente todos los países del mundo, con la consiguiente entrada de riqueza en la India, estos artesanos que han fabricado tejidos tan maravillosos sin contaminar los ríos, ni afear el paisaje, ni envenenar la atmósfera; que, con la práctica de innumerables generaciones han llevado su técnica y su originalidad hasta el sumo grado de perfección; estos artesanos, continuadores y herederos de una larga tradición, están siempre llevados por millares, atraídos por salarios tentadores, de las democráticas comunidades de sus aldeas a las gigantescas factorías de Bombay, donde, dedicados a labores rutinarias y penosas, han de contribuir, en cuadrillas, a la fabricación en serie de telas que compitan con las de Manchester, y cuya producción les interesa tan poco, intelectual y moralmente hablando, como al manubrio de un organillo las musiquillas que salen de éste.»

[2] W. S. Lilly, *India and its Problems*, pág. 284-285 (Sands & Co.).
[3] Meredith Townsend, *Asia and Europe*, pág. 102 (Constable & Co.).
[4] Ahora (1938), hace más de cincuenta años.

Esta rápida destrucción de la artesanía indígena con objeto de reclutar mano de obra barata para las fábricas es probablemente una medida desacertada hasta desde el punto de vista de los intereses del mercado mundial; porque, a medida que en nuestro planeta se acortan las distancias y los países alejados establecen una comunicación más estrecha, una nación con labores artesanales tan originales e interesantes como la India hubiera podido encontrar un mercado más lucrativo que el que pueda lograr malvendiendo artículos de Lancashire y Nueva Inglaterra.

De cualquier modo, son mucho más importantes los efectos que estos cambios han tenido en la mentalidad del país. En Inglaterra y en otros lugares la revolución industrial fue, en mayor medida que en la India, consecuencia de un proceso de desarrollo natural que dimanaba de una dinámica interna y que, en gran parte, coincidió con la liberación de importantes fuerzas populares que hallaron expresión en los estudios científicos y en la democracia política: fue un notable episodio dentro del gran movimiento en pro de la libertad y el autogobierno populares. Ni en la India ni en ninguna otra parte del Oriente se han dado estas concomitancias compensatorias.

Una industria artesanal, mucho más enraizada y más estrechamente entretejida con el sistema religioso y social de lo que nunca lo estuvieron los oficios y los gremios de Europa, se ha visto sometida a fuerzas que procedían del exterior y en cuyo ritmo y dirección no intervenía para nada la voluntad de la gente que tan profundamente ha sido afectada en

su forma de vida por dichas fuerzas. Una cosa es la revolución industrial que es resultado natural de determinadas tendencias internas de una nación y que, por tanto, está en línea con sus intereses y avanza *pari passu* con el autogobierno popular, y otra cosa muy distinta es una revolución industrial impuesta por conquistadores extranjeros que persiguen primariamente su propio lucro inmediato y que no sienten preocupación alguna por el bienestar profundo de la población del país. La historia de la destrucción de la industria tejedora nativa[5], en beneficio de las fábricas instaladas por la Compañía con Carta de Privilegio, ilustra claramente la miope y egoísta política económica de finales del siglo XVIII y principios del XIX. «Apelando a los principios del libre comercio, Inglaterra ha obligado a los hindúes a aceptar, prácticamente sin derechos de importación, los productos de los telares mecánicos de Lancashire, Yorkshire, Glasgow, etc., mientras que las exportaciones a Inglaterra de manufacturas de Bengala y Behar, de hermosa contextura y gran duración, han sido gravadas con derechos casi prohibitivos»[6]. El resultado de esta política, que se mantuvo rigurosamente durante las primeras décadas del siglo XIX, fue la ruina irreparable de muchas de las más valiosas y características manifestaciones de la industria artesanal india. «La capacidad manufacturera de la población de la India fue aniquilada por las medidas proteccionistas que se tomaron contra sus industrias y luego se le impidió el resurgimiento obligándola a aceptar una política librecambista»[7].

Cuando del sector de las manufacturas pasamos al de la agricultura, que es la gran industria del país, puesto que todavía da ocupación a las nueve décimas partes de la población, encontramos muchos ejemplos de las dificultades que crea la administración extranjera, por muy bien intencionada que sea. Muchos de nuestros grandes estadistas indios, y entre ellos Munro, Elphinstone y Metcalfe, han visto en la comunidad de la aldea la verdadera concreción del espíritu de la civilización oriental.

«Las comunidades de aldea —escribió sir C. Metcalfe[8]— son pequeñas repúblicas que tienen dentro de sí prácticamente todo lo que precisan y casi no necesitan relación alguna con el exterior. Cuando todo parece derrumbarse, ellas se mantienen firmes. Las dinastías son derro-

[5] Cf. un cuidadoso resumen de los datos oficiales al respecto en la obra de Mr. Romesh Dutt, *Economic History of British India*, capítulo XV (Kegan Paul).

[6] Montgomery Martin, *Eastern India*, (Londres, 1838), vol. III, Introducción (citado por Romesh Dutt, pág. 290).

[7] Romesh Dut, p. 302.

[8] Carta al Consejo de Rentas, abril de 1838 (citada por Romesh Dutt, pág. 386).

cadas unas tras otras; las revoluciones se suceden; los hindúes, los pathans, los mongoles, los mahrattas, los siks, y los ingleses se van turnando en el mando; pero las comunidades de aldea permanecen inmutables.» «A mi forma de ver, la unión de las comunidades de aldea, cada una de las cuales forma un pequeño Estado en sí misma, ha contribuido más que ninguna otra cosa a la protección de la población de la India, a despecho de todas las revoluciones y todos los cambios que ha sufrido; y esa unidad es un factor que colabora en gran medida a su bienestar y, en gran parte, a su libertad e independencia. Me gustaría, por consiguiente, que nunca se perturbara la organización de las aldeas, y recelo de cualquier cosa que tienda a destruirla.»

Pues bien, la administración británica ha dirigido todos sus esfuerzos a destruir el autogobierno de las aldeas en lo concerniente a la industria y la política. Al reemplazar, como unidad básica productora de ingresos, a la comunidad por el campesino aislado en todo Bombay y Madrás, se asestó un golpe mortal a la vida económica de la aldea. Por otra parte, al quitarles a los jefes y caciques todos los poderes ejecutivos y judiciales, que quedaron concentrados en los tribunales civiles británicos y en manos de los funcionarios de Gran Bretaña, quedó completada la destrucción de la más sólida y la más extendida de las instituciones de la India, la aldea autogobernada.

La administración británica ha tomado estas dos importantes medidas porque así lo pedían las nuevas teorías occidentales, que veían en la responsabilidad de las personas individualmente consideradas la única base apropiada de la economía, y en el gobierno centralizado, el instrumento más eficaz de la maquinaria política. El que, en cualquier caso, se haya estimado provechoso y carente de peligros subvertir repentinamente las instituciones más viejas de la India para adaptar así a este pueblo al modo de vida británico, será considerada algún día por los sociólogos como una de las más sorprendentes demostraciones de incompetencia que, en la tarea civilizadora, nos ofrece la historia contemporánea. La mayor prosperidad de una gran parte de Bengala, atribuible, al menos en cierta medida, a que se ha conservado la clase social de los terratenientes, que servían de intermediarios entre el Estado y los campesinos considerados individualmente, y que moderaron los exorbitantes impuestos sobre la tierra, es un testimonio de categoría suficiente del daño que en otros lugares de la India ha ocasionado la aplicación súbita y poco prudente de métodos económicos y políticos occidentales[9].

[9] La prosperidad que han disfrutado los distritos englobados en la administración de Bengala, comparados con otras regiones de la India británica, ha de atribuirse en buena

II

Cuando del campo de las actividades económicas pasamos al de la administración de la justicia y del gobierno en general, que es donde mejor se manifiesta la capacidad y el carácter del régimen británico, se nos plantean nuevos interrogantes. ¿Puede Gran Bretaña anglicanizar el Gobierno de la India?, ¿lo está haciendo?, ¿está, con ello, implantando la civilización occidental en la India? Es difícil juzgar en qué medida pueden unos cuantos miles de funcionarios británicos, dotados de la máxima capacidad y energía, estampar el sello de la integridad y la eficiencia británica en el gobierno práctico de trescientos millones de personas, cuya raza y carácter les son ajenos. Los números no lo son todo, y es probable que estos pocos y desparramados elementos de la autoridad británica ejerzan directa o indirectamente una considerable influencia en las vastas cuestiones de gobierno, y que esta influencia llegue a impregnar los círculos de los funcionarios nativos. Hay que tener en cuenta, de todos modos, que estos escasos funcionarios británicos muy pocas veces han nacido en la India, que no suelen entender bien las lenguas indígenas, que forman una «casta» cerrada que nunca se mezcla con aquellos a los que gobierna en el proceso de la interacción social, y que las leyes y las normas mediante los cuales gobiernan son, en su mayor parte, extrañas a las instituciones tradicionales de los pueblos indios. Cuando recapacitamos en lo importante que es en el gobierno la atención personal a los detalles, el obligar a los ciudadanos al cumplimiento de las leyes y las normas, y en que en la gran mayoría de los casos esos aspectos han de dejarse a la responsabilidad de funcionarios indígenas, se nos hace evidente que las virtudes formales de la ley y la justicia británicas han de sufrir deformaciones y hasta perversiones en la labor diaria de la administración pública.

«Nadie puede dejar de admitir que el actual sistema de administración civil y criminal es, con una enorme diferencia, superior a todo lo que la India ha conocido hasta la fecha. Sus defectos proceden principalmente de causas ajenas a él. No hay motivo para poner en cuestión ni la integridad moral ni el riguroso sentido del deber de los funcionarios, indios o británicos, que ocupan los cargos de mayor responsabilidad. Sin embargo, los funcionarios de menor categoría no siempre están libres de toda sospecha, y el ejercicio de la justicia se ve, con mucha frecuencia, adulterado por ciertas lamentables características de la mentalidad oriental. 'La rectitud de los ingleses es grande, pero más grande es el influjo de una mentira', afirma un proverbio que se oye por toda la India. Quizá sea la policía el departamento gubernamental que resulte menos satisfactorio. Según un tratadista contemporáneo, 'es difícil imaginar un departamento más corrompido'. Puede que esto sea una exageración, pero, en conjunto, el grueso de la policía india no es probablemente ni más íntegra ni de mejor categoría que la de Nueva York»[10]. Hay una frase de esta suposición que merece especial atención. Es la que, refiriéndose al actual sistema de administración de la India, dice que «sus defectos proceden principalmente de causas ajenas a él». No es acertada, desde luego, esta afirmación. Un criterio esencial en nuestro sistema es que los detalles de la labor administrativa han de dejarse en manos de los nativos y, por consiguiente, no es fácil imaginar cómo va a poderse sustituir por ingleses un gran número de pequeños funcionarios nativos. Aquéllos no podrían desempeñar las tareas que éstos hacen y, aunque pudieran, no querrían. Tampoco los presupuestos, siempre escasos, serían suficientes para hacer frente al gigantesco aumento de costos que supondría convertir el Gobierno de la India en auténticamente británico en todos los aspectos de su funcionamiento. La tendencia que se observa apunta, de hecho, en la dirección contraria, es decir, a contratar más nativos para que desempeñen todas las labores administrativas, menos las de máxima categoría. Aunque es cierto que la corrupción y la mentira están profundamente enraizadas en todos los sistemas orientales de gobierno, y que la mejor forma de justificar moralmente nuestro régimen sería extirpar dichos vicios mediante la administración y las normas británicas, está bastante claro que no podemos conseguir ese valioso objetivo y, por la misma naturaleza de las cosas, estamos imposibilitados hasta para comprender dónde no podemos lograrlo y cuánto nos faltará para alcanzarlo. El comentario de Mr. Lilly respecto a la policía india es de una gran importancia, porque este es el único departamento gubernamental en el que, por la índole de su competencia, los escándalos son más susceptibles de poner al descubierto el fracaso de nuestras magníficas intenciones, que aparecen detalladas en los códigos y en los procedimientos judiciales. A uno le gustaría saber si los funcionarios nativos, que se dedican a recaudar las contribuciones rústicas, u otros tipos de gravámenes, de los campesinos, actúan con la integridad de sus superiores jerárquicos de nacionalidad británica o si, más bien, siguen las antiguas y extendidas costumbres orientales al respecto.

medida al hecho de que esta administración permite a Bengala evadir la aportación que en justicia le correspondería a los gastos de la India, lo que naturalmente echa una carga desproporcionada sobre otras partes del país.

[10] *India and its Problems*, p. 182.

¿Qué es lo que puede hacer un puñado de funcionarios extranjeros para revisar y controlar las actividades diarias de la administración en un país de una población tan numerosa y con tantas razas, lenguas, credos y costumbres? Probablemente, no mucho, y *ex hypothesi* ni ellos ni nosotros podemos saber dónde están sus fracasos.

Nuestro único e indiscutible éxito en la administración de la India y, a decir verdad, en todo nuestro Imperio, consiste en haber sabido mantener el orden público, en haber acabado con las guerras aniquiladoras, con los motines y con la violencia organizada. Desde luego, esto es mucho, pero no lo es todo. No es, en sí mismo, suficiente para que podamos decir justificadamente que nuestro régimen imperial ha sido un éxito. Al ciudadano medio británico le resultará un tanto extraña la pregunta de si la justicia británica, donde hemos logrado imponerla, y el orden público británico son buenos para la India, pero es un interrogante que a veces se plantean los ingleses que han vivido en aquel país y que, en términos generales, son partidarios de que sigamos allí. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que algunas de las virtudes teóricas de nuestras leyes y métodos, que a nosotros nos pueden parecer magníficos, tal vez no funcionen tan excelentemente al aplicarlas a otras naciones. El exigir con rigurosa justicia el pago de la contribución sobre la tierra y el cumplimiento de las demandas legales de los funcionarios fiscales son importantes ejemplos de equidad mal aplicada. Aunque el recaudador de impuestos oriental haya estado siempre corrompido, y aunque el poder de los funcionarios haya sido tiránico, han existido siempre otros factores que, como la opinión pública, el sentido práctico y la consideración de las circunstancias personales, han actuado como elementos moderadores a este respecto. El rigor impersonal y mecánico de las leyes británicas es una de las más notables causas de la impopularidad de nuestro gobierno de la India, y es también causa probablemente de graves perjuicios.

Hay incluso razones para suponer que los indios toleran mejor las exacciones irregulares e ilegales de los autócratas nativos reconocidos, a cuya visible autoridad están acostumbrados porque para ellos es cosa normal, que las exacciones más llevaderas exigidas por una maquinaria despersonalizada, irresistible e inmutable, que es como ellos ven al poder británico.

Es cosa bastante clara que, si el consentimiento activo de los gobernados es condición para el éxito de un gobierno, el Imperio británico de la India no ha conseguido el éxito. La sumisión de los orientales nos enmascara la realidad y por ello pueden sobrevenirnos tremendas catástrofes si no llegamos a entender la verdad de los hechos. Mr. Townsend,

que ha meditado detenidamente sobre las circunstancias de nuestro gobierno de la India, escribe:

«El Imperio proporciona bienes como libertad personal y religiosa, justicia para todos, seguridad; pero ¿son esas cosas tan valiosas como para hacerle vencer al hombre de color la innata e incurable antipatía que siente por el blanco que se las da? Lo dudo mucho»[11].

Apoya sus dudas en ponderadas razones. La población agrícola, a la que, en su opinión, hemos beneficiado materialmente, es una masa inerte. Los sectores activos de la población, dotados de iniciativa, de ambición política, de patriotismo, de cultura, se mantienen silenciosos, pero son muy hostiles a nuestro gobierno. Es natural que así ocurra. Con nuestro sistema de administración nativa hemos frustrado las oportunidades profesionales que podían haber tenido esos grupos sociales; hasta el sistema de gobierno que hemos impuesto contraría sus sentimientos y con frecuencia bloquea sus intereses. El sistema de castas, que alardeamos de haber moderado o hecho inoperante mediante nuestras leyes e instituciones más liberales, se vuelve por todas partes contra nosotros y detesta profundamente las influencias educadoras que a causa de nuestra presencia, sirven para borrarlo de la mente de los nativos. Un buen síntoma de lo que acabamos de decir es el fracaso casi total que han experimentado nuestras dinámicas misiones cristianas en lo referente a la conversión de los miembros de las clases superiores. El testimonio que, después de treinta años de trabajos misionales, ofrece uno de los misioneros católicos más fervientes, merece atención:

«Durante el largo período que he vivido en la India en calidad de misionero he hecho, con la ayuda de un colega nativo, entre doscientos y trescientos conversos de ambos sexos, en total. De ellos, unos dos tercios eran parias o mendigos, y el resto lo formaban sudras, vagabundos y marginados de diferentes tribus que, al encontrarse sin recursos, se hacían cristianos para conseguir amistades, principalmente para fines matrimoniales o para alguna otra finalidad interesada»[12].

Esta opinión queda confirmada por los comentarios generales que hace Mr. Barrie acerca de las misiones cristianas, en su informe sobre el censo, en 1891. «El máximo desarrollo (del cristianismo) se ha registrado en aquellos lugares en que el sistema brahmánico de castas está vigente

[11] *Asia and Europe*, p. 101.
[12] Citado por Lilly, *India and its Problems*, p. 163.

con mayor vigor, en el sur y en el oeste de la península y entre las tribus de las montañas de Bengala. En esos sitios resulta naturalmente atractivo para un sector de la población cuya suerte se ve hereditaria y permanentemente perjudicada por su propia religión.»

Si el cristianismo y la autoridad británicos hubieran sido bien recibidos por grandes masas de campesinos de gentes de clase baja y de parias, la hostilidad de las clases altas nativas podría parecer un claro testimonio de lo beneficiosa que es nuestra gobernación para hacer subir el nivel de vida de la clase trabajadora más pobre, que siempre es la gran mayoría. Desgraciadamente, no puede afirmarse en serio que se haya conseguido ese resultado. No hay razón para suponer que sección alguna de la población de la India esté ligada a nosotros por motivos que no sean o el miedo o el respeto a nuestro poder externo. Mr. Townsend resume muy bien la cuestión al afirmar que «no hay rincón de Asia donde la vida de un blanco esté a salvo más de una hora, si no está protegida por la fuerza actual o potencial; ni existe Estado asiático que, si actuara con cordura, no lo expulsara inmediatamente y para siempre»[13]. Según la opinión transcrita, la civilización que estamos implantando en la India no ha echado raíces: es una capa superficial, mantenida por la fuerza, y que no ha prendido en la verdadera vida de la nación, como debería haberlo hecho para modificar y educar el espíritu de las gentes. Con evidente repugnancia, Mr. Townsend se ve forzado a llegar a la conclusión de que «el Imperio está suspendido en el aire, sólo se apoya en una diminuta guarnición blanca y en la no comprobada hipótesis de que el pueblo de la India desea que siga existiendo»[14]. Y es más, el profesor Seeley manifestaba a este respecto, y es cosa por lo demás admitida, que nuestro imperio de la India ha sido posible gracias únicamente a las numerosas divisiones de razas, lenguas, religión e intereses existentes entre la población, y principalmente gracias a la división entre mahometanos e hindúes.

De todos modos, cabría sostener que el hecho de que nuestra autoridad se mantenga por la fuerza, y que los nativos no se muestren demasiado entusiasmados con los beneficios que de ella obtienen, no prueba que nuestra presencia no sea beneficiosa o que, con el paso del tiempo, no seamos capaces de instalar en su vida los mejores valores de la civilización occidental.

¿Estamos haciendo algo de eso?, ¿nos permitirán hacerlo las circunstancias que caracterizan a nuestra ocupación? Dejando a un lado el ejército, que es el aspecto más visible de nuestro Imperio, existe una población británica de unas 135.000 personas[15], es decir, menos de un británico por cada dos mil nativos, que ni lleva la vida que es normal en su propio país, ni en el país extranjero que ocupan. Estas personas no son, por otra parte, gentes que representen a la civilización británica, sino elementos extraños, que se ven forzados a vivir de un modo muy artificial, sin poder criar una familia británica ni formar una sociedad británica que contenga e ilustre lo que de más valioso hay en nuestra cultura.

[13] *Asia and Europe*, pág. 98.
[14] *Asia and Europe*, pág. 89.

Es cierto que la maquinaria del gobierno, por excelente que sea, no puede hacer mucho, por sí misma, para transmitir las ventajas de la civilización a una población extraña. Lo que de vivo y dinámico existe en una civilización sólo puede comunicarse mediante las relaciones entre persona y persona. Y no puede, en términos generales, decirse que las existentes entre los indios y los británicos sean ni libres, ni estrechas, ni personales. No hay igualdad de trato, ni familiaridad, ni mucho menos matrimonios interraciales, que son la única forma efectiva de fundir dos civilizaciones, la única salvaguardia contra el odio y la opresión raciales. «Cuando el matrimonio interracial es impensable» —escribe el doctor Goldwin Smith—, no puede existir la igualdad social; sin ésta, no es posible la igualdad política, ni tampoco una república en el sentido auténtico de la palabra»[16].

Como es bien sabido, la gran mayoría de los blancos vive su propia vida y utiliza a los nativos para trabajos domésticos o industriales, pero nunca procura llegar a tener un conocimiento más completo de su vida y carácter del que necesita para que le presten los servicios mencionados o para, a su vez, proporcionarles los servicios oficiales. Los pocos que han hecho algún intento serio de penetrar en la mentalidad india confiesan que no han podido llegar a captar con exactitud ni siquiera los rudimentos de una naturaleza humana tan radicalmente diferente de la nuestra en sus valores fundamentales y normas de conducta, que sus aspiraciones más queridas resultan un conjunto de misteriosos enigmas psicológicos. Son los estudiosos mencionados, precisamente, los que nos han hecho ver la imposibilidad de que se llegue a esa estrecha y persistente interacción espiritual, esencial para que pueda cumplirse esa «misión civilizadora» que pretendemos llevar a cabo. Hasta esos escritores ingleses que, como Mr. Kipling y Mrs. Steel, parecen transmitirnos más convincentemente lo que ha dado en llamarse el espíritu del Oriente, tal como se presenta en el drama de la vida moderna, apenas hacen algo más que

[15] En el año 1900, aproximadamente.
[16] *Commonwealth or Empire* (Macmillan & Co.).

describirnos un ambiente fascinante del que no se comprende nada. Por otro lado, el estudio de los magníficos logros del arte y la literatura indios, que pueden considerarse la mejor expresión del alma popular, nos muestra la hasta ahora insalvable divergencia existente entre las concepciones de la vida británica e india. El total distanciamiento y reserva de la pequeña población blanca se debe, en considerable medida, a que intuye estas diferencias psíquicas y su incapacidad para identificarse vitalmente con los miembros de una raza «inferior». Pero no son ellos los culpables sino las circunstancias que los han llevado hasta allí y que han puesto sobre sus hombros una tarea absolutamente imposible, la de trasplantar al suelo asiático una civilización genuinamente blanca. Conviene que quede muy claro que no se trata de que el proceso de adaptación se esté desarrollando con lentitud, sino de que estamos empleando el fenómeno vital del cambio. Con los métodos que estamos empleando ahora no podemos implantar nuestra civilización en la India; lo único que conseguiremos será perturbar la suya[17]. Ni siquiera podemos influir apenas en la vida externa de la gran mayoría de la población, lo que quiere decir que no influimos en absoluto en la interna. Si la enorme extensión del área sobre la que ejercemos control político, y gobernamos en la práctica, nos engaña y nos hace pensar que estamos convirtiendo a las gentes de la India al cristianismo británico, a las opiniones británicas respecto a la justicia, la moralidad y el valor supremo del trabajo regular e intenso como medio de conseguir la elevación del nivel material de vida, cuanto antes nos desengañemos y hagamos frente a los hechos reales, mejor. Porque la mayoría de los funcionarios británicos saben muy bien que, prácticamente, no estamos consiguiendo nada de eso, y desprecian todo lo que significa acercarse a ese objetivo porque rechazan de plano a los euro-asiáticos y ridiculizan la «civilización estucada del caballero hindú». La creencia de que estamos

[17] Los efectos de esta perturbación pueden ser de considerable importancia. Si, conforme dicen algunos políticos hindúes de la nueva escuela, nuestra influencia está neutralizando sensiblemente el antagonismo existente entre hindúes y mahometanos, por una parte y, por la otra, destruyendo gradualmente la rigidez del «sistema de castas», parece claro que lo que estamos haciendo es minar los cimientos de nuestro régimen político, dado que estamos eliminando los obstáculos más poderosos que se oponen a la separación del «nacionalismo» en la India. Si el influjo nivelador de nuestras doctrinas occidentales, que actúa sobre las gentes a través de las instituciones religiosas, literarias, políticas y sociales, se extralimita en destruir las barreras raciales, religiosas y lingüísticas que siempre han dividido y subdividido la India, la comunidad de intereses y antagonismos puede propiciar un aumento de la conciencia nacional que podría hacer que la petición de «la India para los indios» traspasara los márgenes de una difusa aspiración para dar lugar a una campaña organizada en el campo militar y político.

civilizando a la India en el sentido de que la estamos ayudando a progresar, sea desde la perspectiva de nuestra cultura o de la suya, en los planos económico, político y moral, es un completo error basado en una falsa apreciación de la influencia que pueden tener los cambios superficiales provocados por la acción del gobierno o por las actividades de un diminuto grupo de extranjeros. Este error es sólo posible gracias a las sofisterías del imperialismo, que urde estas falacias para encubrir su falta de argumentos y justificar los beneficios económicos que ciertos grupos de intereses obtienen con el Imperio.

Y esta opinión no es nueva, ni tiene por qué implicar hostilidad al imperialismo británico. Si hay algún escritor al que pueda atribuirse con razón, más que a ningún otro, el haber fomentado grandes ideales acerca del destino de Inglaterra, ese es el fallecido profesor Seeley. No obstante, al resumir el valor de la tarea «imperial» que hemos realizado en la India, decía:

> «En el mejor de los casos, la considero un buen especimen de un mal sistema político. No estamos muy animados a sentirnos orgullosos de ser los sucesores del Gran Mongol. A pesar de todos los méritos de nuestra administración, tenemos nuestras dudas respecto a que nuestros súbditos estén contentos con ella. Dudamos incluso que nuestra gobernación los esté preparando para una etapa más felíz, porque acaso los estemos hundiendo más en la miseria. Sospechamos que quizá un gobierno genuinamente, y mejor aún, un gobierno nacional surgido de la propia población hindú, resultaría a la larga más beneficioso porque, aunque fuera quizá menos civilizado, se identificaría más con las gentes nativas que un gobierno extranjero, como el nuestro, que no siente sus problemas»[18].

III

Aunque la India nos ofrece las más amplias e instructivas enseñanzas en lo que respecta al imperialismo específicamente británico, donde probablemente se va a dar la prueba más crucial del espíritu y los métodos del imperialismo occidental, en general, va a ser en China. El nuevo imperialismo se distingue del antiguo en que, primero, frente a la ambición de un único imperio en expansión existen en él teorías y prácticas de imperios en competencia, con sus correspondientes ideologías y formas de actuar, cada uno de los cuales está motivado por una ambición similar

[18] *The Expansion of England*, pág. 273-274.

de engrandecimiento político y de beneficios comerciales; y, en segundo lugar, los intereses de los grupos financieros e inversores, y no los de los sectores mercantiles, son los que prevalecen.

Los métodos y motivaciones de las potencias europeas están tan claros que ni siquiera se discuten seriamente en China. El único objetivo de la política de ésta fue, desde tiempo inmemorial, evitar cualquier tipo de transacciones con los extranjeros que pudiera dar lugar al establecimiento de relaciones con sus gobiernos. Ello no quería decir, por lo menos hasta hace poco, que existiera hostilidad contra las personas extranjeras concretas u oposición a que éstas procurasen introducir sus mercancías y sus ideas. Desde los tiempos más remotos, China ha comerciado con los árabes y con otras razas asiáticas del Oeste. La historia de Roma nos habla de intercambios comerciales con China ya en la época de Marco Aurelio. Por otro lado, las relaciones chinas con el exterior no se limitaban al comercio. Los nestorianos introdujeron el cristianismo en aquel continente hace unos mil quinientos años, y propagaron por todas partes sus doctrinas religiosas en el Reino Central. Los misioneros extranjeros budistas fueron bien recibidos y sus enseñanzas encontraron amplia aceptación. Pocas son las naciones, a decir verdad, que hayan mostrado tanta capacidad de asimilar doctrinas religiosas extranjeras como China. Los misioneros católicos llegaron allí durante la dinastía mongola y en la última parte de la dinastía Ming[19]. Los jesuitas no sólo propagaron el cristianismo, sino que introdujeron la ciencia occidental en Pekín y el punto culminante de su influencia se alcanzó durante los últimos años del siglo XVII. Hasta la llegada de los dominicos, que crearon allí un sectarismo religioso acompañado de intrigas políticas, no se desprestigió el cristianismo ni suscitó ningún tipo de persecuciones. Los problemas en ese sentido aumentaron rápidamente durante el siglo XIX, al establecerse las primeras misiones protestantes. Aunque los chinos no han mostrado nunca, en cuanto nación, intolerancia religiosa, sí han llegado, naturalmente, a desconfiar de las motivaciones de los occidentales que, llamándose cristianos, han tenido pendencias entre ellos y, con un celo religioso carente de tacto, han dado con frecuencia origen a disturbios locales, que, a su vez, han provocado intervenciones diplomáticas o militares para su protección. Casi todas las autoridades laicas europeas de China están de acuerdo con las siguientes palabras de Mr. A. J. Little:

> «Puede que el fin justifique los disturbios y las subsiguientes matanzas que han originado las obras misionales por toda China, pero, desde luego, nuestras relaciones con los chinos serían mucho más cordiales si no les infundiéramos la sospecha de que lo que pretendemos insidiosamente es irlos apartando gradualmente de los hábitos de devoción y lealtad filiales que poseen, para ventaja nuestra»[20].

[19] Entre los años 1138 a 1644.

Las líneas maestras de la política china están perfectamente claras. Aunque no se oponen a establecer contactos, de vez en cuando, con los europeos o con otros pueblos asiáticos, con los mercaderes, los viajeros o los misioneros, se han resistido firmemente a todos los intentos sistemáticos por parte de las potencias europeas de perturbar su sistema político y económico. Como sus enormes territorios, la diversidad de sus climas y características geográficas, su numerosa población dedicada a la industria, y su antigua y bien desarrollada civilización les proporcionan una amplia base para la autosuficiencia, los chinos, con un agudo y acertado instinto de defensa propia, se han esforzado por situar sus relaciones exteriores en un plano secundario y accidental. El buen resultado que les ha dado esta política a lo largo de innumerables siglos les ha permitido evitar el militarismo de otras naciones; y aunque se han visto obligados por ella a soportar algunos cambios dinásticos forzados, nunca ha afectado a la vida habitual y pacífica de la gran masa de pequeñas aldeas artesanas autosuficientes de que se compone la nación. El acontecer político que ha caracterizado la historia de Occidente no ha significado prácticamente nada para los chinos. Lo que hace importante al imperialismo en el Lejano Oriente es el esfuerzo realizado por los países occidentales para romper las barreras de la resistencia pasiva de China y obligarla a aceptarlos, junto con sus mercancías y su control político y comercial. No podemos trazar aquí, ni siquiera en sus líneas más generales, un esquema del esfuerzo de Occidente en este sentido, ni pararnos a describir la manera en que se han utilizado los conflictos con los comerciantes y misioneros para forzar la apertura de relaciones comerciales en el interior, para establecer puertos de tratado, para obtener derechos especiales comerciales y políticos para los súbditos británicos y de otras nacionalidades europeas, para atar el gobierno central a un red de relaciones políticas regulares con el exterior, y para, a finales del siglo XIX, enzarzar a China en guerras, primero con el Japón, y después con una confederación de Estados europeos, que amenazaban con romper el aislamiento político e industrial de cuarenta siglos y sumir a China en la pugna de las grandes rivalidades mundiales.

La conducta de las potencias de Europa respecto a China ejemplifica

[20] *Through the Yang-Tse-Gorges*, edición de 1888, pág. 334.

claramente cuál es la índole del imperialismo. Hasta la última parte del siglo XIX Gran Bretaña, y muy en segundo lugar Francia, fueron las que llevaron la voz cantante en la búsqueda de nuevos mercados, recubriendo esta política comercial con un barniz de obras misionales. La guerra del opio fue una prueba crucial para determinar la importancia relativa real de cada una de esas dos naciones. La entrada de Alemania y de los Estados Unidos en la competición industrial, junto con la occidentalización del Japón, intensificó la rivalidad comercial, y la lucha por los mercados del Lejano Oriente se hizo un objetivo más preciso de las políticas económicas nacionales. La siguiente etapa consistió en la serie de medidas de fuerza con las cuales Francia, Rusia, Alemania, Gran Bretaña y el Japón han hincado sus colmillos políticos y económicos en alguna parte del cuerpo de China, mediante anexiones, esferas de influencia o tratados especiales, política que culminó, en esta etapa, con las represalias feroces de la reciente guerra[21], y con la aparición de una amenaza permanente, consecuencia de haber impuesto a nivel internacional una serie de condiciones financieras y políticas a un gobierno central que hubo de aceptarlas de mala gana al verse indefenso y en peligro de nuevos abusos si no lo hacía.

Hoy es prácticamente imposible que cualquier persona que haya seguido cuidadosamente el curso de estos acontecimientos se atreva a hablar en serio de la «empresa civilizadora» que Europa ha emprendido en China[22]. El imperialismo que se practica en el Lejano Oriente no tiene otros móviles ni practica otra política que la búsqueda de objetivos exclusivamente comerciales. Los planes de adquisiciones territoriales y de control político directo que han puesto en práctica Rusia, Alemania y Francia, y la «esfera de influencia» que ha alternado con lo que hemos llamado «una puerta abierta» en nuestra política, menos coherente, han obedecido en todos los casos a motivos claramente financieros y comerciales.

[21] El adjetivo «reciente» se refiere a 1903.

[22] En la descripción que el corresponsal de *The Times* hace de la entrada por la fuerza de las tropas aliadas en Pekín, nos ofrece esta rápida visión del cristianismo que entonces estaba «de moda» en China: «El levantamiento del sitio quedó marcado por la matanza de un gran número de chinos, a los que se había acorralado en una calle sin salida, y de los que no quedó ni uno vivo. En la tarea de aniquilarlos, los chinos conversos cristianos se unieron a los franceses, que constituían la fuerza de socorro y que les prestaron bayonetas para que dieran rienda suelta a su espíritu de venganza. Los testigos oculares dicen que la escena fue repugnante, pero al juzgar tales actos hay que recordar lo que los provocó, y que estas gentes habían sufrido lo indecible» (*The Times*, 16 de octubre de 1900).

China parece ofrecer oportunidades excepcionales al hombre de negocios occidental. Con una población de unos cuatrocientos millones de habitantes, dotados de una capacidad y constancia para el trabajo extraordinarias, de gran inteligencia e imaginación, habituados a una forma de vida muy frugal, con un territorio rico en minerales sin explotar y carente de maquinaria moderna para las manufacturas y el transporte, el país brinda deslumbrantes perspectivas de grandes beneficios económicos.

En nuestras relaciones con las razas atrasadas susceptibles de aprender las técnicas industriales occidentales pueden distinguirse tres etapas. La primera está caracterizada por las operaciones comerciales corrientes, por el intercambio de los excedentes normales de ambos países. Luego, cuando Gran Bretaña o alguna otra potencia europea han adquirido territorios o invertido capital en la nación extranjera con vistas a desarrollar sus recursos, la potencia occidental se ve favorecida por un período de importantes exportaciones, en el que vende ferrocarriles, maquinaria y otras formas de capital, sin que haya necesariamente una contrapartida proporcional de importaciones, dado que se trata, en realidad, de un proceso inversor. Esta etapa puede prolongarse mucho si en el país que está empezando a desarrollarse no hay capital ni tiene capacidad para emprender negocios. Pero falta una tercera fase, una etapa que, por lo menos en China, puede alcanzarse en un futuro no muy lejano y en la que, dentro del país atrasado, surgen el capital y la capacidad empresarial necesarios, sea entre los europeos residentes en él o entre los nativos. Y por lo tanto, plenamente dotado de todos los factores productivos necesarios para su futuro desarrollo nacional, el país antes subdesarrollado puede hacer frente a sus civilizaciones sin estar ya lastrado por la necesidad de ulterior ayuda industrial, y vender más barato que éstos en su propio mercado, arrebatarles sus otros mercados extranjeros, y conseguir para sí el negocio de realizar la labor de desarrollo económico que aún quede por hacer en otras partes menos evolucionadas de nuestro planeta. Ya hemos expuesto las simplezas con que los librecambistas menos instruidos tratan de escabullir este problema esencial. Baste con repetir aquí que el librecambismo no puede garantizar, en modo alguno, que podrá seguir manteniendo una industria o una población industrial en un determinado país y, por otro lado, no hay razón alguna, ni teórica ni práctica, para impedir que el capital británico sea transferido a China, siempre que allí encuentre mano de obra más barata o más eficiente, ni tampoco, desde luego, para evitar que el capital chino, con mano de obra china, desplace los productos británicos en los mercados de los países neutrales del mundo. Todo lo que hemos dicho de Gran Bretaña puede aplicarse, igualmente, a otras naciones industriales que se

están lucrando en China. Sin traspasar las fronteras de lo razonable cabe imaginar que un día podrían cambiar las tornas y que China, fuera con capital y técnicos de las naciones industrializadas occidentales, fuera, como es más probable, utilizando los suyos propios, llegara a inundar con sus productos, que serían más baratos, los mercados de los países de Occidente; que se negara a aceptar las importaciones de éstos a cambio, y se cobrara haciendo inversiones en ellos. De este modo, el sentido del anterior proceso inversor funcionaría al contrario, y China se iría haciendo poco a poco con el control financiero de las naciones que, en otro tiempo, fueron sus patrocinadores y civilizadores. No se trata de meras palabras ociosas. Si China posee de verdad la capacidad industrial y la iniciativa para los negocios que normalmente se le atribuyen, y si las potencias occidentales logran desarrollar la economía china de acuerdo con las pautas de Occidente, el resultado que hemos descrito es altamente probable.

IV

Aquí radica el significado profundo del ataque conjunto de las potencias occidentales contra China. Es una gran operación especuladora del capitalismo internacional, que todavía no está maduro para la cooperación entre las naciones, pero, sin embargo, se ve lastrado por la necesidad de apelar a los sentimientos patrióticos y de emplear la política nacional de los respectivos países, en beneficio de los grupos capitalistas concretos que fomentan esa necesidad para potenciar así sus ventajas. Mientras sea necesario utilizar las presiones diplomáticas y los ejércitos para conseguir invertir en algún campo en especial, como en el ferrocarril, las concesiones mineras, o en otras industrias de desarrollo, la paz de Europa estará amenazada por las intrigas de las naciones y por sus disputas. Aunque existen partes que ya han sido asignadas con mayor o menor precisión, por ejemplo, Manchuria a Rusia; las provincias meridionales de Tonking, junto con Hainan, a Francia; Shan-tung, a Alemania, y Formosa y Fokien, a Japón, para que estos países exploten industrialmente y controlen políticamente dichos territorios, existen otras zonas de gran extensión donde la distribución de las esferas de influencia para su subsiguiente control político e industrial es probable que origine graves discordias. Inglaterra y Francia se disputan Yunnan y Quan-tung, territorios situados en las fronteras del sur. El Gobierno chino ha dado a cada una de esas naciones las mismas seguridades de que dichas provincias no

se pondrán bajo el control de ninguna otra potencia. Las reivindicaciones de Gran Bretaña sobre la extensa e indefinida zona que se conoce como la cuenca del Yang-Tse, a la que pretende convertir en esfera de influencia suya para obtener allí concesiones económicas y ejercer sobre ella la supremacía política, están siendo abiertamente desafiadas por Alemania, que actúa en esa zona; por su parte, Corea continúa siendo una herida abierta en las relaciones de Rusia con Japón. Estados Unidos, cuyo interés por invertir y por realizar transacciones comerciales con China está creciendo mucho más rápidamente que el de las potencias europeas, no dejará de reclamar con insistencia una puerta abierta en el país y pronto estará en situación de respaldar con poderosas fuerzas navales su petición. La época actual[23] es, por consiguiente, un momento caracterizado por las políticas nacionales separadas y las alianzas especiales, en el que los grupos de financieros y capitalistas presionan a sus respectivos gobiernos para obtener arrendamientos, concesiones y otros datos de preferencia en determinadas zonas. Es muy posible que los conflictos imperialistas que, por las causas indicadas, surjan entre las naciones, sean hábilmente explotados por el Gobierno chino para su autodefensa, y quizá se produzca un largo retraso en la entrada efectiva de las empresas occidentales en China, que procurará protegerse enfrentando a sus enemigos unos con otros.

De todos modos sería vano pretender que, en último término, pueda evitarse el ataque industrial contra China. Si este país no despierta rápidamente de su sueño de innumerables siglos de paz y si no consigue transformarse en una nación militarmente poderosa, no podrá escapar a las presiones de las potencias extranjeras. Pensar que sí podrá hacerlo, basándose en la capacidad que muestran sus ciudadanos para la instrucción militar y la disciplina, es tomar el rábano por las hojas. El carácter de los pueblos chinos, en la medida en que podemos comprenderlo, es contrario al patriotismo militante y al gobierno fuertemente centralizado que se precisaría para llevar a cabo esa política. Pensar que China podría organizar un ejército de seis millones de hombres, que, al mando de algún gran general, sería capaz de arrojar del país «al demonio extranjero», e incluso emprender, a su vez, una campaña de invasiones y conquistas, equivale a hacer caso omiso de las principales características psicológicas y sociales de la vida china. En cualquier caso, de todo lo que puede pasar en el Lejano Oriente en un futuro próximo, esto es lo que menos posibilidades tiene de suceder.

[23] Escrito en 1903.

Mucho más razonable es suponer que el capitalismo, tras haber fracasado en la consecución de sus objetivos mediante políticas nacionales diferentes que han ocasionado contiendas entre los pueblos occidentales, puede haber aprendido que es recomendable unir los esfuerzos, y que el capitalismo internacional, cuyo poder ha aumentado rápidamente en los últimos tiempos, quizá lleve a cabo un experimento decisivo en la explotación de China. Hemos visto anteriormente cómo la fuerza motriz del imperialismo competitivo de las naciones occidentales radica en los intereses de ciertos pequeños grupos financieros e industriales, que existen dentro de las naciones y que usurpan el poder de la nación empleando el ejército y los fondos nacionales para sus negocios privados. En los primeros estadios de este proceso, cuando los grupos mencionados son aún netamente nacionales, la política citada conduce a guerras que tienen el propósito de conseguir mercados «nacionales» para las inversiones y el comercio. Pero los adelantos de las técnicas militares hacen que la guerra entre las potencias «civilizadas» resulte muy cara, y el creciente internacionalismo que están practicando los grandes magnates de la industria y las finanzas, que parecen estar destinados a controlar cada vez más la política de sus países, puede dar lugar a que esas guerras resulten imposibles en el futuro. Puede que el militarismo sobreviva durante muchos años porque, como hemos visto, resulta útil en muchos aspectos a la pervivencia de una plutocracia. Los gastos que ocasiona, en efecto, hacen que ciertos poderosos intereses creados vean el militarismo con simpatía; por otra parte, es un elemento decorativo en la vida social y, sobre todo, es necesario para mantener a raya las presiones de las fuerzas sociales que piden reformas. El poder del capital, en su forma más concentrada, está en todas partes mejor organizado que los trabajadores, y ha llegado a un estadio superior en el curso de su desarrollo interno; es decir, mientras los obreros no han hecho más que hablar de cooperación internacional, el capital ya la ha conseguido. Por consiguiente, en lo que respecta a los intereses de los grandes grupos financieros y comerciales, parece bastante probable que en la próxima generación se llegue a una fusión tal a escala internacional, que las guerras entre las naciones occidentales sean prácticamente imposibles. A pesar de las rivalidades egoístas y de la política de perro-del-hortelano que en la actualidad debilitan la actuación de Europa en el Lejano Oriente, el verdadero drama comenzará cuando las fuerzas del capitalismo internacional, que dicen representar los ideales de la civilización cristiana, entren en acción y emprendan la conquista pacífica de los mercados y de los recursos económicos de China. Entonces será cuando de verdad comience el «peligro amarillo». Si razonablemente no puede esperarse que en China surja un movimiento

patriótico que permita a la nación expulsar a los explotadores occidentales, lo que ocurrirá será que ésta se verá sometida a un proceso de desintegración que más que su «desarrollo» lo que ocasionará será su «disgregación».

Hasta entonces no nos daremos cuenta de todos los riesgos y locuras que supone la más asombrosa empresa revolucionaria que el mundo ha conocido. Puede que entonces se despierten las naciones occidentales y vean que han permitido que un pequeño grupo de especuladores las comprometan en una operación imperialista en la que los costos y riesgos que siempre entraña esa política están multiplicados por cien, y en la que no parece haber posibilidad de retirarse sin quebrantos. El modo alocado e irreflexivo en que las naciones se han dejado embarcar en la explotación de un país cuya población es casi tan grande como la de Europa y de la cual nos resultan absolutamente desconocidas diecinueve partes de cada veinte, es la culminación de una política irracional. Esa empresa es, en gran medida, un salto en el vacío. Pocos son los europeos que se atreven a afirmar ni siquiera que conocen a los chinos, ni en qué medida los chinos que conocen son representativos del conjunto de la nación. El único hecho importante en el que hay acuerdo general es que los chinos son la raza «inferior» que mejor se presta a la explotación industrial y la que más beneficios deja como mano de obra, teniendo en cuenta los costos de su manutención. Dicho en pocas palabras, los inversores y empresarios europeos se han encontrado en China con unos recursos de mano de obra, cuyas perspectivas de producir beneficios exceden con mucho las de las minas de oro y otros depósitos minerales, que son los incentivos que han llevado la iniciativa imperialista a Africa y a las demás partes. Estos recursos parecen tan enormes y son tan susceptibles de aumentar en el futuro, que brindan la oportunidad a toda la población blanca de Occidente de vivir del trabajo manual de estos diligentes «inferiores», como hacen los pequeños grupos blancos europeos, que viven como «caballeros independientes» en la India y en Sudáfrica. Como las posibilidades de explotación parasitaria son inusitadas, podría ocurrir que los grupos rivales de hombres de negocios que están empujando a sus respectivos gobiernos hacia sus intereses particulares, renunciaran a la competencia entre ellos y dieran los primeros y difíciles pasos para poner en marcha, conjuntamente, una empresa explotadora común. Una vez se hayan instalado en China la red ferroviaria y los servicios marítimos el futuro volumen del mercado laboral disponible será tan asombroso, que podría muy bien absorber todo el capital y la iniciativa empresarial que sobraran durante generaciones en los países avanzados de Europa y en los Estados Unidos. Esta posibilidad, llevada a

la práctica, podría revolucionar los métodos del imperialismo. Las demandas y reivindicaciones políticas y laborales de los movimientos obreros de Occidente podrían ser neutralizadas echando mano de grandes cantidades de mercancías procedentes de China o, en aquellos lugares en que el poder de la oligarquía imperialista esté mejor asentado, amenazando con reclutar a trabajadores o soldados mercenarios amarillos, según los casos, para mantener bajos los salarios y regular la producción industrial según sus intereses. Por otro lado, la colaboración en esta gigantesca empresa de Oriente podría mover a los grupos políticos y financieros de los Estados occidentales a llegar a un entendimiento tan completo que quedara organizada la paz en Europa, con lo cual el militarismo perdería fuerza.

De esta manera, el imperialismo podría avanzar mucho en la consecución de sus fines. Su inherente tendencia hacia el poder oligárquico y sin moderación en política, y al parasitismo en la industria, aparecería entonces claramente visible en la organización de las naciones «imperialistas». La mayor parte del oeste de Europa podría quizá adoptar entonces el aspecto y las características que ya muestran algunas zonas de la parte sur de Inglaterra, de la Riviera y de los centros turísticos y residenciales de Italia y Suiza. Es decir, veríamos pequeños grupos de aristócratas adinerados que recibirían pensiones y dividendos del Lejano Oriente, un grupo más numeroso de gente de profesiones liberales y de comerciantes que estarían a su servicio, y una gran masa de criados y de trabajadores de los transportes y de las fases finales de la producción de los bienes perecederos. Todas las principales industrias de base habrían desaparecido, y los alimentos y las manufacturas más usuales llegarían de Asia y Africa a título de tributos[24]. No sería razonable suponer, desde luego, que podría conseguirse la industrialización de China con métodos europeos sin controlarla eficazmente a nivel político, y, justamente en la medida en que la Europa occidental llegara a depender económicamente de China, se vería obligada a mantener conjuntamente dicho control imperialista, y esa necesidad condicionaría la política de Occidente. Todos los movimientos de reforma social interior quedarían supeditados a la necesidad de mantener los imperios; las fuerzas democráticas serían

[24] Mr. Bryce, en su «Romanes Lecture», p. 9, parece apuntar la probabilidad de que se dé esta situación. Dice: «No es ninguna exageración afirmar que, para fines económicos, toda la humanidad se está convirtiendo rápidamente en una sola nación, en la que los países hasta ahora atrasados ocupan una situación similar a la que los trabajadores no especializados han tenido en cada uno de los Estados civilizados. Este hecho es el comienzo de una nueva fase en la historia del mundo.»

mantenidas a raya utilizando hábilmente los servicios del ejército y de una burocracia altamente centralizada.

Un problema que preocupa cada vez más a las naciones occidentales es saber hasta qué punto afectará al imperialismo en Asia el ascenso del Japón al rango de primera potencia política e industrial. En todo caso no puede negarse que el surgimiento reciente del Japón como nación oriental equipada con toda la tecnología de la civilización occidental, alterará probablemente de forma profunda el curso de la historia de Asia en un futuro próximo.

Si consideramos que el problema fundamental es el de conseguir el desarrollo económico de China según pautas occidentales, no podemos dejar de ver que el Japón está en situación mucho más ventajosa que las potencias occidentales para realizar este trabajo y quedarse con los beneficios que produzca. Las ventajas del Japón a este respecto dimanan en parte de ciertas aptitudes mentales de su población y en parte de factores geográficos y raciales. Resumiendo los hechos reconocidos, podemos afirmar que los japoneses, como pueblo, parecen haber asimilado, en el espacio de dos generaciones, todas las ciencias mecánicas y políticas del Oeste que contribuyen a la fuerza militar, comercial y social de una nación. Además, pueden utilizar los mecanismos de la civilización con la misma precisión y más económicamente, desde el punto de vista del bien común, que cualquiera de las naciones que han sido sus maestras. Si lo que han hecho ha sido «imitar», no cabe duda de que han imitado con mucha inteligencia porque es cosa admitida que los japoneses han seleccionado con muy fino juicio las armas, las máquinas, las leyes y las costumbres que han adoptado, y que hacen funcionar fácil y eficazmente sus instituciones políticas, sociales y económicas. El espléndido éxito del pueblo japonés parece deberse, en gran parte, a dos hechos anímicos. En primer lugar parecen poder dedicar una gran cantidad de energía mental a las complejas actividades de la vida moderna sin sufrir el derroche de nervios que vemos en los pueblos occidentales. Realizan, al parecer, más fácilmente una mayor cantidad de trabajo cerebral. En segundo lugar, su sentido cívico está más extendido, y es más agudo y más constante, lo que origina una cooperación de los ciudadanos con vistas a conseguir el bien común más eficaz que en ningún otro pueblo de Occidente. Hay menos despilfarro debido a indolencia, corrupción y otros vicios de la burocracia oficial, y el pueblo, por su parte, tiene un alto sentido del servicio público. Quizá este intenso patriotismo y este espíritu de autosacrificio sean reminiscencias psíquicas de un orden social que está desapareciendo, pero, mientras dura, proporciona una enorme energía que puede aplicarse a múltiples actividades.

La proximidad del Japón a la China del norte, sus similitudes de raza, lengua, religión, literatura y forma de vida tienen que dar, por fuerza, al pueblo nipón una inmensa ventaja sobre cualquier otra raza europea en el desarrollo económico de China. Si, como parece probable, la paz que siga a la guerra ruso-japonesa abrirá una nueva era de rápida expansión comercial del Japón, y el capitalismo avanzará rápidamente en sus islas, la salida natural para invertir su capital y para emplear su capacidad de organización en los negocios y en los servicios públicos, será China. Que el Japón se vea dominado por el mismo espíritu de expansión territorial y de imperio político que las naciones europeas han mostrado depende, en gran medida, del papel que desempeñen éstas en el desarrollo de China. Si las potencias occidentales no intervienen ni política ni militarmente en China, si se contentan con animar a las compañías privadas a que construyan ferrocarriles, a que creen empresas mineras o de manufacturas y a que establezcan relaciones comerciales con el interior siguiendo la política de «dejar una puerta abierta», Japón hará lo mismo pero mejor, porque sus cartas son mejores, y el prestigio que le dará haber ganado la guerra también le resultará útil. Si, por el contrario, se cierran las puertas, se monopolizan las oportunidades y las potencias occidentales proceden a apropiarse más zonas ventajosas, Japón no tendrá más remedio que entrar en esa especie de competición y, ayudado por su mejor conocimiento de lo que se necesita para triunfar y su mayor capacidad para gobernar a los chinos, saldrá triunfador en la pugna con sus rivales europeos y americanos.

Si las naciones europeas ven con malos ojos la creciente supremacía industrial, y quizá política, del Japón en China, y se ponen de acuerdo para una acción conjunta encaminada a defender sus «esferas de influencia» o sus «concesiones» adquiridas a la fuerza, no es del todo improbable que Japón llegue a organizar una gran fuerza militar y naval y a utilizar las energías latentes de China para expulsar a las naciones occidentales de los mares de China.

Es esta una oportunidad de desempeñar un nuevo e importante papel en la historia imperial que puede estar abierta al Japón. Si llegara a ser una realidad, no es probable que sus alianzas de circunstancias con las potencias europeas lograran apartarlo de un rumbo que aparecería «señalado por el destino» ante su pueblo, con la misma claridad con que, en su día, aparecieron ante los suyos cualquiera de las hazañas del imperialismo de Inglaterra o Estados Unidos.

Todas estas especulaciones acerca de lo que pueda ocurrir en este nuevo capítulo de la historia universal están muy condicionadas al grado en el que Japón logre mantenerse financieramente independiente y

pueda evitar convertirse en instrumento del capitalismo mundial para la gran tarea de desarrollar la economía de China. Si la futura industrialización del Japón y de China se lleva a cabo fundamentalmente con sus propios recursos de capital y capacidad organizativa, y si su período de dependencia de Europa en cuanto a capital y tecnología es breve, la gran potencia industrial del Lejano Oriente podría aparecer en breve en el mercado mundial como el mayor y más eficaz competidor en el campo de la industria, haciéndose primero con el comercio de Asia y el Pacífico para inundar luego con sus productos los mercados de las naciones occidentales y forzar a éstas a adoptar un proteccionismo aún más riguroso, con el consiguiente descenso de la producción. Es, por último, concebible que las poderosas clases industriales y financieras del Oeste, para conservar mejor su posición dominante en la economía y la industria nacionales, lleguen a algún tipo de colaboración para invertir el sentido de la política que hasta ahora ha ido ganando terreno en Estados Unidos y en nuestras colonias blancas, y proceder a la importación sin restricciones de mano de obra amarilla para trabajos domésticos e industriales. Es esta un arma que guardan en reserva, y que usarían en caso de que la necesitasen para tener sometido al pueblo.

Los que se sienten complacidos por el rápido desarrollo de China, a causa de la creencia general de que, al haberse liberado sus grandes fuerzas productoras, saldrán beneficiadas las naciones occidentales, por los efectos que ello tendrá en los intercambios comerciales normales, comprenden muy mal el problema. Para que hubiera una distribución pacífica y equitativa, en el mundo industrial, del incremento de la riqueza mundial que ocasione el desarrollo de China, sería necesario un próspero movimiento de la democracia industrial en las naciones occidentales, que no sólo hiciera subir la productividad de sus recursos nacionales, sino que diera lugar a un continuo ascenso del nivel de consumo de las personas. De esa manera, y si las transacciones comerciales mundiales funcionaran como deben, todas las naciones serían más ricas por su participación legítima en la prosperidad de China. Pero, como podemos percibir, la *raison d'être* económica del imperialismo al explotar los recursos de China no tiene mucho que ver con el incremento del comercio normal, sino que consiste en la creación de un enorme y nuevo mercado para los inversores occidentales, cuyos beneficios supondrán ganancias para dichos grupos inversores, pero no para todos los pueblos del mundo. El proceso normal de sana asimilación por parte de las naciones del crecimiento de la riqueza mundial queda inhibido como consecuencia de la naturaleza de este imperialismo, cuya finalidad esencial es crear mercados para la inversión, y no para el comercio; utilizar los ahorros

que ocasione fabricar a bajo costo en naciones extranjeras para hundir a las industrias de esas naciones, y conservar la supremacía política y económica de una clase social.

V

Hasta ahora hemos visto cuál podría ser el efecto de la «apertura» o «desintegración» de China en el mundo occidental. Pasemos ahora a analizar qué podría significar esta «desintegración» para la propia China. Hay unos cuantos hechos que aparecen con claridad en la estructura de la sociedad china. Uno de ellos, es que China nunca ha sido un gran imperio ni ha tenido nunca una existencia nacional vigorosa en el sentido europeo. Su gobierno central ha carecido siempre de importancia y se ha reducido, en la práctica, a un poder limitado que establecía normas fiscales, que luego ponían en práctica los gobiernos de las provincias, y que nombraba a los altos funcionarios. En circunstancias normales, los propios gobiernos provinciales no han afectado la vida de las masas más que muy ligeramente en muy pocas cuestiones. Una buena descripción de China sería decir de ella que es un gigantesco conjunto de pequeñas comunidades de aldeas libres, autogobernadas y animadas por un auténtico sentido de igualdad. Para Mr. Colquhoun, el autogobierno local es la «principal causa de la vitalidad nacional». «Los grupos de familias componen aldeas que se autogobiernan; los funcionarios que no respetan los derechos antiquísimos de esas comunidades hasta el extremo de provocar la oposición de éstas, son desautorizados por sus superiores y, por lo general, son castigados con el traslado forzoso.» «Esta organización familiar, que rige en los pueblos y las ciudades, es la forma más barata de gobierno que existe porque no necesita los servicios de la policía y, sin embargo, puede neutralizar eficazmente a los que perturban la paz o la respetabilidad de la comunidad»[25]. También el gran explorador alemán Richthofen pensaba que «no existe pueblo en el mundo más libre de las injerencias gubernamentales».

«El dato más digno de mención —dice Colquhoun— en lo que respecta a las relaciones de los chinos con su gobierno es la libertad, casi sin paralelo, de que disfruta el pueblo, y el papel insignificante que el gobierno desempeña dentro del funcionamiento de la vida nacional»[26].

La unidad política, económica y moral de la sociedad es la familia. La

[25] A. R. Colquhoun, *Transformation in China*, pág. 176.
[26] Ibíd., pág. 296.

comunidad de las aldeas está formada o por una sola familia, muy amplia, o por un grupo de familias estrechamente vinculadas. A veces, el sistema de propiedad es comunal; pero, por lo general, ésta se divide cada vez que la familia crece. Las tierras suelen estar normalmente en posesión de los que las trabajan, que pagan por ellas una pequeña contribución al Estado, único propietario del suelo, por el arrendamiento a perpetuidad de las mismas. Este sistema se mantiene mientras las tierras son explotadas convenientemente, ya que si no se cultivan vuelve a manos de la comunidad. Existen instituciones patrimoniales que impiden la acumulación de grandes propiedades, y numerosas normas legales y consuetudinarias que imposibilitan la acaparación y el monopolio de las tierras. «Un rico no podría, en ningún lugar de China, apropiarse de un manantial y llevarse el agua, por cañerías subterráneas, a su alberca, dejando sin una gota a los terrenos por los cuales pasara. El agua es tan indispensable para la vida como el aire y la tierra, y no hay nadie que tenga derecho a decir es mía, me pertenece. Esta idea está profundamente enraizada en China»[27].

Un consejo familiar, en parte electivo y en parte hereditario, resuelve las cuestiones más importantes: castiga los delitos, recauda las contribuciones, y decide la distribución de la tierra. Es raro que se recurra a los tribunales de justicia, dado que la autoridad de la familia es, por lo común, suficiente para mantener el orden.

En esa autoridad moral radica el gran principio vital de la vida china. No sólo rige las relaciones económicas y contribuye a organizar la vida política, sino que también ocupa un lugar destacado en la educación y en las ideas éticas y religiosas del pueblo. «La vida tiene tan poco valor para una persona proscrita de la familia y el hogar, que hasta las penas capitales se ejecutan con el consentimiento de los afectados por ellas»[28]. Aunque el aumento de la población obligue a los varones a buscar empleo en las ciudades, los vínculos familiares se mantienen firmes. El respeto a las tradiciones familiares y a las obligaciones morales que implican constituye el núcleo de la cultura nacional y un gran estímulo para la educación del individuo y para orientar las ambiciones personales en la vida.

Este es el cimiento de una de las civilizaciones más extraordinarias que el mundo ha conocido, y que difiere de la occidental en cuestiones muy importantes.

Hay dos aspectos de la cultura china que merecen especial atención

[27] Colquhoun.
[28] Simcox, *Primitive Civilizations*, vol. II.

porque están profundamente enraizados en ella. Uno es la forma en que el pueblo en su conjunto entiende «la dignidad del trabajo», frase que en Occidente se ha convertido ya en una expresión vacía, por lo menos en lo que se refiere a los trabajos corrientes. En China, el trabajo manual no es sólo un medio necesario para ganarse la vida, sino que constituye una actividad auténticamente apasionante para el conjunto de la nación. La destreza y la atención a los detalles son muy importantes en las labores agrícolas e industriales porque las herramientas son muy simples y apenas se cuenta con máquinas. La mayor parte de los trabajadores realizan tareas diversas, y ven y disfrutan de los resultados y la utilidad de lo que han hecho con su esfuerzo. Todo su sistema económico está basado en el cultivo intensivo de la tierra. Por carecer de la ciencia y la maquinaria de Occidente, el estudio empírico y minucioso de la agricultura se ha desarrollado más que en ningún otro país, y la «horticultura» es el factor más visible de la civilización del país.

El otro aspecto al que nos referíamos es la amplia difusión que encuentran en la nación múltiples formas de enseñanza literaria, y la verdadera reverencia que inspiran las «cosas del espíritu». Al occidental cultivado le resulta con frecuencia asombroso, y hasta algo despreciable, el gran respeto que inspiran allí los círculos literarios pedantes y poco imaginativos existentes, y la extraordinaria importancia que se atribuye a la tradición oral y a ciertas trivialidades del ritual de la cultura. Sin embargo, la gran abundancia de escuelas y bibliotecas, la democratización del aparato docente, y el que los puestos más elevados del Estado estén abiertos a la libre competición, concretada en pruebas intelectuales, son datos que nos ponen de manifiesto una escala de valores suficiente para situar a China entre las primeras civilizaciones del mundo. No hay país occidental en el que el común de las gentes valore más al hombre culto y al hortelano que al militar. Este sistema de valores económicos e intelectuales está firmemente asentado en la mentalidad china y ha contribuido, durante innumerables generaciones, a moldear las instituciones sociales del pueblo. La civilización que surgió dentro de este clima presenta, no obstante, graves defectos en comparación con los niveles óptimos alcanzados en Occidente. La forma de vivir y de comportarse parecen lastradas innecesariamente por convenciones minuciosas. Es difícil que el individuo llegue a destacar, como no sea dentro del mundo oficial gubernamental. La vida afectiva es escasa fuera del ámbito familiar. Las bellas artes no han tenido un momento de esplendor, la literatura es convencional, la moral es puramente práctica. La frugal economía de la vida diaria lleva aparejada una organización y un sistema de comunicación menos sensitivo que el que podemos ver en cualquiera de las naciones occidentales. La vida del individuo es menos despierta y consciente y, en consecuencia, tiene una menor valoración.

Hay que admitir, de todos modos, que contamos con mejores descripciones de las virtudes que de los defectos de esta civilización, porque la laboriosidad, la honestidad, el amor al orden y el respeto por el saber que se dan entre los chinos son cosas fácilmente perceptibles para los extranjeros, mientras que los defectos que consideramos graves en dicha civilización podrían desvanecerse, o cambiar de significado, con un conocimiento de la psicología china más profundo del que el extranjero suele tener. Los «actos de barbarie» que en Occidente se han atribuido a los chinos y que tan mala fama les han dado, como son los feroces castigos que se inflingen a los delincuentes, el abandono de las niñas recién nacidas o los brutales ataques contra los extranjeros, no constituyen parte del comportamiento normal de la nación, sino que son reminiscencias esporádicas de instintos y costumbres atávicas, y no hay más razones para considerarlas pruebas definitivas de la civilización de China de las que habría para tomar el linchamiento de negros o las palizas a las esposas como índices de la cultura de Norteamérica o Inglaterra.

Si esta breve descripción de los rasgos esenciales de la civilización china es esencialmente certera, resultaría obvio que la «desintegración» ocasionada en ella por las naciones occidentales llegará a destruir los cimientos mismos del orden nacional.

Sus primeros resultados han sido poner en peligro la seguridad de la vida, la industria pacífica y la propiedad en extensas zonas de territorio, provocar un clima de guerrillas y desorden, crear grandes deudas públicas y, por consiguiente, incrementar las presiones del gobierno central sobre el conjunto del pueblo, disminuyendo su independencia comunal. A medida que las fuerzas económicas occidentales penetran más en China, se ven obligadas a lograr que grandes cantidades de trabajadores dejen sus pequeñas propiedades en el campo, donde se ganan el sustento como agricultores autónomos, y emigren a las ciudades para hacerlo allí como asalariados. Para lograrlo recurren, en parte, al aumento de los impuestos necesarios para atender los gastos de un gobierno central caro y dotado de ejércitos, de un elaborado sistema de funcionariado público y de la deuda militar; y en parte, a las argucias de los agentes que contratan a los campesinos. Este trasvase de población a las ciudades industriales y a los distritos mineros, y la dirección de la agricultura a la producción necesaria para abastecer grandes mercados, terminarán por desintegrar el sistema comunal de tierras y sus correspondientes normas hereditarias y socavarán las bases de la solidaridad familiar para dar paso a las características de fluidez, ultraespecialización y concentración de

mano de obra, distintivas de la industria occidental. La igualdad económica y social, que es esencial en la forma de vida china, desaparecerá como consecuencia del nuevo sistema industrial de castas que implica el capitalismo. El deterioro de las costumbres, que tan fácilmente puede observarse en los chinos *declassés*, se extenderá a causa de la decadencia de la autoridad familiar, y habrá un minucioso mecanismo judicial y punitivo que vendrá a reemplazar al régimen de las familias autogobernadas. El colapso del *status* local tendrá repercusiones en la seriedad de los negocios, garantizada en toda China por la manera escrupulosa con que se cumple la palabra en las operaciones comerciales. El nuevo sistema crediticio del comercio occidental moderno exigirá una complicada legislación de derecho mercantil y un adiestramiento en el arte de pleitear, que tan peligrosa fascinación ejerce en algunos otros pueblos asiáticos. El crecimiento de la riqueza que ocasionará este desarrollo industrial, o redundará en beneficio de Occidente o servirá para crear una nueva y poderosa casta capitalista en la propia China que, de acuerdo con lo que acostumbra a hacer en los países occidentales, se aliará con los imperialistas al objeto de proteger sus intereses creados. Lo que inevitablemente ocurrirá será la aparición del capitalismo, el gobierno centralizado, el militarismo, el proteccionismo y toda una serie de regulaciones políticas que defiendan la nueva organización social frente a las viejas fuerzas conservadoras tradicionales. La modificación del medio externo que con tan peligrosa rapidez se produjo en Europa durante el siglo XIX, acontecerá en China aún más deprisa por obra y gracia de los especuladores y negociantes extranjeros, y provocará reacciones de riesgos incalculables en la vida y el carácter nacionales.

Todo esto llevará aparejado, probablemente, nada menos que la destrucción de la civilización actual china; pero ¿con qué se la sustituirá? Nadie se ha atrevido a asegurar que las naciones europeas puedan imponer o inculcar los fundamentos de su civilización al pueblo chino. La psicología de esas gentes es *terra incognita.* Los europeos que mejor conocen aquel continente y que residen allí son los que menos inconveniente tienen en afirmar que son incapaces de comprender los misterios del carácter y de la moralidad chinos. Los que, con menos prudencia, se aventuran a generalizar sobre esos temas suelen escribir muchos disparates y muchas inexactitudes. En cualquier caso, está bastante claro que el chino que se desliga de sus vínculos familiares y de sus tradiciones morales para adoptar las costumbres europeas está mal visto, lo mismo por sus compatriotas que por sus nuevos protectores. El cristianismo no gana adeptos entre los chinos «honorables», porque a las clases cultas no les interesa lo sobrenatural; y, aunque, con el tiempo, la ciencia occidental tal vez llegue a influir en la vida intelectual china, ello será consecuencia de un lento proceso de absorción desde dentro, y no de doctrinas impuestas desde fuera.

Que las contiendas entre los países poderosos de Europa por la expansión territorial, la avaricia de los mercaderes y financieros, las expectativas absurdas de los misioneros y los eslóganes de los partidos políticos en las luchas electorales europeas, impulsen a las naciones europeas a destruir la civilización de una cuarta parte de la raza humana, sin que sean capaces o admitan siquiera la necesidad de sustituirla con algo, es cosa que debe dar que pensar a las potencias imperialistas que dicen basar su política en la razón y en el bien común.

Ninguna persona razonable pondrá seriamente en cuestión la enorme importancia que tiene la libre interacción entre Oriente y Occidente, ni tendrá dudas acerca de los beneficios que puede proporcionar a la civilización mundial el que se transmitan con prudencia a la cultura oriental los conocimientos y técnicas más representativos de la civilización occidental, los prolijos y brillantes estudios de las ciencias físicas y su aplicación a las diversas ramas de la industria, el desarrollo sistemático de determinados principios y prácticas jurídico-políticos, y el pensamiento y la literatura, que son como la floración de todos esos logros prácticos.

Está fuera de toda duda que Europa podría, de la forma dicha, prestar un servicio valiosísimo a Asia.

«Algún extraño accidente, debido probablemente al agotamiento mental, ha condenado a las razas negra y amarilla a una repetición perpetua de viejas ideas»[29]. Revivificar el intelecto de Asia, ponerlo nuevamente en funcionamiento según nuevas pautas de creatividad; ese podría ser el regalo de Europa, y la recompensa que también podría percibir por esa ayuda sería cuantiosa. En otros tiempos, el meditativo genio de Asia inspiró a la lenta inteligencia de Europa grandes ideas en el campo de la religión, la filosofía y las matemáticas; y puede que hasta en su somnolencia, o lo que a nosotros nos parece una somnolencia de muchos siglos, haya tenido sueños nobles e iluminadores. La mente lógica de Occidente puede necesitar de las intuiciones de Oriente. Esta unión, que tan provechosa ha sido en el pasado, no será, probablemente, estéril en el futuro. Que esta saludable interacción reúna las condiciones necesarias es lo que importa a la causa de la civilización. Hoy tenemos una certeza por lo menos, y es que la codicia y el uso de la fuerza que ella provoca inhiben la libre interacción espiritual, que es fundamental en esta interacción. Las viejas civilizaciones de la India y China, cuya per-

[29] *Asia and Europe*, pág. 9.

manencia nos prueba que son inherentemente valiosas, no han perseguido, fundamentalmente y de forma directa, el progreso en las técnicas que fomentan la riqueza material, aunque las industrias más simples hayan conseguido un alto grado de perfección en algunos lugares de la China y la India, sino que han procurado conservar determinados moldes de vida social ordenada, mediante una estricta jerarquía en el plano social y laboral en la India, y de índole básicamente democrática en China.

La energía sobrante, no consumida en luchas políticas, en empresas industriales o, en el caso de China, en ejercicios militares, se ha dedicado en parte a fomentar ciertas cualidades de la vida familiar y de la conducta personal y, en parte, a difundir ampliamente una determinada forma de vida espiritual, inspirada en profundas teorías, meditaciones y contemplaciones, en el caso de la India, o en un tipo de sabiduría más práctica y utilitaria, en el caso de China. Sólo estas civilizaciones orientales han resistido la prueba del tiempo, y por ello a las civilizaciones improvisadas de Occidente les debería interesar descubrir cuáles han sido los factores que han hecho posible esa larga supervivencia. Podría incluso suceder que la perduración de las citadas civilizaciones occidentales, más jóvenes e inestables, dependiera de que se llegue a conocer, descifrar y divulgar la sabiduría de Oriente. En cualquier caso, la destrucción violenta de las instituciones características de Asia para satisfacer el deseo de lucrarse rápidamente mediante el comercio, o el ansia de poder, es la forma más inepta y fatal de entender el verdadero proceso civilizador del mundo. Que Europa gobierne a Asia por la fuerza para lucrarse y que trate de justificarse diciendo que intenta civilizar Asia y elevar el nivel de su vida espiritual, aparecerá ante la historia, quizá como el mayor error y la mayor estupidez que cometió el imperialismo. Nos negamos a recibir los incalculables tesoros de sabiduría que la experiencia de Asia ha ido acumulando a lo largo de los años, y que podría darnos. Lo poco o mucho que estamos en situación de dar lo estropeamos por la forma brutal en que lo damos. Esto es lo que el imperialismo ha hecho y está haciendo por Asia.

Capítulo 13
FEDERACION IMPERIAL

A partir de 1870 y, sobre todo, desde 1885 la política imperial de Gran Bretaña se vio casi totalmente absorbida por la tarea de someter y anexionar extensiones territoriales en la que nunca se pensó en instalar poblaciones blancas de cierta importancia numérica. Como hemos tenido ocasión de precisar, la política mencionada difiere esencialmente de la colonización y, por lo que se refiere al gobierno de los territorios correspondientes, supone que el conjunto del Imperio británico experimenta una disminución progresiva de su libertad, toda vez que continuamente está aumentando el porcentaje de súbditos que carecen de auténtica capacidad de autogobierno.

Es importante que nos paremos a examinar el modo en que este nuevo imperialismo está repercutiendo, y es probable que repercuta en el futuro, en las relaciones de Gran Bretaña con sus colonias autogobernadas. ¿Empujará a dichas colonias a buscar con firmeza una independencia cada vez mayor y a separarse definitiva y formalmente de la madre patria, o las llevará a establecer con ella una unión política más estrecha, dentro del marco no ya del imperio, sino de una federación de Estados iguales? Nos enfrentamos aquí a una pregunta vital porque, sin duda alguna, la situación[1] no podrá mantenerse.

[1] En el año 1903.

Hasta ahora se ha tendido continuamente hacia un mayor grado de autonomía, y cada vez ha sido menor el control ejercido por el gobierno central dentro del imperio. En Australasia, América del Norte y Africa del Sur se han creado diecisiete colonias autogobernadas, en las que se ha puesto en vigencia una variante reducida de la constitución británica. En el caso de Australia y Canadá se ha conseguido un mayor autogobierno poniendo en práctica una política federativa que, especialmente en Australia, ha compensado las limitaciones de poder de los Estados federados, al haberse ampliado aun en mayor medida las atribuciones conferidas al gobierno federal.

En términos generales, Gran Bretaña ha asimilado bien las enseñanzas de la revolución norteamericana y no sólo ha permitido, sino que ha apoyado la creciente autonomía de sus colonias australianas y americanas. A lo largo de los años en que se ha dedicado activamente a ensanchar el imperio y llevarlo a tierras que no puede colonizar y que no puede retener más que por la fuerza, ha ido perdiendo su ascendencia «imperial» en sus colonias blancas. El año 1873 vio desaparecer los últimos vestigios del control económico que caracterizó a la vieja política «de plantaciones», al dejar sin efecto la ley de 1850 que prohibía a las colonias australianas imponer derechos propios, similares a los existentes entre las colonias y los países extranjeros, por lo que, en lo sucesivo, pudieron gravar recíprocamente las correspondientes mercancías. Por su parte, la ley de la «Commonwealth» australiana de 1900 ha reducido al mínimo, como consecuencia de los poderes que concede a la Judicatura Federal, el control constitucional del Consejo Privado*, y ha sentado las bases de una posible independencia nacional en el futuro, al atribuir al gobierno federal poderes para organizar fuerzas armadas centrales para fines de defensa. Aunque no es probable que en el futuro inmediato el gobierno federal que se está planeando para la Sudáfrica británica disfrute de poderes equivalentes a los de las federaciones australianas, y ni siquiera canadienses, aparece allí la misma tendencia que se ha registrado de manera continua en la Colonia de El Cabo y en Natal hacia un mayor autogobierno. Es, por otra parte, bastante probable que si cede la hostilidad racial entre los dos grupos étnicos blancos, podría crearse una «Commonwealth» sudafricana que contara con un grado mucho mayor de auténtico autogobierno del que hasta ahora han tenido las colonias británicas que la integran[2].

* *Privy Council,* organismo originalmente previsto para desempeñar funciones asesoras cerca de la monarquía británica y, que durante algún tiempo, se ocupó también de problemas judiciales de las colonias. *(N. del T.)*

[2] Nos referimos a la situación existente en 1903.

De todas maneras, aunque la política colonial británica ha tendido de manera ininterrumpida a conceder un mayor autogobierno, o prácticamente la independencia, y se ha visto considerablemente reforzada por el proceso federativo de los Estados coloniales, es evidente que los estadistas imperialistas que más han apoyado esta política federativa se proponían realizar una reestructuración más amplia de las relaciones políticas de los territorios dependientes con la madre patria, a fin de estrechar los vínculos familiares entre madre e hijas, y no sólo a nivel afectivo y comercial, sino también político. La política de federación imperial aplicada a objetivos británicos no es un invento moderno. Lord Carnarvon fue el primer ministro de colonias que se la propuso en serio y se mostró partidario de crear federaciones en los diferentes grupos de colonias, como primer paso para llegar a federar el Imperio. La feliz finalización, en 1873, de la operación federativa que dio origen al Dominio de Canadá animó, sin duda, a lord Carnarvon, que asumiría al año siguiente el cargo mencionado, a continuar los experimentos en este terreno. Desgraciadamente, intentó forzar este proceso en Sudáfrica y tuvo un fracaso enorme. Veinte años más tarde reanudó la empresa míster Chamberlain y, frente a las mismas dificultades esenciales, la anexión por la fuerza de las dos repúblicas holandesas y la coacción ejercida contra Ciudad de El Cabo siguió adelante con su política federativa, a la vez que la creación de la Commonwealth australiana constituye otro logro, más rotundo, del ideal federativo.

La política federativa supone, desde luego, un triunfo para las fuerzas centrípetas en lo que se refiere a las relaciones de las colonias que se federan. No obstante, como consecuencia del mayor grado de independencia teórica y práctica que aporta a los gobiernos federales, la dinámica ha sido más bien centrífuga desde el punto de vista del gobierno imperial. Por consiguiente, para conseguir una eficaz federación imperial a nivel político habrá que invertir el sentido de las tendencias que, hasta ahora, han sido las dominantes.

Está fuera de toda duda el creciente y decidido deseo que un gran número de políticos británicos sentía de crear una federación imperial. Por lo que se refiere a Mr. Chamberlain y algunos de sus amigos, ese deseo era ya evidente en los comienzos de la polémica sobre la ley de política interior de Mr. Gladstone, a propósito de Irlanda. Cuando la citada ley de Mr. Gladstone era proyecto de ley, en el año 1886, decía míster Chamberlain: «La solución del problema tengo que buscarla en algún tipo de federación. Mi honorable amigo ha buscado inspiración para sus propuestas en las relaciones que este país mantiene con sus colonias autogobernadas y, prácticamente, independientes. Creo que no es una

idea acertada. Los lazos que hoy nos unen a las colonias son, sin duda, muy fuertes, debido a los vínculos afectivos que existen entre los miembros de una misma nación, pero se trata de un nexo sentimental y sólo sentimental... A mi entender, la ventaja de una federación es que Irlanda podría continuar siendo, de verdad, parte integrante del Imperio. La dinámica del citado plan es centrípeta y no centrífuga, y como más progresos ha hecho la democracia en lo que va de siglo ha sido al amparo de la política federativa.»

Pues bien, desde luego es cierto que el movimiento democrático, lo mismo hoy que en el futuro, parece estrechamente ligado a la formación de Estados federales, y que la federación de ciertas partes del imperio británico parece sugerir que el próximo y lógico paso será la federación de todo él.

Si creemos, como es nuestra obligación, que sólo habrá una razonable seguridad de orden y civilización en el mundo si cada vez se aplica más el principio federativo en política internacional, será natural admitir que los primeros pasos que se den en esa dirección tendrán que encaminarse a la formación de uniones entre aquellos Estados que estén más estrechamente ligados por vínculos comunes de sangre, lengua e instituciones y que, una vez alcanzado este nivel, podría llegarse a una federación británica o anglosajona, panteutónica, paneslava y panlatina. Quizá resulte demasiado lógica la secuencia de hechos que acabamos de indicar, pero un rápido vistazo a la historia hará que nos parezca bastante verosimil y deseable. Reorganizar de este modo a la cristiandad en unos cuantos grandes imperios federales, cada uno de ellos con sus correspondientes dependencias no civilizadas, es para muchos la forma más legítima de hacer cristalizar las tendencias actuales, y la solución que más esperanzas de paz permanente ofrece sobre una sólida base de interimperialismo. Si prescindimos de los aspectos más ambiciosos de esta hipótesis, por estar demasiado lejanos para que resulte útil debatirlos hoy, y nos fijamos exclusivamente en la federación imperial británica, no nos será difícil llegar a la conclusión de que una federación voluntaria de Estados británicos libres, que colaborasen amistosamente en la paz y la prosperidad comunes, es cosa que resulta en sí misma claramente deseable y que podría constituir un paso hacia una futura y más amplia federación de Estados civilizados.

Lo que de verdad importa estudiar es el problema de la viabilidad de esta política. Formulada en términos adecuados, la cuestión es ésta: «¿cuáles son los intereses presentes o futuros que pueden inducir a Gran Bretaña y a sus círculos coloniales a invertir el sentido del proceso centrífugo que ha prevalecido hasta ahora?» Hay muchas razones para

que a Gran Bretaña le resulte deseable llegar a una federación política con sus colonias autogobernadas, incluso sobre la base de contar con un voto proporcional a su población en un parlamento, o en cualquier otra cámara que se encargara de dirigir las cuestiones imperiales; si es que un día llegaran a superarse las tremendas dificultades que supondría la creación de una institución de gobierno, representativa y responsable, de ese tipo. La ventaja numérica de la población británica sobre la colonial permitiría a la metrópoli imponer su voluntad cuando hubiera discrepancias de intereses o criterios entre Gran Bretaña y sus colonias. Las cargas y ayudas serían decididas por Gran Bretaña. Si las colonias de la corona y otras partes no autogobernadas del Imperio hubieran de estar representadas en la Cámara imperial, la preponderancia actual de la metrópoli sería mayor aún, puesto que los representantes de aquéllas, ya fueron nombrados por la corona (cosa que estaría en consonancia con las prácticas de gobierno de las colonias de la corona), o fueran elegidos, mediante sufragio restringido, por la pequeña oligarquía blanca, tendrían poco en común con los representantes de los territorios autogobernados y, de modo inevitable, serían más susceptibles de ceder a las presiones del gobierno de la metrópoli. Un objetivo primordial y públicamente expuesto de la federación imperial sería conseguir de las colonias la contribución que en hombres, barcos y dinero les corresponde aportar para la defensa del Imperio y para aquellas otras empresas expansionistas que, cuando se comienzan, suelen denominarse casi siempre medidas de defensa. A primera vista, la distribución de cargas relativas a la defensa imperial parece hoy, en 1903, muy injusta. Gran Bretaña tiene que correr con prácticamente todo el costo de la Armada imperial y, juntamente con la India, con casi todos los gastos del Ejército imperial, aunque una y otro están al servicio de cualquiera de nuestras colonias autogobernadas que se vea amenazada por enemigos externos o desórdenes interiores. En 1899, cuando la población de esas colonias representaba casi un tercio de la del Reino Unido, sus ingresos casi la mitad, y el valor de su comercio marítimo casi una quinta parte de todo el comercio del Imperio, no aportaban ni siquiera una centésima parte de los costos de la defensa naval del imperio[3]. Las referidas colonias no organizaron

[3]1899	Población	Ingresos Libras	Comercio Libras	Aportación naval Libras
Reino Unido	39.000.000	104.000.000	766.000.000	24.734.000
Colonias autogobernadas	12.000.000	46.000.000	222.000.000	177.000

en 1903 fuerza militar alguna, ni regular ni irregular, que pudiera utilizarse para la defensa del Imperio, aunque atendían al mantenimiento de pequeños contingentes de tropas imperiales que el gobierno imperial había enviado a ellas, y contaban con un número considerable de fuerzas voluntarias y de milicia para la defensa interior. Los contingentes coloniales que tomaron parte en la guerra de Sudáfrica, aunque contaban con una considerable proporción de fuerzas voluntarias, estaban muy lejos de constituir una leva imperial, reclutada en proporción a la población correspondiente, y sus gastos fueron pagados, casi en su totalidad, por el Reino Unido. Si, según la creencia común, la unidad del Imperio británico interesa tanto a las colonias como al Reino Unido, parece razonable que todo contribuya, en la proporción debida, a la defensa de todos; y, si la federación imperial llegara a ser una realidad política, tendrían que arbitrarse medidas para que las aportaciones fueran iguales. Cualquiera que fuera la forma que adoptara dicha federación, fuera la de un Parlamento imperial, con atribuciones para resolver un Consejo imperial, en el que hubiera representantes coloniales que consultan y asesoraran al Gobierno británico, que seguiría siendo el que, en último término, decidiría la política imperial, las colonias deberían aportar, con carácter obligatorio o casi obligatorio, una cantidad proporcionada a la que da el Reino Unido.

Naturalmente, es obvio que las colonias autogobernadas no van a integrarse en una asociación de este tipo, que les supondría nuevos y elevados gastos, por puras razones de afecto al Imperio británico. Están fuera de toda duda los cálidos y sinceros lazos que unen a las referidas colonias con el Imperio británico y con la metrópoli, y está absolutamente claro que, aunque no fueran llamadas a sacrificarse en la campaña de Sudáfrica, los sentimientos de aquéllas las impulsarían a ofrecer voluntariamente su sangre y sus riquezas por el Imperio, si creyeran que peligraba la existencia, la seguridad, o incluso el honor de éste. Pero sería un grave error suponer que la llamarada de lealtad y entusiasmo que puede surgir en un momento de emergencia vaya a servir para cambiar de sentido la tendencia general hacia la independencia, y para «empujar» a las colonias autogobernadas a llegar a una unión más estrecha con Gran Bretaña, que les exijiría sacrificios de modo regular y permanente. Si se quiere que las colonias participen en esta asociación tienen que estar convencidas de que es esencial para su propia seguridad y prosperidad. En 1903 el Imperio da a sus territorios una protección que éstos no pagan, y mientras crean que pueden seguir teniéndola en tales condiciones, no hay que pensar que vayan a meterse en acuerdos que les exijan pagar y que supondrían una reestructuración completa de su sistema de ingresos. El calor de los debates que se celebran en los parlamentos australiano y canadiense, a pesar del entusiasmo que provoca la guerra de Sudáfrica, pone bien en claro que no hay ministro de Colonias que pueda persuadir, en tiempo de paz, a los habitantes de aquéllas a entrar en una federación como la que aquí se ha bosquejado, a menos que se les haya llegado a convencer de que ello repercutirá beneficiosamente en el bienestar de su colonia en particular. Hay que hacer ver a Australia y Canadá que la defensa que el Imperio les ofrece resultará cada vez más inadecuada con los medios que hoy existen[4], y que dicha defensa es fundamental para ellas. Tienen que ver, igualmente, que los gastos adicionales que la federación les supondría quedarían compensados mediante nuevas relaciones comerciales con el Reino Unido, que les proporcionarían un mercado más lucrativo que el actual.

Todo lo que, hasta hoy, han accedido a aportar las colonias autogobernadas a la defensa imperial ha sido una pequeña cantidad voluntaria, porque estaban convencidas de que la independencia que prácticamente tienen bajo la égida de Gran Bretaña no es probable que se vea amenazada por ninguna gran potencia y que, incluso en el caso de que lo fuera, podrían impedir o rechazar con sus propios medios cualquier invasión eventual, aunque su comercio marítimo resultara perjudicado. Estamos en situación de afirmar que la única excepción a este cálculo confirma la regla, ya que Canadá sabe muy bien que, si entrara en guerra con su poderoso vecino republicano, Gran Bretaña podría dañar el comercio y las ciudades costeras de Estados Unidos, pero no impedir que las tropas norteamericanas invadieran Canadá, ni que, en último término, le sometieran a su dominación.

Se terminará, al menos, por reconocer, y en todo caso puede hacerse algo para que así sea, la importancia de mantener una escuadra británica suficiente para proteger el comercio de las colonias. Estas se darán cuenta de que, frente a la creciente riqueza y al mayor poderío naval de los imperios rivales, en particular Alemania, Francia y Norteamérica, el Reino Unido no podrá soportar la carga económica que va a suponer aumentar el número de barcos hasta llegar al necesario, si las colonias no contribuyen a ello de modo sustancial. Esto es, sin duda, el argumento más poderoso en favor de la federación imperial. ¿Qué probabilidades tiene de resultar convincente? Desde luego, servirá para hacer que los políticos coloniales piensen con más detenimiento en el futuro de su territorio. Les forzará a repensar con más cuidado las ventajas y desventajas de es-

[4] Se refiere al año 1903.

tablecer una asociación imperial. Y tantas posibilidades, por lo menos, hay de que los mueva a romper definitivamente con Gran Bretaña, cosa que hasta ahora [1903] ninguno de ellos se ha propuesto seriamente, como de que los lleve a crear una federación. Si, en último término, así ocurre, ello será consecuencia no de que hayan disminuido la simpatía y el afecto hacia Gran Bretaña, sino, sencillamente, de un conflicto de intereses.

Si fracasa el movimiento hacia la federación imperial y si la tendencia que últimamente se percibe en las colonias autogobernadas a buscar la independencia se ve reemplazada por actividades más organizadas y sistemáticas en la misma dirección, el causante de todo ello será el imperialismo. Si se invitara a un estadista prudente de alguna colonia a estrechar los lazos con Gran Bretaña y a contribuir a los gastos comunes dejando, sin embargo, a esta última las decisiones concernientes al destino común, es probable que hiciera estas pertinentes preguntas: ¿por qué se ve obligada Gran Bretaña a aumentar sus gastos en armamento más rápidamente de lo que crece el comercio o los ingresos y, en consecuencia, se ve forzada a solicitar nuestra ayuda? ¿Por qué suscita esas actitudes agresivas? Es casi imposible que no sepa responder a estas preguntas: «El nuevo imperialismo es totalmente responsable de los nuevos peligros que acechan al Imperio, y de los nuevos costos de armamentos.» Y, a partir de esta contestación, podría seguir preguntando: ¿este nuevo imperialismo nos reporta algún beneficio a las colonias autogobernadas? Si llegamos a la conclusión de que no, ¿podríamos poner fin a esta situación constituyendo una federación en la que nuestra voz no sería más que la voz de una pequeña minoría? ¿No sería más conveniente para nosotros separarnos de una potencia que tan abiertamente rivaliza con las demás y que puede arrastrarnos a un conflicto con ellas, a propósito de cuestiones que no afectan vitalmente nuestros intereses y en las que no tenemos ni voz ni voto, y, o bien llevar una vida política independiente sin crearnos más riesgos que los que no podemos evitar, o bien (en el caso de Canadá) llegar a algún tipo de asociación con la poderosa república de Estados Unidos?

Sea cual fuere la respuesta que la historia colonial dé a estas cuestiones, es inevitable que se planteen. Evidentemente, el imperialismo es el mayor obstáculo a la «federación imperial», por lo que se refiere a las colonias autogobernadas. Si no existieran esas posesiones británicas sin libertad, y si no se siguiera la política expansiva que las ha estado ensanchando continuamente, nos parecería razonable y muy deseable en interés de la civilización que se llegara a una federación de Estados británicos libres, a escala mundial. Pero ¿cómo van a querer meterse las democracias blancas de Australia y América del Norte en un batiburrillo de sistemas políticos contradictorios, como sería el formado por una federación imperial que, según una autoridad en la materia[5], atravesaría por las siguientes fases de formación: primero, la unión de Gran Bretaña, Irlanda, Canadá, Indias occidentales, Australia, Tasmania, Nueva Zelanda, Terranova, Mauricio, Sudáfrica, Malta; y a las que luego se añadirían Chipre, Ceilán, India, Hong-Kong y Malasia, junto con Estados semiindependizados como Egipto, Afganistán, Natal, Bhután, Jehore, y quizá también los reinos de Uganda y Barotse, todos ellos con algún tipo de representación en un consejo imperial, y con alguna voz en la determinación de los destinos del Imperio?

¿Cómo van a querer poner la Commonwealth australiana o el Dominio del Canadá su desarrollo pacífico y sus recursos financieros a merced de algún movimiento político sudanés o de una política agresiva en Africa occidental?

Una federación imperial que estuviera formada por los diferentes tipos de Estados británicos, colonias, protectorados, protectorados camuflados, etc., resultaría muy incómoda y crearía demasiados conflictos fronterizos y de otro tipo para resultar agradable a nuestras colonias libres de actitud más aislacionista y egocéntrica. Por otra parte, si los territorios nombrados en primer lugar quedaran sin representación formal, en calidad de protegidos especiales del Reino Unido, su existencia y su desarrollo no dejarían de agobiar la buena marcha del gobierno federal, y obligarían continuamente al Reino Unido a poner a prueba la lealtad de sus confederados, porque tendría que utilizar la superioridad de Gran Bretaña a la hora de las votaciones para defender lo que, en su opinión, eran intereses especiales suyos y de aquellos territorios.

La creencia de que puede compensarse la falta de una identidad de intereses verdadera y firme entre las colonias autogobernadas y las zonas más periféricas y conflictivas del Imperio, haciendo que todos se sientan leales «al Imperio» y orgullosos de él, no es más que una ilusión que no tardará en disiparse. No les faltaría razón a las colonias separadas de Australia para decir que la misma ansiedad que muestran los estadistas británicos para integrarlas en una federación es una confesión de lo débil que es esa protección, protección que para ellas constituye el principal valor de su vinculación actual al Imperio. «El Reino Unido —podrían comentar— nos pide que nos comprometamos formalmente a aportar hombres, barcos y dinero para ayudarle a proseguir la misma política imperialista que suscita la animosidad de las potencias rivales, y

[5] Sir H. H. Johnston, *Nineteenth Century*, mayo de 1902.

que le imposibilita tener la seguridad de que, en el futuro, le bastarán sus propios recursos para conservar el Imperio. A cambio de aumentar nuestra aportación a los gastos del Imperio recibiremos mayores amenazas a nuestra seguridad. ¿No es esto como pedirnos que, por pura caballerosidad, unamos nuestro destino al de un barco que se hunde?» Se podría responder a esta cuestión puntualizando que un imperio sólidamente federado tendrá tal fortaleza que desafiará la creciente envidia de las potencias rivales. Pero esta hábil puntualización sería fríamente analizada por nuestras colonias, que no se dejarán «arrojar» a un cambio de política que suponga trastocar la tendencia general de medio siglo. Los habitantes de las colonias no dejarán de ver las claras ventajas políticas y militares que supone la acción conjunta frente al enemigo, pero tampoco dejarán de preguntarse si esas ventajas no estarán neutralizadas por la mayor probabilidad de tener más enemigos a federarse no con la Inglaterra que ellos aman y admiran, sino con una mezcolanza siempre en aumento de Estados salvajes, lo probable es que se definan en contra de la federación, a menos que se les ofrezca otros incentivos especiales.

II

Hay dos incentivos especiales que podrían impulsar a las colonias autogobernadas, o a algunas de ellas, a mostrarse partidarias de una vinculación más estrecha con Gran Bretaña. El primero de ellos es la revisión de la política financiera y comercial de la metrópoli, de manera que las colonias encuentren un mercado más amplio para sus productos en Gran Bretaña y en otros lugares del Imperio. Al analizar este problema, suele empezarse por distinguir entre la propuesta de crear una zollverein imperial, o Unión Aduanera, y la de establecer tarifas preferentes. Poco se necesita recapacitar, sin embargo, para darse cuenta de que hablar de lo primero sin que lleve aparejado lo segundo tiene tan poco sentido que difícilmente podrá ser atractivo para las colonias. ¿Es que van a asimilar éstas su política financiera a la de Gran Bretaña, renunciando a sus derechos aduaneros y adoptando un sistema plenamente librecambista? Ni al más acérrimo partidario del libre comercio se le ocurriría esa posibilidad. Por otra parte, dicha política no serviría para garantizar, en absoluto, una mayor interdependencia comercial en el seno del Imperio. Sólo serviría para forzar a las colonias a establecer impuestos directos, en contra de sus ideas. ¿Sería más viable adoptar un librecambismo dentro del Imperio y mantener el *status quo* para las transacciones con los países extranjeros? Lo que ello significaría sería, sencillamente, que las colonias renunciarían a los ingresos que perciben por gravar las mercancías procedentes de otras colonias o de Gran Bretaña y que, a cambio, conseguirían que se desgravasen sus exportaciones a otras colonias, con las que el volumen de negocio es pequeño, pero sin beneficiarse de desgravación alguna de sus exportaciones a Gran Bretaña, ya que ésta, como ha hecho en el pasado, seguiría admitiendo las correspondientes mercancías sin carga alguna.

Hoy es cosa admitida que las colonias no suprimirán, porque no pueden, ni rebajarán de manera sustancial las tarifas que imponen a las importaciones procedentes de Gran Bretaña o de otras colonias. Sí están, sin embargo, dispuestas a conceder un trato preferente a las mercancías británicas bajo dos condiciones. La primera, que esa preferencia no implique ninguna disminución de los ingresos que perciben por derechos aduaneros. La segunda, que los productos británicos no resulten de esa manera más competitivos que antes respecto a sus propias manufacturas. Una tarifa preferente que cumpla estas condiciones implica que toda rebaja que se efectúe en los derechos de las importaciones británicas debe estar compensada por una elevación de los gravámenes correspondientes a las importaciones de otros países y que, en aquellos casos en que las mercancías británicas compitan con las coloniales, no podrá haber reducción alguna de los derechos que las graven, si bien las tarifas relativas a las importaciones extranjeras similares serán más altas.

Si no se perjudica el Tesoro de sus respectivas naciones y si no hay un aumento considerable de los precios que han de pagar sus consumidores, Canadá y Australia no tendrá inconveniente en prescindir de las mercancías extranjeras en beneficio de las británicas, pero lo que harán para ello será aumentar los derechos que graven los productos extranjeros, pero sin rebajar los correspondientes a las importaciones británicas. Además, la índole de las mercancías británicas que van a estos países (es decir, productos sumamente elaborados) hace que siempre compitan con los productos nacionales y, por consiguiente, todo lo que signifique bajar las barreras aduaneras supone desproteger a la industria nacional. Por las razones que decimos, los criterios proteccionistas de Canadá obligan a este país a gravar más los productos británicos que los de Norteamérica o de otras naciones extranjeras, porque estos últimos son, en muchos casos, materias primas o mercancías semimanufacturadas, que no compiten intensamente con lo que produce Canadá. De esta forma, aunque el trato preferente dado por Canadá a la madre patria en 1897 y en 1900 ha refrenado la rápida disminución del crecimiento de las importaciones británicas a Canadá, en relación con las extranjeras, no ha logrado impedir que el comercio con los países extranjeros aumentase a un ritmo ligeramente más rápido que con Gran Bretaña. De otro lado,

las importaciones procedentes de Estados Unidos (en gran medida materias primas libres de impuestos) siguen creciendo más rápidamente que las procedentes de Gran Bretaña. La fuerte y organizada resistencia que están ofreciendo los fabricantes canadienses a que se concedan privilegios aduaneros a la competencia británica, es un factor que va cobrando cada vez mayor importancia ahora que el país está dedicando un porcentaje mayor de su capital, juntamente con inversiones americanas, a la industria manufacturera. Se tenderá cada vez más a establecer derechos más altos sobre las importaciones a fin de animar a invertir a los fabricantes canadienses, así que no podrá manifestarse la preferencia por los productos británicos más que mediante un aumento general de los derechos sobre las manufacturas importadas. Lo que hemos dicho de Canadá es también aplicable a Australia. Ambas naciones desean llegar en el futuro a contar con una gran industria manufacturera que les dé esa autosuficiencia que es el ideal del proteccionismo. Su deseo de ayudar a la madre patria estará cada vez más en conflicto con su sentido del deber para con sus propios fabricantes. Pensar que ambos países van a abstenerse de montar fábricas que serían un gran negocio, por consideración a los industriales ingleses que hasta ahora han suministrado las mercancías que esas fábricas producirían, es una puerilidad. A la vista de todo, las preferencias que en Australia o Canadá se tengan por las importaciones británicas no pueden ser más que pequeñas y efímeras.

Para conseguir esa pequeña ventaja, Gran Bretaña debe dar a cambio un trato preferente que, en primer lugar, suponga una radical alteración de nuestra política librecambista y, en segundo lugar, fije gravámenes a los productos alimenticios y a las materias primas procedentes del extranjero. Los bienes que, según se dice, convendría a los intereses de nuestras colonias gravar primero son fundamentalmente los cereales y la harina, el ganado y la carne, la madera, la lana y el hierro. Si, como consecuencia de este trato preferente, no subieran los precios, los fabricantes de la colonia no podrían estar en situación de desplazar a las mercancías extranjeras. Para que los aranceles sean eficaces, han de imposibilitar los beneficios que hasta entonces venían obteniendo determinados bienes extranjeros importados, con lo que se conseguirá que esas mercancías no entren en nuestros mercados en el futuro, y se reduzca la oferta total. La reducción de la oferta ha de ocasionar, necesariamente, una elevación de los precios en el conjunto del mercado. Este efecto automático, bien conocido, de la ley de la oferta y la demanda no podrá por menos de significar que los consumidores británicos abonarían un nuevo impuesto en los precios más altos, y parte de él iría a parar a los habitantes de las colonias en pago de su nueva «lealtad», parte llegaría al Tesoro británico,

parte habría de destinarse a sufragar los costos que ocasionaría cobrarlo, y el resto, en forma de mayores rentas, pasaría a manos de los terratenientes británicos.

Pero lo que hemos dicho hasta ahora no es todo, ni siquiera lo peor de la historia. Como consecuencia de esta misma política de estrechar nuestros vínculos con las colonias, estamos intensificando, sin duda, la animosidad de las mismas naciones cuya rivalidad política y militar nos impele a abandonar el librecambismo. La mejor garantía de paz que tenemos es el enorme y creciente comercio que mantenemos con Francia, Alemania, Rusia y Estados Unidos. Bastaría reducir el volumen y el valor de nuestro comercio con esas naciones, mediante la reimposición de una tarifa aduanera abiertamente pensada para tal fin, para que las simpatías de los poderosos grupos de intereses financieros, mercantiles y manufactureros de esos países se tornarán en peligrosa hostilidad. Nos valdría mucho más no haber sido nunca un país librecambista que volver a caer en el proteccionismo por puro deseo de debilitar nuestros lazos mercantiles con las potencias políticas y comerciales, cuya rivalidad debemos temer en sumo grado. Las estadísticas que hemos transcrito en un capítulo anterior[6] nos han mostrado que nuestro comercio con esas naciones extranjeras no sólo es mucho mayor que el que mantenemos con nuestras colonias autogobernadas, sino que también está creciendo a un ritmo más rápido. Molestar y rivalizar con nuestros mejores clientes para conciliarnos con los peores es mal negocio y peor política.

Los políticos más perspicaces de nuestras colonias seguramente mirarán el diente a este caballo regalado, porque el mismo soborno con que se pretende ganarlos para la federación sirve para agrandar enorme e incalculablemente los peligros de un nuevo vínculo que les haría ligar de modo irrevocable su destino al de Gran Bretaña. El precio necesario para comprar el monopolio del mercado imperial para las exportaciones del imperio puede que resulte excesivamente alto si exige acabar con la mejor garantía de paz que Inglaterra posee, en el momento en que más se necesita esa garantía. Nuestras colonias no sólo se verían obligadas a compartir los nuevos peligros de Inglaterra; sus tarifas aduaneras discriminatorias provocarían la animadversión directa de los países extranjeros contra ellas y se verían obligadas a participar en la vorágine de la política europea. Finalmente, al distorsionar la dinámica natural de las preferencias comerciales que, mediante tarifas aduaneras razonables, ha servido para aumentar en el pasado el comercio de estas colonias con los países

[6] Ver parte I, capítulo II.

extranjeros y para disminuir el realizado con Gran Bretaña, las estaremos forzando a cambiar lo bueno por lo malo en sus operaciones comerciales, y esto no puede más que acarrearles graves pérdidas a la larga.

III

A la vista de los hechos que acabamos de exponer, es imposible que Gran Bretaña pueda ofrecer a sus colonias autogobernadas incentivos comerciales suficientes para hacerlas integrarse en una federación imperial. ¿Podría utilizarse algún otro incentivo o alguna otra tentación? A mi forma de ver, sí hay uno, y es hacer que las colonias practiquen su propio imperialismo, animándolas y ayudándolas a realizar una política de anexión y gobierno de las razas inferiores. Dejando a un lado el imperialismo centralizado que emana de Gran Bretaña, estas colonias tienen dentro de ellas, en mayor o menor medida, todos los ingredientes que se precisan para poner en marcha un imperialismo propio. La misma conspiración de poderosos especuladores, de círculos manufactureros y políticos ambiciosos, que utilizan en su provecho la filantropía de los misioneros y la sed de aventuras que tan poderosa es en los países no civilizados, puede tramar la destrucción de una democracia honesta y en continuo desarrollo, a fin de implantar la supremacía de su clase social, empleando los recursos de la colonia en empresas ostentosas que persiguen sus propios objetivos políticos y comerciales.

Ese espíritu y esos objetivos pudieron apreciarse claramente y durante muchos años en Sudáfrica. Lo que a nosotros nos parece un logro del imperialismo británico, es decir, la adquición de las dos Repúblicas Holandesas y el gran Norte, es cosa muy diferente, y siempre lo ha sido, para un poderoso grupo de políticos negociantes de Sudáfrica. Estos personajes que viven en El Cabo, en el Transvaal y en Rodesia, que son británicos u holandeses, han fomentado un imperialismo sudafricano, que no se oponía al imperialismo británico, al que siempre estaba dispuesto a utilizar si era necesario, pero independiente de éste en lo relativo a sus fines y propósitos esenciales. Esta fue la política «colonialista» que míster Rhodes defendió tan vehementemente al principio de su carrera política, procurando el control de Bechuanalandia y del Norte para la Colonia de El Cabo, y no para el imperio directamente. Esta ha sido, desde el principio, la política de un dinámico grupo de la población europea nacida en Africa, que se ha dedicado a poner en práctica, con creciente perfección y a gran escala, los hábitos migratorios de los holandeses. Esta fue la línea política a la que se refería sir Hércules Robinson, cuando dijo

en su famosa declaración de 1889 a propósito del imperialismo: «Está en cuarto menguante, y en Sudáfrica ya no hay circunstancias para que un régimen imperialista directo siga funcionando a gran escala.» Los financieros, los políticos y los aventureros siguieron una política claramente colonial de expansión sudafricana hasta el fracaso de la incursión de Jamenson. Se vieron forzados a solicitar la cooperación del imperialismo británico porque eran demasiado débiles para llevar a cabo la gran tarea que se proponían: apoderarse de los yacimientos minerales de Transvaal. Posteriormente, se dedicaron en cuerpo y alma a relegar al imperialismo británico a la función que ellos pensaban que le correspondía, es decir, a la de ser una *ultima ratio* siempre en guardia en segundo plano, mientras el imperialismo colonialista dirigía el negocio y se quedaba con los beneficios. Si se llega a una federación sudafricana de Estados autogobernados, ésta exigirá seguir una línea política propia e insistirá en su propio carácter de imperio, frente al Gobierno británico, para gobernar y controlar a las razas inferiores de Sudáfrica.

El Estado federal que comentamos no sólo crearía su propia política en lo concerniente a los territorios de los aborígenes, que sería diferente y hasta quizá antagónica de la del imperialismo británico, sino que su situación de Estado «predominante» de Sudáfrica haría nacer en él una ambición y un destino expansionista que podría hacerle entrar, por su cuenta, en la arena de la política mundial.

De modo análogo, Australia está empezando a dar muestras de un imperialismo propio. Recientemente se ha apropiado Nueva Guinea, y algunos de sus hijos suspiran por una «doctrina Monroe» que fuera aplicable en toda la zona del Pacífico meridional, y cuyo paso preliminar sería la asignación de nuestras islas del Pacífico, para fines administrativos, a Australia y Nueva Zelanda. «El mismo razonamiento —dicen— es aplicable a la relación existente entre Canadá y las Indias occidentales británicas, que son importantes para aquél desde el punto de vista económico, porque constituyen un mercado tropical semejante al que Estados Unidos tiene dentro de sus propias fronteras y también en los territorios que ha adquirido recientemente. De otro lado, las islas van siendo cada vez más importantes para Canadá, desde el punto de vista estratégico, como base para la protección de sus intereses, particularmente por lo que se refiere al Canal de Panamá, de modo que, en este caso, el privilegio de administrarlas daría paso a la responsabilidad de asumir la defensa naval»[7].

[7] Richard Jebb, *Colonial Nationalism*, pág. 306-7.

Si gran Bretaña garantizara a Australia, Canadá y Sudáfrica una empresa imperial propia y específica, y colocara todos los recursos federales del Imperio a disposición de los Estados coloniales federados, con el fin de ayudarles a alcanzar una ambición o un destino que respondiera a las exigencias de sus intereses y deseos particulares, es posible que esta descentralización del imperialismo sirviera para ganarse a las colonias a la causa de crear vínculos federales más estrechos con la metrópoli. Para Gran Bretaña, la medida entrañaría grandes y evidentes peligros, y un considerable sacrificio de su poder imperial centralizado; pero, sin embargo, podría contentar y ganar el apoyo de políticos y capitalistas coloniales ambiciosos, que desean administrar una política imperial propia y que les reporte grandes beneficios, y desviar la atención de las fuerzas democráticas para que dejen de protestar en casa y se dediquen a realizar hazañas en el extranjero.

Si Australia consigue de Gran Bretaña el apoyo de una fuerza naval adecuada para llevar a la práctica su «doctrina Monroe» en el Pacífico sin tener que pagar esa ayuda, de la misma manera que la Sudáfrica británica ha obtenido los servicios de nuestro ejército de tierra, no es probable que Australia se decida a establecer vínculos formales más estrechos que la obligarían a aportaciones económicas sustanciales para sufragar los gastos que acarrearía esa política. Sin embargo, si Gran Bretaña optara por organizar la federación imperial de manera que Australia y Canadá tuvieran mayor independencia de la que hoy disfrutan, dándoles autorización para utilizar los recursos imperiales para su propia política imperialista hasta una cantidad superior a la que dichos países aportan a la bolsa común, es posible que su instinto mercantil les animara a estudiar con simpatía dicha propuesta.

No tenemos que extendernos en los numerosos peligros que una federación imperial del tipo que comentamos tendría para nuestro país. El imperialismo centralizado, es decir, aquel en el que el Gobierno de Gran Bretaña se reserva formalmente el poder de controlar totalmente la política exterior de cada colonia y ejerce ese poder, da una seguridad importante de no ser arrastrado a conflictos con otras grandes potencias sin pleno consentimiento. Por el contrario, el imperialismo descentralizado, característico de la federación imperial, privaría a Gran Bretaña de la seguridad mencionada. El incipiente imperialismo local de Australia, Canadá y Sudáfrica se vería estimulado por la seguridad de que no se le iba a parar los pies ni a desautorizar, como sucede ahora, en su política expansiva. La energía expansionista, un tanto excesiva, del Gobierno de Australia podría enzarzarnos continuamente en disputas con Alemania, Japón y Estados Unidos en el Pacífico, y por su parte, Canadá y Terranova tendrían muchas más posibilidades de enredarnos en conflictos con Francia y Estados Unidos. Si se arguye que ni el «imperialismo» australiano, ni el canadiense, ni el sudafricano podrían tomar medidas graves sin el consentimiento directo y deliberado de Gran Bretaña que, como resultado de su mayor población y prestigio, continuaría siendo el asociado de mayor autoridad, responderemos que el mismo fortalecimiento de los vínculos imperiales haría que todos los elementos y factores que integraran la alianza imperial tuvieran una mayor eficacia y pujanza. Hasta en la presente situación existe en Gran Bretaña una poderosa organización de intereses mercantiles que está incitando continuamente al gobierno imperial a una política agresiva en nombre de nuestras colonias. Estas colonias, las de Australia particularmente, están gravemente hipotecadas, tanto por lo que se refiere a sus tierras como a sus negocios, con determinadas compañías financieras británicas. Las minas, los bancos y otras importantes inversiones de dichas colonias, en gran medida, en manos de propietarios de Gran Bretaña; su enorme deuda pública[8] está principalmente en manos de firmas de Gran Bretaña. Es absolutamente evidente que los grupos sociales de este país que poseen esas riquezas en las colonias tienen preferencia por una determinada política colonial que, en ciertos casos, no coincide o va en contra de los intereses del conjunto de la nación británica. Es también evidente que pueden presionar de forma sistemática sobre el Gobierno británico para que tome decisiones que favorezcan a sus intereses privados, y que tendrán mayor poder e influencia dentro de un sistema de federación imperial porque las circunstancias serán más igualitarias.

De todos modos, hay muchas razones para dudar que el soborno de una tarifa aduanera preferente o de un imperialismo local, o de ambas cosas, sea suficiente para convencer a las colonias autogobernadas de que formen una federación política más estrecha con Gran Bretaña. Más du-

[8] En 1900 la deuda pública de los gobiernos coloniales de Australia ascendía a £ 194.812.289, con una población de 3.756.894; mientras que la deuda de Nueva Zelanda era de £ 46.930.077 y su población de 756.510 (*Statesman's Year Book*, 1901).

Nueva Gales del Sur	£ 65.332.993
Victoria	48.774.885
Queensland	34.338.414
Australia meridional	26.156.180
Australia occidental	11.804.178
Tasmania	8.395.639
	£ 194.812.289

doso aún es que fueran a permanecer indefinidamente en dicha federación. Puede también pensarse que las democracias coloniales tengan la fuerza y la honradez suficientes para resistir la tentación del imperialismo colonial, cuando se dén cuenta de la peligrosa reacción que esa política provocaría. Aunque se consiguiera persuadirlas de que se aprovecharan de los cuantiosos recursos del Imperio para poner en práctica su política imperial local, no tendría nada de extraño que, tanto Australia como Sudáfrica, decidieran salirse de la federación cuando hubieran sacado de ella todo el partido posible y se sintieran con fuerzas suficientes para mantener un imperio propio.

No es una cínica insistencia en la enorme fuerza del egoísmo humano lo que nos lleva a la convicción de que la tendencia histórica hacia la independencia no desaparecerá por grande que sea el afecto que las colonias sientan por Gran Bretaña. «Lo que me liga a las colonias —escribía Burke— es el gran afecto que brota de los mismos nombres de la misma sangre, de parecidos privilegios, y de igual protección. Estos lazos, aunque livianos como el aire, son duros como eslabones de hierro»[9]. Sin embargo, ninguno de esos lazos, salvo el último, exigen ni garantizan la unión política. Los vínculos morales de comunidad, de idioma, historia e instituciones, conservados y reforzados por la libre interacción social y comercial, que constituyen la verdadera unión de los corazones, no han sido debilitados por la marcha hacia la libertad política que ha habido en el pasado, y no se debilitarán si este proceso continúa hasta que se consiga la total y absoluta independencia política respecto a Gran Bretaña.

Es claro que, a la larga, lo que las colonias tendrán en cuenta para decidir esta cuestión serán criterios de utilidad, y esa utilidad estará condicionada, fundamentalmente, por factores geográficos y económicos, de carácter más estable. En la medida en que se ha permitido a esos factores actuar libremente en el pasado, han contribuido a la campaña por la independencia política y, como en el futuro su dinámica será aún más libre, no parece probable que su acción vaya a cambiar de sentido. Aunque el problema de las distancias entre las diversas partes de un imperio ha perdido actualmente importancia a la hora de solucionar las dificultades técnicas de la representatividad, todavía sigue teniendo mucha aplicación el jugoso resumen, que copiamos tal como lo transcribe Pownall, de las objeciones que los americanos ponían a los planes de federación imperial en el siglo XVIII:

[9] *Conciliation with America.*

«Los americanos pensaron que la unión legislativa sería innecesaria, poco útil y peligrosa, por las siguientes razones:

»(1) Ya tenían suficientes legislaturas propias.
»(2) Si las colonias estuvieran tan estrechamente unidas a Inglaterra hubieran tenido que compartir las cargas que representaban los impuestos y las deudas británicas.
»(3) Los representantes que se desplazaran a Inglaterra estarían demasiado lejos de sus distritos electorales y las colonias no podrían hacer valer su voluntad, que habría de ser defendida en una cámara en la que los delegados coloniales no tendrían fuerza numérica para ser un factor decisivo»[10].

Aunque no tiene nada de absurdo y es hasta posible que, por lo menos durante algún tiempo, las colonias autogobernadas acepten formar parte de una federación imperial de acuerdo con unas condiciones que salvaguarden sus intereses económicos y políticos en cuanto colonias, es mucho más razonable suponer que Canadá optará por llegar a una federación con su vecina del Sur, y Australia y Sudáfrica por la independencia política, si bien en el futuro podrían volver a establecer ciertos vínculos políticos, mucho menos estrechos, con una posible federación anglosajona.

No es poner en duda la autenticidad y la fortaleza de la «lealtad» y afecto de las colonias por Inglaterra decir que ese sentimiento no será un factor fundamental a la hora de decidir el «destino» colonial, cuando a él se contraponga la continua influencia de las fuerzas políticas, industriales y financieras que buscan la separación total. Aunque existan en estas colonias unos cuantos políticos, o incluso un partido que coqueteen con la idea de una federación política estrecha y en plan de igualdad, cuando haya que estudiar las implicaciones económicas que tendría, aparecerán inexorablemente dificultades insalvables. Las fuerzas vivas de las colonias seguirán con la misma tendencia que en el pasado, y con mayor persistencia, una vez se les informe de las cargas que tendrían que asumir.

Pensar que la guerra de Sudáfrica ha servido para fomentar hasta tal punto el afecto entre las colonias y la metrópoli que las relaciones entre ambas van a verse grandemente beneficiadas en la práctica, es una grata ilusión, basada en argumentos infantiles. Es verdad que las manifestaciones de afecto han sido auténticas, pero no lo ha sido menos la percepción de los peligros que amenazan a la madre patria, que ha acogido con tanto calor la ayuda de las colonias y la ha alabado hasta tal extremo que

[10] Holland, *Imperium et Libertas*, p. 82.

los estadistas imperiales tratan de cambiar el rumbo de la evolución colonial apelando a ella.

Pero tras las explosiones afectivas viene la reflexión, y ésta no dejará de poner al descubierto la índole de las amenazas que acechan a un imperio tan enorme, tan heterogéneo y tan disperso como el Imperio británico. Cuando el hechizo de la guerra haya desaparecido y la historia nos cuente algunos de los crueles hechos que han salpicado episodios sangrientos que tan cuidadosamente han sido ocultados a los pueblos de Australia, Nueva Zelanda y Canadá, su entusiasmo al respecto empezará a declinar y, en el futuro, se mostrarán más recelosos ante hechos cuyas características y proporciones les han sido tan gravemente deformados por obra del gobierno imperial[11]. De todos modos, lo que probablemente influirá más en el ánimo de las democracias coloniales será descubrir qué mal negocio es el nuevo imperialismo porque, efectivamente, una cosa es entrar, en igualdad de condiciones, en una federación de Estados libres autogobernados, y otra muy distinta que a uno le inviten a contribuir a la adquisición y mantenimiento de un número de territorios cada vez mayor y más extensos, que son propiedad de uno de los Estados que forman la federación. Cuanto más claras aparezcan ante las colonias las incertidumbres que entraña asumir las responsabilidades que se les pide, menos dispuestas estarán a asumirlas. Como no se acabe con el espíritu democrático de estas colonias, y como no se las ponga en situación de explotar el «imperialismo» por su cuenta, se negarán a entrar en una federación que, sean cuales fueren las condiciones de entrada, las liga a peligros tan incalculables. El nuevo imperialismo acaba con la posibilidad de llegar a una federación de Estados libres autogobernados. Puede que las colonias se sientan atraídas un momento por ella, pero luego seguirán su antiguo camino.

Los atractivos sentimentales que la idea pueda presentar al principio no dejarán de tener repercusiones prácticas. Ello puede inducirlas a fortalecer sus preparativos para la defensa interior y a desarrollar, todas ellas, un espíritu nacional propio más firme. Cuando se den cuenta de que su capacidad defensiva se ha fortalecido no se sentirán con mayor disposición a establecer vínculos formales más estrechos con Gran Bretaña. Lo más probable es que quieran tratar con ella en plan de aliados indepen-

[11] La forma en que se creó la opinión pública en Australia y Nueva Zelanda en el otoño de 1899 fue muy simple. Mr. Chamberlain comunicó los «hechos» de la guerra de Sudáfrica a los primeros ministros de las colonias y luego se los pasó a la prensa. Esta información oficial no fue comprobada por ninguna otra fuente de noticias de carácter realmente independiente.

dientes. Siempre se ha visto, y se ve, con bastante claridad cuál es el rumbo que prefieren los estadistas coloniales más lúcidos; no apunta hacia una unión más fuerte con Gran Bretaña, sino más floja. El objetivo inmediato es el que Jefferson marcó ya en 1774 a las colonias americanas, y que pudo haberse alcanzado entonces si Inglaterra se hubiera mostrado prudente. He aquí cómo Jefferson explica su plan en el borrador de instrucciones destinado a los delegados que Virginia envió al Congreso: «Mi postura era la que, desde el principio, me pareció la única ortodoxa y razonable, es decir, que las relaciones entre Gran Bretaña y aquellas colonias era exactamente la misma que entre Inglaterra y Escocia tras la subida al trono de Jacobo y hasta después de la Unión, y la misma que en la actualidad existe con Hanover, es decir, tener el mismo jefe ejecutivo, pero sin ser necesario ningún otro vínculo político»[12]. Esta misma idea, la de reducir los lazos imperiales a la simple ligadura de una monarquía común, fue preconizada por los «reformadores» que, entre 1830 y 1840, constituían la mayoría de la Asamblea legislativa en el Alto Canadá, y viene a subrayar la política consciente o inconsciente de todas nuestras colonias autogobernadas cuando viven en circunstancias normales. Es posible que, durante breves períodos, se produzcan retrocesos temporales en este movimiento a causa de algunas explosiones populares de entusiasmo o de algunas maniobras políticas bien estudiadas, pero como las verdaderas fuerzas de la democracia colonial no sean aplastadas de modo permanente, seguirán impulsando la vida política colonial hacia esa meta. El que continúen o no con ese rumbo hasta que se produzca la ruptura total dependerá de lo bien que Gran Bretaña haya aprendido durante los últimos ciento cincuenta años la lección de gobierno colonial que la revolución americana dio a todo el que quiso oírla. En la actualidad, y debido a la forma amplia en que interpretamos la expresión «gobierno autónomo responsable», no hay ningún movimiento importante y organizado que luche por la independencia total de ninguna de nuestras colonias, salvo en Sudáfrica, donde como consecuencia de nuestra política, ha aparecido una permanente rivalidad de intereses económicos entre las diferentes razas que ahora habitan allí, rivalidad que en un futuro no muy distante hará, sin duda, que la población de una Sudáfrica federada pida la desaparición total del control británico, como la única alternativa que los británicos y los holandeses de aquel territorio ven a la intolerable interferencia que están sufriendo en sus legítimos derechos de autogobierno.

[12] Citado en *Imperium et Libertas*, pág. 70.

Esta interferencia impuesta por el gobierno imperial en la evolución natural de la Sudáfrica británica, junto con la forma directa en que se atacan las libertades coloniales y el modo en que se está procurando dirigir la evolución de Sudáfrica hacia la federación mediante estímulos artificiales, no dejará de ser claramente percibida por las demás colonias autogobernadas, a causa de los efectos que va a tener en la política británica. Estas desastrosas actividades imperialistas tendrán la secuela de fomentar el militarismo en el Reino Unido y supeditar las finanzas públicas a las necesidades armamentistas. Casi de modo inevitable ocurrirá que todas estas circunstancias moverán a los políticos británicos a hacer, a las colonias ansiosas proposiciones que serán entendidas, y con razón, como una invitación a compartir las cargas y riesgos de una determinada política sin que las ventajas que por ello perciban les compensen en absoluto. Nuestros laboriosos esfuerzos para que las colonias continúen estrechamente unidas políticamente a la metrópoli es el factor que más probabilidades tiene de estropearlo todo definitivamente, porque terminará por verse que lo que se pretende no es el interés del Imperio, sino el interés de una determinada nación. Ni Australia, ni Nueva Zelanda, ni Canadá han tenido voz ni voto a la hora de decidir la reciente expansión británica en Africa y Asia. Dicha expansión no les reporta ningún beneficio importante y, por consiguiente, si se las invita a contribuir de modo sustancial al mantenimiento y desarrollo del Imperio, se opondrán de forma terminante y persistente. Preferirán tomar las medidas que juzguen necesarias para su autodefensa, y así prescindir de la protección de la bandera británica, porque la metrópoli les crea grandes riesgos de conflictos con las potencias extranjeras.

El nuevo imperialismo dificulta el autogobierno colonial, tiende a imposibilitar la federación imperial y supone un factor negativo en las relaciones de Gran Bretaña con las colonias autogobernadas.

Capítulo 14
CONCLUSIONES

I

Si ya no puede considerarse al imperialismo como un destino que ha de cumplirse inexorable y ciegamente, ¿es cierto que puede ponerse freno a la expansión imperialista en cuanto línea de conducta política deliberadamente escogida?

Ya hemos visto a lo largo del presente trabajo que el imperialismo no busca favorecer los intereses del conjunto de la nación, sino los de determinados grupos sociales que imponen, para su lucro personal, dicha política al país. Hemos analizado detalladamente la amalgama de fuerzas políticas y económicas que ejercen esa presión; pero haber detectado esa confabulación de fuerzas depravadas no significa que se vaya a destruir o debilitar su poder operativo, porque esa energía es consecuencia natural de un mal planteamiento de nuestra política exterior. Dicho de manera clara y sencilla, la base teórica de la situación radica en que cualquier súbdito británico que, para su lucro o diversión personales, decida aventurar su fortuna o su persona en el territorio de un Estado extranjero, puede solicitar la ayuda de su nación para que le proteja o le vengue, en el caso de que o él o sus propiedades hayan sido perjudicados por el gobierno o por cualquiera de los habitantes de ese Estado extran-

jero. Pues bien, esta doctrina es peligrosa. Coloca todos los recursos militares, políticos y financieros de Gran Bretaña a disposición de cualquier orden misionera que entienda que tiene el deber específico de combatir los sentimientos y prácticas religiosas de un pueblo no civilizado, o a disposición de cualquier explorador insensato que sienta debilidad precisamente por aquellos lugares de la tierra que todo el mundo sabe habitados por pueblos hostiles que desconocen el poder británico. El comerciante especulador o el buscador de riquezas minerales gravitan de modo natural sobre países sin explorar y llenos de peligros, países donde se pueden conseguir grandes riquezas rápidamente cuando se tiene suerte. Todos estos hombres: misioneros, viajeros, deportistas, científicos y comerciantes, no tienen en modo alguno atribuciones para constituirse en representantes de Gran Bretaña, y sin embargo se deja a su criterio el que llamen en su ayuda a la nación británica para que ésta gaste millones de libras y miles de vidas humanas para defenderlos de riesgos que asumieron por su cuenta, sin contar con la nación. Conviene añadir aquí que ha habido políticos sin escrúpulos que han utilizado deliberadamente estos métodos insidiosos de usurpación, y que han puesto el pretexto de que se había cometido algún supuesto ultraje contra los aventureros o los indeseables mencionados para emprender expediciones punitivas que han tenido el efecto de llevar la bandera británica a nuevas extensiones de terreno. Esto quiere decir que los ciudadanos más insensatos y más irresponsables de nuestra nación tienen atribuciones para dirigir nuestra política exterior. Ahora que contamos con unos cuatrocientos millones de súbditos británicos, cada uno de los cuales puede, teórica o prácticamente, llamar en su ayuda a los ejércitos de Gran Bretaña para que lo saque de la difícil situación en que lo ha colocado su propia insensatez, no parece que haya perspectivas particularmente brillantes de una auténtica *pax britannica*.

De todos modos, por grandes que a veces puedan ser estos riesgos, no son nada cuando se los compara con los peligros que crean los métodos modernos de las finanzas y el capitalismo internacionales. Todavía no hace mucho que la industria se encontraba virtualmente restringida por limitaciones políticas, y que la interacción económica de las naciones se reducía, casi exclusivamente, a intercambiar mercancías. La costumbre aparecida en los últimos tiempos de invertir capital en los países extranjeros ha adquirido ya tales proporciones que los círculos económica y políticamente poderosos de Gran Bretaña obtienen hoy un porcentaje cada vez más alto de sus rentas con el capital invertido fuera del Imperio británico. El creciente interés de nuestras clases adineradas por países sobre los que no tienen ningún control político es un factor revolucionario en la política contemporánea. Supone que existe permanentemente una tendencia creciente a emplear su influencia ante el Gobierno de Gran Bretaña para conseguir su injerencia en la vida política de los países en los que tienen inversiones.

Tiene que quedar muy claro para todo el mundo lo esencialmente ilícito que es emplear los recursos públicos de la nación para salvaguardar y favorecer inversiones privadas. Si invierto mis ahorros en un negocio dentro de Gran Bretaña, he de pensar bien la posibilidad de que se produzcan cambios o circunstancias imprevistas que puedan afectar a mi empresa, incluyendo los cambios políticos que repercutan en las tarifas aduaneras o en los impuestos, o en las leyes que regulen la industria y que puedan perjudicar mis ganancias. Cuando invierto en mi país sé muy bien que no tengo derecho a llamar en mi ayuda a la nación para que me proteja contra las pérdidas o la depreciación que pueda experimentar mi capital a causa de alguna de estas contingencias. He de tener muy en cuenta las circunstancias políticas por las que atraviesa el país antes de decidirme a hacer la inversión. Si compro títulos consolidados, sé muy bien que no tengo derecho alguno a condicionar la política exterior que afecte a mi inversión, en virtud de mis derechos como propietario de los mismos. Por consiguiente, si pongo mi dinero en fondos públicos o en algún negocio privado en algún país extranjero para mi lucro personal y consigo condiciones especialmente favorables que cubran el riesgo dimanante de la posible inseguridad política de dicho país o de las deficiencias de su gobierno, ¿por qué voy a tener derecho a recurrir a mi gobierno para que éste utilice su fuerza militar y política para protegerme contra los mismos riesgos por los que ya recibí compensación económica a la hora de hacer mi inversión? ¿Puede pensarse en algo más injusto?

Podrá alegarse que el Estado no acude en socorro del inversor privado cuando éste se lo pide. Tal vez no se lleve abiertamente a la práctica la teoría antes expuesta; no obstante, la historia reciente nos muestra que cada vez se están haciendo más cosas que implican su aceptación tácita. No es necesario que recurra a hechos demostrados, basados principalmente en declaraciones de capitalistas dedicados a negocios mineros, que solicitaron esa utilización de los recursos públicos para su beneficio privado, y que la consiguieron con la ayuda de financieros que arrastraron a nuestro gobierno y a nuestro pueblo a la más reciente y costosa de nuestras empresas. Y este no es más que el ejemplo más claro y dramático del modo en que operan las fuerzas de las finanzas internacionales en todo el mundo. Se suele decir que las fuerzas mencionadas son de naturaleza capitalista, pero los peligros más graves no dimanan de la mera inversión en la industria de naciones extranjeras, sino de la forma en que

los financieros manejan las acciones y obligaciones relativas a dichas inversiones. Aquéllos que tengan un interés auténtico en los recursos naturales o en la industria de un país extranjero han de desear al menos que se mantenga la paz y el buen gobierno en esa nación. Pero el especulador de bolsa no se interesa por esas cosas, sino por las oscilaciones de las cotizaciones, que pueden provocarse, precisamente, como consecuencia de la inestabilidad y la inseguridad políticas de las naciones.

A medida que estos sistemas de inversión y financiación internacionales se vayan extendiendo y estén mejor organizados para conseguir sus objetivos económicos y políticos, serán más frecuentes y más eficaces las peticiones de que el gobierno interfiera política y militarmente en determinados países extranjeros, bajo pretexto de proteger las propiedades de los súbditos británicos. Lo que normalmente ocurrirá será que las peticiones de los inversores se verán respaldadas por quejas personales de los inmigrantes británicos, y tendremos que injerirnos en la política de determinados gobiernos extranjeros; si conseguimos nuestros fines, lograremos anexionarnos ciertas extensiones territoriales, porque ésta será la única forma de garantizar la vida y las propiedades de nuestros súbditos.

No hay duda alguna de que esta política nos llevará directamente al desastre. Pero, ¿cómo detenerla?, ¿qué criterios tenemos que establecer para velar por nuestra seguridad? Sólo uno, y es rechazar de manera terminante que los súbditos británicos tengan derecho a acudir a su gobierno solicitando protección para sus personas o negocios, cuando se vean amenazados o perjudicados como consecuencia de actividades que han desarrollado por su interés e iniciativa personales. Este criterio es justo y útil. Si nuestra nación envía a un emisario para que nos represente en algún acto oficial de un país extranjero, es natural que lo apoyemos y lo protejamos con los recursos públicos económicos y militares. Sin embargo, si una persona particular, o una compañía formada por personas particulares, deciden llevar sus propiedades o sus vidas a una nación extranjera, que sepan bien y entiendan claramente que lo hacen por su cuenta y riesgo y que el Estado no va a actuar para protegerlas.

Por si acaso se considera este cambio de nuestra política como un ideal imposible de alcanzar y que entraña la renuncia a derechos mercantiles, de resistencia y otros garantizados por los tratados o convenciones actualmente en vigor con Estados extranjeros, derechos cuya observancia hemos de exigir porque tenemos razones para ello, establezcamos dos normas muy sencillas de conducta política: primera, no respaldar nunca intromisión alguna por parte de nuestros representantes en el extranjero en la vida de otros países, cuando esa intromisión esté fundada en razones muy vagas de mal gobierno, y caiga fuera de los límites estrictos de los derechos fijados en los tratados en vigor. Segunda, si, a pesar de todo, se utiliza la fuerza armada para que se observen los derechos estipulados en esos tratados, que dicha utilización de la fuerza se limite a conseguir el objeto específico que justificó su empleo.

II

El análisis del imperialismo y de sus aliados naturales: el militarismo, la oligarquía, la burocracia, el proteccionismo, la concentración del capital y las violentas fluctuaciones del mercado, nos ha puesto de relieve que constituye el mayor peligro que hoy acecha a los Estados nacionales modernos. El privilegio de que gozan las fuerzas imperialistas de un país de utilizar los recursos nacionales para su beneficio privado, mediante el usufructo de la maquinaria del Estado, no puede eliminarse más que estableciendo democracias auténticas, es decir, que la política nacional la dirija el pueblo para el pueblo, por medio de representantes sobre los que el pueblo ejerza un verdadero control. Tal vez parezca muy problemático que ese tipo de democracia pueda darse ya en una nación como la nuestra, o en cualquier otra, pero si la política exterior de un país no se apoya «en la voluntad de todos sus ciudadanos», las posibilidades de que la presente situación mejore son muy escasas. La amenaza de una guerra sangrienta y devastadora quizá quite osadía, durante un breve período de tiempo, a los que conspiran contra el bienestar del pueblo y les detenga las manos, pero surgirán nuevas fuerzas financieras que exigirán salida para su capacidad de inversión, y utilizarán para hallarla las mismas alianzas políticas y los mismos apoyos sociales, religiosos y demagógicos. Las circunstancias de cada nueva hazaña imperialista difieren de todas las anteriores, pero sus promotores siempre encontrarán la colaboración inteligente que precisen para pervertir la opinón pública y para inflamar los sentimientos patrióticos del pueblo.

El imperialismo no está más que empezando a darse cuenta de todos los recursos que posee, y comienza a elaborar una técnica sutil para manejar a su gusto a las naciones; el conceder amplios derechos políticos a un pueblo cuya preparación intelectual no llega más que a poder leer, sin sentido crítico alguno, la letra impresa, favorece enormemente los propósitos de esos hábiles políticos, que participan también en las finanzas, y que mediante el control de la prensa, de los centros docentes y, cuando es preciso, de las iglesias, imponen el imperialismo a las masas presentándolo bajo el disfraz del patriotismo exaltado.

Hemos encontrado el principal origen económico del imperialismo en la desigualdad de la distribución de la renta, gracias a la cual determinados grupos sociales favorecidos acumulan riquezas excesivas para las que luego han de buscar inversiones lucrativas, cada vez con mayor insistencia. A causa del influjo que estos inversores y sus agentes financieros ejercen en la política del Estado consiguen atraerse el apoyo de otros grupos de intereses, que se ven amenazados por los movimientos de reformas sociales, y llegan a una alianza con ellos. Consiguientemente, la adopción de una política imperialista en una nación logra el doble objetivo de que, por una parte, los grupos de inversores y comerciantes obtienen beneficios económicos privados a costa del erario público y, por la otra, se defienden y fomentan los ideales de las clases conservadoras, distrayendo la atención y la energía del pueblo de los problemas y reformas nacionales para concentrarlos en cuestiones de política exterior.

Para que una nación pueda librarse de esa peligrosa usurpación de sus energías, de modo que utilice los recursos nacionales para bien de todo el país, ha de crear una voluntad y una inteligencia nacionales que posibiliten el nacimiento de una verdadera democracia política y económica. Decir que los objetivos del país coinciden con los del imperialismo es una desvergüenza y una falsedad. La política expansionista de éste es contraria a los intereses de la nación. Cada vez que aumentan los territorios de Gran Bretaña en los trópicos disminuye y se debilita el verdadero nacionalismo británico. Sin embargo, hay quien alaba al imperialismo porque dice que, al romper las mezquinas fronteras de las nacionalidades, posibilita y fomenta el internacionalismo. Y para otros incluso resulta una política que debe apoyarse, sin que importe mucho que el imperialismo destruya las nacionalidades pequeñas en beneficio de las mayores, porque creen que de esa forma podrá llegarse de modo natural a una federación mundial y a una situación de paz permanente. Sería difícil formarse una idea más falsa de la evolución política del mundo. Efectivamente, si hay alguna condición para llegar a un verdadero internacionalismo o para establecer relaciones estables entre los Estados es, precisamente, que existan naciones fuertes, no amenazadas, bien desarrolladas y responsables. La destrucción o la anexión forzada de las naciones nunca será beneficiosa para la causa del internacionalismo porque ese tipo de acciones tienen efectos desastrosos en los mecanismos del internacionalismo. Por una parte, hace que las naciones se preparen para la guerra e imposibilitan las actitudes amistosas entre ellas; por la otra, debilita a las naciones mayores por exceso de corpulencia y por indigestión. Si algo es bueno para que un día llegue el internacionalismo es, antes que nada, la conservación y el crecimiento natural de las nacionalidades independientes, ya que sin ellas no habrá una evolución gradual hacia el internacionalismo, sino sólo una serie de intentos fracasados de llegar a un cosmopolitismo caótico e inestable. De igual manera que el individualismo es esencial para que exista un socialismo nacional sano, el nacionalismo es, igualmente, fundamental para que exista el internacionalismo. La política mundial no podrá entenderse de manera orgánica a partir de otros supuestos.

En la medida en que vaya siendo posible reemplazar el gobierno de las oligarquías y las falsas democracias que hoy existe por verdaderos regímenes nacionales, irán acabándose los conflictos que ahora parecen darse entre los intereses de las naciones e irá concretándose esa actitud de cooperación esencial en la que se apoyó, un tanto prematuramente, el librecambismo del siglo XIX. El gobierno de los países es hoy un gobierno clasista y ello implica la ruptura o el antagonismo entre las naciones, debido a que las clases dominantes no pueden seguir dominando más que forzando la rivalidad en las políticas exteriores. Sin embargo, las democracias inteligentes llegarán a percibir la identidad de sus intereses y los fomentarán conjuntamente mediante una política amistosa. De esta manera empezarán a notarse los efectos del verdadero internacionalismo, que se concretarán primero en el plano económico, posibilitando una más eficaz colaboración internacional en los servicios postales, telegráficos, ferroviarios, en el cambio de moneda y en las normas relativas a los pesos y medidas de diversas clases, además de servir para mejorar la intercomunicación de información, los intercambios comerciales y las relaciones entre las personas. Como actividad relacionada y subsidiaria de los efectos antes mencionados, se registrará un desarrollo de los tribunales y los congresos internacionales, al comienzo de manera informal y privada, y luego de un modo cada vez más definido y público. La comunidad de objetivos que caracteriza a las artes y las ciencias fomentará por todas partes una organización elaborada de internacionalismo intelectual, y el tener las mismas necesidades e intereses económicos e intelectuales contribuirá al desarrollo natural de la solidaridad política precisa para conservar esta comunidad de actividades.

De esta forma, y sólo de esta forma, podrá ponerse fin al presente antagonismo injustificado de las naciones, a sus despilfarros y peligros y al entorpecimiento que suponen para la causa general de la civilización. Reemplazar esta colaboración pacífica en el plano intelectual y económico por una política federal, basada en intereses políticos y militares abiertamente egoístas, que es la idea que late detrás de la alianza anglosajona o del imperio panteutónico, significa optar deliberadamente por una ruta hacia el internacionalismo que ha de ser más larga, más difícil y

mucho más accidentada. Los vínculos económicos son mucho más firmes y más dignos de fiar, en cuanto base para un internacionalismo en desarrollo, que los llamados lazos de sangre o las alianzas políticas motivadas por cálculos miopes de equilibrio de poder. Es, desde luego, perfectamente posible que una alianza paneslava, panteutónica, panbritánica o panlatina pueda contribuir a un desarrollo más amplio del internacionalismo, si las federaciones que se creen a este respecto son lo suficientemente elásticas y voluntarias. Sin embargo, no hay augurios de que vaya a ser este el caso desde el momento en que todas estas alianzas suelen tener objetivos claramente militares. Es mucho más probable que dichas federaciones se creen para promover los intereses de los grupos «imperialistas» de las naciones que las componen y para explotar conjuntamente, de modo más eficaz, los recursos nacionales de los países agregados.

Ya hemos apuntado la posibilidad de que los Estados occidentales constituyeran una alianza de aún mayores proporciones, una federación europea de grandes potencias que, lejos de beneficiar la causa de la civilización mundial, introdujeran en el planeta el gigantesco peligro de un parasitismo del Oeste. Un grupo de naciones industrializadas desarrolladas, regido por sus clases superiores, que extraerían enormes tributos de Asia y Africa, con los cuales mantendrían grandes masas de servidores, que ya no se dedicarían a las actividades básicas de la agricultura y la industria, sino a las propias de los criados o de la industria de menor importancia, siempre bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Quienes piensen que estas son teorizaciones indignas de ser tenidas en cuenta, harán bien en pararse a reflexionar sobre lo que está pasando hoy en los distritos del sur de Inglaterra, donde las circunstancias sociales y económicas son ya idénticas a las descritas. Harán también bien en imaginar el grado en que podría ampliarse esa forma de vida si China quedara sometida al control económico de grupos semejantes de financieros, inversores, funcionarios políticos y directores de empresas, que dejarían seca la fuente más grande de beneficios que el mundo ha conocido, para consumir su producto en Europa. La situación es enormemente compleja, y la dinámica de las fuerzas internacionales del todo imprevisible, para que pueda decirse con cierta seguridad que el futuro del mundo va a tener esta forma concreta o cualquier otra. Pero el imperialismo de la Europa occidental se mueve en la dirección que hemos apuntado y, como no se le ataje o desvíe, seguirá marchando por ese camino hasta llegar a un final del tipo que hemos comentado.

Si las clases dominantes de las naciones occidentales logran sus fines mediante el plan citado (y cada día que pasa parece que el capitalismo va cobrando un cariz más evidentemente internacional), y si China no consigue resistir por la fuerza a estos embates, cada vez será más probable que vuelva a surgir un imperialismo parasitario en el que se repitan, a mucha mayor escala, muchos de los principales rasgos de la última fase del Imperio romano.

En cualquier caso, tanto si consideramos el imperialismo a escala internacional como si lo vemos dentro de los límites de la política de Gran Bretaña, nos encontramos con muchas cosas que recuerdan enormemente al imperialismo de Roma.

Uno de los rasgos más distintivos de la Roma imperial de la última época fue la aparición de una aristocracia prestamista, integrada por hombres activos y sin escrúpulos procedentes de diversas naciones, que se las arreglaban para situarse en los altos cargos de la administración del Estado, «jefes» políticos o aventureros militares que habían triunfado con sus actividades como usureros, amanuenses o directores de la policía en las provincias. Esta aristocracia crecía constantemente con los funcionarios que llegaban de las provincias imperiales y con los millonarios de las colonias. Las grandes fortunas amasadas con la corrupción en los cargos públicos, los tributos públicos, la usura y los sueldos oficiales en las diferentes provincias no dejaron de tener repercusiones en Italia. Ya no se solicitaban italianos para trabajar la tierra, ni las manufacturas, ni siquiera para el servicio militar. «Las últimas campañas del Rhin y del Danubio», se ha dicho, «fueron en realidad cacerías de esclavos a una escala gigantesca» [1].

Los campesinos italianos, que en un principio se vieron obligados a dejar el campo para entrar en el ejército, pronto se encontraron desplazados de modo permanente de la agricultura a causa de los siervos que trabajaban los *latifundia,* y tanto ellos como sus familias se vieron empujados a los suburbios miserables de las ciudades, donde terminaban por subsistir pobremente de la caridad del Estado. El ejército de los mercenarios coloniales fue desplazando cada vez más al ejército de la metrópoli. La vida parasitaria de las ciudades, que amengua la vitalidad y reduce el número de matrimonios, detalle que subraya Gibbon [2], fue menoscabando rápidamente el espíritu de la población nativa de Italia, y Roma se vio obligada a subsistir dependiendo cada vez en mayor grado del vigor y la pujanza importados de la Galia y Germania. La necesidad de mantener poderosos ejércitos mercenarios para mantener sometidas a las provincias intensificaba continuamente el peligro, puesto de manifies-

[1] Adams, *Civilization and Decay,* pág. 38.
[2] Capítulo XII.

to en los últimos años de la República, que dimanaba de las ambiciones políticas de los grandes procónsules que conspiraban con los círculos adinerados de Roma en contra de la nación. Con el paso del tiempo, esta oligarquía acaudalada llegó a ser una aristocracia hereditaria y se retiró de la oficialidad del ejército y del funcionariado público, contratando cada vez más extranjeros como sustitutos. Incluso éstos fueron minados por el lujo y la ociosidad y quedaron corrompidos por la mezcla de servilismo y licenciosidad que caracterizaba al populacho de Roma, contribuyendo a debilitar hasta tal punto al Estado que se destruyó la vitalidad física y moral necesaria para controlar y gobernar el enorme receptáculo de fuerzas que suponían los territorios del Imperio. La causa directa de la decadencia y caída de Roma suele describirse políticamente con la palabra «supra-centralización», que nos pone de relieve, con brevedad, la verdadera esencia del imperialismo por oposición al desarrollo natural de una nación, por un lado, y del colonialismo, por otro. El parasitismo, que se materializaba mediante los impuestos y la usura, entrañaba un reforzamiento constante de la centralización de los instrumentos de gobierno y una preocupación creciente para los individuos que los manejaban a medida que la presa iba quedándose más exangüe por la explotación, y daba mayores muestras de rebeldía. «La evolución de esta sociedad centralizada fue tan lógica como cualquier otra actividad de la naturaleza. Cuando la fuerza llegó a una fase en la que no se expresaba más que mediante el dinero, los gobernantes ya no fueron elegidos por su valentía o elocuencia, por su sentido artístico, su sabiduría o su entusiasmo, sino exclusivamente por sus aptitudes para ganar dinero y para conservarlo. Mientras los débiles conservaron la vitalidad que se precisaba para producir algo que fuera aprovechable, esta oligarquía se mantuvo invariable. Durante muchísimos años después de que el campesinado nativo de la Galia e Italia hubo desaparecido de la tierra, la moribunda civilización se mantuvo viva gracias a la nueva sangre que inyectaron razas más tenaces. La debilidad de la clase acaudalada radicaba en su propio poder, porque no sólo eliminaban a los que producían, sino que, impulsada por su ansia de acumular y adquirir dinero, descuidó la necesidad de propagarse»[3].

Este es el mayor y más claro ejemplo de parasitismo social que la historia nos presenta, consistente en que los ricos que viven dentro del Estado usurpen las palancas del poder y las utilicen para la expansión imperialista, con objeto de aplicar ventosas económicas a cuerpos ajenos mediante las cuales puedan extraer toda su riqueza y utilizarla para pagar la

[3] Adams, *Civilization and Decay*, p. 44.

molicie de que disfrutan en ese Estado. El nuevo imperialismo no difiere en lo esencial de este viejo modelo. Ya no existen, o son de importancia secundaria, los tributos políticos, y las formas más rudimentarias de esclavitud han desaparecido; existen determinados aspectos de las técnicas actuales de gobierno que sirven para prestigiar y enmascarar la índole distintivamente parasitaria del imperialismo de nuestros días. Pero no se puede engañar a la naturaleza. Las leyes naturales que condenan a los parásitos a la atrofia, a la decadencia y a la extinción definitiva, no son más fáciles de burlar por parte de las naciones que por parte de los organismos de tipo individual. La mayor complejidad del fenómeno moderno, los esfuerzos por evitar las secuelas parasitarias prestando algún servicio real, pero insuficiente e inadecuado al «anfitrión», quizá sirvan para retrasar las consecuencias naturales que trae vivir a costa de otros, pero no podrán evitarlas, en último término. La pretensión de que el Estado imperialista que somete a otros pueblos y sus tierras a la fuerza lo hace para prestar a quienes subyuga servicios similares a los que éstos le hacen es, desde luego, falsa. Ni tiene la idea de prestar servicios equivalentes ni podría prestarlos. Y el pretexto de que el beneficio de los sometidos es un móvil esencial o una consecuencia fundamental del imperialismo supone un retorcimiento moral o intelectual de tal gravedad, que constituye por sí mismo, un nuevo peligro para toda aquella nación que albergue un concepto tan falso de la índole de su conducta. «Que el motivo esté en el hecho y no en el acontecimiento», dice un proverbio persa.

El imperialismo es una alternativa perversa dentro de las opciones que presenta la vida de un país; alternativa provocada por intereses egoístas dimanantes de aquel ansia de adquisición cuantitativa y de dominio por la fuerza que aún perdura en las naciones, como reminiscencia de las épocas lejanas en las que la lucha animal por la supervivencia era la regla. Si una nación adopta esta línea de conducta quiere decir que renuncia deliberadamente a cultivar esas cualidades interiores más elevadas que, tanto para un país como para un individuo, son la base de la ascendencia de la razón sobre los impulsos primitivos. El imperialismo es el vicio dominante de todos los Estados prósperos; su castigo resulta inevitable dentro del órden de la naturaleza.

APENDICE I

AREA Y POBLACION DEL IMPERIO BRITANICO, 1933-4

	Area (millas cuadradas)	Población
Dominios, colonias y protectorados:		
Europa	30.709	3.589.000
Asia	2.113.679	364.012.000
Africa	3.093.949	51.583.000
América	4.008.214	13.091.000
Australia	3.188.405	8.887.000
Total	12.434.956	441.162.000
Territorios bajo mandatarios británicos:		
Asia	9.000	1.036.000
Africa	726.325	6.412.000
Australia	90.512	768.000
Total	825.837	8.216.000
Total general	13.270.793	449.378.000

Recopilado del *Statesman's Year Book* para 1934.

APENDICE II

	Area en millas cuadradas		Población	
	Metrópoli	Dependencias	Metrópoli [1]	Dependencias [2]
Gran Bretaña	94.633	13.270.793	46.610.000	449.378.000
Francia	212.750	4.617.514	41.880.000	65.179.000
Alemania	181.822	—	65.350.000	—
Holanda	13.128	791.907	8.290.000	60.971.000
Austria	32.434	—	6.750.000	—
Hungría	35.909	—	8.841.000	—
Dinamarca	16.603	121.395	3.640.000	41.000
Italia	119.696	906.213 [3]	42.217.000	2.393.000 [3]
Portugal	35.699	807.637	7.090.000	8.426.000
España	194.216	10.993	23.242.000	1.000.000
Checoslovaquia	54.056	—	15.020.000	—
Estados Unidos	3.026.200	711.726 [4]	126.000.000	15.014.000 [4]

[1] Estimaciones al 31.XII.33.
[2] Estimaciones en fecha lo más próxima posible a la anterior.
[3] Excluyendo Abisinia.
[4] Incluyendo Alaska.

Datos tomados del *Statesman's Year Book* para 1935, del *Armaments Year Book* para 1935, y del *League of Nations Year Book* para 1934-35.

APENDICE III

REINO UNIDO DE GRAN BRETAÑA E IRLANDA DEL NORTE

	Total del volumen del comercio ultramarino (en millones de libras)	Valor por persona (en libras)		Total del volumen del comercio ultramarino (en millones de libras)	Valor por persona (en libras)
1910	1.117		1925	2.103	
11	1.143		26	1.906	
12	1.241		27	1.939	
13	1.306		28	1928	
14	1.133		29	1.960	
Promedio	1.188	28.0	Promedio	1.967	43.3
1915	1.238		1930	1.619	
16	1.460		31	1.255	
17	1.597		32	1.068	
18	1.825		33	1.044	
19	2.436		34	1.130	
Promedio	1.711	42.0	Promedio	1.223	26.5
1920	3.279				
21	1.790				
22	1.727				
23	1.870				
24	2.085				
Promedio	2.150	48.6			

APENDICE IV

COMERCIO DEL REINO UNIDO. PORCENTAJES DE VALORES TOTALES

	Importaciones de		Exportaciones a	
	Países extranjeros	Imperio británico	Países extranjeros	Imperio británico
1913	75.1	24.9	67.1	32.9
Promedio de 1924-1929	69.4	30.6	59.1	40.9
1931	71.2	28.8	58.9	41.1
1933	63.1	36.9	58.2	41.8

APENDICE V

	Porcentajes de importaciones llegadas al Imperio británico, procedentes del Reino Unido	Porcentajes de exportaciones llegadas al Reino Unido procedentes del Imperio británico
1913-4	47.2	40.4
Promedio de 1924-1929	35.6	33.6
1933-4	36.1	39.3

Cifras tomadas del *Statistical Abstract for the United Kingdom* para 1934, y del trabajo de sir George Schuster, «Empire Trade Before and After Ottawa», *Economist,* 3 de noviembre de 1934.

APENDICE VI

COMERCIO BRITANICO, IMPERIAL Y EXTRANJERO, 1934-35.

	Importaciones procedentes de		Exportaciones con destino a	
	Valor (en libras)	Porcentaje	Valor (en libras)	Porcentaje
Países extranjeros	460.129.000	62.72	210.412.000	53.15
India británica	42.102.000	5.74	36.675.000	9.30
Australia	90.368.000	12.30	37.681.000	9.50
Sudáfrica[1]	16.446.000	2.24	32.509.000	8.20
Canadá	50.390.000	6.90	19.726.000	5.00
Otras dependencias británicas	74.102.000	10.10	58.982.000	14.85
Total	733.537.000	100.00	395.985.000	100.00

[1] Incluyendo a Rodesia.
Cifras tomadas del *Statistical Abstract for the United Kingdom* para 1934.

APENDICE VII

	Porcentajes de las importaciones procedentes del Reino Unido, valores			Porcentajes de las exportaciones llegadas al Reino Unido, valores		
		Promedio			Promedio	
	1913-4	1924-9	1933-4	1913-4	1924-9	1933-4
India	65.4	48.9	41.2	23.5	22.7	31.8
Dominios autogobernados	39.0	36.5	41.9	54.1	46.0	50.2
Otras partes del Imperio británico[1]	45.0	23.6	22.8	42.2	20.2	21.4

[1] Incluyendo las colonias de la corona, Sudán, Rodesia meridional, Malaya y Hong-Kong (excepto para 1913-4).
Cifras tomadas del *Statistical Abstract for the United Kingdom* para 1934, y de Sir George Schuster, «Empire Trade Before and After Ottawa», *Economist,* 3 de noviembre de 1934.

APENDICE VIII

VALOR DE LAS EXPORTACIONES PROCEDENTES DE GRAN BRETAÑA (REINO UNIDO) EN LIBRAS

Año	Dominios	India	Otras posesiones británicas
1904	52.094.444	40.641.277	19.687.997
1905	52.204.632	42.996.388	19.016.423
1906	56.923.891	45.181.307	19.904.287
1907	64.104.666	52.027.221	22.011.879
1908	56.422.882	49.418.713	20.923.432
1909	61,585.480	43.581.501	22.071.103
1910	75.401.799	45.998.500	25.902.643
1911	80.585.992	52.245.604	26.012.488
1912	90.183.258	57.626.101	29.283.279
1913	91.287.754	70.273.145	33.745.909
1914	79.268.272	62.888.506	29.472.720
1915	69.923.562	45.603.792	32.892.330
1916	89.116.567	52.787.920	44.271.384
1917	64.521.497	59.965.373	48.170.946
1918	70.879.622	49.180.830	58.301.670
1919	71.143.432	70.860.991	63.618.037
1920	180.971.372	181.239.634	139.259.417
1921	109.843.563	108.868.548	79.904.522
1922	125.769.446	92.104.778	67.694.500
1923	133.686.453	86.246.488	80.669.685
1924	139.356.994	90.577.148	107.530.219
1925	141.365.824	86.047.757	107.700.581
1926	140.286.071	81.755.046	94.810.310
1927	140.350.373	85.044.842	101.254.995
1928	140.910.867	83.900.440	102.856.595
1929	143.172.986	78.227.208	103.051.301
1930	105.145.131	52.944.447	90.255.381
1931	68.131.620	32.288.579	70.252.593
1932	64.895.734	34.088.361	66.528.185
1933	71.686.278	33.402.404	58.428.581
1934	87.626.611	36.674.581	61.271.842

APENDICE VIII (CONTINUACION)

VALOR DE LAS IMPORTACIONES LLEGADAS A GRAN BRETAÑA (REINO UNIDO) EN LIBRAS

Año	Dominios	India	Otras posesiones británicas
1904	70.526.674	42.704.004	12.916.861
1905	77.158.417	36.039.789	20.212.314
1906	88.431.030	37.722.235	22.940.401
1907	94.511.293	43.912.588	25.110.466
1908	80.177.264	29.588.187	22.977.771
1909	91.593.058	35.430.771	24.398.063
1910	103.726.165	42.763.715	32.250.753
1911	99.517.676	45.423.316	34.585.783
1912	103.660.165	52.148.731	39.294.383
1913	113.179.193	48.420.490	41.902.295
1914	107.622.853	43.348.176	42.301.442
1915	129.282.519	62.213.614	81.981.097
1916	143.646.423	72.366.184	91.940.009
1917	195.276.511	66.836.578	103.014.290
1918	213.262.757	88.541.217	128.294.040
1919	313.699.316	108.213.961	172.193.212
1920	283.339.215	95.721.420	288.075.222
1921	198.587.225	44.307.742	89.022.436
1922	188.242.235	47.719.039	85.832.351
1923	167.332.394	66.950.068	98.316.894
1924	196.411.435	78.872.953	119.087.035
1925	227.230.222	80.099.083	129.421.942
1926	199.924.304	57.638.068	127.808.804
1927	185.073.001	65.840.065	125.056.495
1928	189.694.151	64.472.793	116.135.592
1929	182.271.186	62.844.796	121.903.815
1930	152.502.896	51.044.435	103.248.648
1931	127.339.016	36.711.288	81.290.012
1932	142.099.520	32.308.273	74.376.155
1933	146.444.670	37.351.929	65.431.482
1934	153.991.428	42.102.298	76.533.361

En estos valores están incluidas las cifras correspondientes a las colonias y dependencias del estrecho de Malaca y a la India británica.

APENDICE IX

NUMERO DE PASAJEROS BRITANICOS CON DESTINO AL EXTERIOR, A LOS PAISES QUE SE MENCIONAN, PROCEDENTES DEL REINO UNIDO

	Estados Unidos	Canadá y Terranova	Unión de Sudáfrica	Otras del imperio británico	Total
1912	117.310	186.147	28.216	116.700	448.373
13	129.169	196.278	25.855	99.317	450.619
14	92.808	94.482	21.124	70.409	278.823
15	37.763	19.434	11.699	30.675	99.571
16	28.884	18.953	7.905	17.309	73.051
17	3.981	6.415	2.794	6.508	19.698
18	3.445	3.218	2.374	7.518	16.555
19	32.765	89.102	7.761	39.794	169.422
1920	90.811	134.079	29.019	83.532	337.441
21	67.499	84.145	28.138	76.269	256.051
22	61.826	69.690	21.414	81.371	234.301
23	101.063	121.941	18.938	78.904	320.846
24	39.057	99.717	22.452	85.055	246.281
25	54.898	70.810	21.144	83.921	230.773
26	59.535	83.886	22.958	98.309	264.688
27	58.243	89.571	22.213	87.214	257.241
28	56.508	95.307	22.569	74.144	248.528
29	64.188	107.772	23.870	62.810	258.640
1930	59.390	69.281	21.816	49.426	199.913
31	27.320	38.003	19.491	37.927	122.741
32	23.731	33.911	16.707	37.689	112.038
33	22.189	28.391	19.714	39.966	110.260
34	26.449	30.621	22.878	43.945	123.893

Cifras recopiladas del *Statistical Abstract for the United Kingdom* para 1934, y de Willcox y Ferenczi, *International Migration*, vol. I.

APENDICE X

RENTAS PROCEDENTES DE INVERSIONES BRITANICAS EN ULTRAMAR

	Procedentes de préstamos públicos (gubernamentales y municipales) concedidos al Imperio y a países extranjeros (en miles de libras)	Ingresos procedentes de todas las inversiones británicas en ultramar (con exclusión de los beneficios no repartidos) (en miles de libras)
1929	64.661	212.365
1930	64.676	192.175
1931	65.920	155.513
1932	62.377	144.118
1933	61.126	138.274

APENDICE XI

TOTAL (NOMINAL) DE LAS INVERSIONES BRITANICAS EN ULTRAMAR

	(a) Préstamos públicos imperiales (gubernamentales y municipales) (en miles de libras)	(b) Préstamos públicos en el extranjero (gubernamentales y municipales) (en miles de libras)	(c) Total (nominal) de inversiones en ultramar públicas y privadas (en miles de libras)
1929	1.061.000	351.000	3.438.000
1930	1.080.000	357.000	3.425.000
1931	1.104.000	337.000	3.410.000
1932	1.109.000	323.000	3.355.000
1933	1.147.000	333.000	3.386.000

Datos procedentes de sir R. Kindersley, «Britain's Overseas Investments», *Economic Journal*, 1931 y 1935.

APENDICE XII

GRAN BRETAÑA 1904-31.

	Armamentos y guerra (en miles de libras)	Comercio colonial: operaciones de importación y exportación con el Imperio (en miles de libras)
1904	66.055	238.571
05	62.150	247.628
06	59.199	271.103
07	58.256	301.678
08	59.028	259.508
09	63.043	278.660
1910	67.835	326.044
11	70.507	338.371
12	72.432	372.196
13	86.028	398.809
14	361.156	364.902
15	1.001.330	421.897
16	1.414.281	494.128
17	1.767.550	537.785
18	1.977.751	608.460
19	959.192	799.729
1920	386.491	1.072.885
21	178.300	630.536
22	118.000	607.369
23	112.400	633.213
24	116.900	731.921
25	121.500	773.351
26	117.400	704.449
27	118.600	705.004
28	115.700	699.771
29	115.700	693.620
1930	112.700	556.984
31	111.400	420.833

Cifras tomadas de *Statistical Abstract for the United Kingdom* para 1914, 1922 y 1934.

APENDICE XIII

EXPORTACIONES DE ESTADOS UNIDOS
(Cifras en miles de dólares. Valores en metálico).

Promedio anual o año	Total	Materias primas	Productos alimenticios en bruto	Productos alimenticios manufacturados	Semi-manufacturas	Manufacturas acabadas
1871-1875	486.128	218.449	75.206	95.282	22.681	74.509
1876-1880	663.650	213.989	158.853	161.915	30.174	98.719
1881-1885	774.607	261.645	162.714	197.457	37.044	115.747
1886-1890	725.685	276.703	108.708	181.521	40.023	118.730
1891-1895	876.326	295.087	150.846	238.580	55.343	136.470
1896-1900	1.136.039	296.664	214.778	272.759	109.500	242.338
1901-1905	1.427.020	432.027	173.972	316.226	161.206	343.589
1906-1910	1.750.980	554.754	155.828	317.374	249.134	473.890
1911	2.013.549	720.611	103.402	282.017	309.152	598.368
1912	2.170.320	731.164	99.899	318.839	348.150	672.268
1913	2.428.506	740.290	181.907	321.204	408.807	776.297
1914	2.329.684	799.838	137.495	293.219	374.224	724.908
1915	2.716.178	591.282	506.993	454.575	355.862	807.466
1916	5.422.642	815.693	421.284	648.039	912.262	2.625.364
1917	6.169.617	832.827	508.762	806.941	1.315.242	2.705.845
1918	6.047.875	972.107	547.436	1.405.820	1.053.270	2.069.242
1919	7.749.816	1.623.085	678.363	1.962.616	922.246	2.563.505
1920	8.080.481	1.882.530	917.991	1.116.605	958.497	3.204.858
1921	4.378.928	983.553	673.334	685.025	410.167	1.626.849
1922	3.765.091	988.456	458.611	587.987	437.730	1.292.307
1923	4.090.715	1.208.468	257.478	583.292	563.718	1.477.759
1924	4.497.649	1.332.746	392.691	573.492	610.668	1.588.052
1925	4.818.722	1.422.058	317.894	573.753	661.683	1.843.334
1926	4.711.721	1.261.325	335.063	503.005	655.547	1.956.781
1927	4.758.864	1.192.776	421.107	463.299	699.727	1.981.955
1928	5.030.099	1.293.257	294.677	465.811	716.352	2.260.002
1929	5.157.083	1.142.352	269.590	484.304	729.013	2.531.823
1930	3.781.172	829.098	178.533	362.650	512.802	1.898.089
1931	2.377.982	566.791	127.072	246.814	317.647	1.119.657
1932	1.576.151	513.659	89.419	152.118	196.727	624.228

APENDICE XIV

GASTOS DE DEFENSA DE LAS GRANDES POTENCIAS, 1934.

	(En millones de libras)
Gran Bretaña	114,2
Francia	90,0
Alemania	43,8
Italia	46,4
Rusia	242,6
Estados Unidos	145,2

Datos procedentes del *Peace Year Book* para 1935.

APENDICE XV

GRAN BRETAÑA - GASTOS MILITARES Y OTROS, 1904-1931.

	Militares	Municiones	Militares y municiones	Costos de recaudación	Educación	Subvenciones a la adminis-tración local	Deuda nacional (y reservas para pagos deuda)	Ministerios civiles	Total (excluyendo Correos y Telégrafos)
1904	66.055.000			3.093.000	15.574.513	12.126.112	31.367.086	7.959.289	136.175.000
1905	62.150.000			3.148.000	16.396.481	12.214.826	32.433.925	8.091.768	134.435.000
1906	59.199.000			3.179.000	16.946.419	12.536.891	35.936.574	5.256.116	133.054.000
1907	58.256.000			3.222.000	17.359.203	11.155.379	38.707.565	5.584.853	134.285.000
1908	59.028.000			3.320.000	17.368.771	9.824.286	34.911.999	9.725.944	134.179.000
1909	63.043.000			3.342.000	17.907.467	9.445.395	26.368.797	19.145.341	139.252.000
1910	67.835.000			3.919.000	18.744.175	9.881.709	29.246.397	22.688.719	152.315.000
1911	70.507.000			3.951.000	18.983.036	9.636.399	31.104.783	23.815.782	157.998.000
1912	72.432.000			4.200.000	19.530.615	9.653.299	34.858.760	24.923.326	165.598.000
1913	86.027.992			4.578.227	19.169.647	9.734.128	24.500.000	38.924.916	182.934.910
1914	361.156.272			4.810.774	20.031.043	9.529.134	22.668.896	114.028.326	532.224.445
1915	754.609.463	246.720.787	1.001.330.250	4.752.177	20.282.996	9.756.851	60.249.311	525.283.334	1.561.405.608
1916	854.840.831	559.439.949	1.414.280.780	5.143.704	20.092.095	9.895.466	127.250.493	692.639.473	2.269.302.011
1917	1.052.449.272	715.101.222	1.767.550.494	5.839.189	24.702.215	9.730.538	189.851.066	948.480.714	2.946.154.216
1918	1.415.523.534	562.227.196	1.977.750.730	6.817.049	25.719.344	9.680.811	269.964.650	813.305.071	3.103.237.655
1919	766.348.663	192.843.559	959.192.222	10.123.896	42.610.904	10.746.142	332.033.708	635.083.836	1.989.790.708
1920	353.568.648	32.922.770	386.491.418	12.740.648	58.318.053	10.785.504	349.598.616	449.409.267	1.267.343.506
1921	178.300.000			12.900.000	53.700.000	9.400.000	328.900.000	413.600.000	996.800.000
1922	118.000.000			10.700.000	47.400.000	10.100.000	321.300.000	264.200.000	771.700.000
1923	112.400.000			10.000.000	46.300.000	13.300.000	344.300.000	224.300.000	750.600.000
1924	116.900.000			10.300.000	46.600.000	13.600.000	353.700.000	206.900.000	748.000.000
1925	121.500.000			10.700.000	47.100.000	14.100.000	354.300.000	226.700.000	774.400.000
1926	117.400.000			10.900.000	48.400.000	14.200.000	374.300.000	219.200.000	784.400.000
1927	118.600.000			11.100.000	48.700.000	15.700.000	374.000.000	214.200.000	782.300.000
1928	115.700.000			11.600.000	47.800.000	16.400.000	369.000.000	202.200.000	762.700.000
1929	115.400.000			11.500.000	48.200.000	31.500.000	359.800.000	205.200.000	771.600.000
1930	112.700.000			12.000.000	53.500.000	45.700.000	360.000.000	241.200.000	825.100.000
1931	111.400.000			11.500.000	56.800.000	46.200.000	354.900.000	245.900.000	826.700.000

Datos procedentes de *British Budgets* (Mallet & George), 1887-1913, 1913-1921, 1921-1931.